

JOSÉ ANTONIO GURPEGUI

TIEMPO DE SANGRES



UNIVERSO
de LETRAS 

JOSÉ ANTONIO GURPEGUI

TIEMPO DE SANGRES



UNIVERSO
de LETRAS



JOSÉ ANTONIO GURPEGUI

TIEMPO DE SANGRES



Tiempo de sangres

José Antonio Gurpegui



Tiempo de sangres

José Antonio Gurpegui Palacios

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© José Antonio Gurpegui Palacios, 2023

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras Imagen de cubierta:
©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras

www.universodeletras.com

Primera edición: 2023

ISBN: 9788419775641

ISBN eBook: 9788419776044

Para Emiliano Palacios, mi abuelo.

Su vida tuvo un sentido.

*“Los hombres, en general,
no son sino marionetas maltratadas por un titiritero.”*

Giovanni Papini.

“Las canciones llevan confusa la historia y clara la pena.”

Antonio Machado.

Vigilia: La fuga

Alicante.

30 de noviembre de 1936.

Desmond McMullan, secretario en la delegación del gobierno británico en Madrid, tardó todo un día en llegar desde su embajada en la calle San Fernando de Madrid hasta la Sacramental de Florida Alta en Alicante. El objeto del viaje era proceder a la exhumación del cadáver de José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, fundador y líder de Falange Española. Esperaba a las puertas un destemplado Federico Enjuto, magistrado instructor de la causa contra Primo de Rivera. El enojo tenía que ver con el cariz que estaba tomado la sentencia de muerte firmada por Eduardo Iglesias Portal, presidente del tribunal que condenó al político. Enjuto pensó que el fusilamiento en la cárcel de Alicante diez días antes, era el desgraciado desenlace a un desvarío que se inició en el mes de marzo cuando por azar le fue asignado a su juzgado de Alcalá de Henares el caso de Primo de Rivera, acusado de tenencia ilícita de armas. Estaba equivocado.

Lo que en origen parecía un auto sin especial trascendencia se complicó con la acusación de desacato y atentado a la autoridad, por la violenta reacción del acusado al escuchar la sentencia de privación de libertad: la condena original de cinco meses se elevó a cinco años de prisión. El posterior discurrir de los acontecimientos convirtió el desvarío en mal sueño y terminó en pesadilla: José Antonio fue trasladado de la cárcel Modelo de Madrid a la Provincial de Alicante, perdió su escaño en Cortes al no salir elegido en las elecciones de ese año, fracasaron los mil y un intentos por liberarlo ya iniciada la guerra... por si fuera poco se le acusó de conspiración y rebelión militar que conllevaba pena de muerte. Durante las deliberaciones tras la autodefensa de José Antonio, Enjuto intentó evitar la pena capital, pero pronto tuvo claro que tanto Iglesias como Vidal Gil, fiscal del caso, tenían decidida y más que acordada la fatal sentencia.

Como si el fantasma de José Antonio le persiguiera después de muerto, recibió dos días antes de aquella fría mañana de final de noviembre sendas comunicaciones del Ministerio del Interior y del Ministerio de Asuntos Exteriores, ordenándole que acompañara al funcionario británico desplazado desde Madrid, durante la exhumación del cadáver. Se trataba de verificar que, efectivamente, José Antonio Primo de Rivera había sido fusilado y estaba enterrado en Alicante.

McMullan, un norirlandés pelirrojo nacido en Belfast y con cara bonachona, le saludó amablemente; el juez español forzó la sonrisa a modo de respuesta, ordenó a los operarios fúnebres abrir la cancela y la pequeña comitiva entró en el cementerio. Sabían exactamente a dónde dirigirse; la ubicación estaba reseñada en el folio 76 del libro IV del registro: Número 22.450. Fosa número 5, fila 9, cuartel número 12. Se encaminaron con paso firme y seguro hacia la fosa común. Primero se escucharon las paladas de los funcionarios, después el desagradable trajín de sacar cuerpos inertes hasta encontrar el buscado.

Finalmente dieron con él, estaba boca abajo, y lo expusieron al modo de los cazadores una presa abatida. El irlandés conocía de sobra la cara del político fusilado, pero aun así la comparó con la fotografía oficial del líder de Falange: efectivamente se trataba de Primo de Rivera.

Funcionarios, juez, y diplomático se sorprendieron por la excelente, milagrosa, conservación del cadáver que oficialmente había sido fusilado hacía ya diez días. Tal era así que Enjuto temió por

su alma si José Antonio resultaba ser un santo incorrupto tocado por la mano de Dios.

—¿Satisfecho? —preguntó Enjuto con desdén.

—Yo únicamente cumplo órdenes, señor juez. ¿Puedo tomar una fotografía? —

McMullan desenfundó la cámara sin esperar la autorización.

—Haga usted como le plazca; pero terminemos de una vez por todas con este sinsentido.

La primera fotografía fue del cuerpo yacente entero; en la segunda se aproximó al cadáver para un primerísimo plano del rictus mortuario de la cara. Enjuto preguntó si había terminado y McMullan asintió con la cabeza. Indicó con un gesto a los funcionarios que devolvieran los cadáveres al deshonroso enterramiento. Recorrieron el camino hasta la salida sin decir palabra, ni tan

siquiera en la despedida. El británico ocupó el asiento posterior de su coche y partió con destino a Madrid; Enjuto subió las solapas de su abrigo, miró al cielo, y resopló esperando que aquel sí fuera el definitivo punto y final.

Decía verdad Desmond McMullan cuando afirmó que él únicamente cumplía órdenes. Fueron muchos quienes pusieron en duda que efectivamente la sentencia de muerte se hubiera llevado a cabo. Razones no les faltaban: aquel mismo 20 de noviembre murió tiroteado en extrañas circunstancias el líder anarquista Buenaventura Durruti, y promulgar la muerte del falangista era una buena forma de aplacar los ánimos de los más exaltados; fueron numerosas las tentativas por liberarlo, si se anunciaba que estaba muerto cesaría cualquier futuro intento de rescate... En cualquier caso, la noticia carecía de lógica y tenía más visos de bulo que de realidad: ¿Por qué iba a prescindir el gobierno republicano de un trofeo infinitamente valioso vivo, pero carente de valor muerto? Pilar Primo de Rivera no creyó la noticia y telefoneó a Franco requiriendo información fidedigna sobre lo ocurrido con su hermano; también María Santos, autoproclamada novia de José Antonio, solicitó detalles de lo ocurrido. Ninguna de las dos tuvo éxito en su demanda.

Quien sí logró su propósito fue la británica Elizabeth Asquith, esposa del embajador rumano en España a finales de la década de los 20. Además de esposa de diplomático, Asquith era hija del laborista Herbert H. Asquith, primer ministro británico entre 1908 y 1916, y no dudó en utilizar frente a su gobierno el peso del apellido para terciar en asuntos españoles. La primera ocasión cuando Manuel Azaña fue encarcelado en Barcelona como consecuencia del golpe de Companys en otoño de 1934; la segunda al tener noticia del fusilamiento de Primo de Rivera.

Durante sus años en España, Elizabeth sucumbió a los encantos del apuesto político falangista y su escarceo amoroso fue el más comentado entre las numerosas conquistas del galán. La íntima historia de amor no terminó cuando Rumanía adjudicó una nueva cancillería al esposo; “Je pensé à toi. Love”

—“Pienso en ti. Amor”- era el texto del último telegrama enviado por la inglesa a su joven amante español justo antes del ingreso en prisión. Como para Pilar, María Santos y tanto otros, la noticia del fusilamiento resultaba un sinsentido para Asquith y solicitó a Stanley Baldwin, entonces

Primer Ministro y buen amigo de la familia pese a su ideología conservadora, que el Foreign Office requiriera formalmente al gobierno español una prueba irrefutable de la muerte de su viejo amigo.

No existía certificado de defunción alguno que enviar a Londres. El gobierno republicano, temeroso del mínimo cuestionamiento internacional, propuso el traslado a Alicante de un oficial de la embajada para certificar la veracidad del comunicado anunciando el cumplimiento de la condena de muerte. McMullan manifestó en su informe tener plena, completa, definitiva, y absoluta certeza de que el cadáver mostrado en Alicante era el de José Antonio Primo de Rivera, conde de Estella. Como garantía de sus palabras adjuntaba las dos fotografías tomadas.

Costa levantina.

19 de noviembre de 1936

Melquíades Ferrer fue la única víctima mortal en la operación desarrollada en la madrugada del 19 de noviembre de 1936 que llevaron a cabo siete jóvenes falangistas disfrazados de milicianos anarquistas en la liberación de su jefe, José Antonio Primo de Rivera, preso en la Prisión Provincial de Alicante desde el 5

de junio de 1936, a donde llegó procedente de la Modelo de Madrid tras haber sido detenido y encarcelado el 14 de marzo por “posesión ilícita de armas”. La acción fue minuciosamente planificada por Wilhelm Von Faupel, primer embajador en España de la Alemania nazi de Hitler, y ejecutada por hombres de Manuel Hedilla, Jefe Provisional de Falange. Más allá de la muerte de Melquiades -no estaba previsto que nadie muriera, pero así fue- la liberación de José Antonio Primo de Rivera resultó plenamente exitosa; el propio Hitler telefoneó a Von Faupel al anochecer de aquel 19 de noviembre de 1938 para felicitarle por el servicio que acababa de prestar al Reich.

Hedilla se acaba de trasladar a Salamanca y no conocía suficientemente los elementos de la falange local con quienes podía contar. En los últimos meses miles de jóvenes se habían afiliado al partido, no pocos viejos comunistas y anarquistas -“Failange” denominaban maliciosas lenguas al partido-. Otros eran simples arribistas y oportunistas, o temerosos simpatizantes republicanos que vieron en el haz del yugo y las flechas el salvoconducto que les garantizaba seguir con vida. Encargó a los hermanos Marcelino y Serapio Maldonado, gemelos, como él naturales de Ambrosero, y familiarizados con los tejemanejes

en las bases del partido, reclutar media docena de camaradas de incuestionable lealtad. Debían ser personas discretas y dispuestas a entregar su vida por España sin parpadear. Los hermanos Maldonado eran su sombra desde que fue nombrado Inspector Nacional de Falange; su absoluta fidelidad quedó patente tras la entrevista secreta de Hedilla con el general Emilio Mola en Pamplona, para ultimar el inminente golpe de estado. Durante la reunión tuvo un fuerte encontronazo con Raimundo García, también presente, cuando el director del Diario de Navarra se refirió a los falangistas como “Nuestros rojos”. De regreso a Santander un grupo de carlistas exaltados les abordaron cerca de Alsasua.

Quien conducía el coche salió por piernas a las primeras de cambio, pero los Maldonado permanecieron a su lado y arriesgaron el pellejo para salvarle la vida. Ni tan siquiera a ellos

informó sobre la naturaleza de la misión que llevarían a cabo. Von Faupel le había obligado a jurar que no diría una sola palabra de su estudiado plan para liberar a Primo de Rivera absolutamente a nadie.

Marcelino y Serapio confeccionaron una lista con una veintena de nombres, y el propio Hedilla mantuvo entrevistas personales con todos y cada uno de ellos.

Seleccionó otros dos camisas viejas para acompañar a los hermanos gemelos en la enigmática misión, Román García, a quien llamaban Conil por vivir en Conil de la Frontera en Cádiz, aunque realmente había nacido en Lorca, y su inseparable amigo Fermín Sastre, apodado el Rubio por ser pelirrojo; otro escogido fue el madrileño Ángel Álvarez, de cara aniñada y siempre dispuesto a partirse el alma o la cara con quien le llamara Angelito. Completaron el grupo Emiliano Sáenz, estudiante de Filosofía y Letras que se largó de la Zaragoza republicana con la primera noticia del levantamiento en África, convencido de que había llegado la hora de luchar por la libertad; y Salustiano Lavandeira, conocido por Salus, un gigantón gallego bragado y bronco de quien tuvo noticia Hedilla cuando dirigió las purgas en La Coruña, donde se encontraba el día del

“Glorioso Alzamiento Nacional”. También consideró incorporar a Jesús Allo, pero finalmente lo desechó porque siendo navarro baztanés podía albergar algún tipo de simpatía por los carlistas. Todos ellos eran muy jóvenes y, como corresponde a esa etapa de la vida, idealistas; en su caso con idéntica dosis de ingenuidad como de fanatismo. Los gemelos eran los mayores, cumplirían 25

años el día de San Silvestre, y Angelito, que celebró su decimonoveno cumpleaños en la víspera de la operación, el benjamín. Hedilla reunió a los siete y en su arenga lo único que sacaron en claro fue que el destino los había escogido para llevar a cabo la misión más importante encomendada hasta entonces a un falangista. Les bastó con eso.

Un Junkers Ju 52 los transportó en la madrugada del 17 de noviembre desde el aeródromo de Salamanca hasta un lugar indeterminado de Málaga, donde una furgoneta los recogió a pie de escalerilla. Se agazaparon en el interior y fueron inmediatamente llevados hasta un lugar en la costa para embarcar en el pesquero Mimoso que esperaba con los motores en marcha. Navegaron hasta contactar con el Admiral Graf Spee, un crucero pesado nazi fondeado frente a Roquetas de Mar en Almería, a suficiente distancia para no ser visto desde tierra ni tan siquiera utilizando prismáticos.

El sol alcanzaba su punto más alto cuando los izaron a cubierta. Un marinero alemán tocado con graciosa gorra gesticuló indicándoles que le acompañaran y les condujo al comedor. En la mesa estaban dispuestas fuentes con humeante puré de patata, obscenas salchichas de un extraño color cremoso que nunca antes habían visto, lonchas de rosado jamón cocido, y tres botellas de vino. Los dejaron solos. Ninguno de ellos probó bocado, no porque los alimentos les resultaran extraños, sino porque Mimoso desprestigió su nombre y el malestar general que todos ellos sentían propiciaba el vómito en vez de la ingesta. El navío se puso en marcha y aunque el vaivén era infinitamente más suave que en el pesquero, sentían regurgitar en su estómago los huevos fritos y las magras con tomate del temprano desayuno en Salamanca.

Cuando el teniente de las SS Friedrich Glasser entró en el comedor, Salus vomitaba en un rincón hasta el cabello de ángel hojaldrado que le empachó el día de su Primera Comunión, y hubiera firmado morirse para terminar con aquel trance; el Rubio y Conil lo habían hecho antes en ese mismo lugar, y el asqueroso hedor a bilis y jugos gástricos le provocaban arcadas reveladas en indescriptibles sonidos guturales. Angelito tenía el estómago vacío porque fue el primero en echar la papilla por la borda del Mimoso a la media hora de zarpar de Málaga, y miraba cabizbajo al suelo con la boca llena de espumarajos e hilos de baba colgando como estalactitas. Emiliano encomendaba su alma a la Virgen del Pilar pensando que aquel malestar no podía ser sino el preludio de una muerte inminente; los hermanos Maldonado no estaban mucho mejor. El tono de piel en todos ellos había mutado del moruno campestre adquirido durante las largas marchas por áridos barbechos extremeños y charros, a un color apergaminado y blancogrisáceo como el vientre de un barbo. Su aspecto era deplorable, la mirada ausente en incipiente rictus, igual que si el fantasma del propio Stalin acabara de visitarles. Friedrich, también joven como ellos, pero ya en la treintena, evaluó la situación y sin decir palabra desapareció por una puerta lateral del comedor.

Reapareció al poco rato cargando botellas de agua y acompañado del médico con una provisión de manzanas verdes en su regazo. Les hicieron beber abundante líquido, y, cuando consumieron las manzanas que les obligaron comer, el médico entregó a cada uno de ellos un garbanzo que debían presionar en la parte interior de su muñeca. Friedrich hablaba con el doctor de forma distendida, aunque con gesto grave. Los siete muchachos no entendían una palabra de aquel idioma de bárbaros, y se miraban entre ellos sin decir palabra presionando el garbanzo tal como les habían indicado. Oficial y doctor evaluaban la conveniencia de abortar la misión en vista del deplorable estado de quienes debían ejecutarla. Apareció de improviso un marinero con una fregona y dejó el suelo como una patena; se marchó cuando entraba un fotógrafo, que meneó su cabeza con gesto de desaprobación y preguntó con la mirada si efectivamente debía realizar el cometido para el que estaba allí. Friedrich se encogió de hombros, y no sin cierta desgana le indicó que siguiera adelante. Tomó siete fotografías, y ellos en su estado ni tan siquiera preguntaron para qué. A Marcelino lo retrató dos veces, la primera mirando a la derecha y en la otra a la izquierda, porque su hermano gemelo Serapio ni tan siquiera pudo ponerse en pie a causa del mareo. Concluida la sesión fotográfica los tres alemanes se marcharon juntos.

A media tarde el buque detuvo motores. Al rato, el remedio casero de los garbanzos pareció hacer efecto y los mareos y el malestar general desaparecieron. Terminaron en un santiamén con las fuentes de patatas y le hincaron el diente al jamón y las salchichas. En esas estaban cuando volvió a aparecer Friedrich que por primera vez sonrió un gesto de aprobación, salió y regresó poco después encabezando una procesión de siete marinos cargando otros tantos petates. Los colocaron perfectamente alineados al otro extremo del comedor junto a una mesa en la que una sábana cubría algún objeto amorfo, y desaparecieron por donde habían venido.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó con fuerte acento alemán, y prosiguió ante la ausencia de respuesta—. La historia os ha llamado para cambiar el futuro de vuestra patria. ¿Tenéis fuerzas y estáis en condiciones para llevar a cabo la misión?

—¡Por España todo! ¡Incluso la vida si es menester! —exclamó con determinación Marcelino—.

—¡Todo por España! ¡Arriba España! —gritó Salus ya olvidado aquello de morirse.

—¡Arriba España! —contestaron al unísono sus compañeros.

—En estos momentos se está celebrando el juicio contra vuestro führer y todo indica que será sentenciado a muerte. Nuestra misión es liberarlo. Lo haremos esta madrugada, haciéndonos pasar por milicianos anarquistas.

El teniente les pidió que le acompañaran al lugar donde los soldados habían dispuesto los petates y, aunque todavía levitaban por lo que acababan de escuchar, se aprovisionaron con cuantas salchichas y lonchas de jamón cocido quedaban. Friedrich no era necesariamente alto, pero sí fornido y musculoso, de su anatomía llamaban la atención los ojos azules; el color negro de su uniforme, con la esvástica en el brazalete, acentuaba su piel rosácea.

Comenzó presentándose: había nacido en Dusseldorf y se afilió a las Juventudes Hitlerianas con 17 años. Provenía de una familia de larga tradición militar, su abuelo comandó las tropas coloniales alemanas en Camerún; el padre yacía en el fondo del Mar del Norte y tuvo el honor de disparar el torpedo que hundió el Lusitania en 1915, precipitando la entrada de los Estados Unidos en el conflicto armado que llevaba un año desangrando a Europa. Se decidió a estudiar español en lugar del inglés o francés porque detestaba por igual a franceses e ingleses y había alcanzado el rango de “SS-Obersturmführer” hacía dos años. Puso pie en tierra española por primera vez justo un mes antes, precisamente en Alicante, cuando recibió el encargo de entrar en contacto con simpatizantes locales de la causa tras el fracaso de la encerrona planeada para sobornar al Gobernador Civil de la provincia con vistas a la liberación de Primo de Rivera.

Al retirar la sábana quedó al descubierto una maqueta de la Prisión Provincial de Alicante. Se había cuidado hasta el mínimo detalle: las dos plantas del edificio principal, la verja de hierro en los laterales sobre un pequeño murete, las galerías donde se distribuían las celdas, la ovalada cúpula central, el pequeño patio de la enfermería donde tenían lugar los fusilamientos tras juicios sumarísimos... En la fachada terminada en triangular pico incluso se tuvo la delicadeza de colocar las dos luminarias que flanqueaban el amplio arco central de acceso, así como los árboles próximos junto al muro. Tras comentar que tenía 106 celdas, todas individuales, y otros datos relativos a la mampostería, levantó la cubierta y los dos pisos superiores de la maqueta. En la celda número 30 de una galería del edificio, próxima a la escalera central de unión entre los dos pisos, un pequeño muñeco dormía en el camastro. Ese era su objetivo.

Entonces procedió a desgranar cómo se desarrollaría la acción. En poco más de una hora vendría a recogerlos una lancha rápida que los llevaría hasta la Cala de los Borrachos. Allí estaría aparcado un camión birlado a los anarquistas. El propio Friedrich conduciría. Llegarían al Barranco de Agua Amarga y lo recorrerían en dirección oeste hasta poderlo cruzar. Se dirigirían hacia la carretera de Madrid y esperarían una señal desde la Rambla de las Ovejas. No sería necesario llegar al núcleo urbano porque el barrio de la Florida, donde estaba la prisión, quedaba a las afueras. Aparcarían justo frente a la entrada, uno de ellos debía permanecer a su lado y el resto entraría. Dirían que venían de Valencia, a donde se acababa de mudar el Gobierno de la República, para trasladar allí al prisionero pues se tenía información sobre una nueva intentona para liberar al líder fascista y las autoridades competentes habían decidido encerrarlo en un lugar más seguro. Dos permanecerían junto a los tres o cuatro guardias de asalto que normalmente custodiaban la entrada; otros dos debían situarse en un punto estratégico donde confluían los pabellones; los dos restantes serían quienes se dirigirían a la celda y lo rescatarían. Así de simple,

así de fácil.

También les dio algunos datos que podían serles de utilidad al entrar en contacto con los verdaderos anarquistas; si alguno se ponía quisquilloso podían acusarle de ser el “vaselina”, mote de un vendido al enemigo cuya identidad nadie conocía, y que era pieza de caza mayor para los republicanos. Cuando entraran en contacto con Primo de Rivera, bajo ningún concepto debían comunicarle que eran camaradas, ni mostrar alborozo, o cualquier otra manifestación de alegría.

Las llaves de las celdas de esa planta estarían colgadas junto a la entrada de la galería; para cuando ellos llegaran el teléfono o cualquier otra vía de comunicación con el exterior ya habría sido cortado. Toda la operación no debía durar más de tres minutos; cinco en el peor caso. El éxito de la misión se basaba en la sorpresa, pero sobre todo en el aplomo que mostraran: debían actuar con la seguridad y determinación de un piquete de asalto, pero intentando evitar la violencia; resultaba imperativo, fundamental, vital, no dejar pensar ni dar tiempo a los guardias para que pudieran reaccionar. Tan solo faltaba por decidir el reparto de tareas.

La fuga salió infinitamente mejor de lo que el propio Von Faupel hubiera soñado en su noche más dulce mientras se diseñaba el plan que liberó al líder de Falange.

Salamanca.

4 de noviembre de 1936

El traslado de Primo de Rivera a Alicante desde Madrid fue una excelente noticia para sus seguidores. Cualquier intento de liberarlo estando en la Modelo, en la Plaza de la Moncloa, era poco menos que la quimera de una quimera. Su reclusión en la Florida, como popularmente se referían los alicantinos a la Prisión Provincial, abría los caminos de la eventual liberación. Agustín Aznar, viejo falangista y novio de una prima del propio José Antonio llamada Dolores, planificó junto al Cónsul Honorario Alemán en Alicante, de nombre Joaquim Von Knobloch, distintas acciones para rescatar al ilustre prisionero. Desde un ataque frontal a cargo de cien voluntarios entrenados a tal efecto en Andalucía, hasta el intento de la naviera Ybarra que envió a su consignatario en Sevilla, un tal Gabriel Ravello, para intentar comprar la voluntad de Valdés Casas, Gobernador Civil de Alicante; también se sobornó a milicianos corruptos, planificó una huida por aire... resulta interminable la simple enumeración. Todas fracasaron; como también naufragó la propuesta de intercambiarlo por el hijo de Largo Caballero, a la sazón Jefe del Gobierno Republicano, encarcelado en Sevilla.

Para Hitler el estallido de la guerra en España fue una auténtica sorpresa, si bien representaba un acontecimiento que encajaba perfectamente en sus expansionistas planes de política exterior. Franco no era un nombre conocido fuera de un puñado de agentes pertenecientes a sus servicios de información. El dossier que elaboraron incluía una entrevista publicada en el Chicago Tribune manifestando sus intenciones de establecer tras la victoria definitiva “una dictadura militar y más tarde convocaría un plebiscito nacional para ver lo que el país quiere”. Lo del “plebiscito nacional” descartaba al general sublevado como aliado preferente. Debían encontrar otro hombre que fuera de total confianza, tal vez Juan de Borbón, hijo del depuesto Alfonso XIII. A Hitler la idea de un rey no le resultó atractiva, y David Kahn, de Inteligencia, sugirió el nombre de José Antonio Primo de Rivera.

Lo había conocido en la primavera de 1934 cuando el joven político viajó a Alemania buscando financiación para un partido, influido por el fascismo de Mussolini, que acababa de fundar: la Falange Española y de las JONS. Kahn

también mencionó que el español era el primogénito del malogrado dictador Miguel Primo de Rivera. Hitler ya no tuvo ninguna duda: ese sería su hombre para liderar España tras la incuestionable victoria de los sublevados. El único problema era que se encontraba preso en Alicante. Desde ese momento, Berlín convirtió en objetivo de máxima prioridad la liberación de Primo de Rivera.

Establecer una sólida alianza con España resultaba imperativo para Hitler, y no solo por el componente político. En el mes de julio Franz Bernhardt, un empresario alemán afincado en el Marruecos español, le había puesto al corriente sobre las inmensas reservas de wolframio enterradas en los montes de Galicia y Extremadura, en la provincia de Córdoba y la región del Bierzo, imprescindibles para el desarrollo de la guerra europea que ya preparaba Alemania. El propio Hitler transmitió al embajador Wilhelm Von Faupel su cometido:

“Su misión consiste única y exclusivamente en evitar que, una vez concluida la guerra, la política exterior española resulte influida por París, Londres, o Moscú de modo que, en el enfrentamiento definitivo para una nueva estructuración de Europa —que ha de llegar, no cabe duda—, España no se encuentre del lado de los enemigos, sino, a ser posible, de sus aliados”.

Wilhelm Von Faupel obtuvo el grado de teniente con tan solo 19 años y en la Gran Guerra ya lucía galones de general. Comenzó su carrera en el exterior sofocando el levantamiento de los Boxer en China, y fue miembro de las Schutztruppen africanas. Había nacido en una pequeña localidad de la Baja Silesia en 1873 donde su padre era médico. Llegó a Salamanca, capital de la España rebelde, el 2 de noviembre de 1936, y al día siguiente mantuvo su primera reunión con Franco. Fueron dos horas de conversación formal en las que también estuvo presente Ramón Serrano Suñer y el General de Brigada Luis Orgaz, miembro de la Junta de Defensa Nacional. El encuentro se desarrolló siguiendo religiosamente —como correspondía al Palacio Episcopal de Salamanca prestado a Franco por el obispo Plá— la más pura ortodoxia diplomática; tanto en el literal sentido político como figurado.

Comenzaron hablando del nuevo gobierno republicano que se conocería al día siguiente y en el que se daba por seguro que entrarían los anarquistas de la FAI; pasaron, casi de inmediato, a tratar los temas relativos a la colaboración alemana, motivo por el que estaban reunidos. Franco, siempre distante como si fuera un simple invitado, dejaba que fueran los otros quienes hablaran,

principalmente el cuñado, pero cuando intervenía sus palabras tenían la contundencia de un martillo pilón, haciendo recordar a Von Faupel un dicho español que siempre le resultó gracioso por lo gráfico: “No da puntada sin hilo”.

Orgaz se vanaglorió por el título de Generalísimo otorgado a Franco, cuando las desavenencias entre los 10 miembros de la Junta precipitaron su disolución. A Von Faupel le pareció un ingenuo jactancioso, una persona cuya única virtud, si acaso, era la terquedad; carente de visión política y suficientemente cegado por el fanatismo como para elaborar con el mínimo rigor un análisis político de la situación. Sí empatizó con Serrano, afable y enamorado de Hitler,

Alemania, y los alemanes, por ese orden; fue él quien dirigió la conversación desgranando como cuentas de rosario los puntos a tratar. Cuando Orgaz comenzó a divagar sobre la futura reinstauración monárquica, Franco pareció dar por concluida la reunión; Von Faupel, por el contrario, aprovechó la espontánea ocurrencia del ingenuo general para poner sobre la mesa el tema del líder falangista preso en Alicante. Los tres españoles se miraron con recelo y en este caso sí fue Franco quien habló para exponer que se trataba de un tema no pertinente en ese primer encuentro, asegurando que tiempo tendrían de estudiarlo más adelante. Solo la obstinación del alemán, ante la que Franco expresó veladamente cierto desagrado, consiguió que dedicaran los últimos minutos a ese asunto.

Von Faupel era hombre perspicaz e incluso más astuto, si ello era posible, que el propio Generalísimo. Era zorro y además viejo, con 63 años difícilmente se le escapaba una. Nunca se enfrentó a situación alguna, un solo caso en toda su vida hasta llegar a España, en que la intuición le hubiera fallado. Cuando se despidió de Serrano, que le acompañó hasta la salida, ya tenía juzgada, calibrada, y evaluada la situación. Ciertamente que en este caso jugaba con ventaja, tenía más que repasado y aprendido el dossier que Hitler le entregó en Berlín elaborado por Von Knoblock. El cónsul honorario se había entrevistado con Franco en septiembre para estudiar la liberación de Primo de Rivera. Según Knoblock, Franco era una persona esquiva y peligrosamente astuta, “un hombre que seduce enseguida por su carácter franco y cortés, pero cuya formación y experiencia militar no están a la altura requerida por la dirección de las operaciones, incapaz de calibrar las necesidades de la situación”.

En el nuevo informe mostraba Von Faupel fundadas reservas y dudas sobre la voluntad real de Franco en liberar a Primo de Rivera. También informó de su indiscutible liderazgo al frente de los oficiales, que le profesaban absoluta veneración, si bien cuestionaba que su control sobre los falangistas fuera tan férreo como con el estamento militar. En su resumen final, además de ratificar

las impresiones de Von Knobloch, utilizó irónicamente el término “franquista”

para definir su ideología mostrándose convencido de que carecía de posicionamiento político más allá de sus propios principios y convicciones sin avenirse a ningún otro ideario, ya fuera fascista o monárquico. En conclusión: estaba decidido a ganar la guerra para perpetuarse en el poder. Afirmaba, por último, que sería un grave error confiar en el recién nombrado Generalísimo.

Von Faupel comenzó a explorar otras vías para el asunto Primo de Rivera.

Recurrió a Carl Von Haartman, compatriota instructor de la Centuria Catalana Virgen de Montserrat, integrada en las JONS, quien le recomendó entrar directamente en contacto con Falange. Le sugirió el nombre de un tal José Antonio Serrallach, informador de confianza y buen amigo de Hedilla, como hilo de Ariadna para llegar a quién era el jefe interino del partido. Sin otra madeja a mano, Von Faupel recurrió a él para hacer llegar a Hedilla su deseo de concertar una reunión secreta en una localidad no lejos de la capital.

Manuel Hedilla era un santanderino de aspecto huraño y confiado, al mismo tiempo, que había malvivido dando tumbos de un trabajo a otro, hasta que en marzo de 1935 Primo de Rivera le

nombró Jefe Provincial de Falange en Santander. Fue entonces cuando adoptó el sobrenombre de “Pasavan” hasta que, estando en La Coruña, se produjo la sublevación militar. No mostró clemencia al reprimir con mano de hierro a los republicanos gallegos, y durante la reunión de dirigentes falangistas, el 2 de septiembre de 1936 en Valladolid, fue elegido para presidir la Junta de Mandos Provisionales de la Falange Española de las JONS

hasta que Primo de Rivera fuera liberado y volviera a liderar el partido. Su cometido era claro y preciso: establecer relaciones entre el partido y los militares. Se trasladó de inmediato a Salamanca donde los uniformados habían establecido el cuartel general. Sus discrepancias con mandos militares próximos a Franco, que reclamaban para ellos todo el poder y protagonismo, se hicieron patentes rápidamente.

Llovía en la tarde-noche del 6 de noviembre cuando Otto, chofer de Von Faupel desde hacía 15 años, puso en marcha el coche. No fue necesario indicarle la dirección de Alba de Tormes, pues fue él quien buscó un lugar para el encuentro y lo había acondicionado aquella misma tarde. Hedilla dudó mucho antes de aceptar la propuesta, y comunicó su decisión a última hora de la mañana de ese mismo día. La templanza ocupaba uno de los niveles superiores entre las cualidades del dignatario alemán, pero en aquellos momentos estaba tan tenso que en una ocasión pretendió encender un cigarrillo a medio consumir. Von

Faupel no tenía garantía alguna si sería Hedilla quien apareciera en el emplazamiento indicado, o si por el contrario acudiría en su lugar un pelotón de soldados.

Alicante.

16 de noviembre de 1936.

Para bien o para mal Melquíades Ferrer nunca llegó a casarse. Puede que no surgiera la oportunidad, o tal vez por estar siempre tan pendiente de los demás que descuidó su propia vida y simplemente no le quedó tiempo. Un ejemplo: se despidió de la textil donde trabajaba en Hospitalet para cuidar de su hermana viuda y enferma en Alicante, olvidada por sus tres hijas – los hijos varones no contaban–. Lo que en origen iban a ser dos meses de recuperación se alargaron hasta casi cuatro años de agonía. Cuando la hermana murió los herederos le echaron sin contemplaciones del piso familiar como agradecimiento por los años que, según ellos, había estado viviendo a cuerpo de rey a costa de la madre.

No necesitó ayuda en la mudanza al pequeño cubículo abuhardillado que alquiló en el barrio de Santa Cruz; todas sus posesiones cabían en una enmohecida maleta de cartón. También cargaba con la jaula donde se balanceaba Periquito, un jilguero prisionero en ese momento en previsión de que durante el trayecto se despistara si volaba libre como en casa; les seguía el gato Micifuz, proporcionalmente incluso más viejo que el propio Melquíades. Periquito y Micifuz se llevaban de maravilla, y el mayor gozo del humano era ver jugar juntos a los dos animales.

Había sido miembro de la CNT desde su fundación en el Teatro de Bellas Artes de Barcelona, incluso antes podría decirse, para entonces llevaba más de diez años militando en el sindicato catalán Solidaridad Obrera. Melquíades comulgaba con la máxima según la cual todos los obreros del mundo debían unirse y pensaba que era necesario construir un sindicato de ámbito nacional alternativo a la domesticada y poderosa UGT. No entendía cómo compañeros

comprometidos como él en la lucha parecían únicamente preocupados en que la pureza de los apellidos Prats, Pujol, o Muntaner, no se contaminara con los

Martínez, López, o Sánchez llegados desde Murcia y Andalucía.

Aquel lunes 16 de noviembre de 1936 Melquíades se gastó las cuatro perras ahorradas en un buen pedazo de ternera que guisó a la jardinera con su zanahoria y guisantes correspondientes. No era para él, sino para el inquilino de la celda que le habían encomendado custodiar cual si fuera la tumba junto al Gólgota: el líder falangista José Antonio Primo de Rivera. Sabía que con su acción transgredía las estrictas normas pero, ¡qué demonios!, durante las últimas semanas había sido la única persona con acceso al preso, totalmente aislado sin visitas ni contacto alguno del exterior, y había comenzado a tomarle cariño. El aislamiento comenzó cuando un grupo de reclusos elevó una protesta a instituciones penitenciarias porque el ilustre prisionero gozaba de prerrogativas especiales y el suyo era más despacho que calabozo: recibía visitas a cualquier hora, tenía acceso a la radio y los periódicos, le servían comida de selectos restaurantes, gozaba de discrecionalidad para los paseos en el patio y, en realidad, continuaba dirigiendo a la Falange desde allí. Al registrar su celda encontraron dos pistolas y abundante munición, aquello iba más allá del límite razonable.

El detalle culinario de Melquíades tenía que ver con el inicio del juicio contra Primo de Rivera; también se juzgaba a su hermano Miguel y Margarita Larios, cuñada de este, junto a tres funcionarios de la misma prisión acusados de organizar la fuga de Primo de Rivera. Su delito: conspirar contra la democracia para implantar un gobierno autoritario, sin libertades constitucionales, con ayuda de los militares. El compromiso del viejo anarquista con la causa estaba fuera de toda duda, sin embargo poco a poco había ido conociendo el lado humano del reo, y si bien aborrecía al político, había en cierta forma empatizado con el hombre. Comenzaba a trabajar al punto de la mañana, escribiendo cartas o cualquier otro documento, leyendo, preparando la defensa, pues él sería su propio abogado... Alguna tarde, durante el recreo en el patio, siempre solo, incluso hablaron de política.

La ternera comenzó a borbotear, cuando Melquíades llenaba de alpiste el comedero de Periquito y ponía agua fresca para Micifuz. En ciertos puntos, pensó el viejo anarquista, no somos tan distintos como el blanco y el negro y algún planteamiento suyo tiene lógica, recordando la conversación del día anterior.

—Sabes Melquíades —había bromeado Primo de Rivera— muchos conservadores

nos llaman “atunes” porque según ellos somos azules por fuera y rojos por dentro.

—No intente embaucarme —nunca lo tuteó—. Porque, aunque usted no se reconozca como fascista lo es, al menos para mí es fascista quien como usted quiere suprimir el pluralismo político para implantar una dictadura, perdone que le diga, como la de su padre. En lo único que estamos de acuerdo es que los sindicatos deben ser los cimientos de una sociedad justa y que el camino para conseguirlo será la revolución.

—Llamas revolución a lo que es contra-revolución, pero entiendo a qué te refieres. Llegados a este punto tan solo hay dos caminos, o la revolución o la contra-revolución... o nuestro orden tradicional o la bota de Moscú en el cuello.

—Me gustaría saber qué es usted realmente —con curiosidad.

—Hay una tercera posición que no es comunista ni capitalista; ni de derechas ni de izquierdas; sí antimarxista y antiliberal... que propugna valores tradicionales, valores populares.

—Usted dirá lo que quiera, pero siempre ha habido ricos y pobres; patronos y obreros; explotadores y oprimidos; amos y esclavos. Nuestra lucha destruirá las diferencias y desigualdades.

—Esa es la gran patraña del socialismo, el dogma de la lucha de clases. Pero no te engañes, Melquíades, los socialistas no aspiran a restablecer la justicia social, solo quieren mantenerse en el poder y por eso nos lanzan a unos contra otros. Y

el comunismo, que te voy a contar del comunismo... busca la disgregación, el odio, y la separación entre la gente. Terminar con cualquier vínculo de hermandad y solidaridad entre los hombres. Son unos impostores; los mayores enemigos de la libertad.

—Yo soy anarquista. Los socialistas están comprados por la burguesía y Stalin —

bajó la voz hasta convertirla en susurro— es un dictador por mucho que digan.

—Te sorprendería saber cuánto tenemos en común falangistas y anarquistas...

—No tanto, no tanto... está el tema de los curas, y también el de la propiedad privada que no es precisamente moco de pavo.

—¿No propugnáis la libertad por encima de todo? Dejad que la gente decida si quiere o no creer en Dios.

—No pueden porque los curas los tienen envenenados, drogados con tanta virgen y tantos santos y la engañifla de la salvación del alma. Sus paredones son los púlpitos y la Biblia sus naranjeros.

—Yo soy hombre religioso y creo en Dios. ¿Acaso me ha envenenado alguien?

Qué la religión es el opio del pueblo, pues muy bien... qué lo sea.

—También utilizan opio en los hospitales para calmar dolores y sufrimientos...

porque curar no cura... pues lo mismo con la religión.

—Desengañate, amigo Melqui. Así te llaman, ¿no?

—Yo no soy su amigo —se defendió Melquíades.

—Como quieras. La religión es tan antigua como la propia humanidad. Ni en cien generaciones quemando iglesias y fusilando sotanas lograreis erradicarla.

Podréis acabar con la Iglesia, pero no con la religión. El ser humano necesita creer en algo

sobrenatural, que trascienda su persona. En brujas o duendes; lo mismo da. Si es un moro del Rif creará en la baraka, si cristiano gallego en la Santa Compañía.

—Mirándolo así... a veces incluso yo siento que he tenido mal fario en la vida.

—Lo necesario es formar hombres cultos e informados que puedan decidir por sí mismos.

—Dígale usted eso a un jornalero trabajando de sol a sol por una miseria que no le llega ni para alimentar a sus hijos.

—Ah, lo de la propiedad privada. ¿Sabes cuál es vuestro gran problema? La utopía —sin esperar la respuesta—. Si fuéramos ovejas yo mismo sería el mayor defensor del anarcosindicalismo, pero no lo somos, las personas no somos borregos. Sois unos ilusos, intentáis poner puertas al campo.

—La propiedad privada conduce al acaparamiento y eso tiene consecuencias en la vida y justicia social. Los medios de producción deben ser propiedad colectiva de la humanidad, ahora están en manos privadas y por eso existen las

desigualdades... pero los devolveremos a la colectividad. La apropiación personal de los medios de producción no es justa ni útil. Todo debe ser de todos porque todos necesitamos lo mismo y todos trabajamos en la medida de nuestras fuerzas y capacidades.

—Lo mismo para el trabajador que para el zángano. El emprendedor que el perezoso. El ahorrador que el ocioso. Vamos, una quimera.

—En nuestra sociedad no habrá zánganos ni perezosos, porque la propia justicia social los reconducirá. En cuanto a lo otro, resulta imposible determinar qué parte corresponde a cada uno en la producción de riquezas.

—Estamos en España en pleno siglo XX, no en Rusia a final del siglo pasado —

Primo de Rivera en referencia al catecismo anarquista que tenía Melquíades bien estudiado.

—Tanto valía antes como ahora, o en la Edad Media con señores y vasallos.

¡Todo es de todos! Y con tal que el hombre y la mujer contribuyan con su cuota individual de trabajo, tienen derecho a una parte de lo producido. Y con sólo esta parte deberán alcanzar el bienestar —como un papagayo, pero convencido hasta la médula—. Lo que nosotros proclamamos es el derecho al bienestar, pero bienestar para todos, no solo para unos privilegiados.

La conversación se interrumpió cuando Trinidad, un compañero funcionario, se aproximó para comunicarle un aviso del director. Al parecer estaría fuera las noches siguientes solucionando temas personales y había escogido a Melquíades para hacerse cargo de la penitenciaría en sus ausencias.

Alicante.

18 de noviembre de 1936.

Tras la charla de Friedrich los muchachos de Hedilla tuvieron unas horas para descansar y dormir. Ninguno de los siete pudo pegar ojo pese a llevar casi 24

horas despiertos; iban a liberar a su líder y no querían perder un solo segundo de

aquellos instantes irrepetibles en sus vidas. En un momento indeterminado de la noche regresó Friedrich con los marinos y les entregaron una pequeña bolsa para guardar las pertenencias personales, desde el reloj hasta la documentación, incluyendo carteras, dinero, cartas, tabaco, o cualquier otro objeto que pudieran llevar, asegurándoles que les serían devuelto al concluir la misión. Les ordenaron desnudarse por completo, excepto los calzones, y colocaron un petate delante de cada uno de ellos. Al abrirlos encontraron ropa, gorras, pañoletas y pertrechos anarquistas, así como pistolas, un par de cananas enrolladas en sendas escopetas, idéntico número de Mausers modelo Oviedo, tres naranjeros con abundante munición, y un número indeterminado de bombas de mano.

Las vestimentas, cinco de ellas monos de trabajo como los usados por anarquistas, parecían hechos a su medida; el grandullón Salus fue el único que tuvo problemas para encontrar ropa que se aproximara a su talla. Utilizaron una cuerda para mantener el pantalón de pana sujeto a la cintura, como el de los payasos una cuarta por encima del tobillo; solo encogiéndolo el estómago y gracias al gran tamaño y flexibilidad de los ojales pudo embutirse y abrochar la camisa; pero la chaqueta era tan minúscula que le resultó imposible introducir siquiera el brazo. Le entregaron el chaquetón marinero de un sargento alemán, tan corpulento como él, que no pudo contener las lágrimas cuando Friedrich arrancó los galones y distintivos de las mangas, así como los botones, que fueron sustituidos por los de la chaqueta original, sin olvidar cortar las etiquetas interiores escritas en alemán.

Friedrich, ya en la cubierta, había cambiado el uniforme de las SS por un pantalón bombacho, desgastada camisa de cuadros, un pañuelo rojinegro al cuello y gorra con los mismos colores. Llevaba en bandolera un zurrón de cuero y les indicó con el pulgar hacia arriba que todo estaba bien. El mar, a quien Poseidón parecía haber reprendido por sus travesuras, brillaba como un infinito plástico iluminado por la luna en un sendero hacia su nada. Aun así, justo antes de abordar la lancha, les taparon los ombligos con tiras de esparadrapo para evitar el mareo, y funcionó. Alcanzaron la costa en poco más de media hora; vieron el camión a escasos cien metros, en el morro, las puertas, y el toldo que todo cubría, alguien había pintado burdamente en blanco FAI y CNT.

Angelito sería quien acompañara a Friedrich en la cabina, el resto saltó a la caja donde se almacenaban algunos sacos de patatas y cebollas, barquillas de frutas y verduras, y cajas con no se sabía qué, además de un bidón que desprendía olor a gasolina. También encontraron unas bolsas con abundante pan, un jamón, tres

quesos, un número indeterminado de longanizas, dos tacos gruesos de tocino, una pandereta grande de sardinas y otra no menor de atún, junto a un puñado de dátiles y arenques secos envueltos en papel de estraza. Siete botas llenas de vino hasta reventar estaban colgando y a sus pies dos botellas de coñac y otra de anís.

Quien quiera que hubiera preparado aquello no había perdido detalle, pues incluso se preocupó

de dejar un abrelatas para las sardinas y el atún y tres navajas albaceteñas.

Friedrich conducía con determinación, como si hubiera efectuado ese recorrido mil y una veces, y en su caso así había sido... sobre un mapa rodeado por las fotografías de referentes que encontraría en el camino. Se cruzaron con algunos coches, contados, transitando por la carretera de Madrid; el camión detuvo repentinamente la marcha, apagó y encendió las luces dos veces, de inmediato un resplandor brilló por dos veces desde la lejanía respondiendo en la misma cadencia; después volvió a apagar las luces y las encendió de nuevo manteniéndolas durante unos diez segundos hasta volver a apagarlas, el resplandor volvió a surgir como un eco luminoso; por último encendió-apagó, encendió-apago, encendió-apagó en un intervalo de segundos y de inmediato obtuvo la respuesta esperada.

—Los geht's, liebe Matilde –susurró Friedrich reiniciando la marcha.

Las luces del camión alumbraron el descampado donde se encontraba el centro penitenciario, y aparcó en el emplazamiento previsto. Extrañamente, la gran verja de hierro estaba cerrada y nadie la custodiaba. Conil y el Rubio fueron los primeros en saltar del camión sin preocuparse en retirar la cartola y se pegaron a la parte derecha del muro; hicieron lo mismo Emiliano y Salus situándose a la izquierda. Marcelino y Serapio serían quienes dieran la cara.

—Compañeros, compañeros, abrid la puerta –exigía en un grito ensordecido Marcelino –. Abre la puta verja de una jodida vez que no tenemos toda la noche

–volvió a exigir en tono más alto.

—Ya voy, ya voy –se escuchó desde el interior– Con que una hora, vaya cabrones estáis hechos. Espero que haya merecido la pena, pero ya os aviso que a mí no me la volvéis a pegar, más de cinco horas lleváis fuera –escucharon al tiempo que el mecanismo accionado por la llave abría la cancela.

—Salud compañero. Venimos a por el fascista, nos lo llevamos a Valencia –entró

envalentonado Marcelino, que hacía las veces de jefe, al ver que era únicamente un mozalbete quien guardaba la puerta.

—Salud –contestó sorprendido el chico pensando que eran otros quienes le despertaron–
¿Quiénes sois vosotros?

—Los Reyes Magos, no te jode. Milicianos como tú, venimos de Valencia a llevarnos al fascista – bromeó Salus quien junto a Emiliano permanecería en ese punto, mientras los otros cuatro proseguían su camino al interior

—¿Dónde está la orden? –se atrevió a preguntar.

—¡Qué orden ni que cojones!, los fascistas están preparando otra intentona para llevarse a su jefe y no hay tiempo para redactar ordenes ni pamplinas -aseguró Emiliano cuando sus compañeros ya habían atravesado la segunda cancela, abierta, y colado a la zona de celdas.

—Sin una orden por escrito no podéis llevároslo.

—Me cago en Dios, ha dicho que se viene con nosotros a Valencia y se viene con nosotros. No serás tú uno de esos a los que han untado para que el señorito viva aquí como si estuviera en un palacio. Lo mismo eres el jodido “vaselina”, que te dejo frito aquí mismo. ¿Cómo cojones te llamas? —preguntó Salus.

—Guillermo. Guillermo Toscano —atinó mirando temeroso al imponente hombretón de casi dos metros que le hablaba—. Tengo que telefonar a comandancia, yo me debo a mis superiores.

—¿Superiores? Nadie es superior a ti, compañero —continuó Emiliano sonriendo a quien parecía más joven que él-. Deja el comunismo y pásate al anarquismo.

—Debo telefonar a comandancia —balbuceó Toscano.

—Por nosotros como si llamas a la puta madre que parió al fascista; pero antes dame un cigarrillo que venimos desde Valencia sin nada que fumar —exigió Salus cada vez más seguro de sí mismo—.

—Yo no fumo, pero un compañero se ha dejado dentro un caldo de gallina, es lo único que puedo darte —ofreció Guillermo intentando congraciarse con ellos, en el canguelo de ser confundido con el misterioso “vaselina”.

El muchacho entró en la sala de la izquierda donde tenía el camastro y con mano temblorosa le entregó una petaca roída con abundante tabaco de picadura y unos papelillos; aprovechó la ocasión para mirar a la calle como esperando a alguien.

El toldo del camión con las grandes letras de la FAI pintadas en blanco tapaba el exterior, y desde su ángulo vio al conductor asomando el gaznate interesado en lo que estaba ocurriendo dentro. Para entonces Conil y el Rubio ya habían tomado posiciones al pie de la escalera y los hermanos Maldonado, con el manajo de llaves que colgaba donde les habían indicado, consiguieron abrir la celda de su idolatrado líder.

—Debe usted acompañarnos —acertó a decir Marcelino con un sonido desentonado que delataba la emoción.

—¿A dónde me lleváis? —preguntó el prisionero.

—No haga preguntas y acompañenos. No tiene nada que temer —todavía no recobrada la compostura.

—Dejadme al menos vestirme, si voy a morir quiero hacerlo dignamente.

—No hay tiempo que perder. Debe acompañarnos de inmediato —le agarró del brazo y tiró de él sacándolo de la cama; su hermano Serapio no podía pronunciar palabra y tenía los ojos acuosos impresionado por encontrarse frente a quien hasta entonces tan solo era una fotografía y, sin ser visto, cogió de recuerdo un papel escrito que estaba sobre la mesa.

Cuando Conil y el Rubio los vieron regresar con el prisionero tuvieron que morderse los labios para no delatarse. Justo en ese momento Melquíades Ferrer, que había oído el alboroto, bajaba las escaleras en calzoncillos y camiseta de tirantes.

—¿Pero qué cojones pasa? —preguntó atónito.

—Nos llevamos al prisionero a Valencia —acertó a decir el Rubio delatando su origen con el marcado acento andaluz.

—¿A qué prisionero? —Melquíades seguía sin entender que estaba ocurriendo.

—Al fascista, al hijo del dictador —en referencia a su padre Miguel Primo de Rivera—. Los gerifaltes madrileños han decidido que estará más seguro en

Valencia.

—¿A Valencia? Y unos cojones. Vosotros venís a matarlo, le vais a dar matarile y por mis cojones que José Antonio no se mueve de aquí. —Melquíades se había situado en el espacio entre la galería y la entrada impidiéndoles el paso—. La sentencia se puede recurrir —en referencia a la sentencia de muerte firmada por Eduardo Iglesias aquella misma noche.

—Compañero, me cago en la puta madre que me parió, nosotros cumplimos órdenes y tenemos que llevárnoslo.

—Aquí mando yo cuando no está el Director, y nadie se lleva al prisionero de paseo para saltarle los sesos en la primera curva. Ya me avisaron ayer de que algo tramaban unos compañeros malagueños... y sois vosotros.

Esas fueron las últimas palabras de Melquíades Ferrer. Conil, que siempre fue de gatillo fácil, le descerrajó un tiro de escopeta que le abrió el pecho.

—Melquíades, Melquíades, ¿Por qué a Melquíades? —se encaró Primo de Rivera con quien consideraba sus raptos— Asesinos, sois unos asesinos —y enfurecido atacó a Conil intentando arrebatarle la escopeta como si con ello pudiera dar marcha atrás en el tiempo.

El Rubio reaccionó como impulsado por un resorte y le propinó un culatazo en el cogote provocando el inmediato desvanecimiento del jefe. Serapio lo atrapó al doblar las rodillas evitando que cayera encima del ensangrentado cuerpo de Melquíades. A partir de ese momento todo ocurrió en una exhalación. Marcelino y Conil cogieron por brazos y piernas el cuerpo ensangrentado y lo llevaron a la celda que había ocupado su líder. Regresaron de inmediato con una manta arramplada del camastro y envolvieron al prisionero cargándolo a hombros. El miliciano de la entrada, alarmado por el disparo, intentaba abrirse paso entre Salus y Emiliano cuando Marcelino y Conil aparecieron en el desván llevando en volandas algo envuelto en una manta. Sin darle oportunidad de preguntar el Rubio le dijo que el fascista intentó quitarle la pistola a Serapio y tuvieron que dispararle. Guillermo Toscano saltó como un gamo hasta el habitáculo donde estaba el teléfono y giraba la manivela como un poseso suplicando que alguien contestara, mientras comenzaron a escucharse gritos e insultos provenientes de las celdas. El camión conducido por el alemán, con los siete jóvenes falangistas y el prisionero liberado,

abandonó velozmente la plaza perdiéndose por las calles

de la ciudad cuando desde una torre sonaron cinco campanadas.

No tardaron en escucharse ráfagas de disparos y en multitud de edificios comenzaron a encenderse tenues luces perfilando torsos asomándose a las ventanas. En el Paseo de los Mártires de la Libertad –actual Paseo Marítimo– un grupo de milicianos, al menos tres en ropa interior, intentaba establecer una especie de control fabricando una suerte de barricada con lo primero que encontraron a mano; las grandes letras blancas de FAI y CNT se veían desde lejos y apartaron con celeridad un colchón, algunos tablones, y el carromato de un verdulero que obstruían el paso, e incluso hacían gestos para que no detuviera la marcha y pasara rápidamente.

Alba de Tormes.

6 de noviembre de 1936

Eran las diez de la noche del 6 noviembre cuando Hedilla, acurrucado como buenamente pudo en el minúsculo maletero de un Fiat Berlinetta, se disponía a recorrer los 25 kilómetros entre Salamanca y Alba de Tormes donde tendría lugar la secreta reunión solicitada por el recién llegado embajador alemán.

Marcelino Maldonado, junto al conductor, estaba interesado en aprender a conducir y le preguntaba aspectos referidos a las marchas; después del episodio de Alsasua habían resuelto que debía aprender a “guiar un coche”, pero entre una cosa y otra el aprendizaje se había pospuesto. Su hermano Serapio estaba acomodado repantingado en el asiento trasero. El Berlinetta se detuvo a una prudencial distancia frente a una antigua casa de postas convenientemente alejada de la población. Cuando Hedilla fue liberado de su cubículo vio una tenue luz mortecina en una de las ventanas de la planta baja y un elegante vehículo con una sombra al volante aparcado en el lateral. Las nubes habían emigrado como ovejas en trashumancia y observó las estrellas del cielo limpio.

La luna mentirosa dibujaba un esbozo de D, calibraba que se convertiría en O en un par de semanas cuando un hilo luminoso seccionó la oscuridad como un bisturí; su inconfesable deseo fue encabezar las victoriosas tropas desfilando por la Castellana en una España libre de comunistas. Respiró profundamente el aire fresco que emanaba de la tierra humedecida e intentó recobrar la compostura

realizando suaves ejercicios de estiramiento. Von Faupel, que no perdió detalle en cuanto vio aproximarse las dos luciérnagas de los faros del coche, abrió la puerta desde el interior cuando Hedilla se encontraba doblado por la cintura intentando alcanzar con la yema de los dedos la puntera de sus botas.

—Mi querido Hedilla. Lamento que se haya visto obligado a viajar de forma tan, tan... pero entenderá que dadas las actuales circunstancias... —dijo el alemán en un perfecto español con acento sudamericano.

—No se preocupe, los montañeses somos gentes duras. En peores condiciones me he encontrado luchando por la causa —contestó con igual dosis de prepotencia y engreimiento, al tiempo que se

giraba y extendía el brazo según las formas del

“saludo ibérico” adoptado por los falangistas en 1935.

—Pase, pase usted. Hace frío y le tengo preparado un coñac que, como dicen ustedes, es capaz de resucitar un muerto.

Hedilla bajó el brazo y se dirigió con paso altanero hacia la sombra perfilada que casi ocupaba la totalidad del dintel de la puerta. Se saludaron allí mismo, y con el apretón de manos tuvo Von Faupel la certeza que la vanidad de aquel hombre que le acababa de exponer su trasero, indicaba el camino a seguir para conseguir sus objetivos. El falangista, con una zamarra parda que ocultaba la camisa azul, tan solo se fijó en la insignia nazi prendida en la solapa del impecable traje de corte italiano que vestía el alemán.

La sala estaba iluminada por seis candiles estratégicamente colocados, era grande, la temperatura confortable, olía a madera quemada y únicamente estaban ellos dos. En la gran chimenea, utilizada en tiempos no tan lejanos para cocer legumbres y caldos, asar carnes de matanza, y guisar ollas con algo más de vaca que carnero, crepitaban las ascuas de troncos de encina a medio consumir.

—Sírvase usted, coma algo —dijo Von Faupel señalando una gran hogaza de pan, medio queso, y una ristra de chorizo, todo dispuesto encima de una mesa alargada como la costa levantina.

—Cené antes de salir, pero no le negaré esa coñá que usted tiene ahí —dijo Hedilla sirviéndose una generosa dosis mientras su anfitrión incorporaba nuevos tocones a la lumbre—. Se comenta que vio al Generalísimo hace un par de días...

—Fue lo primero que hice nada más llegar a Salamanca.

—¿Y cómo le fue?

—Estoy seguro de que conoce a Franco mejor que yo —dándole la espalda empeñado en colocar adecuadamente los troncos incorporados.

—¿Conocer a Franco? Es gallego y cuando te cruzas con uno en la escalera nunca sabes si sube o si baja —bromeó Hedilla ocupando una vieja silla de anea.

—Su tono no suena como el de esos militares dispuestos a morir por su general —

dedujo Von Faupel interesado ahora en agrupar las brasas.

—Yo soy falangista. Hasta la muerte. No dudaría un segundo en derramar mi sangre por España y por José Antonio.

—Precisamente de José Antonio quería hablarle —dio por concluido el trabajo y se giró— Me gustaría saber qué piensa usted de las intenciones de Franco...

—¿Intenciones? La única intención es liberarlo —atajó Hedilla sin permitirle concluir la frase—.

Aznar está en ello. Nosotros nunca abandonamos a un camarada. Nunca. ¡Qué hemos fracasado hasta ahora, no pasa nada! ¡Seguiremos intentándolo mientras quede un solo falangista en pie!

—Sí, por supuesto. En eso estamos de acuerdo. En estos momentos lo prioritario es liberar a José Antonio. Pero según informes de Knobloch, nuestro cónsul en Alicante, las acciones están mal coordinadas, hay muchas filtraciones... resulta extraño que los comunistas siempre conocen todos nuestros movimientos, y están preparados y bien pertrechados para repeler cualquier intento de asalto a la cárcel.

—¿A dónde quiere usted llegar?

—Tenemos absoluta certeza de que un “tribunal popular” –gesticuló dibujando en el aire con dos dedos el signo de comillas– juzgará a José Antonio en el plazo de una semana, diez días como mucho, acusado de “conspiración para un levantamiento militar” –volvió a gesticular–. Creo que usted, amigo Hedilla, es una persona de honor en quien se puede confiar... y le seré franco. Albergo dudas sobre que los militares y su Generalísimo tengan como objetivo prioritario en estos momentos la liberación de José Antonio.

—¿Qué quiere decir?

—¿Sabe qué me contestó cuando le informé sobre nuestro plan para liberar a José Antonio tras los continuos fracasos de los suyos? –esperó en vano una respuesta, y continuó–. Que por qué nos interesábamos tanto por “ese muchacho”, ¡Franco se refirió a José Antonio como “ese muchacho”!

—Señor, soy hombre de palabra y no revelaré este encuentro, pero doy por concluida nuestra reunión –dijo Hedilla disgustado en tono grave, apurando el coñac de su vaso y levantándose con intención de marcharse–. No soy un fariseo, usted se ha equivocado conmigo de cabo a rabo.

—Por favor, Hedilla, por favor. Déjeme terminar. Lo que tengo que decirle, que ofrecerle, puede resultar muy beneficioso para usted y su partido.

—Yo no soy ningún traidor, ni con todo el oro del mundo podría comprarme.

Espero que tenga una buena noche.

—Por supuesto. Precisamente porque usted es hombre de honor es por lo que estamos hablando. Por favor, siéntese, se lo ruego –invitó Von Faupel, que hasta entonces había permanecido de pie, y ocupó una silla frente a él–. Permítame hacerle una pregunta, una sola pregunta, y márchese después si así lo desea.

—Usted dirá –concedió Hedilla mostrando a las claras su recelo y enojo por la situación creada.

—¿Por qué no han aceptado los comunistas el canje? De acuerdo que no quisieran cambiar a José Antonio por seis millones de pesetas, pero lo de Paquito Largo Caballero... Además, no olvide que la primera propuesta salió del mismísimo Giral... Respóndame a esta pregunta ¿Sacrificaría usted a su primogénito por no acceder a un canje por un político de, de....? –evitó decir

“importancia menor” y tampoco le pareció apropiado calificarlo de “segunda categoría”-. Porque, disculpe mi franqueza, hace tan solo nueve meses, en las elecciones del pasado febrero Falange no consiguió un solo diputado...

—Hombre... —se sonrojó Hedilla.

—Tenemos noticias —prosiguió de inmediato el alemán— del encuentro que usted mantuvo en Burgos con su amigo el señor Montes donde le informó de las gestiones que él mismo llevó a cabo en París con Sánchez Román y Alba.

Sabemos que su mediación fue exitosa dando por hecho que pondrían en libertad a José Antonio si ustedes hacían lo mismo con el hijo de Largo Caballero que

Queipo de Llano tiene preso en Sevilla. Se ha intentado sobornar al Gobernador Civil e incluso uno de los guardias republicanos de la cárcel aceptó facilitar la huida a cambio de seis millones de pesetas... —guardó un breve silencio que aprovechó para sacar una pitillera de plata con la esvástica en el centro, regalo de Martin Bormann, secretario personal de Hitler, y prosiguió—. Si yo estuviera en su lugar me preguntaría por qué fracasaron todos los intentos —Von Faupel extrajo un cigarrillo sin ofrecer, lo encendió con parsimonia, aspiró profundamente, después clavó su mirada en Hedilla a través del humo exhalado y guardó silencio.

—No sabía que se hubiera sobornado a un rojo, en cuanto al resto fueron ellos quienes se volvieron atrás. También me dijo Montes, cosa que usted parece desconocer, que Indalecio Prieto llegó a aceptar el canje si también se incluían otros treinta republicanos, además de los seis millones de pesetas que ha mencionado, aunque el propio Indalecio no confiaba en que los anarquistas accederían incluso si ello suponía la muerte del hijo de Largo. Por eso continúa José Antonio preso.

—Si está usted convencido de sus palabras, si está absolutamente seguro de que así fue como ocurrió, y ese es el verdadero motivo por el que José Antonio continúa preso, soy yo quien amablemente le invita a que regrese a Salamanca y los dos olvidaremos esta conversación como si nunca hubiera ocurrido. Pero puedo asegurarle, amigo Hedilla, que el destino de España depende de la decisión que usted tome en este momento.

Hedilla, todavía de pie, abrió las piernas y colocó sus brazos en jarras adoptando la posición que había popularizado Mussolini; le mantuvo la mirada con gesto altivo y sonrió. Von Faupel interpretó la mueca de la cara como reflejo de estar sopesando la respuesta; no era así. Hedilla pensaba en su padre. Hubiera dado un brazo, incluso los dos, porque él, inspector de tabacalera en el puerto de Santander, estuviera allí presente. Se hubiera tragado hasta el último menosprecio cuando, tras fracasar el negocio de reparación de automóviles que montó en Madrid, buscó refugio en el redil de la casa familiar cual oveja descarriada. Hedilla volvió a sentarse y preguntó a qué sabían aquellos cigarrillos alemanes.

Madrid.

19 de noviembre de 1936.

Alexander Orlov, jefe del GPU en España y enlace con el NKVD había llegado a Madrid el 15

de septiembre de 1936. Fue captado por la EKV, policía secreta soviética que en 1920 cambió su nombre por el de OGPU, como supervisor de los guardas de frontera en la región Transcaucásica. Nunca hubiera viajado a España a no ser por un turbio asunto con una joven amante despechada que se suicidó cuando él rehusó divorciarse de su mujer. Oficialmente era el jefe del GPU con funciones de “asesor en temas de espionaje, contra espionaje y lucha de guerrillas”. Encomendó la organización de las guerrillas a Grigori Syroyezhkin, miembro del NKVD, y él se dedicó a cumplir fielmente las ordenes de Stalin, que se sustanciaban en eliminar a los descarriados trotskistas dirigentes del POUM y enviar a Rusia el oro de la República; tan importante lo uno como lo otro que lo otro como lo uno. Cumplió eficazmente ambos cometidos. Fue el artífice del sistema de checas en España donde se torturaba y eliminaba a cualquier sospechoso de ser contra-revolucionario tal como le ocurrió al fundador del POUM Andrés Nin, su trofeo más importante, muerto a manos del servicio secreto soviético en circunstancias nunca esclarecidas.

Cuando Orlov llegó a España su primer objetivo fue establecer una red de espías y confidentes en los cuatro puntos cardinales que le mantuvieran informado de cuanto ocurría en el último rincón. De naturaleza metódica y ordenada, enemigo de la espontaneidad y todavía más de la improvisación, decidió seguir el orden alfabético de las provincias; estando Álava en manos de los nacionales su primer destino fue Albacete, desde donde viajó a Alicante.

La ronca chicharra del teléfono sonó desganada a las 05:17 de la madrugada del 19 de noviembre de 1936. El camarada Trinidad Andrés, su hombre de confianza en Alicante desde la referida visita, telefoneó desde el edificio de juzgados, a escasos cien metros del centro penitenciario donde las líneas habían sido cortadas, para comunicarle que un grupo de milicianos anarquistas se habían llevado a José Antonio Primo de Rivera. Orlov reaccionó con la presteza de quien lleva horas despierto y le ordenó blindar la cárcel, absolutamente nadie entraría o saldría hasta recibir nuevas órdenes. También le conminó a mantener lo ocurrido en secreto sin decir una palabra de lo sucedido.

Trinidad voló de vuelta al penal, donde reinaba el caos más absoluto amplificado

por el incesante griterío de los presos desde que se escuchó el disparo, y comunicó de inmediato las órdenes a otros tres camaradas del PCE: Enrique Bermejo; Germán Quereda; y Telesforo Morató. El anarquista Enrique Longay, se opuso radicalmente al cierre que solicitaba Trinidad e intentó abrir la puerta cuando sintió el fuerte empujón de Telesforo que le hizo caer al suelo.

—Longay no me toques los cojones ni vengas con mariconadas que no está el horno para bollos —le dijo Trinidad apuntándole con la pistola a medio metro de la cara y claras muestras de estar dispuesto a disparar a la menor tontería.

Longay miró a sus compañeros cenetistas Fernando García y Miguel Jiménez, y ambos le indicaron con la mirada que era mejor actuar como ordenaba Trinidad.

—Guillermo, ¿quién cojones estaba de guardia contigo? —preguntó Trinidad a Toscano sin dejar de apuntar a Longay que ya se había incorporado.

—Antonio, Juanjo, y Manolo. A eso de la media noche llegaron unas chavalas imponentes y se fueron con ellas. Desde entonces no he vuelto a verlos.

—Joder qué tres patas paún banco me voy a cargar a esos maricones en cuanto los vea – blandiendo la pistola–. ¿Quién más hay en el edificio aparte de los prisioneros?

—Solo Melqui, muerto en la celda del fascista.

—¿Seguro que eran anarquistas?

—Seguro. Dijeron que se lo llevaban a Valencia, pero uno de ellos tenía acento gallego. Viajaban en un camión de la FAI.

—Putos anarquistas, siempre he dicho que no se puede confiar en vosotros. ¡Ea, lo dicho! Aquí no entra ni sale ni dios hasta que recibamos órdenes de Madrid.

Quereda, mira a ver si arreglas el jodido teléfono. Vosotros –dirigiéndose a los compañeros de Longay– haced que se calle esa gentuza y a quien no haga caso, tiro sin contemplaciones. Y poneros algo de ropa que con esas pintas parecéis unos pingajos.

En ese momento llegaron los tres extraviados que regresaban presurosos con el gesto desencajado. Trinidad abrió la verja permitiéndoles entrar. Desde distintas partes comenzaban a llegar los inevitables curiosos, alertados por las ráfagas que

disparó Toscano incapaz de hacer funcionar el teléfono cuando se llevaron a Primo de Rivera. Trinidad agarró por la pechera a Manolo, el primero en entrar, y lo estampó contra la pared.

—Hijo de la gran puta, maricón de mierda. ¿Dónde cojones estabais? –y continuó sin esperar la respuesta– Me cago en la puta madre que te parió y en todos tus muertos. Si por mí fuera te vaciaba ahora mismo el cargador en la puta cara –amenazó introduciéndole el cañón de la pistola en la boca–. Aunque te joda, “Primero la guerra y luego la revolución”.

Tras la llamada de Trinidad desde Alicante, Orlov tan solo necesitó un par de minutos para, como avezado jugador de ajedrez, planificar sus movimientos de salida. Buena parte del gobierno republicano ya se encontraba en Valencia, mejor que mejor, porque las dos únicas personas que le importaban en esas circunstancias, Largo Caballero e Indalecio Prieto, continuaban en Madrid.

Contactó con Marcel Rosenberg, como él de origen judío y embajador soviético desde agosto, informándole sobre el episodio de Alicante y conminándole a convocar con la máxima urgencia una reunión en la que también debían estar presentes los dos políticos socialistas.

Alicante.

19 de noviembre de 1936.

El control en el Paseo de los Mártires por la Libertad fue el único que encontraron, y en un visto no visto ya estaban fuera de la ciudad. Von Faupel había diseñado el regreso por el centro urbano porque sin tráfico a esas horas resultaría mucho más rápido que atravesando campos.

Primo de Rivera, envuelto en la manta, comenzaba a recobrar el sentido y se palpó el chichón causado por el culatazo en la cabeza. Estaba convencido de que lo iban a matar, pero en su mente solo veía el pecho roto y descarnado de Melquíades. Había pasado buenos momentos hablando con él en la celda y estaba seguro de que hubiera podido convencerle para unirse a su causa. Para él anarquistas y falangistas buscaban lo mismo: una España donde los obreros y

agricultores fueran los cimientos de la sociedad; una España donde servicios fundamentales como educación y sanidad fueran estatales; una España donde la banca financiera estaría nacionalizada; una España en la que Iglesia y Estado fueran estamentos independientes; una España republicana vertebrada en los sindicatos... y tanto anarquistas como falangistas defendían que todo eso se conseguiría tras un proceso revolucionario.

Recordó como el rojinegro de la bandera de Falange habían sido elegidos, precisamente, por su proximidad ideológica con los principales ideales anarquistas cuya bandera tenía esos dos mismos colores, y como la camisa azul que vestían con orgullo se escogió por ser el uniforme habitual de los obreros mecánicos. Cuando fundó Falange no tenía en mente la formación de un partido fascista, ese espacio lo ocupaba el Partido Nacionalista Español de Albiñana. En eso pensaba Primo de Rivera cuando uno de sus captores comenzó a entonar a media voz:

Son las escuadras de José Antonio

las que tienen que triunfar;

y triunfaremos e implantaremos

el Estado Sindical.

Cuando avanza la Falange

no hay quien la detenga,

pues lleva a José Antonio

en el corazón.

¡Viva la Revolución!

¡Viva Falange de las J.O.N.S.!

¡Fuera el capital!

¡Viva el Estado Sindical!

Que no queramos reyes idiotas

que no sepan gobernar;

lo que queremos e implantaremos:

el Estado Sindical.

Se unieron dos voces más tras la primera estrofa y al terminar la canción una mano apartó la manta de la cara.

—Camarada José Antonio, me llamo Marcelino Maldonado, soy falangista como mis compañeros, nos ha enviado el camarada Manuel Hedilla para liberarle. La acción que acabamos de realizar es para nosotros lo más grande que ha pasado en nuestras vidas. Estamos a sus órdenes. ¡Viva España! ¡Arriba España!

Se dirigieron al mismo emplazamiento de la costa donde fueron desembarcados, ahora esperaba el barco del práctico del puerto. Un militar alemán de alta graduación, que abrazó efusivamente a Friedrich, se cuadró ante Primo de Rivera, todavía dolorido, confuso, descalzo, en ropa interior, resguardándose del relente de la noche con la manta sobre los hombros. El oficial alemán era el vicealmirante Rolf Carls, a cuyo mando estaba el Deutschland, atracado en el puerto de Alicante al ser Alemania firmante del “Pacto de No Intervención”, y le saludó al estilo fascista. Con una sonrisa de oreja a oreja, le aseguró que era un

“Freier mann geschützt durch das Reich”, traducido por Friedrich como “Hombre libre protegido por el Reich”. Carls se desprendió de su guerrera y se la colocó en los hombros sobre la manta, invitándole a subir de inmediato en la embarcación.

Conil hizo un gurrño con su gorra anarquista, la lanzó lejos y comenzó a desabrocharse la camisa, salpicada de rojo por la sangre de Melquíades, con intención de desprenderse de ella. Friedrich le ordenó no hacerlo, pues ellos siete regresarían por tierra. Ninguno protestó, les indicó que se colocaran en círculo en torno a él, y sacó una linterna y un mapa del zurrón, del que no se había desprendido ni conduciendo. Alumbró con la linterna y en la tierra desplegó el mapa donde se habían coloreado los caminos y carreteras secundarias que debían

seguir. Su destino final era la Playa del Corral en un lugar llamado Isla Plana, en la costa de Murcia entre Cartagena y Mazarrón.

Esa fue la primera ruta de huida que escogió Von Faupel, pero la repentina orden de trasladar a Berlín en barco a Primo de Rivera alteró los planes propiciando la escapatoria marina; aunque continuaron manteniendo el plan terrestre por lo que pudiera ocurrir. Si todo salía como estaba previsto, una vez tuvieran en su poder al político español, la suerte de los falangistas liberadores no importaba a las autoridades alemanas y serían abandonados a su buena o mala suerte. Friedrich sugirió facilitar a los falangistas la información y la logística preparada por si fallaba el plan de huida marítima. Von Faupel aceptó la propuesta, a fin de cuentas, nada tenían que perder.

Friedrich les expuso minuciosamente el plan: en ese momento eran las 05:29, amanecería a las 07:58, tiempo más que suficiente para recorrer los escasos 100

kilómetros hasta su primer destino: la Sierra de Espuña. Allí pasarían el día escondidos hasta que pasadas las 20:00 –anochecería a las 19:07– volverían a emprender la marcha con dirección a Almería, aunque no llegarían a la ciudad andaluza, su destino final sería la vecina Sierra de Muela pegada al mar.

Tardarían dos horas, tres en el peor de los casos, y debían esperar hasta la medianoche para acercarse a la playa y hacer señales con la linterna: una larga, tres cortas, dos largas, una corta, esperando a que cada una de ellas fuera respondida por una embarcación en la misma secuencia. Serían recogidos y trasladados a un lugar en el norte de África y desde allí volarían de regreso a Salamanca. Si por el motivo que fuere no estaban a la hora indicada, el barco regresaría en las horas pares hasta el amanecer; operación que repetiría los tres días siguientes si fuera necesario. En tal caso podían esconderse en un lugar llamado Cueva del Agua. Después de esos tres días tendrían que ingeniárselas como bien pudieran.

Plegó el mapa y se lo entregó a Marcelino junto a la linterna, su propio reloj, y el zurrón con identificaciones anarquistas para cada uno de ellos por lo que pudiera ocurrir, así como facturas, albaranes de envío, órdenes de pedido, pases, y salvoconductos pertenecientes a distintas poblaciones del recorrido por si se topaban con algún control. En la cabina debía viajar únicamente el conductor y si le paraban diría que era Oficial de Intendencia, Recursos, y Aprovisionamiento, y que estaba realizando un transporte de vituallas a la población que correspondiera en cada momento. El resto debían permanecer siempre en la trasera ocultos tras los sacos de patatas y las cajas de frutas.

No había tiempo que perder. Primo de Rivera ya estaba en el bote y los alemanes tan solo esperaban a Friedrich. El líder político tenía las manos ocupadas agarrando la manta y la chaqueta de oficial de marina y se las arregló para despedirse según haría un niño pequeño. Ellos se alinearon y en posición de firmes cuadraron su brazo en alto como un solo hombre. Permanecieron en esa posición hasta que se la silueta de la barca se perdió en la oscuridad del mar. Se miraron unos a otros todavía exultantes por la hazaña que habían realizado y, sin imaginar lo que les quedaba por delante, se dirigieron hacia el camión.

El plan de huida de Von Faupel, obsesionado con la liberación de Primo de Rivera y salvaguardar a Friedrich, iba firmado con el borrón de los mejores escribanos. En su selección Hedilla tan solo consideró el compromiso con el partido y la valentía, sin sopesar ninguna otra habilidad y ninguno de los falangistas sabía conducir. Angelito corrió veloz hasta el borde del mar, pero incluso el sonido ronco de la lancha se había esfumado. Marcelino conocía el procedimiento para poner en marcha el camión: embrague + introducción de marcha + acelerador; por probar nada se pedía. Salus comentó haber labrado tierras en alguna ocasión con el pequeño tractor de Sito Lariño. Lo intentó y comprobó que un camión se conducía de forma similar; no logró meter la marcha atrás y sus compañeros corrieron los 200 metros que le habían servido de circuito de pruebas. Marcelino le entregó a través de la ventanilla el mapa, los salvoconductos y otros papeles que sacó del zurrón y se acurrucó con los otros tras los sacos y las cajas.

Al principio guardaron silencio como si asistieran al momento de consagrar la Hostia en una misa. Con cada nueva marcha la caja de cambios se quejaba gruñendo y carraspeando al tiempo que sentían sacudidas a derecha e izquierda, pero no pasó mucho hasta que la conducción fue más suave, y cuando las luces de Alicante se desvanecieron, comenzaron a cantar a plena voz: Yo tenía un camarada.

¡Nunca lo hallaré mejor!

Que en la gloriosa jornada
iba, firme la pisada,
al redoble del tambor.
¡Una bala, compañero!
—¿Para quién de los dos es?
Era el diálogo postrero,
y bajo el plomo certero
cayó tendido a mis pies.
Hace un esfuerzo, y en vano,
quiere mi mano estrechar.
—¡Duerme en paz, querido hermano!
La Patria quiere mi mano
para volver a atacar.
¡Gloria! ¡Gloria!
¡Gloria y victoria!
Con el cuerpo con el alma,
con las armas en la mano,
por la Patria.
Nuestros cantos, que vuelan,
el viento los lleva por ahí,
que en España, que en España,
empieza a amanecer.

2

Duermevela: La huida

Madrid.

19 de noviembre de 1936.

La reunión solicitada por Orlov a su embajador tuvo lugar en la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol, y no en Presidencia del Gobierno, como hubiera sido preceptivo, por no reunir condiciones. La mudanza a Valencia había comenzado la semana anterior, las dependencias estaban medio vacías y en los pasillos se amontonaban cajas, archivadores, muebles embalados....

Apenas dos horas tras la llamada de Orlov a su embajador, se reunían los cuatro en un amplio despacho donde, además del pretencioso sillón y la mesa correspondiente, había otra alargada con capacidad para diez personas, un sofá bastante bien conservado que nunca llegaron a utilizar, y en la esquina, flanqueada por sendas sillas, una mesita redonda con dos teléfonos. Además de los políticos, Orlov invitó a su asistente y mano derecha, una joven que respondía al nombre de Ivona, oveja negra de una familia perteneciente a la alta burguesía catalana.

—Según mis informes ha sido un grupo de anarquistas con orden de trasladarlo a Valencia. Lo extraño es que se han llevado por delante a otro miliciano, alguien muy bien considerado entre los suyos y miembro destacado de la FAI —los políticos españoles, y su embajador, sentados, escuchaban con atención el relato de Orlov, que hablaba pausadamente paseando la habitación de un lado a otro, mientras Ivona intentaba establecer comunicación telefónica martilleando con el dedo corazón el yunque de colgar y descolgar.

—Hablé con Federica ayer por la tarde, me comentó que estaba a punto de salir para Valencia, pero ni una palabra respecto a que los suyos tuvieran intención de

llevarse a Primo —afirmó con gesto incrédulo Largo Caballero refiriéndose a la Ministra de Sanidad Federica Montseny.

—Presidente, ya te previne de los anarquistas. Esos van cada uno por su lado y no entienden de orden, mucho menos de disciplina. Puede que ni ella misma supiera lo que planeaban los valencianos —especuló Prieto— ¿A quién llama esa mujer? —preguntó señalando a la joven junto a los teléfonos.

—Es Ivona, pero no me pregunten su verdadero nombre porque ni ella misma lo recuerda, eso sí, puedo garantizarles que es de absoluta confianza. Está intentando contactar con García Oliver por si él sabe algo.

—Lo importante es decidir qué acciones, qué decisiones tomamos. Aquí cada uno hace lo que le viene en gana y eso no se puede consentir. Debemos dar un escarmiento ejemplar a los responsables para que no se vuelva a repetir ninguna acción de este tipo.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señor presidente —intervino el embajador Rosenberg—. Resulta totalmente necesario erradicar el descontrol en sus filas. Lo ocurrido debe servir de lección y adoptar todo tipo de medidas, por drásticas que sean, para terminar de una vez por todas con esta situación de desgobierno y anarquía. Lo del cuñado es imperdonable, se les fugó delante de sus propias narices. No sé durante cuánto tiempo podremos ocultar que no está en nuestro poder. Y ahora esto.

—¿Sigue sin contestar? —preguntó Orlov a Ivona.

—Méstá resultant impossible contactar amb ningú. En aquest país de dropos ni el Tito está aixecat a las set del matí —en tono enojado y tan absorta en lo suyo que no consideró el idioma.

—Por favor, señorita, compórtese y modere sus palabras. —le ordenó Largo Caballero intentando desviar el bochorno por el comentario del embajador soviético referente a la fuga Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco.

—Señores, centrémonos en el asunto. Desde mi punto de vista los anarquistas temen que, pese a la condena a muerte, el intercambio con tu hijo se lleve finalmente a cabo.

—Amigo Indalecio, no me importa repetir lo que ya dije en su momento: No me obliguen ustedes a asumir el papel de Guzmán el Bueno.

—Desde luego, presidente, tus principios y compromiso con la causa están más que salvaguardados —prosiguió Prieto— pero los anarquistas siempre han desconfiado y nunca ocultaron sus recelos en lo relativo a este tema.

Simplemente digo que, desde mi punto de vista, todo este asunto se reduce a esa cuestión.

Continuaron debatiendo distintos panoramas y situaciones. Lo más conveniente era devolverlo a Alicante en cuanto localizaran al comando con el secuestrado como muestra de que ellos eran y tenían la autoridad. Después, por mucho que lamentaran perder esa importante pieza para quién sabía qué, cumplir de inmediato la condena impuesta por el Tribunal Popular quedando zanjado un tema foco de problemas y contrariedades.

Ivona pudo finalmente establecer la primera comunicación a las 08:05. Al ministro anarquista Oliver la historia de la saca de Primo de Rivera le sonaba a Chino Mandarín, y se comprometió a devolver la llamada en cuanto contactara con los dirigentes locales de su sindicato. Tardó en llamar más de lo esperado, tuvo problemas para contactar con algunos jefes anarcosindicalistas. Cuando finalmente lo hizo aseguró, empeñando su prestigio, que ningún anarquista valenciano había tenido nada que ver con aquel asunto tan espinoso. Incluso se mostró dispuesto a dimitir si llegaba a demostrarse lo equivocado de sus afirmaciones. Prieto sugirió preguntar a Peiró, que habiendo ocupado cargos de la máxima responsabilidad en la CNT tendría autoridad sobre los jefes regionales. Tampoco él sabía nada del asunto. Ivona llamó por su cuenta a David Antona, influyente y siempre bien informado libertario madrileño a quien conocía personalmente; éste escuchó el velado interrogatorio de la mujer sin que ni sus palabras o actitud revelaran que estuviera al tanto de nada. Federica Montseny, que había pernoctado en Requena y por el conducto que fuere tuvo noticia del asunto, telefoneó desde Chiva. Mostró sin miramientos su indignación por el hecho de que se dudara de ellos y juró por su honor que nadie de la FAI había participado en acción alguna relativa al hijo del dictador Miguel Primo. También a ella, como a los otros tres ministros cenetistas, le pidieron máxima discreción y guardar absoluto secreto hasta que el asunto quedara totalmente aclarado.

Era más de medio día y los problemas de primera hora de la mañana, lejos de solucionarse se habían incrementado. La mesa estaba cubierta con hojas y

despachos de todo tipo. En el otro extremo se podían ver restos de los bocadillos que les hicieron traer, menaje para tomar café, azúcar derramada...; colillas de cigarrillo poco, medios y totalmente consumidos rebosaban en los ceniceros. El ambiente estaba cargado por el humo y la tensión. Ivona solicitó permiso para abrir una ventana y también apagó las luces, encendidas desde que llegaron.

—Señores, creo que nos vendría bien un descanso –sugirió alguien.

Largo Caballero acudió al teléfono en la mesa del despacho. Prieto y el embajador hablaron del frío húmedo de Madrid que nada tenía que ver con el de Moscú; observaron a través de la ventana el ajetreo de la plaza semicircular con sus farolas espigadas como lanzas y los tranvías chirriando al efectuar la parada.

Orlov e Ivona abandonaron la sala.

En el edificio la actividad era tan rutinaria y al tiempo frenética como cualquier otro día: funcionarios dirigiéndose presurosos de un despacho a otro; milicianos custodiando detenidos con cara compungida; mujeres preguntando por el paradero de hijos y maridos; parejas de soldados velando por la seguridad con el fusil al hombro y fumando perezosos. Todo eso armonizado por continuos ring-ring, voces altisonantes provenientes de las habitaciones, esporádicos lloros y gritos de alguna madre clamando por la vida del ser amado...

Orlov e Ivona hablaban en voz baja, muy próximos el uno al otro, frente a la puerta de los retretes. Al rato cada uno entró donde le correspondía. Ivona fue la primera en salir. Al dirigirse a la sala algún improprio debió soltarle uno de los soldados holgazanes porque ella, sin decir palabra, lo fulminó con la mirada.

Ocupó su puesto en el rincón junto a la mesa con los teléfonos y estudió su pequeña libreta, por la que hubieran matado los servicios secretos de cualquiera de los dos bandos; Largo Caballero, en la cabecera de la mesa con Prieto a su derecha y Rosenberg a su izquierda, tenía semblante de preocupación e impaciencia por la demora de Orlov. Apareció más tarde de lo prudencial, haciéndose acompañar de un hombre enclenque, calzando alpargatas de esparto, vistiendo chaqueta desgastada por los puños, y con el miedo pintado en la cara.

—Repita, repita usted lo de Murcia.

—Nada –masculló pasados unos segundos—. Yo sólo sé lo que le contaba en el retrete al Perico – en referencia al compañero con quien hablaba cuando Orlov entró en el servicio—. Que, por lo visto, esta mañana, a eso de las ocho, se ha

armado la marimorena entre dos grupos de compañeros cerca Fortuna, que es un pueblo de Murcia, y han terminado a tiros. Al parecer han habido muertos. Dos en un grupo y uno en el otro, y un herido con media docena de costillas rotas.

Eso es todo.

—Lo del escapulario, cuente lo del escapulario.

—Uno de los que atacaron iba solo con un chaquetón y llevaba un escapulario con una virgen por un lado y el Apóstol Santiago por el otro. Lo que le decía al Perico, que hay más curillas disfrazados que pulgas tiene el perro de Eustaquio y que muchos mea pilas...

—¿Por qué no se nos informó de inmediato? —interrumpió Prieto—.

—Bueno... Señor... —volvió a balbucear el hombre impresionado por la presencia de sus líderes— Se nos ordenó que nadie entrara en esta sala y que nada de interrumpirles. Si yo hubiera sabido...

—Está bien camarada —interrumpió en esta ocasión Orlov, despidiéndole con una palmada en la espalda que sirvió para tranquilizar al hombre—. Puede marcharse, pero esté al tanto por si le necesitamos.

—¿Quién nos puede informar en Murcia? —preguntó Prieto.

—Hombre, López Sánchez es murciano. Fue el primero en marchar a Valencia.

Seguro que está al tanto de cualquier acción de los suyos.

—Hemos perdido un tiempo precioso. Ivona —la mirada de Orlov confesando ansiedad— en marcha.

La mujer obedeció al instante. Largo descolgó el teléfono en la mesa de despacho y Prieto hizo lo mismo con el que quedaba libre en la mesita de Ivona.

Poco antes de la tres de la tarde ya tenían una idea bastante precisa de la situación. Orlov tomó una cuartilla en blanco y comenzó a escribir, por su extensión utilizó también el reverso, le miraban escribir y el único sonido en romper el aire fue el timbre de dos llamadas de teléfono que Ivona atendió susurrando. Orlov repasó en alto su escrito:

1) Pasada la media noche dos señoritas paseando entablaron conversación con los milicianos que hacían puerta en la Prisión de Alicante. Tras unos minutos de risas y bromas las señoritas y tres de los cuatro guardias se dirigieron al piso que uno de ellos tenía no lejos de la cárcel.

2) Quién quedó de guardia protestó al ver que le dejaban solo, ordenándole el compañero al mando que cerrara la puerta y no abriera a nadie hasta que ellos regresaran como mucho en una hora.

3) Cerró tal como le ordenó y se acostó esperando el regreso de sus compañeros.

Escuchó voces poco antes de las cinco de la mañana y abrió pensando que sus compañeros regresaban del encuentro con las señoritas, pero se encontró con otro grupo de milicianos que venían para llevarse a Rivera —así se refería Orlov a Primo de Rivera— a Valencia.

4) Dos de ellos permanecieron con él en el zaguán, asegura que el más grande tenía acento gallego, mientras otros cuatro accedían a la zona de celdas. Escuchó un disparo de escopeta y de inmediato aparecieron dos de ellos llevando sobre sus hombros a Primo de Rivera envuelto en

una manta. Según le dijeron había opuesto resistencia y le dispararon.

5) El guardia intentó contactar telefónicamente con sus superiores, pero la línea estaba cortada, salió fuera y disparó varias ráfagas de metralleta.

6) El resto del personal de la prisión bajó a la entrada y descubrieron un reguero de sangre hasta la celda del secuestrado, donde encontraron el cuerpo de un tal Melquíades a quien el director de la prisión había dejado al cargo.

7) Al poco regresaron los tres milicianos que se fueron con las señoritas, al parecer estuvieron bailando y algo debieron echarles en la bebida porque los tres se quedaron dormidos.

8) En estos momentos la prisión está blindada tanto desde dentro, con los funcionarios que estaban en ese momento, como desde fuera, con tres pelotones de guardias de asalto que impiden que nadie entre o salga del recinto.

9) En Fortuna, provincia de Murcia, el coche de unos milicianos regresando al amanecer de una saca en Molina de Segura pinchó, y solicitaron ayuda a un vehículo que casualmente pasaba por allí.

10) Les extrañó no conocer al conductor y al parecer se comportaba de manera extraña. Tenía acento gallego.

11) Surgieron de la parte trasera del camión un número indeterminado de elementos que sin previo aviso comenzaron a disparar.

12) Los de la saca mataron al conductor del camión, iniciándose un intercambio de disparos.

13) Cuando los atacantes vieron a otro camión aproximándose huyeron velozmente dejando atrás al conductor de su propio camión que había caído muerto. Dos de ellos cubrieron la huida de sus compañeros.

14) Llegó el camión que regresaba de recoger aceite en Elche, y los atacantes

lanzaron una bomba al vehículo que voló por los aires, causando la muerte del conductor.

15) Los dos atacantes aprovecharon el humo del camión ardiendo para huir por tierra y en estos momentos están siendo buscados.

16) El atacante muerto que tenía acento gallego responde a la descripción física de quien custodió la puerta de entrada durante la liberación de Rivera. No llevaba documentación alguna, tan solo un escapulario con imágenes religiosas.

Lo extraño es que iba vestido únicamente con un chaquetón.

17) Ningún miembro de la FAI o grupo anarcosindicalista admite tener nada que ver con incidente alguno ocurrido en la cárcel de Alicante.

18) Se han establecido controles en todas las carreteras y pueblos limítrofes.

19) Tan solo nosotros cuatro, los funcionarios que están dentro, y los ministros anarquistas con quienes hemos hablado, sabemos la verdadera naturaleza de lo ocurrido.

Orlov leía su escrito con la parsimonia del obispo de Toledo el evangelio en la misa mayor del Corpus Christi. Tan solo se detuvo unos segundos cuando en el punto 5 sonó el teléfono que respondió solícita Ivona, quien exclamó vivaracha cuando su jefe terminó con el punto 19:

—Y veinte. Han encontrado un camión de la CNT escondido en una arboleda a las afueras de una población llamada Alhama de Murcia. Pudiera ser que fuera el de los secuestradores porque había manchas de sangre en el asiento del

conductor.

—¡Excelente noticia! —exclamó Orlov— No la esperada... pero sin duda muy buena noticia.

—En fin, parece que nos sonríe la fortuna —evocando el lugar del tiroteo— y todo comienza a solucionarse —concluyó Largo con gesto ufano.

—Yo no me atrevería a cantar victoria todavía —previno Prieto.

—No sé qué piensan ustedes —prosiguió Orlov que escuchó a los españoles con escepticismo— pero estoy convencido que Rivera no ha sido secuestrado sino rescatado. Esa acción la han perpetrado los fascistas.

Burgos.

20 de noviembre de 1936.

Tras la llamada de Hitler felicitándole por el éxito de la misión, Von Faupel viajó Burgos evitando encontrarse con Hedilla quien le pediría información. Von Faupel madrugó como cualquier otro día, y como cualquier otro día su primera acción fue telefonear al Barón Von Stohrer en Madrid quien le mantenía al tanto de cuanto ocurría en el bando republicano. Von Stohrer debió repetir incluso en tres ocasiones la información que le ofrecía: Primo de Rivera había sido fusilado de madrugada. Afirmaban las emisoras republicanas que la ejecución había tenido lugar en el patio de cárcel de Alicante a las 05:15 y fue llevada a cabo por un piquete de anarquistas. Aseguraba Von Stohrer que el locutor leía cada media hora el bando firmado por el presidente Largo Caballero según el cual la sentencia de muerte, emitida por el Tribunal Popular que lo juzgó, se había cumplido. Von Faupel no podía dar crédito al relato al otro lado del teléfono, aunque como bien sabía el alemán la más burda mentira tan solo necesitaba del conveniente aderezo de lugar y fecha, en este caso incluso la hora, para convertirse en una incontestable verdad

Nunca, en toda su carrera de militar o diplomático, se había enfrentado a una

situación tan desquiciante como aquella. La intención de los alemanes, en caso de lograr su objetivo tal como ocurrió, era llevar a Primo de Rivera a Alemania y alcanzar con él un acuerdo de colaboración ofreciéndole su apoyo para hacerse con la jefatura del gobierno español al concluir la guerra. Desde las 05:45 del día anterior sabía que Primo de Rivera continuaba en

Alicante, pero no muerto, como aseguraba la noticia, sino custodiado por el vicealmirante Carls a bordo del Deutschland, atracado en la dársena del puerto en base al acuerdo de neutralidad internacional también firmado por Alemania.

Von Faupel no había dejado un solo hilo suelto al planificar la operación de rescate. La liberación tenía originalmente un solo plan: la huida se planificó en un primer momento de acuerdo a un itinerario por tierra. La casualidad quiso que en esas fechas el referido navío estuviera atracado en el puerto, lo que propició la posibilidad de un rescate por mar que fue la finalmente la escogida para Primo de Rivera. El Deutschland se dirigiría posteriormente a encontrarse con el Admiral Graf Spee, fondeado cerca de Ibiza, a donde sería trasbordado el político español, para viajar hasta el puerto de Hamburgo en Alemania.

El embajador alemán recapacitó sobre la información recibida y tomó una única decisión: el Deutschland debía permanecer en Alicante y no zarpar al encuentro del Graf Spee. Telefonó a Martin Bormann, secretario privado de Hitler, con quien tenía acceso directo. De hecho, tan solo Bormann y el propio Hitler estaban al tanto de qué hacía y quién era realmente Wilhelm Von Faupel. El compatriota en Berlín le preguntó dónde estaba; llevaba más de tres horas intentando contactarle en Salamanca. Sus servicios secretos en Rusia le habían informado de la noticia del fusilamiento al aparecer brevemente mencionada en la portada del Uralskiy Rabochiy, siempre bien informado de cuanto ocurría en España. No entendía Bormann qué demonios estaba ocurriendo, porque acababa de hablar personalmente con Carls, quien le aseguró que su invitado —así denominaron a Primo de Rivera desde el inicio de la operación— dormía plácidamente en el mismo camarote que el teniente Friedrich Glasser. Le había ordenado que acelerara el plan previamente establecido por el propio Von Faupel, y el barco zarparía al caer la noche para proceder al acordado traslado de Primo de Rivera al Graf Spee.

Von Faupel aconsejó revocar la orden hasta no aclarar por qué los republicanos habían divulgado una información falsa. El secretario de Hitler no estaba dispuesto a dejar escapar una ocasión como esa. Veía en la mentira una oportunidad única para que sus cancillerías por el mundo desenmascararan los

tejemanejes comunistas en España. Von Faupel debió utilizar todas sus dotes persuasivas, que no eran pocas, para evitar que su superior efectuara movimiento alguno. Finalmente logró arrancarle un aplazamiento de 48 horas: el Deutschland continuaría amarrado a puerto con la excusa de verse obligado a realizar reparaciones en los motores. También le pidió que contactara con Friedrich y le pusiera al tanto de los acontecimientos, si bien debía guardarse la información para sí mismo y no comunicarla ni a Primo de Rivera. Se despidió de Bormann con el preceptivo ¡Heil, Hitler!, encendió un cigarrillo, pidió a Otto que le sirviera el desayuno, y cuando terminó salió tranquilamente a pasear por Burgos.

Otto, siguiéndole a prudencial distancia, se vanagloriaba secretamente de ser quien mejor conocía el alma de aquel hombre por quien no dudaría en dar su propia vida; y en cierta forma así era. Su jefe era un camaleón capaz de cambiar el semblante en lo que se dice Guten Morgen. En mil y una ocasiones lo había visto saludar ufano y dicharachero a los anfitriones de cualquier cóctel o fiesta cuando unos segundos antes, en la soledad del asiento trasero, su cara atrapada en el espejo retrovisor mostraba un gesto turbado. En esas ocasiones soplaba rítmicamente aire entre en sus labios alguna canción infantil sin llegar a silbar, como si expulsar el aire de sus pulmones

ennegrecidos por la nicotina le ayudara en la meditación. Esa mañana no paró de hacerlo desde que impregnó con mermelada casera de higos una rebanada de pan de hogaza.

Von Faupel guio sus pasos hasta la catedral. Estudió la fachada con displicencia, profesaba el protestantismo evangélico sin practicarlo y sentía especial aversión por los católicos. Ordenó a Otto esperar fuera. En el interior la luz era tan tenue como en la plomiza mañana del exterior. Olía a incienso y cera quemada; el cura subía lentamente la espiral escalinata del púlpito donde se encaramó para sermonear. Von Faupel se sentó en el extremo de la última bancada y escuchó:

“Hermanos imagino que todos conocéis el rumor. Al parecer las hordas rojas le han arrancado la vida a José Antonio Primo de Rivera, un hombre valeroso, joven, buen cristiano. Si en realidad ha muerto, lo ha sido como Jesucristo, asesinado a los treinta y tres años. La congoja que sentimos en nuestro corazón, en nuestra alma, quema tan intensa como el mismo fuego en el que ardió San Lorenzo. Sufrimos como si hubiéramos perdido a nuestro padre, a nuestro hermano, a nuestro hijo, porque padre, hermano e hijo es José Antonio. Estaréis tan preocupados como yo mismo, hermanos míos, y si el llanto alivia la angustia, llorad, llorad hasta el agotamiento; pero cuando ya no os queden más lágrimas

levantaos y luchad. Aplastad al abominable demonio soviético que solo escupe odio e inmundicia. Hoy estamos consternados ante los peores rumores, pero no lograrán vencernos porque Dios está con nosotros, porque la nuestra es una Sagrada Cruzada contra impíos y depravados; porque estamos dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre por salvar a España. Igual que el Apóstol Santiago venció a los infieles José Antonio iluminará el camino hasta la victoria final y el apóstol, no lo dudéis, está y estará a nuestro lado. El Generalísimo nos guiará con mano firme hasta derrotar a la chusma comunista. Y yo me pregunto:

¿A quién le sirve la muerte de José Antonio? ¿Acaso supone una gran victoria terminar con una vida joven llena de futuro? ¿Qué beneficio han sacado?

Las preguntas retóricas tuvieron un efecto epifánico en Von Faupel y en ese mismo instante dejó de prestar atención a las palabras del cura. Desde que colgó el auricular a Von Stohrer tan solo había pensado en un por qué: ¿Por qué habían lanzado una noticia de ese calado sabiendo que era mentira? Se lo había preguntado del derecho y del revés, por arriba y por abajo, por activa y pasiva...

y ni tan siquiera había logrado aproximarse a una respuesta por disparatada que fuera. Cuando el cura se preguntó a quién servía el asesinato de José Antonio su respuesta fue: a Franco. Cuando el cura se preguntó quién salía victorioso arrancándole una vida llena de futuro su respuesta fue: Franco. Cuando el cura se preguntó a quién beneficiaba la muerte de Primo de Rivera su respuesta fue: a Franco.

Otto se alegró al ver la cara risueña del viejo militar nada más poner un pie fuera de la catedral, signo inequívoco de que las preocupaciones se quedaron en el templo junto a los vergonzosos pecados escuchados en los confesionarios. Le ordenó que preparara de inmediato el coche para regresar a Salamanca, pero antes debía hacer una llamada importantísima para hilvanar el último hilo suelto que quedaba: los muchachos falangistas que habían ejecutado la operación.

Debían haber sido recogidos la noche anterior y si todo marchaba según lo previsto navegarían

rumbo a Melilla. Telefonó a Alemania para preguntar si, efectivamente, iban camino de la plaza africana. Le informaron que de momento nada se sabía de ellos y dio orden que, cuando estuvieran en sus manos, no los condujeran al destino originalmente previsto, sino que los mantuvieran en el barco sin permitirles entrar en contacto absolutamente con nadie.

Al salir de Burgos ordenó a Otto dirigirse al Palacio Episcopal en Salamanca indicándole que no tuviera prisa y tomara el viaje con tranquilidad. Quería disponer de tiempo suficiente para planificar el encuentro con Franco que, sin

duda, no resultaría fácil. Se reclinó en el asiento y Otto volvió a escuchar el sonido del aire expulsado entre los labios.

Elche.

19 de noviembre de 1936.

A Yo tenía un camarada le siguieron el Cara al Sol, Camisa azul... Cuando agotaron el repertorio político Conil cantó unos graciosos fandangos, y, exhaustos tras más de 24 horas en vela, cayeron profundamente dormidos.

Marcelino fue el último en cerrar los ojos. Al sacar el mapa, los salvoconductos y otros papeles que entregó a Salus, vio un grueso sobre en el fondo. Había llegado el momento de saber que contenía.

Se alumbró con la linterna y extrajo ocho carnets de la CNT –Confederación Nacional del Trabajo de España, según la denominación del cuadernillo-; las fotografías de ellos eran las de auténticos cadáveres, Friedrich, por el contrario, parecía más un señorito que un paria de la tierra, y se había hecho llamar Nicanor Villalta López. No se percató que la fotografía de su hermano Serapio era el otro perfil de él mismo, pero sí que habían alterado los apellidos; en el carné de falange su nombre era Marcelino Maldonado Antuña, y en este de la CNT Marcelino Antuña Maldonado, lo mismo ocurría con sus compañeros. El detalle se convirtió en anécdota al extraer del fondo un fajo de billetes grandes y pequeños que sumaban la cantidad de 20.000 pesetas, más de lo que habían visto todos ellos juntos a lo largo de sus vidas. Se guardó el dinero en el bolsillo de la chaqueta, y devolvió el sobre con los carnés al zurrón. No tardó en unirse al coro de ronquidos.

La luna tenía intensidad suficiente para iluminar los secarrales al lado de la carretera con idéntica fuerza que los desmayados focos del camión. Salus, naufrago en la cabina, intentaba mantenerse despierto. La oscuridad no le importaba, no había noche que no participara en una saca, pero llevaba más de 24 horas sin dormir. Hércules, le llamaban en tierras gallegas, y su crueldad e inmisericordia era bien conocida por los republicanos. Si corría el rumor de que Hércules iría de saca al pueblo, incluso los ateos se encomendaban a San José

por ser el patrón de la buena muerte. Mantenía la vigilia pensando que ni el quiromántico más avezado hubiera leído en las líneas de sus manos que los pasos por la calle San Isidro de Ponferrada desde el restaurante Gundín, con todas las mesas ocupadas, hasta el Casino Español, la alternativa para pegarse una comilona, le conducirían a liberar al hijo de Miguel Primo de Rivera, de quien vagamente había oído hablar en el recordado momento de hacía tan solo tres

años.

Era el día de los Ángeles Custodios de 1933 y en la capital del Bierzo se celebraba la feria de ganado más importante de la comarca. Su padre, retorciéndose de dolores por un cólico miserere, lo envió con dos novillas eralas bien cebadas, advirtiéndole que no aceptara un real menos de 50 duros. La del cuerno retorcido la vendió por 65 duros, y por la otra le sacó 75 a un tratante de Monforte de Lemos. Al señor Castro, dueño de la camioneta en la que a duras penas pudieron acomodar las novillas, le surgió la oportunidad de ganar algún dinerillo extra con el porte de una yegua a Bembibre. El transportista pensó que resultaría fácil embaucar a alguien que, con pinta de caballo percherón, debía ser corto de entendederas. Propuso al rapaz recogerlo a la vuelta, pero resultó que el buen mozo tenía la innata inteligencia de los desconfiados y no consintió. Tras sus tiras y aflojas Castro ofreció descontar dos duros por el transporte de las novillas; cinco duros fue el precio que puso Salus. Finalmente lo dejaron en 4

pero no lo recogería a la vuelta. No le importó sabía que a las 7 una furgoneta hacía el recorrido a Rubiana, donde vivía con su padre, y tan solo costaba 4

pesetas. Ufano por la provechosa venta de las novillas y el ahorro del transporte, decidió homenajearse con un buen banquete y, si se terciaba, visitar Las Vegas, una tasca donde hubo quien perdió la hacienda jugando al julepe y, también paraban unas chavalas de buenas curvas que en una habitación del piso superior organizaban paseos por el paraíso a 6 pesetas. Tenía 19 años y todavía no era un hombre de verdad. Era poco más del mediodía, disponía de 6 horas para atiborrarse y solventar el tema de la hombría.

Siendo feria, el restaurante Gundín estaba hasta los topes, y ni corto ni perezoso se encaminó al Casino que era sitio de postín. Se metió entre pecho y espalda dos buenos platos de fabes con los sacramentos correspondientes, una morcilla escoltada por pimientos del padrón, un chuletón de vaca rubia que se salía del plato colmado de patatas fritas, y como para el postre no se decidía entre flan o natillas, terminó pidiendo una buena ración de ambas. El casino era sitio elegante y la cuenta subió hasta las 12 pesetas. Preguntó a la camarera si podía envolverle el hueso del chuletón y ella le contestó que ese y otros veinte más.

Los quería para Canelo, cien kilos de mastín leonés, el verdadero ángel custodio de sus chotos y terneras siempre acechadas por lobos y otras alimañas; a su lado era dócil como un cordero, pero cuando salían al monte a cazar jabalíes adquiría la fiereza de un león. Además, era el único ser vivo del que había recibido cariño y amor.

Bien comido, estaba más que listo para sumergirse en las amorosas carnes de la cubana, una moza abundante en kilos que le había recomendado el de Monforte.

En la sala contigua al restaurante un hombre hablaba con el mismo gesto grave que utilizaba Don Rafael, el cura de Rubiana, gesticulando con los brazos. No llegaban a la docena quienes atendían al orador, y preguntó a uno que abandonaba la sala por la identidad del señor. Le respondió con desgana que era un político de nombre Onésimo Redondo fundador de las Juntas Castellanas de Actuación de Hispánica integradas en las JONS y debió aclararle que las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista eran un partido político.

Al parecer, los voluptuosos pechos de la cubana asomaban por Las Vegas a eso de las 5 de la

tarde, y se quedó a escuchar para matar el tiempo hasta esa hora. El tal Onésimo, todavía joven y a quien la naturaleza había regalado un atractivo aspecto físico, hablaba con el aplomo de quién está convencido de sus palabras.

Salus no acababa de entender qué era aquello del “sindicalismo”, que repetía una y otra vez, pero estaba de acuerdo con cuanto decía, desde la necesidad de defender la unidad de España cuestionada por comunistas y separatistas, hasta la importancia de la religión católica, pasando por una enervada defensa de campesinos y ganaderos. Salus fue el único en permanecer en la sala cuando terminó. Hablaron durante un rato y no le importó dejar para otra ocasión los rincones y recovecos de las generosas carnes de la cubana.

A la mañana siguiente, mientras esparcía paja limpia componiendo la cama de las vacas parideras, comunicó al padre que se había afiliado a las JONS. Ciriaco, así se llamaba el padre, no se pronunció, inmerso en la alegría por el beneficio obtenido con las novillas y porque sus rogativas a San Froilán a cuenta del miserere habían surgido efecto –más por lo primero que por lo segundo–; clavó la horca en una gran alpaca de paja y la levantó como si fuera un palillo con aceituna.

El porqué de su silencio es difícil de adivinar. Tal vez no lo escuchó, pues su cabeza pergeñaba qué hacer con los 125 duros recibidos la noche anterior; o tal vez sí, y no respondió por ser hombre de contadas palabras resultado del

maltrato de la vida. Además, siempre vio en ese hijo el brazo que le arrancó a Maruxa y no le importaba qué hiciera con su vida. La mujer no aguantó los casi 6 kilos que pesó Salus al nacer y murió en el parto. Ciriaco crio como buenamente pudo y sin ayuda, además del recién nacido, otros cinco mocosos que entonces tenían 11, 8, 7, 5 y 4 años respectivamente. Todos abandonaron el nido poco a poco: la mayor se casó en cuanto pudo y al parecer vivía en Sanjenjo; los dos siguientes emigraron a Sudamérica y nada sabía de ellos; tampoco tenía noticia de la pequeña, a quien despachó cuando se la preñaron con catorce años; el último murió de unas fiebres tifoideas siendo niño.

El 19 de julio de 1936 Salus se presentó con su camisa azul en el establo y le dijo al padre que España era más importante que limpiar boñigas de vaca.

Ciriaco continuó ordeñando a Celestina, acosada por seis escuadrillas de moscas, sin soltar siquiera las manos de las ubres para despedirle. No le extrañó. Canelo dormitaba en la sombra cuando vio a su dueño con la escopeta al hombro, señal inequívoca de que saldrían al monte. Le siguió fuera del establo cual oveja aborregada. Salus le ordenó quedarse y el perro obedeció, pero en cuanto se alejó apenas veinte metros trotó dócil hacia él; tres veces más lo intentó y otras tantas fracasó; estaba claro que su único amigo lo seguiría hasta las mismísimas calderas de Pedro Botero si es que allí se dirigía.

El animal saltó colocándole sus enormes pezuñas en los hombros y jadeando de excitación, en esa posición era casi tan alto como el dueño; lo abrazó, sintió un amoroso y áspero lametón limpiar la primera y última lágrima que nunca corrió por la mejilla de Salus. Lo apartó; cargó la escopeta con un cartucho de postas y lo miró por última vez sentado en sus cuartos traseros: la cara bonachona, los ojos tan dulces como confiados, el hocico vibrando nervioso, su parduzca

lengua babeando fofa y larga por un lateral de la boca, los colmillos como navajas lorquianas... todo él expresaba impaciencia por la pelea inminente. Colocó el cañón en la frente del animal y cerró los párpados para evitar ver lo que hizo.

El sueño terminó por rendir a Salus. Ángelito salió lanzado a la parte posterior de la cabina y el resto fueron amontonados unos encima de otros. Una rueda trasera había caído en una pequeña zanja, de apenas un metro, en la parte derecha de la carretera. La situación no parecía grave, se trataba simplemente de volver a subir la rueda colgando en el aire; sin embargo, el lateral del pequeño terraplén era totalmente vertical, impidiendo al camión el punto de agarre necesario para salir por sí mismo. Salus se quitó el chaquetón del soldado alemán, agarró decidido el parachoques y al primer intento de tirar se le desgarró

la camisa. Se la arrancó hecha girones y la lanzó lejos. No le importaba el frío de la noche y con el pecho descubierto volvió a probar; cayó de espaldas al arrancar el parachoques, pero el camión no se movió un ápice. Se distribuyeron todos a lo largo del camión y vaciaron sus fuerzas a la de 3 con similar éxito a Salus.

Emiliano, el más resolutivo, sugirió descargar el camión y cuando lo hicieron volvieron a realizar la misma operación; apenas si se elevó una cuarta más que antes. Sacó el gato, se arrastró bajo el camión y lo colocó donde se podía utilizar; arriba y abajo, arriba y abajo, lo subió, pero la altura alcanzada solo daba para salvar la llanta. Estaban en el centro de un yermo, y únicamente las luces de Elche en la lejanía desmentían que aquello fuera un desierto.

—¿Qué es eso de ahí? —pregunto Emiliano señalando la sombra de un pequeño montículo amorfo.

—Parecen troncos —escudriñó el Rubio.

—Dadme un punto de apoyo y moveré la tierra —solo Emiliano conocía el significado de la frase—. A por ellos.

No eran troncos, sino traviesas de tren que, por esas cosas absurdas de la vida, algún despreocupado abandonó allí. Cargaron con tres de ellas, Emiliano las colocó estratégicamente bajo el camión, les pidió que bajaran a la zanja, y a su orden todos metieron riñones hasta casi conseguirlo. Se alejó unos metros y evaluó la situación. Sentó al Rubio y Conil sobre la rueda izquierda delantera suspendida como si de una atracción de feria se tratara, y él volvió a colarse bajo el camión con el gato en el primer diente. ¡Arriba España!, utilizó esta vez para que todos arrimaran el hombro como un solo hombre, y en cuanto pudo metió el gato en la parte más próxima a la rueda subiéndolo sin perder un segundo. Este intento sí tuvo éxito. Remendar la somnolienta cabezada de Salus les costó bastante más sudor y tiempo del estimado al bajarse del camión. Cuando terminaron de apilar de nuevo la carga la luz inminente ocultaba el parpadeo de las estrellas en un cielo del mismo azul que sus camisas abandonadas en el Admiral Graf Spee.

Salamanca.

20 de noviembre de 1936.

El rumor del fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera corría por las calles de Salamanca

como el agua turbia del Tormes desbordado. El elegante Mercedes de Von Faupel quedó estacionado frente a la fachada del Palacio Episcopal.

Descendió y en el segundo escalón miró al cielo; sobre su cabeza languidecía la rojigualda bandera del ejército nacional. Fue el propio Franco quien el mes de agosto anterior, en Sevilla, había sustituido el constitucional emblema republicano por el de los desconfiados monárquicos alfonsinos de Renovación Española, como un gesto para atraerlos definitivamente a sus filas.

El ambiente dentro del hermoso edificio era de emoción contenida; en un par de ocasiones escuchó gritar “¡José Antonio, Presente!”, y “¡Arriba España!” ...

algunos también reclamaban paredón para los comunistas. Sobrecogía ver los gestos graves de quienes vestían camisa azul, y los ojos acuosos de algún que otro soldado con más de cien vales bailados con la muerte. Von Faupel recorrió presuroso el camino que ya conocía hasta el mismo despacho donde tuvo lugar la reunión dos semanas antes.

—Buenos días; quisiera ver a Franco. Soy el embajador alemán —se presentó al soldado tras la mesa.

—Sí, sí, sí... —asentía el soldado a su interlocutor al otro lado del teléfono tras informar que el Embajador Alemán estaba allí—. El Generalísimo tiene la mañana muy ocupada y no puede atenderle en este momento —colgando el auricular.

—Comunique que el asunto es de extremada urgencia, puedo esperar cuanto sea necesario.

—En cuanto venga, de acuerdo, así lo haré, de acuerdo... —asentía de nuevo al teléfono—. Por favor tome asiento, le recibirá cuando tenga un hueco —

indicándole una silla en el pasillo.

Para Von Faupel fondo y forma eran un todo indivisible, pero no se le atragantó la humillación a la que era sometido. Obedeció y sacó un cigarrillo de la pitillera. Lo encendió y fingió pasear impaciente aproximándose a la puerta para pegar el oído desde una distancia más próxima, reconoció la voz de Serrano Suñer en el interior. El soldado atrincherado tras la mesa de despacho no le quitaba ojo ni atendiendo al teléfono, utilizando siempre la misma fórmula al

responder: “¡Arriba España! Dígame” Al rato apareció un hombre cuyo traje en nada envidiaba al del embajador. Era calvo y utilizaba lentes con elegante montura de hueso. Su porte distinguido y delicado, el gesto sereno, la actitud tranquila... todo en él transmitía seguridad e inteligencia. El soldado se levantó de inmediato en cuanto lo vio en el pasillo y, tras informarle que el Caudillo estaba esperándole, golpeó la puerta con los nudillos y le franqueó la entrada.

Hasta entonces no había escuchado la palabra Caudillo que el soldado utilizó para referirse a Franco y se preguntó por el significado. Miró su reloj, casi una hora de antesala, pero estaba dispuesto a esperar cuanto fuera necesario.

Encendió el último cigarrillo de la pitillera en el momento de abrirse la puerta.

Serrano Suñer, escoltando a la persona del traje elegante, vio sentado a Von Faupel con la abnegación de un obrero esperando ser recibido por el patrón.

—Mil disculpas, mil disculpas, mil disculpas —reiteró reteniendo levemente por el codo a su acompañante que se dirigía directamente a la salida; el soldado se levantó nada más verlo y acudió solícito a cerrar la puerta—. Permítame que le presente al señor March, empresario plenamente comprometido con la causa.

Juan, el señor Wilhelm Von Faupel es el embajador alemán.

—Encantado de conocerle, señor March —aseguró Von Faupel bajando levemente la cabeza.

—He oído hablar mucho de usted, señor embajador —respondió March— y muy bien, por cierto. Precisamente el otro día le comenté a...

—Embajador, me disculpará si acompaño al señor March hasta la salida... —

interrumpió Serrano la conversación que parecía iniciarse—.

—Mi trasero soportará cinco minutos más la punta mal clavada en esa silla —

bromeó sin dejar escapar la primera oportunidad de insinuarle la descortesía a la que llevaba sometido más de una hora.

—Juan, ¿te importa? —apremió Serrano.

—Espero, querido embajador, que tenga una agradable estancia en España hasta que pueda regresar, esperemos que pronto, con su familia. Si me lo permite, me pondré en contacto con usted en cuanto sea posible.

Von Faupel asintió con la cabeza, y solo entonces soltaron ambos las manos

entrelazadas al saludarse. Continuó mirando la espalda de los hombres alejándose por el pasillo. El largo apretón de manos sirvió de vaso comunicante en el que ambos hombres se midieron y evaluaron el uno al otro. Efectivamente era un hombre inteligente y su forma de apretar la mano al saludar era la de quien se había hecho a sí mismo. Serrano regresó presuroso y le invitó a entrar en el despacho. Franco miraba por la ventana.

—Imagino que está al tanto de la terrible la noticia de hoy —dijo sin girarse.

—Desde luego. Si el rumor es cierto se trata de una gran tragedia. Una pérdida irreparable —abundó Von Faupel gastando tiempo entre cada una de las tres fases.

—¿Por qué lo habrán hecho? Y tan rápido. Tan solo unas horas después de dictar sentencia —intervino Serrano.

—También han tenido especial premura en publicar el bando, según me ha comentado un informador en Madrid.

—¿Premura? Eso no tiene la menor importancia —se giró Franco dirigiéndose a sentarse en el barroco sillón de la mesa del despacho, con Serrano y Von Faupel al otro lado.

—¿Y qué piensan hacer ahora?

—Proseguir con la guerra —respondió Franco que ese día parecía más hablador.

—Me refiero a si efectivamente han fusilado a José Antonio.

—No entiendo a dónde quiere usted llegar.

—Imagino que alguna repercusión tendrá. De ser cierta la noticia a quien han fusilado es al líder de Falange... —sin concluir la frase.

—¿Y?

—Quiero decir que alguna consecuencia tendrá. No creo que los falangistas estén dispuestos a quedarse con los brazos cruzados. En este mismo edificio he escuchado gritos pidiendo venganza.

—Los falangistas, señor embajador, deberán hacer lo que se les ordene. No puede ser de otra forma. La disciplina es fundamental para ganar esta guerra.

Los rojos nunca vencerán precisamente por eso... Porque cada uno va por su lado.

—Por supuesto, no puede ser de otra forma... además de los apoyos que puedan llegarle —a modo de recordatorio de las generosas ofertas de Alemania que enumeró en la primera reunión.

—Querido Wilhelm —Serrano intervenía por primera vez utilizando el tuteo que convinieron al despedirse el primer día— no sé si conoces una vieja expresión en española, “En el pecado llevas la penitencia”.

—Primera vez que la oigo. ¿Cuál es su significado?

—Que las malas acciones tienen sus consecuencias negativas, de igual forma que en el sacramento de la confesión el sacerdote impone una penitencia a los pecadores.

—¿Qué tiene eso que ver con el tema que estamos tratando? —Von Faupel nunca asistió a una catequesis donde enseñaran que los pasos de la confesión eran:

“Examen de conciencia; Dolor de los pecados y contrición del corazón; Confesar todos los pecados; Propósito de enmienda; y Cumplir la penitencia”.

—Que al matar al hombre —intervino de nuevo Franco— los comunistas han dado lugar al nacimiento de un mito; al héroe nacional que nos faltaba.

—Entiendo que dan por hecho que Primo de Rivera ha sido efectivamente fusilado.

—¿Qué beneficio tendrían los rojos en promulgar una mentira? —se preguntó Serrano.

—José Antonio será el estandarte de nuestra lucha —apostilló Franco.

—Lo que quiero decir es que tal vez las cosas no sean como parecen... —lanzó de nuevo la caña Von Faupel.

—Las cosas nunca son como parecen —interrumpió Serrano—. Todo el mundo piensa que estoy detenido en una clínica de Madrid por una úlcera gástrica y, ya ve usted, estoy aquí sentado hablando tranquilamente contigo.

—Si lo desea —intervino Franco— puede comunicar a sus mandos en Berlín que Ramón está libre. Pero le pido encarecidamente que no se haga público hasta que los rojos no den el primer paso.

La reunión no fue mucho más allá, y Von Faupel insistió en salir solo. Otto lo veía por el espejo retrovisor con el motor en marcha, pero su jefe no le indicaba la dirección donde dirigirse. Nunca antes, ni en las peores circunstancias, lo había visto con gesto tan sombrío. Estaba cabizbajo, absorto, meditativo, tampoco soplaba entre los labios, y contra su costumbre no había encendido un cigarrillo al subir al vehículo. Von Faupel trataba de averiguar quién fue gato y quién ratón en el juego que acababa de participar, pero algo le decía que no había existido tal juego: tenía la total y plena convicción que Franco no había mentido al hablar de la muerte de Primo de Rivera. El Caudillo, en referencia del soldado, no estaba en absoluto afectado por la desaparición del político, pero estaba convencido hasta la médula de que el dirigente falangista había sido fusilado aquella misma madrugada en el patio de la prisión de Alicante.

—A la sede de falange —ordenó tras unos instantes que a Otto le parecieron horas.

Madrid.

19 de noviembre de 1936.

Desde los bocadillos y el café que les entregaron a media mañana no habían tomado nada, pero ninguno de ellos tenía hambre y acordaron de forma unánime no parar a comer aunque eran pasadas las 4. La hoja con los 19 puntos de Orlov seguía sobre la mesa.

—Creo, señores, que la situación está muy clara. Primo de Rivera ha sido liberado por los suyos y viajaba a bordo de ese camión —manifestó Largo—.

—También pudiera ser que se tratara de unos anarquistas exaltados actuando por su cuenta —matizó Prieto—. Lo del cuñado de Franco cada día lo conoce más gente, lo mismo han actuado para que no ocurriera lo mismo.

—¿De verdad lo cree usted así, Señor Ministro de Defensa Nacional? —se encaró Orlov con él.

—¿Insinúa usted algo? —respondió Prieto con energía.

—No entiendo por qué le ha molestado mi pregunta. ¿Acaso tiene algo que ocultar?

—Vaya directo al grano –ordenó Largo.

—Lo cierto es que el señor ministro movió todos los hilos a su alcance para que Rivera fuera liberado la primera vez que entró en prisión.

—Era un Diputado de las Cortes Españolas y solo defendía nuestros derechos.

Hubiera hecho lo mismo por cualquier otro compañero –saltó Prieto de inmediato.

—Encomiable su celo democrático... pero qué me dice de Sánchez Mazas, el verdadero ideólogo de Falange.

—No creo que se deba matar a un hombre por tener ideas distintas. ¿Lo haría usted?

—Yo haré lo que tenga que hacer. Y lo de Negrín, ¿No le pidió que mediara para formar un nuevo partido con Falange y los miembros españoles del PSOE?

Imagino que conocerá el artículo de Rivera en el clandestino No Importa titulado

“Prieto se acerca a la Falange”. Puedo hacérselo llegar si no lo ha leído.

—Todos conocemos ese artículo. Eso no significa nada. Lea usted las Actas de las Cortes y verá que me trató de “canalla” y en Falange Española de “farsante”.

Incluso el propio Durruti se opuso a la encarcelación de Rivera –utilizó Prieto la fórmula de Orlov- porque ello suponía acabar con lo único sano de la España franquista.

—Durruti... Buenaventura Durruti... Ese anarquista engreído no tardará en ser historia... –sonrió complacido Orlov a Ivona que también sonrió por primera vez-

—Son quienes piensan como usted los que han llevado a España a esta situación.

—¡Indalecio! –amonestó Largo–.

—Su nombre, señor Prieto –continuó Orlov el acoso y derribo– estaba en lista de ministros del gobierno de reconciliación nacional que Rivera propuso desde la cárcel; de Obras Públicas, si mal no recuerdo... y también fue usted el artífice del acuerdo propuesto para canjear al fascista....

—Lo de José Antonio fue una locura a la que ni los suyos hicieron caso –

interrumpió Prieto–. En cuanto a lo otro, me pidieron que actuara de mediador para el intercambio y lo único que hice fue incluir otros treinta camaradas y pedir una desorbitada cantidad económica pensando que rechazarían la propuesta. Aun así, estaba seguro de que los anarquistas nunca accederían al cambio.

—Ahí quería yo llegar...

—Señor Orlov –Largo Caballero se puso en pie para dar mayor solemnidad a sus palabras–. La

fidelidad a la causa del ministro Prieto está por encima de toda duda. Creo que está usted sobrepasándose y no le permito que continúe por ese camino. Si tiene algo que decir dígalo claramente y no se ande con rodeos.

—Disculpe señor presidente. Todo lo que está ocurriendo resulta muy extraño.

Me temo que los fascistas contaron con apoyo interno para liberar a su líder y no hay que dejar un solo cabo sin explorar. ¿Sabía usted que el señor ministro, aquí presente, instigó para que fuera su buen amigo Federico Enjuto quien juzgara a Rivera encomendándole evitar la condena a muerte?

—Se trataba de un prisionero muy valioso que podía ser canjeado en cualquier momento por alguien de peso.

—¿Sabía usted que el ministro aquí presente —repitió a modo de puntilla final—

fue la primera persona con quien contactaron los capitalistas vascos que financiaron la creación de Falange?

—Indalecio... —Largo no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Paco —hablaba el hombre y no el político—, hace años, un amigo de Neguri ligado a la banca me invitó a una reunión con industriales preocupados porque el gobierno parecía solo interesado en la reforma agraria olvidando el tejido industrial. Durante la conversación comentaron que España necesitaba un

partido moderno, como los de Italia y Alemania, estaban dispuestos a poner el dinero que fuera necesario y me propusieron encabezarlo. Les dije que no y eso fue todo.

—¿Acaso no le aseguré a Rivera que si el Partido Socialista tuviera la vena patriótica que tiene la falange ni él ni su partido tendrían razón de ser? —a modo de puntilla levantando por primera vez la voz.

—Disculpen, disculpen que interrumpa —se acercó acelerada Ivona—. Acaban de llamar de Murcia. Además de sangre en el asiento del conductor también han encontrado bastante documentación y ocho carnés de la CNT que pudieran ser falsos. Todo indica que es el camión de quienes liberaron al fascista.

La cara de Orlov reflejó por primera vez una reacción humana. Ordenó que le trajeran inmediatamente un mapa de la zona y el mismo hombrecillo que contó lo del escapulario se lo entregó cuando el embajador ruso se despedía de los políticos españoles. Debía contactar con Moscú para comunicar lo que estaba sucediendo.

Anoche e Ivona encendió las luces. Orlov desplegó el mapa sobre los papeles que cubrían la mesa y lo estudió meticulosamente. El pueblo estaba al lado de la Sierra de Espuña y pensó que allí se dirigían los fugados. Su siguiente orden fue para Ivona, quería conocer el contenido de la documentación encontrada junto a los carnés falsos. En apenas cinco minutos ya sabía que se trataba de distintas órdenes de abastecimiento para las siguientes poblaciones: Elche, Molina de

Segura, Lorca, Cartagena, y Almería. Su índice derecho efectuó sobre el mapa el recorrido que hubieran hecho los fugados de no ser por el oportuno incidente con los de la saca. Primo de Rivera todavía no era libre, pensó Orlov sin poder reprimir una maliciosa sonrisa cuando, mirando al mapa como si fuera un tablero de ajedrez, su mente diseñó un jaque mate.

Las siguientes órdenes fueron rápidas y seguras: la provincia de Murcia debía movilizarse a la mayor premura; se establecerían de inmediato controles en carreteras, caminos, y dentro de las poblaciones, además de las mencionadas también en Totana, Puerto Lumbreras, Vera... y cuantas jalonaban el recorrido; todos los vehículos sin excepción debían ser registrados, incluso los ocupados por mandos; la Sierra de Espuña quedaría aislada y patrullada hasta el último rincón; se bloquearía la costa por tierra y mar entre Torrevieja y Almería; las fotos de los raptos en los carnets del sindicato anarquistas debían ser

distribuidas a cuantos grupos de milicianos participaran en la operación; se informaría a las patrullas que eran ellos a quienes buscaban, ni una palabra de Primo de Rivera cuya cara era de sobra conocida –“si no se disfraza de mujer como Serrano”, comentó Prieto más relajado–... Ivona cumplía solícita cuanto se le pedía con un auricular en cada oreja.

Orlov miró por la ventana que hacía horas ocuparon Prieto y su embajador.

Escuchó las dos campanadas que pronunció el carrillón de la Puerta del Sol.

Después un silencio absoluto tanto dentro como fuera del edificio. Comenzaba a llover, y probablemente seguiría así desde ese viernes recién nacido hasta el domingo. Llevaba 20 horas sin dormir, pero no sentía cansancio alguno.

—Y ahora, señores, viene lo más importante –se giró Orlov mirando a los dos políticos con aspecto agotado en sus sillas.

—Usted dirá –musitó Largo Caballero prácticamente sin fuerzas.

—Debemos comunicar que Rivera ha sido fusilado según la sentencia del juicio.

—¡Usted ha perdido la razón! –exclamó Prieto, respondido por una mirada de desdeñosa por parte de Orlov.

—¿Por qué motivo? –preguntó el presidente– Nuestra credibilidad en España quedaría por los suelos si se descubre la mentira; y no digamos el ridículo en el extranjero, perderíamos todo nuestro prestigio.

—Usted lo ha dicho, “si se descubre”, pero no tiene por qué descubrirse. Rivera continúa en nuestras manos. No en la celda de una cárcel, sino en una jaula de unos cientos de kilómetros cuadrados. Solo es cuestión de encontrarlo.

—Será como buscar una aguja en un pajar –previno Prieto atónito por la locura que acababa de escuchar.

—El enemigo –continuó Orlov impasible ignorando lo escuchado– no llevará a cabo ninguna

operación de rescate si piensan que ha muerto. Diremos que todo se ha desarrollado tal y como ha sucedido, con la única diferencia que quienes asaltaron la cárcel son ahora auténticos milicianos, y no se lo llevaron, sino que lo fusilaron allí mismo.

—Su plan es descabellado. A estas horas media Alicante sabrá lo ocurrido —

agotó Prieto sus últimas energías.

—¿Acaso no es descabellado mantener que tenemos a Suñer ingresado en una clínica cuando se fugó hace más de tres meses? —contestó retándole—. En Alicante tan solo conocen lo sucedido quienes custodiaban la cárcel, y a esos los tenemos aislados.

—No se puede comparar uno con otro... —participó sin entusiasmo Largo Caballero en referencia a la fuga de Serrano.

—Le juro que le entregaré el cuerpo de José Antonio si usted me redacta un bando en los términos que le he dicho. No tenemos un minuto que perder.

El juramento de Orlov sonó rotundo y concluyente. El presidente miró a su ministro, ninguno de los dos dijo una palabra. Ya fuera porque le convenció el razonamiento del ruso, o porque el tiempo volaba y debía tomar una decisión que en su estado de agotamiento le resultaba imposible, se dirigió arrastrando los pies a la mesa del despacho. Sacó una hoja en blanco, y comenzó a escribir.

Orlov dejó huérfano a Prieto y se dirigió al rincón de Ivona pidiéndole que le pusiera en contacto con Trinidad en la prisión de Alicante. Al minuto alargó el brazo ofreciéndole el auricular.

—¿Cómo van las cosas por allí?... entonces garantizado que nadie ha entrado ni salido... y los presos tampoco saben nada... perfecto. Cógete a cuatro o cinco y los fusilas ahora mismo en el patio... sí, sí, me da igual quienes sean... que se corra la voz de que se ha cumplido la sentencia y Rivera está muerto... No, no, eso no... debes ejecutarlos inmediatamente nada más colgar el teléfono... De acuerdo, dos carlistas y dos falangistas... Así es... sí, eso sí... Escucha con atención, es muy importante... sí, eso me parece muy bien... Escucha. Escucha con atención. La operación ha sido ejecutada tal y como ha ocurrido, lo único que cambia es que en vez de llevárselo lo han matado allí mismo... ¿Qué quienes han sido?... No, no... eran de los nuestros... si, como te digo, de los nuestros, unos anarquistas locos que han subido desde Málaga, el asunto ya está solucionado... Buena idea contar también lo de ese Melqui... En cuanto hayas cumplido la orden telefonéame... No te preocupes, en cuanto ejecutes la orden envío un pelotón para que os recoja a todos y os lleve a lugar seguro... Ah, una última cosa, ¿Cómo se llama el que hacía guardia cuando han llegado los anarquistas andaluces? ... Te digo que eran de los nuestros y andaluces...

empieza a hablar en esos términos... eso es... el nombre del guardia... y de

apellido... Guillermo Toscano, perfecto. Camarada, no olvidaré lo que has hecho, tienes mi palabra.

—Este plan es una locura y acabaremos pagándolo —previno por última vez Prieto desde la mesa

larga con cara de haber sido derrotado.

—Ivona, comunica urgente con Moscú.

La cara de Orlov, hablando en ruso, se iluminaba por momentos; no por utilizar su idioma, sino porque llegó justo a tiempo para que en el Uralskiy Rabochiy se incluiría una breve nota relativa a la sentencia y fusilamiento del fascista José Antonio Primo de Rivera.

Ordenó a Ivona que divulgara las ejecuciones que en ese mismo instante estaban teniendo lugar en Alicante a todos los periódicos; con especial énfasis en asegurarse que lo publicara el ABC en la edición de Madrid de ese 20 de noviembre y, si era posible, también en la edición que se publicaba para la zona rebelde en Sevilla. Largo terminó el escrito y se lo entregó; Orlov lo leyó y asintió. Se lo pasó a Ivona con orden de remitirlo a periódicos y emisoras de radio. Ella, también con cara demacrada por la tensión vivida, descolgó el teléfono dispuesta a cumplir aquella última orden.

—Espera —la detuvo Orlov—. Estoy tan cansado que he olvidado algo importante.

¿Quién conoce algún periódico de Alicante?

—El Luchador —dijo Prieto como un barco hundido y desarbolado.

—Gracias —le sonrió Olov en actitud de haber enterrado el hacha de guerra—.

Ivona, toma nota y envía lo que te voy a dictar a El Luchador.

Orlov se tomó su tiempo mientras paseaba de un lado a otro. El presidente estaba respingado en una postura impropia de su cargo; Prieto rebuscó entre las colillas del cenicero y encendió un cigarrillo a medio consumir; Ivona bostezó. Orlov comenzó a dictar.

Declaración de Guillermo Toscano: Al llegar al patio, me sorprendí al ver en el mismo y ya antes en el pelotón de fusilamientos a otros tres que no sabía quiénes eran, supongo que de otra cárcel. En el patio, además de la fuerza que estaba en fila de ejecución, había como espectadores hasta un número aproximado de cuarenta personas. Seguidamente se dirigió José Antonio al lugar donde estaban

los otros tres y yo mismo, a la fila encargada de la ejecución. No hubo voz de mando para hacer las descargas, las cuales se efectuaron a capricho, en número de cinco o seis, y al pronunciar los gritos de “¡Viva España!” y “¡Arriba España!” por parte de José Antonio. Una vez en el suelo, yo, como llevaba pistola, fui el encargado de darle el tiro de gracia a todos ellos. Después de dicho acto, en todos los asistentes se manifestó la consiguiente algarada en los comentarios.

Puerto de Alicante.

20 de noviembre de 1936.

Primo de Rivera se despertó a media mañana. El camastro donde había dormido no era mucho más cómodo que el de la celda, pero estando libre descansó en él cual si fuera lecho de rey.

Estaba solo. Ni rastro del teniente Friedrich Glasser, con quien apenas si habló antes de que caer drogado de excitación y exhausto por el agotamiento. Se incorporó; el camarote estaba tenuemente iluminado por la luz que entraba a través de dos ojos de buey ocultos tras las cortinillas. Se levantó, apartó suavemente la tela y miró fuera: había comenzado a llover; sobre el agua del puerto flotaban pringosas manchas de aceite brillante y objetos de todo tipo, el más inusual la cabeza medio calva de una muñeca; las grúas en el muelle de enfrente, como cigüeñas con bebés colgando, descargaban camiones de un buque mercante. Tras la puerta colgaba una percha con camisa blanca y traje gris marengo; a sus pies unos zapatos relucientes. La puerta estaba cerrada por fuera. Aseado y vestido intentó de nuevo abrir la puerta; no tuvo éxito y llamó con los nudillos. Nadie contestó; se sentó a esperar pensando que la prisión había durado lo que un embarazo y aquel día representaría el amanecer de la nueva España que pensaba construir.

Escuchó introducir la llave en la cerradura y Friedrich, en impoluto uniforme de las SS, abrió de improviso. Le seguía el aroma al café que portaba un marinero en una bandeja. El teniente tomó la bandeja, despidió al marinero sin permitirle siquiera entrar al camarote, la colocó sobre una pequeña mesa, y volvió a cerrar la puerta.

—Preferiría el comedor, llevo semanas desayunando en una celda.

—El comedor ya está cerrado, si desea algo de la cocina podemos prepararlo —

lamentó al sentarse en la cama donde había dormido la noche anterior.

—Pensaba que ya estaríamos navegando —conjeturó el español tomando un sorbo de café.

—Zarparemos mañana, un par de días como mucho. Parece lo más conveniente dadas las circunstancias.

—¿Qué descarga ese barco? —preguntó en referencia al mercante que había visto.

—Es el Kursk, un *sonderschiffe* soviético —respondió restando importancia—. Ya estaba aquí cuando llegamos nosotros.

—Sonders...

—Sonderschiffes, barcos mercantes supuestamente neutrales que en realidad transportan material bélico. También nosotros los tenemos.

—Me gustaría desembarcar en Galicia —Primo de Rivera, siempre al tanto de las operaciones militares, conocía las zonas en poder de los nacionales.

—De eso quería hablarle. Todavía no tenemos un destino definitivo.

—¿Y eso? —preguntó sorprendido olvidándose del café.

—Las autoridades del Reich desean hablar con usted antes de que pueda reunirse con los suyos. Resultó muy extraño su ofrecimiento de mediación entre los bandos cuando se inició la guerra.

—Hice lo que como español consideré necesario para que la patria no se desangrara como así está ocurriendo. Simplemente propuse un gobierno de reconciliación integrando distintas fuerzas políticas; eso fue todo. Pero no sirvió de nada y lo que nació como un intento de cambiar el gobierno del Frente Popular ha desembocado en una guerra.

—¿De verdad hubiera regresado a la cárcel tras mediar con la Junta de Defensa en Burgos? —preguntó Friedrich más por curiosidad personal que por otra cosa.

—No lo dude; había empeñado mi palabra.

—¡Ustedes los españoles resultan imposibles de entender! A falta de un rey quieren poner a dos —bromeó Friedrich retomando el hilo de una conversación aparentemente amigable—.

—Desde luego que no yo. Los seguidores de Carlos Hugo, los carlistas, son unos trasnochados ciegos ante la necesidad de modernizar España, gente cerril e intransigente; y los alfonsinos... ¡Qué quiere que le diga!, ¡Alfonso XIII traicionó a mi padre! Nunca lo olvidaré.

—¿Conoce a los generales sublevados?

—A bastantes de ellos; algunos son buenos amigos. En cuanto a otros... Sus intenciones son honradas, pero lamentablemente su mediocridad política es desoladora.

—¿También la de Franco? —preguntó a bocajarro.

—Franco —esbozó una sonrisa Primo de Rivera antes de contestar—. Es un hombre con falta de nervio, excesivamente cauteloso. Su única obsesión es ganar la guerra sin entender que su función debe servir, únicamente, para propiciar un programa político. Los militares obedecen, no deciden. De momento cuenta con el apoyo de Falange, pero queda mucho por hablar.

—Entiendo. Termine su café. En estos momentos no es conveniente establecer comunicación con el exterior. La operación todavía no ha concluido y debe guardarse la máxima precaución. Ni la marinería de este buque sabe que está usted aquí. De momento descanse tranquilamente y si puedo hacer algo por usted no dude en comunicármelo. Bastará con golpear la puerta —dijo Friedrich por concluida la conversación al tiempo que salía y aseguraba el cierre desde el exterior—.

Friedrich continuó con el informe para Von Faupel interrumpido cuando le avisaron que el invitado había despertado. La relación entre Friedrich y Von Faupel parecía haber estado marcada por el destino.

Hans Glasser, así se llamaba el abuelo del joven teniente, estaba al cargo de las 11 compañías acantonadas en Soppo, parte del Camerún alemán hasta la I Guerra Mundial, y Wilhelm Von Faupel era capitán en una de ellas. El abuelo

supo ver las innegables cualidades de su subordinado y lo captó para el servicio secreto. Su primer destino fue el Colegio de Guerra Alemán en Buenos Aires, donde mantuvo buenas relaciones con Perón llegando a ser asesor militar del ejército, y también le encomendaron misiones en Brasil y Perú.

Durante los turbulentos años de entreguerras, Von Faupel proporcionó valiosa información a Hitler para la preparación del malogrado golpe de estado. Cuando finalmente el Führer se hizo con el poder le encargó encabezar un selecto y secreto grupo de espías que informaría a su vez sobre los servicios secretos.

Algo así como el vigilante que vigilaría a los vigilantes. Von Faupel, siempre previsor y desconfiado, prescindió de curtidos camaradas y buscó savia virgen en las Juventudes Hitlerianas. Como si la vida fuera una rueda, incorporó al nieto de su propio mando en Camerún, en quien apreció las mismas cualidades que su viejo comandante había visto en él mismo. La relación entre ambos, Von Faupel y Friedrich, superaba ámbito profesional: para uno fue el hijo que le hubiera gustado tener; para el otro, el padre que sustituyó al verdadero que yacía en el fondo del mar. Cuando Von Faupel recibió el encargo de trasladarse a España para liberar un político preso desconocido entonces para él, no dudó en reclamar la colaboración de su alumno más aventajado. El cartesianismo racional de Friedrich complementaba su inquisitorial mente con idéntica armonía que violín y piano en el concierto de Mozart para esos dos instrumentos.

Su fórmula de trabajo conjunto era metódica y rutinaria: Von Faupel entregaba a Friedrich cuanta información relativa al asunto en cuestión hubiera conseguido; este elaboraba en solitario un plan que exponía a su jefe-maestro, quien tras estudiarlo ejercía funciones de abogado del diablo señalando hasta el mínimo e intrascendente detalle que era revisado y corregido por parte del alumno.

Posteriormente Von Faupel, como el más desalmado Torquemada, sometía el plan de Friedrich a un exhaustivo examen que tan solo se superaba con Matrícula de Honor.

Abordaron la operación de Primo de Rivera como si fuera una doble misión: por una parte la fuga de la cárcel, y por otra la huida hasta la definitiva liberación. El plan de fuga propuesto por Friedrich resultaba operativamente sencillo y fue aprobado por Von Faupel, quien siempre tenía la última palabra, con irrelevantes cambios menores. El plan de huida, sin embargo, fue revisado y vuelto a revisar en no menos de seis ocasiones. Originalmente Friedrich diseñó una huida rápida por la costa bien al norte o al sur, evitando atravesar Alicante, hacia alguna cala segura donde serían rescatados. Von Faupel aceptó sortear el núcleo urbano

fácilmente controlable si algo salía mal. Sus principales objeciones tenían que ver con la ruta posterior: dirigirse hacia el sur por la carretera de la costa era el camino más rápido e indudablemente allí establecerían los primeros controles; la misma objeción en la ruta del norte. Ninguna de las alternativas propuestas por Friedrich ya fuera por norte o sur, este u oeste, convencían a Von Faupel quien finalmente expuso su propio plan tan simple como irracional: en vez de dirigirse a la costa o hacia territorio nacional, que parecía lo más lógico, se adentrarían en terreno enemigo y desde allí buscarían la costa tan al sur como fuera posible.

Cuando Friedrich tenía el plan de huida estaba prácticamente completado, Von Faupel tuvo noticia de que el Deutschland navegaba con dirección al puerto de Alicante a donde llegaría en noviembre, y recurrió a Martin Bormann para coordinar las fechas de amarre. Tan solo los ingenuos consideran el factor suerte, pensaba Von Faupel, quien supeditaba el éxito profesional, personal, incluso amoroso, utilizando el acrónimo ODE: Orden, Disciplina, y Esfuerzo. De forma imprevista Von Faupel recibió la orden de trasladar al invitado a Berlín en vez de

devolverlo a los nacionales. El plan B del Deutschland pasó a ser el plan A.

Von Faupel no mencionó el barco ni las nuevas órdenes, y solo cuando Friedrich tuvo bien atado el último cabo suelto de la huida por tierra, le ordenó preparar la alternativa por mar. El subordinado puso manos a la obra de inmediato y a los pocos días ya tenía pertrechado el primer borrador. El plan de fuga continuaba siendo el mismo, el de huida se había reducido al traslado del invitado de la cárcel al puerto. El acceso a las instalaciones navieras siempre estaba vigilado y no podrían entrar con un camión perteneciente a la CNT y FAI como indicarían las siglas pintadas; otro inconveniente era el punto de amarre que no sería conocido hasta que el controlador del puerto lo comunicara al práctico -con quien podían contar, dicho sea de paso-. Además, un ataque próximo a las edificaciones propiciaría que cualquier desesperado insomne diera la alarma al ver el trajín a esas horas intempestivas. Buscó soluciones: podrían cambiar de camión tras el rescate y resultaría sencillo sobornar a los guardias; el invitado podía ser llevado a bordo junto a un grupo de marinos simulando estar borrachos tras una juerga nocturna. Algo le decía que aquel no era un buen plan; demasiados imponderables para una mente tan meticulosa como la de Friedrich, y desechó la idea de llevarlo directamente al barco nada más liberarlo.

El joven teniente alemán resolvía los problemas más complejos recurriendo a soluciones simples y sencillas. En este plan, a diferencia del anterior, el prisionero se fugaría, pero no huiría. Vio claro que debían evitar el control de

entrada y abordar el barco por el costado del agua evitando miradas indiscretas.

El tiempo adquiriría en el nuevo plan una dimensión medular; lo importante ahora era la premura y la ruta más rápida era atravesando la ciudad. Se dirigirían hasta la misma playa seleccionada para desembarcar, y con la colaboración del práctico para evitar despertar sospechas, lo trasladarían al Deutschland. Si el plan funcionaba, en menos de una hora José Antonio Primo de Rivera habría pasado de una celda en la cárcel a un camarote en el barco. Estos fueron sus cálculos: 3-5 minutos dentro de la cárcel; 15-20 minutos atravesando la ciudad hasta la playa; 20-25 minutos de navegación entre la playa al barco. El plan “auf dem seeweg” –por mar– en contraposición al “über land” –por tierra–, que presentó a Von Faupel recibió el Nihil Obstat a la primera. Ahora disponían de dos planes conceptualmente distintos y al mismo tiempo intercambiables incluso en el último momento. ¿Acaso se podía pedir más?

Fortuna (Murcia).

19 de noviembre de 1936.

El anaranjado cielo del amanecer amortiguaba la luminosidad de los faros. El sol estaba a punto de despuntar y la distancia hasta Sierra Espuña, donde debían permanecer escondidos durante el día, era considerable. Siendo hombre rural, Salus sabía ver en las distancias largas y distinguió en la lejanía dos pequeñas luces como brasas de cigarrillos, probablemente era un control. Golpeó con sus nudillos la parte trasera de la cabina, era la señal convenida para que sus compañeros se escondieran tras las cajas de naranjas y construyeran un muro con los sacos de cebollas y patatas. Redujo la marcha, las luces continuaban inmóviles y preparó la documentación correspondiente al transporte de Molina de Segura, junto con el albarán de salida firmado y el de llegada todavía sin rúbrica.

Se aproximó con cautela tanto por ver de qué se trataba como para que sus compañeros tuvieran tiempo de prepararse ante cualquier contingencia. Cuando llegó a la altura del vehículo estacionado a la izquierda de la carretera, ya se habían parapetado tras las verduras. No se trataba de control alguno, como comprobó de inmediato.

—Salud, compañero —saludó quien hizo señales para que detuviera la marcha, junto a otros dos milicianos.

—Salud —respondió Salus— ¿Qué queréis? Llevo un transporte de suministros a Molina de Segura.

—Hemos pinchado y no tenemos gato; préstanos el tuyo.

—Tengo mucha prisa. Tenía que haber llegado hace una hora y ya voy tarde —

Salus metió primera con intención de continuar cuando otro de los milicianos, con cara de pocos amigos, saltó hasta ponerse frente al camión deteniendo la incipiente marcha.

—La madre que te parió —exclamó el primer miliciano—. Por cinco minutos no te van a fusilar.

—Es que tampoco yo tengo gato —Salus recordó que quedó olvidado bajo el camión cuando lograron sacarlo de la zanja y, apremiados por volver a cargar lo antes posible, ninguno se preocupó en recuperarlo.

—Pero como cojones no vas a llevar gato —dijo el tercer miliciano fumando despreocupado, apoyado en el coche pinchado.

—Miradlo vosotros mismos —Salus abandonó la cabina, sin detener el motor, y abrió el cajón de las herramientas certificando la veracidad de sus palabras.

—Me cago en la madre que me parió. Vaya día que llevamos. Domingo, Domingo, ¿dónde cojones estás?

—Cagando —se escuchó la voz de un cuarto miliciano tras unos arbustos.

—Manda cojones —se quejó el primer miliciano que llevaba una metralleta colgando del hombro y parecía ser el jefe—. Tú no eres de por aquí —dirigiéndose de nuevo a Salus— ¿Dónde está el Pichabrava?

—¿Qué Pichabrava?

—El que suele hacer esta ruta.

—Ahhh, el Pichabrava...

—¿Cómo se llama? Ahora que lo pienso no sé ni su nombre. Como todo el mundo le llama Pichabrava por ser cura rebotado.

—Paco; Paco García —improvisó Salus demostrando ser mucho más astuto de lo que nadie

hubiera imaginado.

—Ese acento es del norte, de Asturias o por ahí.

—Me largué de Galicia cuando cayó en manos de los fascistas, y ahora vivo con la Josefa — siguió inventando— ella sí es de Molina.

—No será la hermana del Antonio y el Doroteo... nos han dicho que tenía una hermana que se llama Josefa, pero no la hemos encontrado.

—Ni idea de quienes son —los escondidos escuchaban la conversación con las armas cargadas por si debían intervenir.

—Sí, hombre, con el pelo cano —continuó dando detalles—.

—Mi Josefa tiene solo una hermana —volvió a tirar de inventiva-, la Mari.

—Pues mejor para ella porque el Antonio y el Doroteo eran unos hijos de puta falangistas. Unos terratenientes explotadores —intervino quien detuvo el camión incorporándose a la conversación— Para llevarles flores ni al cementerio hay que entrar. Les acabamos de dar matarile en el paredón y allí se han quedado.

—Bueno, yo tengo que seguir —más tranquilo y disponiéndose a continuar la marcha.

—Eú, no tengas tanta prisa. Me cago en la puta —gritó- Domingo, acaba de una jodida vez que tienes que acompañar a este compañero hasta Molina —exigió el jefe.

—Es que tengo caguerilla por el conejo que nos dieron, seguro que era gato — volvió a excusarse la voz tras los matojos.

—¿Qué quieres decir con eso de que me acompañe?

—Sí, hombre. Lo acercas a Molina y que se haga con un gato para cambiar la rueda, porque a este paso nos van a dar las uvas. Ya encontrará alguno que lo

acerque de vuelta.

—Ya está de amanecida y no tardará en pasar alguien, seguro; ellos os podrán dejar uno. Será más rápido.

—A estas horas el único transporte que pasa por aquí es el del Pichabrava.

Además, así llevarás compañía, que con el Domingo no te vas a aburrir.

—¿No te llega para comprar una camisa? —preguntó el de cara de pocos amigos, que no perdía detalle de nada y miraba el camión con curiosidad.

—Me la quité cuando estábamos cargando y cuando fui a cogerla me la habían robado —Salus encontraba respuesta adecuada para todo.

—Vaya facha llevas con esos pantalones...

—¿Qué llevas en el camión? —dijo el que preguntó por la camisa con intención de encaramarse y ver el interior.

—Lo normal comida...

—Ostias qué naranjas más buenas. De esas me voy a comer yo una —dispuesto a saltar la cartola.

Antes de que Salus pudiera atraparle un tobillo, el cañón de la escopeta de Conil le dejó sin cara. Salus empujó al otro, dirigiéndose veloz a la cabina cuando sintió cuatro impactos en la espalda. Ni el plomo pudo tumbar un hombre tan grande. Quien le había disparado, cambió de posición para hacerlo de frente y sonó un nuevo rátátátá, pero aquel portento humano continuó andando con el estómago hecho un colador. El miliciano no daba crédito a lo que veía, Salus continuó avanzando hacia él y le atrapó el gaznate hasta cortarle la respiración; sus manazas perdieron súbitamente fuerza y se desplomó atrapándolo bajo su peso. En la caída Salus miró por última vez al cielo ya iluminado, y confundió el perfil de una nube con la cara de su Canelo.

El tal Domingo, con el pantalón por los tobillos, sacó del coche una metralleta y disparaba tumbado en los bajos del vehículo; el que fumaba también se había protegido tras unos árboles próximos. Los seis falsos anarquistas se distribuyeron convenientemente y respondían a los disparos. Marcelino vio llegar a lo lejos otro camión que confundió con un piquete anarquista.

—Vámonos, vámonos, les llegan refuerzos —gritó abriendo la puerta del acompañante con intención de ponerse al volante.

—Tenemos que recoger a Salus —gritó Emiliano.

—Está muerto, el hijo puta ese lo está utilizando de parapeto.

—Vamos Conil —gritó Emiliano desde el camión, donde ya había subido Angelito y el Rubio tenía medio cuerpo.

—Marchaos, largaos de aquí, yo os cubro —respondió Conil sacando otros dos cartuchos de la canana.

—Acelera —suplicó Serapio sentado en el asiento del acompañante a su hermano, que intentaba meter primera.

Sin previo aviso, el Rubio, cual soldado perteneciente al Batallón Sagrado de Tebas, volvió a saltar a tierra. Miró a su amigo, le cucó un ojo, y comenzó a disparar. El camión renqueó al principio y finalmente se alejó veloz justo cuando llegaba a la altura de la trifulca el vehículo que Marcelino vio llegar. Era el Pichabrava que boquiabierto intentaba adivinar qué estaba ocurriendo. Dos bombas de mano que lanzó Conil golpearon en el parabrisas y explotaron sin que Pichabrava pudiera abandonar la cabina, el humo era tan negro y espeso apenas si dejaba ver las llamas. Pasó un tiempo indeterminado hasta que los auténticos milicianos comprobaron que sus disparos no eran respondidos. Quien hiciera de jefe, oculto tras la mole inerte de Salus, ordenó cesar el fuego. Disparó una última ráfaga no respondida, y se arrastró hasta el ribazo al otro lado de la carretera. Una veintena de cartuchos gastados y similar número de vainas fue todo lo que encontró. El enemigo había huido.

Oviedo.

6 de febrero de 1932.

El sol atemperaba las enmohecidas piedras color verdinegro en tierras asturianas

aquel 6 de febrero de 1932 cuando a media mañana Gonzalo Navia cerró la puerta en su casa de Oviedo provisto con suficiente munición de lápiz y papel en dirección a la Iglesia de San Juan el Real. Era redactor de El Carbayón, la publicación más popular de la provincia, y su director le encargó cubrir el acontecimiento del día: la boda de Zita Polo. Acudiría el “Todo Oviedo” como en anteriores acontecimientos de la familia Polo. El padre de la novia, de nombre Felipe, llevaba años fallecido, pero era recordado por ser un acreditado y reputado abogado de ascendencia carlista, que dejó una herencia lo suficientemente jugosa para que su familia mantuviera la dignidad social. Su mujer, Ramona, había muerto incluso antes que él; y Felipe, Carmen, Isabel, y Ramona, los cuatro hijos del matrimonio, siempre honraron la memoria y recuerdo de sus progenitores. Carmen, por ejemplo, escogió el nombre de María del Carmen Ramona Felipa María de la Cruz, para su única hija a la que familiarmente llamaban “Nenuca”. Gonzalo Navia comenzó precisamente su artículo recordando que Nenuca recibió el sagrado sacramento del bautismo en aquella misma iglesia, donde su tita Zita estaba a punto de recibir el igualmente sagrado del matrimonio, y en la que también se habían casado sus papás.

El novio, de nombre Ramón Serrano Suñer y brillante abogado del estado, era un don nadie para la pretenciosa burguesía provinciana. Ni uno solo de ellos sabía que, en las elecciones del año anterior, le disputó el escaño al mismísimo Niceto Alcalá Zamora liderando el improvisado partido Unión de Derechas de Zaragoza. No tuvo éxito en esa ocasión, pero sí tendría en la siguiente, cuando ocupó un asiento en el hemicycle de la Carrera de San Jerónimo junto a sus compañeros de la CEDA, Confederación Española de Derechas Autónomas.

Nada de esto les importaba a las, como escribió el gacetillero, “siempre hermosas y bulliciosas señoritas pertenecientes a las más distinguidas familias de Vetusta que asistieron al emotivo

enlace”. Ellas solo vieron un novio guapo; tan, tan guapo y atractivo, que no les hubiera importado desvanecerse si eran sus brazos quien las atrapaba en la caída.

Serrano Suñer había nacido en la vieja capital cantonal de Cartagena donde su padre, ingeniero de caminos de origen catalán, estaba temporalmente destinado.

Fue un brillantísimo alumno de Derecho en la Universidad Central de Madrid, llegando a presidir la APE (Asociación Profesional de Estudiantes). Se fanatizó partiendo de un maurista radicalismo conservador hasta recalar en la facción más fascistoide de los cedistas: las Juventudes de Acción Popular. Opositó con éxito para abogado del estado y en su destino de Zaragoza conoció a Zita, abreviación de Ramoncita. ¿Qué hacía una ingenua y risueña asturiana en Aragón? Carmen

Polo, la hermana mayor de la novia, asumió el papel de madre al morir la verdadera siendo Zita poco más que una niña. El marido de Carmen, Francisco Franco, era director de la Academia Militar de Zaragoza; ese camino utilizó el destino para unir a Ramón y Ramona.

El plumilla no perdió detalle de la boda con una amplia representación de las fuerzas vivas locales bien emperifolladas, ¡a ver qué se pensaban esos capitalinos! Nombró a los dignatarios y señores principales que vinieron desde Madrid y otras capitales... y no fueron pocos. También mencionaba que el novio llevó por testigos a su cuñado el general Francisco Franco, y a don José Antonio Primo de Rivera, hijo del insigne Miguel Primo de Rivera.

—Paco, Paco —llamó Serrano mientras esperaban la llegada de la novia— Me gustaría presentarte a José Antonio de quien tanto te he hablado. José Antonio mi cuñado Francisco Franco.

—Todavía no, Ramón, todavía no somos cuñados. Lo seremos en un momento, pero todavía no —dijo socarrón alargando su mano a Primo de Rivera.

—General. Me alegro de conocerle —apretó una lánguida mano extendida sin fuerza ni entusiasmo.

—José Antonio es un buenísimo amigo. Nos conocemos desde la facultad; lo tuve de secretario cuando fui presidente de la APE.

—Buenos tiempos —recordó Primo de Rivera.

—Yo siempre admiré a su padre —aseguró Franco—. Gran militar y gran político, por mucho que ahora quieran deshonrar su memoria. Este país deberá saldar en algún momento la gran deuda que tiene con él.

—Ya sabe, general, en este país incluso el rey...

—Dejaros de política, tiempo tendréis a lo largo del día. Lo que quiero es que os conozcáis y agradeceros haber aceptado ser mis testigos de boda. España espera grandes cosas de vosotros.

—Yo espero de ti algo, que, según oídas, puede resultarte más difícil: que seas un buen marido y

cuides de Zita como corresponde. Esa chiquilla es para Carmina –refiriéndose a su esposa Carmen– más hija que hermana.

—Todas las novias se hacen de esperar –cambió Primo de Rivera el tema de conversación lanzando un capote a su amigo.

—Mira Nenuca, ya llega la tita Zita –Franco cogió en brazos a una niña de unos 6 años como hacen los padres con hijas de esa edad.

Ante tal acción Primo de Rivera frunció el ceño con extrañeza buscando una respuesta en la cara de Ramón, quien simplemente asintió encogiéndose de hombros. Contra lo que propuso el novio, sus testigos no volvieron a dirigirse la palabra durante la celebración, excepto en la sacristía. Al certificar con su firma lo unido por Dios para la eternidad, intercambiaron brevemente unos comentarios: Primo de Rivera mencionó la penosa situación política en España; Franco parecía lamentar que en las pasadas elecciones de noviembre Primo de Rivera no consiguiera su acta de diputado. Acordaron, no obstante, reunirse en Madrid, siendo aquel el primer encargo que recibió el recién casado.

La reseña del enlace matrimonial concluía lamentando no haber logrado desvelar el secreto lugar donde los felices novios disfrutarían de su más que merecida luna de miel. En cualquier caso, el reportaje fue bastante completo y mencionaba que los comensales comenzaron degustando una exquisita cecina asturleonera para pasar a continuación al cordero asado traído desde Burgos, regado con excelentes y apreciados caldos provenientes de viñedos riojanos. La tarta nupcial, de hojaldre con nata y chocolate, tenía ocho pisos coronados por una simpática pareja de novios en traje nupcial; los de verdad y el resto de invitados brindaron con champán de la Señora Viuda de Clicquot, que corrió en abundancia, por la felicidad de los ya señores Serrano-Polo. En la última frase afirmaba Gonzalo Navia que: “los escandalosos amigos de los novios, como correspondía a su envidiable edad, disfrutaron bailando los más actuales ritmos musicales, a cargo de la Orquesta Quinta Nota de Luarca, hasta altas horas de la madrugada”.

Archena.

20 de noviembre de 1936.

El cuerpo de Pichabrava quedó totalmente calcinado sobre el volante del camión.

Aquel día las habituales lechugas y alcachofas habían sido sustituidas por garrafas de aceite y la explosión causó una impresionante humareda que oscureció a vivos y muertos. El Rubio aprovechó la circunstancia para tirar de su amigo, demasiado ciego en la algazara de tiros, y huyeron como amante descubierto en lecho ajeno. Durante el día se movieron con idéntico sigilo y precaución de liebre que, como ellos, se escondían tras cualquier matojo de tomillo. Así evadieron tanto a lugareños en su faena como a las patrullas que los buscaban. Anocheciendo atravesaron la bacheada carretera entre Madrid y Murcia y descansaron en una arboleda a los pies de Archena. El amoroso susurro de un riachuelo cercano venció las defensas de Conil que cayó dormido en un dulce sueño. El Rubio miró la cara de su amigo: más amorosa que el susurro y más dulce que el sueño. Lo aconsejable hubiera sido despertarlo para continuar la marcha con la complicidad de la noche, pero no lo hizo. Como dijo su líder:

“Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas.” Velaría el descanso del amigo. Sería otra forma de agradecerle, y ya iban cien tras otras mil, que en su Conil natal siendo niños el bello durmiente se enfrentó a la media docena de abusones que se mofaban de él utilizando su apellido y condición: “Sastre es modistilla; Sastre es modistilla”.

Conil no actuó por valentía o arrojo, eso llegaría más tarde, sino por venganza.

Él mismo había sufrido en sus propias carnes la ruindad del desprecio: le apodaban “lagartija” por la piel escamada que cubría su cuerpo. Según dogma popular los ronchones en la piel tenían que ver con que a su madre se le cortó la leche mientras le amamantaba como consecuencia del disgusto causado por la accidental e inesperada muerte de su marido. Fuera o no cierto, la alteración cutánea convirtió a Conil en un niño timorato y acomplexado, hasta que su vida cambió el día que le rompió la nariz a uno de los brabucones que le insultaban.

Así aprendió el infante Román que la violencia era la mejor, tal vez única, fórmula para defenderse y ser respetado. La infantil pelea tuvo lugar en Conil de la Frontera, el último rincón que encontró la madre para escapar de los recuerdos que evocaba cada recodo de su Lorca natal.

No fue en Conil, sino en Casas Viejas donde Román vivió el año más feliz de su vida. Llegó al entonces desconocido pueblo de la mano de su padrino, también de nombre Román, guardia civil destinado en aquella población. El benemérito agente era hermano de la madre del chico y en las navidades de 1932 decidió llevárselo con él. Según afirmó, no lejos del cuartel brotaban de una poza, la

“Fuente de los Lacrimosos” la llamaban, unas aguas sulfurosas que como las del

río Jordán eran milagrosas con los artríticos, mano de santo para llagas ulcerosas, además de curar todo tipo de fístulas y pústulas; incluso algunos aseguraban que también servía de excelente crece pelo. La Casa Cuartel del pueblo fue el paraíso donde Román disfrutó de lo mejor que nos ofrece la vida.

Allí sintió el cosquilleo del primer amor cuando Rocío, hija del sargento Manuel Álvarez, le cogió la mano sin importarle las tiras de piel que se desprendían como camisa de culebra. Fue un año inolvidable e irrepetible: iba a la escuela, se bañaba en la poza, se escabullía con Rocío por senderos y recovecos en sus primeros ronroneos; probó la manzana de Adán en forma de moscatel dulce colgando de la parra trepadora en la fachada del ayuntamiento... La tía Paca lo trataba como al hijo que nunca pudieron tener y los domingos de invierno, después de misa, siempre esperaba un buen tazón de chocolate con picatostes. La enfermedad remitió y antes de terminar el año casi desaparecieron por completo los ronchones rosáceos. ¡Acaso podía existir mayor felicidad!

La madrugada del 11 de enero de 1933 toda su inocencia se desvaneció como paloma en chistera de prestidigitador. Durante la noche hubo asamblea de jornaleros en la Casa del Sindicato Único, donde colgaron una bandera rojinegra; el ambiente estaba muy caldeado y continuamente se escuchaban gritos y proclamas revolucionarias. Sin previo aviso algunos hombres con escopetas al hombro se dirigieron a casa de Juan Bascuñana, el alcalde. Lo escoltaron hasta el Cuartel con el encargo de transmitir a los allí encerrados que se había proclamado el comunismo libertario, y que entregaran las dependencias a la nueva autoridad.

Fueron precisamente los fuertes golpes de Bascuñana en el portalón los que atemorizaron al joven Román.

Escuchó al padre de Rocío preguntar desde el interior qué querían y alguien respondió desde la calle aquello de la proclamación libertaria. Contestó el sargento que él había jurado fidelidad a la república y la defendería hasta la muerte. Escuchó improperios y blasfemias también desde el exterior, y al sargento ordenar a Pedro y a Manolo, los otros dos números que completaban la guarnición, que ocuparan posiciones. Con la luz apagada, irrumpió en la habitación el tío Román y se arrodilló en la ventana apuntando a la noche con el fusil. La tía Paca lo sacó de la cama apurándole hasta la cocina, y se escondieron en la pequeña despensa, el lugar más protegido. No tardó en escuchar tiros y más tiros..., y silencio... y más tiros y más tiros; y después más tiros, y de nuevo más tiros entre los Ora pro nobis de la tía. Y de repente todo en silencio, roto por uno... dos... tres disparos esporádicos. Tal vez algunos más en la lejanía.

A partir de ese momento los recuerdos de Román eran imprecisos al estilo de las pesadillas. El estruendoso ruido al abrirse el portalón, los lloros desconsolados del pequeño Pedrín, lamentos saliendo de boca de mujer, portazos y vítores...

hasta que pasado un rato el teniente Fernández Artal, que mandaba la docena de guardias de asalto que vinieron para liberar el cuartel, encontró a tía y sobrino abrazados en el escondite. Con gesto serio les indicó que podían salir. Las paredes estaban desconchadas por impactos de bala y debieron saltar jergones de lana tirados por los pasillos. Los números Pedro Pérez y Manuel Rodríguez, cabizbajos, eran animados en el cuartito de la entrada por tres uniformados fumando. Paca preguntó por su marido y le dijeron que estaba herido, como el sargento Álvarez. En la calle, el sol había pasado el mediodía y en el Ayuntamiento y la Casa de Arbitrios todavía ardían algunas dependencias.

Aparecieron Rocío y su madre; la primera no lloraba impedida por el miedo, la segunda tampoco porque el intenso dolor, cual agujero negro, no dejaba escapar las lágrimas. El joven Román se atragantó de rabia por no tener a quien derribar de un puñetazo.

Por la tarde tropas de refuerzo acorralaron a los anarquistas en la choza donde vivía Paco el Seisdedos, un viejo campesino que les llamó cariñosamente chiquilicuatres cuando los sorprendió en uno de sus roneos. Lo que ocurrió en Casas Viejas forma parte de la historia. Nunca fue buena idea desenterrar cadáveres; ni los de un lado, ni los del sargento padre de Rocío o el tío Román, muertos el día siguiente a causa de las heridas. Al atardecer subieron sin previo aviso a Rocío y su madre en un coche negro y se las llevaron. Los dos enamorados ni tan siquiera pudieron despedirse y nunca volverían a verse.

El joven Román, el alma empapada en odio, regresó con su madre a Conil de la Frontera tras enterrar al padrino en la natal Lorca. Deambulaba melancólico por las calles como si fuera un fantasma, tenía eternas ojeras, a veces arrastraba hasta la playa su tristeza... Allí lo encontró un buen día Fermín Sastre, el niño a quien años antes libró de los abusones. Se convirtieron en amigos inseparables y Fermín -lo de llamarle “el Rubio” vino durante la guerra- fue recuperándolo poco a poco para la vida.

Pasado el Día de Difuntos de aquel 1933, un coche destartado con un altavoz en el techo

recorrió las calles de Conil lanzando proclamas de un nuevo partido recién fundado: la Falange. Un levante inmisericorde levantaba cortinas de arena en la playa de los Bateles mientras los dos amigos tomaban una gaseosa en el bar El Pasaje. Pajarito, así llamaba Román a su nuevo amigo, comenzó a leer en alto

una trasnochada reseña de Bodas de Sangre, estrenada en Madrid 6 meses antes.

A Román ni le interesaba ese tal Lorca, ni otros nombres como Cernuda o Juan Ramón mencionados en los comentarios de su amigo. Las consignas que salían del altavoz afónico apenas si eran comprensibles y cuando el coche paró frente al bar decidiendo que dirección tomar, Román gritó “Anarquistas Asesinos”. El coche avanzó unos metros, se detuvo sin previo aviso y enmudeció. Se bajó un hombre de gesto soberbio; Román pensó que, tras nueve meses, llegada era la hora de parir el puñetazo. No fue así, el camisa azul le preguntó si quería matar comunistas, Román contestó que mejor anarquistas pero que lo mismo era.

Cuatro días después se afilió a Falange, y con él su amigo Pajarito.

El Rubio, tenía pocas o ninguna cosa en común con su deseado amigo -fue el jefe territorial de Cataluña, Roberto Bassas, quien por primera vez lo llamó

“Conil” durante el II Consejo Nacional de Falange-. Físicamente era bastante más escuálido que Román y tampoco tenían nada que ver la economía de ambas familias. Sus padres frecuentaban los salones de los Malpica, Borrego, Mora-Figueroa, Romero Abreu... en definitiva, los más reputados apellidos de la provinciana ciudad gaditana. Tocaba el piano y le gustaba leer, el teatro, e incluso la danza; cuidaba su aspecto tanto en el vestir como en la pulcritud de su cuerpo. Pero el atractivo que sentía por Román iba más allá de lo racional y espiritual, aunque nunca osó insinuarlo siquiera. Si el decoro y las buenas formas no lo prohibieran, le hubiera lamido desde la primera hasta la última gota de agua salada –o de sudor manado de sus poros, qué más daba– cuando se bañaban juntos en el mar.

El Rubio y Conil tuvieron su bautismo de fuego por tierras andaluzas y la preceptiva confirmación en Badajoz durante la madrugada del 15 de agosto de 1936. Aquel día Conil vació todas sus cartucheras en la Plaza de Toros, incluso pidió más balas a Pajarito que no lograba calmarlo en su delirio. Tenía los ojos enrojecidos y en cada disparo susurraba “Rocío”. El Rubio entendió entonces que nunca llegaría a conquistar el corazón del amigo enloquecido, y prefirió no cuestionarse el sentido de su vida.

El Rubio era de naturaleza escéptica y nunca creyó en partidos políticos, ni en doctrina religiosa alguna, ni tan siquiera en la normativa de la Asociación Cultural Casino Conilense, presidido por su padre, o la Cofradía de Pescadores de Jábega... ninguno de ellos le hubiera aceptado si mostraba quién o qué era realmente. Se afilió a Falange con el mismo entusiasmo que lo hubiera hecho al Partido Comunista, o a la CEDA si su amigo Conil hubiera optado por ellos. En

aquellos momentos el partido que vertebraría la sociedad española durante 40

años, apenas si contaba con 5.000 afiliados.

A diferencia de Conil, que nunca se preguntó el significado de ser “una unidad de destino en lo

universal”, el Rubio leyó cuanto cayó en sus manos sobre el partido al que pertenecía: su fundador, José Antonio Primo de Rivera, fue militante de Unión Monárquica Tradicional, de quienes se alejó al entender que Alfonso XIII había traicionado a su padre; el nombre de Falange Española surgió en el Teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1933; su primera denominación fue Movimiento Español Sindicalista –MES– aunque era conocido como MES-FE, correspondiendo las siglas FE a Fascismo Español, denominación preferida por Ruiz de Alda, co-fundador junto a Primo de Rivera; fueron unos industriales bilbaínos, dispuestos a financiar un partido que confrontara los desmanes de las izquierdas, quienes aportaron los primeros fondos tras conocer la ideología joseantoniana reflejada en “Orientaciones para un nuevo estado”, artículo publicado en el único número de El Fascio: Haz Hispano. También leyó que las JONS surgieron cuando Onésimo Redondo asoció sus Juntas Castellanas de Acción Hispánica con el partido de Ramiro Ledesma, director del semanario La conquista del Estado. Ledesma estuvo presente en el acto del teatro de la Comedia y recurrió a su amigo Areilza, también buen amigo de Primo de Rivera, para mediar en pro de la unión entre la FE de Primo de Rivera y sus JONS. Así nació la FE de las JONS en las que ahora militaba.

—Román, Román, ya está amaneciendo –siempre le llamó por su verdadero nombre.

—¿Qué dices, Pajarito, qué hora es?

—No sé, no llevo reloj. Pero está amaneciendo y tenemos que marcharnos.

—¿Qué te parece si vamos a Lorca? Allí tengo familia.

—A donde quieras, pero apúrate que cada vez hay más luz.

—Tengo la boca seca. Bebo un poco de agua y nos largamos.

—La de ese río sabe a huevos podridos y además está caliente –vamos a buscar agua de verdad.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, hace un rato me pegué un trago y está como podrida; aún tengo sabor a perro muerto en la boca –susurraba.

Conil pegó un salto y sin atender los consejos del Rubio se dirigió directamente al agua. La tocó con la mano y al sentir el amoroso calor del agua termal en sus dedos se desnudó por completo. La profundidad le llegaba a la cintura y su mente le transportó a la redentora poza de “los lacrimisos”. Conil, feliz, subía y bajaba, a veces de frente, otras de espalda dejando ver el ronchón de principio a fin de la columna, herencia de la olvidada soriasis. De tanto en cuanto saludaba despreocupado con ambos brazos a la arboleda sabedor que Pajarito estaba observando. Así era.

Escondido tras un arbusto de moras el Rubio no perdía detalle. Había introducido la mano derecha en el amplio bolsillo del pantalón y su corazón bombeaba sangre como la locomotora que era. Chacachá, chacachá, chacachá...

cada vez más rápido, cada vez más hombre. Era la primera vez que lo veía totalmente desnudo,

sin el odiado bañador que pese a resaltar las nalgas y el bulto en la entrepierna, en la Playa de los Bateles, censuraba lo que se moría por ver. Chacachá, chacachá, chacachá... cada vez más rápido, cada vez más hombre. Fuera botones en la bragueta. Poco importaba que la luz ya fuera intensa; incluso mejor. Bastante oscuridad había tenido en su propia habitación recreando la ilusión de mil y una situaciones como aquella; y ahora la tenía en vivo ante sus ojos. Chacachá, chacachá, chacachá. Poco importaba que no tuviera el espejo del armario escupiéndole su vergüenza. Chacachá, chacachá, chacachá. Cerró los párpados para sentir más intensamente la inminente explosión de su hombría.

¡PUM!, sonó un disparo seco. Abrió los ojos y vio la cara sorprendida de Conil mirar un hilillo de sangre comenzando a brotar de su estómago; ¡PUM! sonó inmediatamente otro que le dio de lleno en el hombro. Y después tres más que lo sumergieron definitivamente en el agua. Saltó del zarzal disparando con su ametralladora a todo y a nada mientras maldecía a la madre que parió no sabía a quién. Se introdujo en el agua caliente y comenzó a tirar del brazo de su amigo al modo de un pescador de jábega atado a la maroma, no dejaba de disparar más a los ángeles que a los mortales. Únicamente sintió las dos primeras punzadas de abrasador plomo abriéndose paso entre sus carnes. El resto no dolieron. Cayó sobre su amigo y ya sumergido le quedaron fuerzas para abrazar al hermoso

cuerpo desnudo.

Salamanca.

20 de noviembre de 1936

El ambiente en la Junta de Mando de Falange situada en la calle Toro era silencioso y tenso como en el funeral de un niño. A diferencia del Palacio Episcopal nadie gritaba e incluso los sollozos eran algo tan íntimo y personal que permanecían ahogados en las gargantas. Todos estaban al tanto del rumor, y el único reflejo de la tragedia eran las caras de aquellos hombres vistiendo camisa azul: en unos consternada, en otros iracunda, en todos abatida y con vidriosos ojos de mirada perdida. Un falangista de pelo engominado y voz entrecortada, indicó a Von Faupel el despacho de Hedilla.

—Mi querido Von Faupel, nos lo han matado —dijo Hedilla abrazándolo como a un hermano tras la pérdida del padre.

—Así parece.

—Estaba usted en lo cierto, tenía toda la razón. Debo reconocérselo. Yo estaba ciego.

—Será muy difícil sustituir esta pérdida...

—Difícil... ¡imposible! —exclamó Hedilla acostumbrado a la fea costumbre de interrumpir—. Nadie podrá sustituir a José Antonio. Nadie. Absolutamente nadie.

—Por supuesto, por supuesto. Se trata de una pérdida irremplazable.

—¿Qué falló en la operación? ¿Tiene usted noticia?

—En absoluto. Desconozco qué pudo salir mal. Precisamente venía a preguntarle si sabía usted algo...

—¿Yo? Cómo iba a saber yo nada. Me ha tenido usted totalmente desinformado

—recriminó altivo.

—¿Tengo su palabra de honor de que usted no dijo ni media palabra a nadie, tal como convinimos?

—Tiene usted mi palabra de falangista, que vale más que la de honor.

—Entonces debo pedirle disculpas. Cuando me comunicaron esta mañana que José Antonio había sido fusilado pensé que alguien se había ido de la lengua. No había sido yo, así que...

—Embajador, sus palabras me ofenden.

—Le ruego me disculpe, no por mantenerle al margen, que consideré lo más oportuno, sino por haber dudado de usted.

—Acepto sus disculpas —contestó satisfecho Hedilla volviendo a caer en las redes—. Pero nunca olvide que está usted ante un español y un falangista; en el orden que prefiera.

—No volverá a ocurrir —dijo por zanjado el tema de la desconfianza—. Tiene mi palabra.

—Cuénteme lo que sepa. Yo perdí toda pista desde que mis chicos subieron al pesquero en Málaga.

—Hasta donde tengo información desembarcaron en Alicante tal como estaba previsto y se les vio partir con el camión —Von Faupel le pormenorizó en Alba de Tormes toda la operación, pero nunca llegó a comunicarle que Friedrich también participaría y que Primo de Rivera sería evacuado por mar—. Pensaba que tal vez alguno de ellos había logrado ponerse en contacto con usted por algún medio.

Por eso he venido a verle.

—Nada sé de ninguno. Tan solo lo que me ha dicho Pepe en el Anaya, que por lo visto hay mucho movimiento de patrullas por la zona de Murcia. Lo mismo continúan vivos.

—Entonces ha hablado con el Señor Millán-Astray —refiriéndose a quien Hedilla había llamado Pepe—.

—En cuanto he tenido noticia del rumor.

—¿Qué le ha contado?

—Lo que sabía. No mucho. Al parecer ya ayer tuvieron noticia de piquetes movilizándose por la zona; pero hoy, por lo visto, todas las carreteras están controladas y en los pueblos han sacado hasta el último miliciano de sus casas para buscar debajo de las piedras. Incluso en Albacete y

Granada.

—Eso quiere decir que los chicos siguen vivos.

—¿A qué se refiere?

—No tiene sentido tal movilización donde no hay siquiera frente—la prodigiosa mente de Von Faupel no paraba de maquinarse mientras hablaba.

—¡Dios lo quiera! Son como mis propios hijos.

—Según veo la situación, querido Manuel, los chicos siguen vivos. No sé si todos, pero desde luego alguno permanece con vida. Permítame conjeturar: llegaron con el camión hasta la puerta de la cárcel, los milicianos descubrieron el engaño, ya fuera en la cárcel o durante el recorrido hasta allí, y debieron huir.

Para evitar males mayores fusilaron en ese momento a José Antonio. Imagino que está usted al tanto de lo de Serrano... —Von Faupel conocía la respuesta.

—¡Por supuesto! —contestó orgulloso Hedilla, que era uno de los pocos conocedores de que Serrano Suñer estaba en Salamanca y no convaleciente en un hospital de Madrid.

—Los comunistas, para evitar verse expuestos a otra similar, decidieron eliminar a José Antonio.

—Así es, vuelve a tener razón. Muerto el perro se acabó la rabia —su cara iluminada como si alguien le hubiera desentrañado el misterio de la Santísima Trinidad.

—Pero los chicos siguen vivos. No tengo la menor duda... se lo garantizo.

—Voy a cursar órdenes inmediatamente para que nuestra gente en aquella zona intente encontrarlos antes que los rojos.

—Tal vez no sea lo más apropiado...

—¿Qué quiere usted decir? Lo más importante es salvar sus vidas —afirmó perplejo.

—Movilizar a mucha gente, como han hecho ellos, no haría sino despertar sospechas, lo mismo que a nosotros. Desde mi modesto punto de vista lo más aconsejable sería enviar a una o dos personas, como mucho, que pasarían desapercibidos —y guardó silencio.

—Continúe —suplicó intrigado.

—Nosotros conocemos el recorrido desde Alicante hasta la playa de Almería; los comunistas, sin embargo, están dando palos de ciego. Por eso movilizan sus milicias incluso en las provincias limítrofes.

—Es usted un portento. Con la ayuda de gente como usted, querido Wilhelm, es imposible perder esta guerra.

—Si me lo permite, déjeme continuar.

—Soy todo oído.

—Una o dos personas pasarían desapercibidas y podrían moverse con relativa facilidad por el mismo recorrido que ellos debían efectuar. Lo único que necesitarían sería contactos. Gente de plena y absoluta confianza que además de dar cobertura proporcionaran información sobre cualquier movimiento miliciano sospechoso y garantizarían amparo cuando fueran localizados.

—Interesante... —escuchaba atónito el falangista.

—Si usted diera el visto bueno, yo dispongo de la persona indicada. Un hombre de mi total confianza y con experiencia en situaciones similares. Con un listado de contactos no me cabe la menor duda que rescataría a sus muchachos. De cualquier forma, la decisión vuelve a estar en sus manos como la última vez que nos vimos.

—Estoy de acuerdo con usted absolutamente en todo, incluso que fuera su hombre quien lo intentara... pero lo de la lista. Si cayera en poder del enemigo moriría mucha gente inocente.

—Tiene usted razón. Es mucho lo que le pido. Disculpe mi osadía. Pero sin los contactos adecuados no podrá llevarse a cabo el rescate. Créame si le digo que siento tanto como usted el destino de esos valerosos muchachos, porque será cuestión de días que los encuentren y sean llevados frente a un pelotón de fusilamiento.

—Puestos así...

—No necesita disculparse. Entiendo perfectamente su situación y le confieso que probablemente yo haría lo mismo. Una cosa era salvar a España, como le pedí en Alba de Tormes, y otra la vida de siete jóvenes que no le importan a nadie.

—A mí sí. Ya le he dicho que son hijos para mí...

—Al menos —interrumpió Von Faupel con más cebo— les cabrá el honor de haber muerto por salvar a España. Nadie sabrá nunca de ellos, pero para usted y para mí siempre serán héroes —fue su último pase de desplante dejando al morlaco aturdido en mitad de la plaza.

—Estoy pensando que tal vez pueda solucionare. Serían unos pocos nombres y de una única persona en algunos pueblos por los que debían pasar. Su hombre tan solo tendría que aprender los nombres sin necesidad de llevar consigo una lista escrita —no sin cierta vanidad por haber contribuido al plan.

—La persona que tengo en mente le recitaría la Biblia de memoria del Génesis al Apocalipsis. Pero, repito, la decisión es suya —se recreó en la suerte.

—Sea —totalmente convencido—. Le haré llegar nombres y direcciones. Algunos de ellos, le prevengo para que se lo comunique a su hombre, son incluso anarquistas. Pero tengo en esos hombres tanta confianza como usted en el suyo.

—Amigo Hedilla, no me extraña en absoluto. He conocido todo tipo de ángeles en el infierno. Eso sí, el tiempo corre en nuestra contra, en contra de los chicos, quiero decir. Debemos movernos con rapidez si queremos salvar sus vidas.

—Esta misma tarde tendrá la lista.

—Una última cosa, querido Hedilla.

—Usted dirá.

—Y pido disculpas de antemano.

—Al grano, Wilhelm —Hedilla alternaba sin razón aparente el tuteo con el respeto.

—En este caso, como en el anterior, exijo absoluto secreto. Nadie, absolutamente nadie, ni su más íntimo colaborador, debe saber nada al respecto.

De eso depende la vida de los chicos. Necesito su palabra de falangista.

— Por el bien de nuestra amistad y sobre todo por la vida de esos héroes, no tendré en cuenta sus palabras totalmente innecesarias.

—¡Heil, Hitler! —Von Faupel no era muy dado a demostraciones públicas de sus convicciones, pero en este caso consideró conveniente desplegar toda la largura de su brazo derecho frente a sí.

—¡Arriba España! —respondió Hedilla con el suyo en ángulo recto sin superar el costado.

Von Faupel telefoneó de inmediato a Berlín para comprobar por última vez si los rescatadores habían sido finalmente rescatados. La respuesta fue negativa.

Estaba tan preocupado como en la fallida intentona golpista de Hitler. La vida de los falangistas en absoluto le preocupaba, de hecho, lo mejor sería que murieran en algún enfrentamiento con milicianos. El problema era que los atraparan con vida y hablaran, lo que sin duda ocurriría. En ese caso Franco llegaría a tener conocimiento de todo y las relaciones de su gobierno con España entrarían en una fase extremadamente delicada. El mal menor, y no era poca cosa, sería que Primo de Rivera perdería cualquier opción de encabezar el gobierno; el mayor que siendo Franco persona soberbia, la incipiente alianza entre las dos naciones saltaría por los aires y los contratos de wolframio se firmarían con los aliados.

Von Faupel calibró los pasos a seguir mientras esperaba la prometida relación de Hedilla. Lo primero era cubrirse las espaldas y necesitaba alguien próximo a Franco: Hedilla no merecía ni la consideración; el general Orgaz, presente en la primera entrevista, adoraba a su Generalísimo con el fanatismo de un iluminado; sabía del poco afecto que el General Cabanellas sentía por Franco desde que acaparó poder absoluto; de Mola y el resto de los miembros de la Junta nada sabía; le habían hablado bien del monárquico Kindelán, pero era muy arriesgado

sin conocerle todavía; también estaba Nicolás Franco, quien además de ser hermano había manipulado la información recibida de Alemania al afirmar que el Führer no respaldaba a la

Junta de Defensas Nacional y sospechaba Von Faupel que hizo lo mismo al asegurar que el Duce únicamente apoyaba el nombramiento de Franco. Solo quedaba un nombre: Ramón Serrano Suñer, una elección en absoluto descabellada.

A media tarde un falangista con el casco de motorista calado le entregó un pequeño sobre cerrado. En la cuartilla había anotados media docena de nombres, direcciones de pueblos, y cómo contactar con ellos. Era llegado el momento de hablar con Friedrich. La llamada se hizo esperar, más de tres horas mirando impaciente las manecillas en su carrera sin principio ni fin; cuando por fin consiguió comunicar la línea estaba limpia y olvidó el reloj. Friedrich, que no estaba al tanto de la falsa noticia republicana, le informó de la conversación mantenida con el invitado. Lo más prudente era mantenerlo en el Deutschland sin abandonar el puerto y dejar que los acontecimientos evolucionaran por sí mismos. Lo verdaderamente urgente e imperativo era encontrar a los muchachos falangistas antes de que fueran localizados por los republicanos. Planificaron los movimientos a seguir, no fue necesario decir a Friedrich el verdadero propósito final de su misión.

3

El sueño: La búsqueda

Alhama de Murcia.

19 de noviembre de 1936.

Tras huir del enfrentamiento con los anarquistas que pincharon en Molina de Segura, tan solo tuvieron dos incidentes menores durante el trayecto entre Fortuna y Alhama de Murcia. En el primero atropellaron un corderillo rezagado del rebaño que cruzaba la carretera, no pararon y el pastor lanzó maldiciones que nadie pudiera imaginar; el segundo les puso el corazón en un puño, el camión estuvo a punto de calarse en una cuesta pronunciada y a duras penas logró Marcelino, con una dolorosa y profunda herida de bala en su pierna izquierda, reducir a la segunda marcha. Con el fin de evitar futuras complicaciones, y también porque la pierna ya no le respondía, se olvidó de la palanca de cambios y aceleró a tope.

Al poco comenzó a salir por el morro un denso humo negruzco que impedía a Marcelino adivinar la carretera, el camión perdía velocidad y amenazaba con detenerse. Vio una corraliza próxima a unos árboles no lejos de la carretera, pegó un volantazo –que amontonó en un mismo revoltijo alcachofas, Angelito, puerros, lechugas, y Emiliano– y lo ajustó como mejor pudo tras la tapia de piedras y adobe. Ya era totalmente de día. Ocultaron el camión con cañizos y ramas de chopo y, no siendo aquel un buen escondite, decidieron ponerse en marcha. Marcelino apenas podía andar, tanto por el balazo en la pierna como por la debilidad a consecuencia de la abundante sangre perdida. Insistió hasta que le quedaron fuerzas para que los otros tres se marcharan dejándole a él allí. El torniquete que inventó Emiliano había detenido la hemorragia y tenía munición de sobra para mantener a raya a los rojos durante el tiempo necesario para que ellos alcanzaran la sierra que se divisaba no lejos. Ninguno consintió. Serapio cargó con su hermano a la espalda y comenzaron a correr cargando

alternativamente con el compañero herido.

Los relevos de Angelito eran cada vez más cortos y al cuarto intento se desestimó su colaboración. Serapio apenas si necesitaba unos instantes para recuperarse, volver a cargar con su gemelo, y correr como los osos que alguna vez vio pulular por los vecinos Picos de Europa. No hubo una sola noche que no durmieran bajo el mismo techo, un día que no comieran en la misma mesa, o una fiesta que no bailaran con la misma chica. Estaban tan unidos como el estaño y el cobre en una aleación de plomo. Dejar atrás a su hermano sería como arrancarse una pierna y pretender seguir caminando.

La suya era una familia de economía desahogada, pero no siempre fue así. El padre regentaba una venta a las afueras de Ambrosero que apenas si daba para mantener a los dos hijos que ya entonces tenía. Cuando nacieron los gemelos se mudó de Ambrosero a Bárcena de Cicero, donde abrió un bar en el que también daban comidas. El matrimonio trabajaba 25 horas al día, lo mismo si orvallaba como si lucía el sol, ya fuera lunes o domingo; el establecimiento cerraba un solo día al año: Viernes Santo. El negocio floreció tanto por las horas invertidas como por el don de gentes del padre, y la mano de la madre en los pucheros, tan buena cocinera como católica, apostólica y romana. Invirtieron los duros ahorrados en comprar la casona junto al bar y abrieron una fonda con ocho habitaciones dobles que siempre estaban ocupadas. Cuando se casó Francisco, el hermano mayor, guardaban bajo un ladrillo del cuarto de estar dinero de sobra para abrir una ferretería; con Aparecida, la hermana, consideraron más conveniente ponerle una mercería.

Siguiendo el laborioso ejemplo de sus progenitores, los gemelos echaron los dientes limpiando mesas y sirviendo guisotes en el bar; las primeras espinillas grasientas les salieron sacudiendo jergones, reparando cabeceros destartados, y limpiando escupitajos en las habitaciones. Los padres bastante tenían con el bar, y en los chicos cayó el peso de la fonda. Un paisano que había rehusado compartir habitación con un catalán vendedor de máquinas de coser, pretendió marcharse pagando solo la mitad del coste por la habitación doble que ocupó.

Marcelino intentó impedirle la salida y el miserable propinó un empujón al jovenzано que dio con sus huesos, mejor dicho, con su nariz, en el pequeño mostrador de la entrada. Se despidió envalentonado llamándoles explotadores.

¿A quién explotaban sino a ellos mismos? ¿Acaso no se habían rebajado a zurcir y planchar para evitar el salario de una doncella? Nunca más volvió por allí el roñoso, pero a Marcelino, con la nariz como un pimientó morrón, le quedó de

por vida una cicatriz como recuerdo. La cicatriz sirvió para que se pudiera distinguir al uno del otro, porque hasta entonces únicamente la madre era capaz de saber quién era quien incluso si los veía de reajo. Sí tenían una diferencia física que nadie conocía: Saturnino, tenía pies planos, y el otro no. Alteración, dicho sea de paso, que sirvió para que ambos evitaran el servicio militar.

Los dos hermanos se afiliaron a Falange con todas las bendiciones de la madre tras los sucesos de Asturias de 1934. Según pintaba la cosa, cualquier día la caterva de haraganes y desocupados que cuando iban al bar no hacían sino montar follón, les quitarían el bar y la fonda; eso si no les daban fuego como había ocurrido en otras parroquias. En falange conocieron a Manuel Hedilla, con quien, según él, guardaban un lejano parentesco de cuarto o quinto grado por haber nacido en el mismo pueblo. El caso fue que Hedilla llegó a convertirse en su jefe, y les pidió que le

acompañaran a Pamplona donde iba mantener una delicada reunión ni más ni menos que con Emilio Mola. Aceptaron porque el viaje les brindaba la oportunidad de alejarse por primera vez más allá de los cuarenta kilómetros que les separaban de Santander, a donde fueron un Viernes Santo para comprobar si el mar era tan grande como contaban. Regresando de Pamplona tuvieron un altercado con unos carlistas, y desde entonces se convirtieron en la sombra de su paisano-pariente-jefe.

—No puedo seguir. Marcharos vosotros —suplicó Marcelino en el primer descanso prolongado ya ocultos en un paraje llamado el Azaraque.

—De ninguna manera. De aquí vamos a salir todos juntos —aseguró Emiliano repasando la eficacia del torniquete.

—Yo creo... yo creo... —no arrancaba a decir Serapio por el resuello de la carrera.

—Esto está mejor de lo que pensaba —mintió Emiliano observando la carne desgarrada—. Tenemos que encontrar agua para limpiar la herida.

—Y para nosotros, porque yo estoy seco —apuntó Angelito quitándose las botas que le habían producido importantes rozaduras.

—Si te las quitas... si te las quitas es peor —advirtió Serapio recuperándose poco a poco—. Póntelas ahora mismo porque después no podrás.

—¿Nos habrá visto alguien? —preguntó Marcelino.

—No. Nadie nos ha visto —tranquilizó Emiliano que durante la hora larga de carrera no paró de escudriñar el terreno al estilo de los zorros.

—Apóyame en esa piedra —pidió Marcelino a su hermano—. Aquí hay una cosa clara —cuando estuvo acomodado—, yo no puedo continuar y vosotros debéis marcharos.

—No empieces con la misma cantinela —protestó Emiliano.

—Déjame hablar y no me interrumpas. Yo de aquí no voy a salir con vida.

—Nosotros nunca saldremos con vida de aquí —abundó Serapio.

—Tenéis tres días para llegar a Isla Plana. Conmigo a cuestas no lo lograríamos ni en tres meses. Así que no hay más que hablar. Si os apuráis y andáis ligeros llegaréis a tiempo. ¡Maldita sea! —exclamó enfadado.

—¿Te duele, Tato? —así se llamaban los hermanos.

—No, no es eso. En el zurrón del alemán había un sobre con carnés de anarquistas para cada uno, pero lo olvidé en el camión. Toma —le entregó a Emiliano el fajo de billetes guardado en el bolsillo—, y este mapa te vendrá bien.

—¿Qué es esto? —preguntó Emiliano sorprendido con el dinero en la mano.

—Cuatro mil duros. Estaban también en el zurrón.

—Veinte mil pesetas... —Angelito con los ojos como platos.

—Con eso podrás comprarle el alma del mismo demonio si te hace falta.

—Aquí hay dinero suficiente para cambiar voluntades de todo un pueblo. Con esto podemos salir los cuatro —Emiliano sabía que la avaricia no entendía de colores.

—No pierdas más tiempo. Marcharos por ese desfiladero. Nosotros detendremos aquí a quienes os persigan —Marcelino sabía que su hermano no le abandonaría, como él mismo haría en situación inversa— Voy a morir, pero moriré contento; mi vida ha tenido sentido, ha servido para algo. Liberar a José Antonio ha sido lo más grande. Mi única pena es no ver la España que va a construir.

—Toma —Emiliano dividió en dos el fajo y se lo extendió a Serapio—. Cuando llegue la noche te acercas al último pueblo que hemos visto y te traes aquí al médico. Con esto podrías convencer hasta el alcalde.

—No. Yo no me alejo un palmo de mi Tato. Lo que le pasé a él me ocurrirá a mí.

Siempre juntos, ¿verdad Tato? —con el gozo sobrándose en la cara como leche olvidada al fuego.

—¿Cómo andáis de munición? —preguntó Emiliano.

—De sobra para mantener a raya dos compañías —aseguró Marcelino.

—¿Y tú, Ángel?

—Bien, sin problema — durante la refriega de Fortuna, Angelito se escondió bajo el camión y pegó la cara a la tierra sin llegar a disparar su Mauser.

—Una última cosa —pidió Marcelino.

—Lo que quieras.

—Cuando estés en nuestra zona pásate por Bárcena. Te acercas por la mercería que es de mi hermana Aparecida. Dos días antes de salir hablé con ella y me dijo que estaba encinta y que si todo iba bien para el Corpus Cristi nos haría tíos. Le dices por favor que si es varón no le ponga Marcelino ni Serapio. A nosotros nunca nos gustaron esos nombres, ¿verdad, Tato? —mirando a su hermano que asintió—. Que le busque uno de esos compuestos... de los modernos que se llevan ahora como Luis Miguel, Francisco José, Juan Pedro... Dile que esa es mi última voluntad, y si es chica que le ponga María del Pilar, o María Paz, o María del Carmen...

—Toma esto —entregó Serapio un papel.

—¿Qué es? —preguntó Emiliano.

—No sé. Un papel que cogí de la mesa en la celda de José Antonio. Yo no soy mucho de leer.

Guárdalo tú.

Los abrazos del adiós fueron sentidos y emotivos. Quienes se quedaban sabían que allí morirían y la misma certeza tenía quien se despedía. Angelito logró

finalmente introducir los pies en las botas, pero el dolor le impidió atar los cordones. Emiliano, antes de perderlos de vista definitivamente, echó un último vistazo. Serapio acomodaba con mimo a su hermano tras una roca que por su ubicación y tamaño resultaba ser el mejor parapeto. El gemelo se fijó que Emiliano todavía los observaba desde la distancia; se puso de pie, cuadró el brazo derecho con la palma de la mano abierta y gritó:

—¡Arriba España! —la roca desnuda de los riscos le devolvió el saludo en forma de eco.

Alicante.

22 de noviembre de 1936.

Orlov, acompañado de Ivona, llegó a Alicante en la mañana del 22 de noviembre de 1936, tras pernoctar en Albacete. La fuga de Primo de Rivera no era un tema menor, ni mucho menos. El ruso estaba convencido que en España tan solo había dos proyectos políticos: el comunista y el falangista. Uno de los dos, y no otro, sería el que finalmente se impondría tras la guerra. Una hipotética huida de Rivera determinaría el desenlace final. La situación estaba de momento controlada: los nacionales habían tragado la noticia del fusilamiento de Rivera como un pelícano glotón a un pez; todos los funcionarios de la prisión continuaban reclusos y confinados en lugar seguro; los ministros anarquistas no abrirían la boca estando dentro del gobierno como era el caso; el presidente Largo Caballero le concedió plenos poderes para resolver el asunto; conocía el aspecto de los asaltantes gracias a las identificaciones anarquistas falsas... Ya habían caído tres de ellos, al resto le resultaría imposible escapar a su jaula y era cuestión de tiempo su captura y apresar al fugado.

Ordenó al chofer dirigirse sin demora al puerto. Tras la patraña del supuesto fusilamiento de José Antonio, ordenó que Trinidad y el resto de funcionarios de la prisión fueran reclusos en el Kursk, amarrado a unos doscientos metros en línea recta del Deutschland. Le entregaron la documentación encontrada junto con los falsos carnés anarquistas, pero Orlov se mostró más interesado en el acorazado alemán del que nadie le había informado. De forma oficial, el barco

tenía problemas mecánicos, pero indudablemente su verdadero propósito era recoger familias de alemanes e italianos, también de fascistas españoles adinerados, intentando escapar de las purgas a cargo de comunistas y anarquistas. Su inicial sobresalto se apaciguó cuando le garantizaron, por tres veces otros tantos oficiales rusos distintos, que nadie había subido a bordo, porque desde que atracó establecieron un férreo control con guardias de 24 horas tanto en la barrera de entrada como en el dique donde estaba amarrado. En cualquier caso, tuvo plena y absoluta seguridad de que Rivera no estaba allí al considerar que, de ser así, hubiera zarpado nada más rescatar al líder falangista.

Examinó junto a Ivona las caras de los 8 carnés. Más allá del comentario sobre el atractivo físico de Nicanor Villalta López que hizo Ivona, les sorprendió y analizaron porqué uno de ellos tenía dos carnés: el primero a nombre de Marcelino Antuña Maldonado, carpintero, y en otro figuraba

como Serapio Antuña Maldonado, también carpintero. Por más vueltas que le dieron no lograban alcanzar una explicación comprensible. Tal vez pudiera sacarles de aquel callejón sin salida Guillermo Toscano, la única persona que vio sus caras.

—Si no te importa vamos a recordar la noche del 18 de noviembre —Toscano asintió y Orlov continuó—. A eso de las doce de la noche dos señoritas se acercaron por la cárcel y tras entablar conversación con sus compañeros se fueron al piso que uno de ellos tiene cerca de allí.

—Así fue. Antonio quería quedarse, pero Juanjo el Malandadas le animó para que se uniera a ellos y aunque al principio dijo que no, se arrepintió en el último momento y me dijo que cuando fuera padre comería dos huevos. Hasta se olvidó la petaca con el caldo de gallina; corrió y alcanzó a las dos parejas, y oí decir a una de las chicas que hacía bien en unirse porque iban a tener una fiesta morrocotuda, y Manolo me gritó que volverían en cosa de una hora y que hasta entonces tuviera cerrada la cancela y que no dejara entrar ni salir a nadie.

—De acuerdo. A eso de las cinco de la mañana se acercó un camión de milicianos anarquistas con orden de llevarse al prisionero a Valencia —asintió Toscano y continuo Orlov—. Dos permanecieron en la puerta, cuatro se colaron hasta la zona de celdas y uno se quedó en el camión.

—Fue todo muy rápido. Cuando escuché llamar pensaba que eran ellos...

Manolo, Juanjo y Antonio, quiero decir... yo estaba medio dormido... y abrí...

—Sí, sí; eso está claro. Lo importante es saber si fueron seis los que entraron y que otro se quedó en el camión.

—Seis entraron y otro se quedó en la cabina del camión con el motor en marcha

—abundó con aplomo Toscano.

—De los que entraron, dos no se movieron de la puerta y los otros cuatro se dirigieron a las celdas.

—Dos se quedaron conmigo en la puerta y los otros cuatro fueron a las celdas —
de momento el examen resultaba fácil.

—¿El que hablaba con acento gallego era éste? —puso frente a sus ojos el carné correspondiente a Salustiano Las Heras Lavandeira, de la sección “Cines y Teatros”.

—Así es. No podía negar que era de Galicia.

—¿Y este otro? —mostrando la cara de Emiliano Parra Saénz.

—También se quedó en la entrada con el gallego. Lo recuerdo perfectamente. El gallego me pidió tabaco porque no habían fumado desde Valencia.

—¿Y este? —le tocó el turno a Román Vidal García.

—Es uno de los que cargaban a hombros el cuerpo en la manta.

—¿Qué me dices de este otro? —mostrando el gesto desmayado de Fermín Cerolo Sastre.

—A este apenas si lo vi, pero me dijo que el fascista había intentado quitarle la pistola a uno que se llamaba Serapio y le habían dado matarile.

—Se refería a este —seleccionando el carné perteneciente a Serapio Antuña Maldonado.

—Sí, sí —Toscano con la cara iluminada porque aquel carné corroboraba su versión— Es el que entró primero, parecía el jefe.

—Vamos muy bien —animó Orlov—. El siguiente es este.

—Este... este... no lo reconozco —estudiando la cara sonriente de Nicanor Villalta López—. Me parece que es el que conducía el camión. Vi su cara asomándose por la ventanilla... pero no estoy del todo seguro.

—Intenta recordar —insistió Ivona— ¿Era este quien conducía?

—Creo que sí.

—¿Estás seguro? —insistió la mujer.

—Sí. Seguro que era él. Mirándolo mejor estoy seguro que era él —mintió para escapar del acoso.

—Vamos con el siguiente. ¿Reconoces a Ángel Luis Castellanos Álvarez?

—Sí, sí. Es el sexto de los que entró —mintió sin pensarlo dos veces para evitar un nuevo interrogatorio.

—Muy bien. Ya tenemos a los seis que entraron y al que conducía. Sin embargo, todavía nos queda uno. Este. —mostrando el ultimo carné.

—Es el mismo de antes, el Serapio —extrañado porque le repitieran fotografía.

—Mira a quien pertenece.

—Marcelino Antuña Maldonado —leyó en voz alta Toscano—. Pero es el mismo de antes, lo único que aquí mira a la derecha y en la otra a la izquierda.

—¿Y eso por qué? —intervino Ivona en el interrogatorio.

—Qué se yo, querrían hacerlos pasar por gemelos.

—Pero entonces nos sobra uno —reaccionó de inmediato Ivona sorprendida por no haber caído ni ella ni Orlov en esa posibilidad.

—Fíjate bien — entregó los dos carnés a Toscano—. Es la misma persona, mira el pelo, el gesto de

los ojos, mira esta cicatriz en la nariz... es la misma persona en las dos fotografías. Ni dos gotas de agua serían tan parecidas.

—No hay duda que es la misma persona —sentenció devolviendo las pequeñas cartulinas a Orlov. No sé qué explicación puede haber —contestó el joven

atemorizado por haber mentido cuando le mostraron el carné de Angelito.

—Tú estás seguro que fueron seis los que entraron y que uno se quedó en la cabina del camión.

—Tan seguro como que al día le sigue la noche.

—O a la noche el día —matizó Ivona.

—Nos has sido de mucha utilidad —tranquilizó Orlov al joven turbado por la puntualización de la mujer.

—¿Cuándo podremos volver a casa? —se atrevió a preguntar en la confianza de haber sido de utilidad— Mi madre estará preocupada.

—Pronto. Muy pronto —aseguró Orlov.

El ruso ordenó a un marinero compatriota que escoltara al español hasta el camarote donde estaba recluido junto al resto de compañeros. Agrupó los carnés en dos montones: en uno estaban Salus, Conil, y el Rubio, los tres muertos; en el otro Angelito, Emiliano, Serapio, y Friedrich. Se quedó en la mano con el correspondiente a Marcelino. Las respuestas de Toscano habían sido precisas y detalladas, la duda respecto a Nicanor Villalta era natural. Además, era hombre observador, pues se fijó en el sutil detalle de que Marcelino miraba a la derecha y Serapio a la izquierda; y por si fuera poco sugirió la posibilidad de que fueran gemelos, algo que a ellos dos se les pasó por alto. Por enésima vez colocó los carnés con la misma fotografía uno al lado del otro. Indudablemente se trataba de la misma persona. Incluso las pronunciadas entradas del cuero cabelludo en la frente eran idénticas, observó Ivona.

—Creo que ya tengo la solución —reprimió el entusiasmo Orlov ante el último comentario de Ivona— ¿A quién te recuerda esta cara?

—Ni idea.

—Fíjate bien. Ignora el cansancio y las ojeras, y esa pequeña cicatriz en la nariz.

Mira los ojos, el perfil de la barbilla y de toda la cara... sobre todo la frente, esa frente amplia con marcadas entradas.

—No es posible... —sorprendida tras examinar sin prisa siguiendo las indicaciones recibidas.

—Sí lo es, querida. Todo el mundo conoce la cara de Rivera. Quieren hacerlo pasar por Marcelino Antuña Maldonado... como si fuera hermano gemelo de Serapio.

Salamanca.

10 de febrero de 1935.

Francisco Bravo, jefe provincial de falange, condujo a José Antonio Primo de Rivera, y Rafael Sánchez Mazas hasta la Casa del Regidor Ovalle Prieto, en la calle Bordadores de Salamanca. Allí vivía Miguel de Unamuno, rector de la centenaria universidad, donde Falange iba a celebrar un acto en la tarde de aquel 10 de febrero de 1935. Sánchez Mazas y Bravo hablaban sobre la historia de la ciudad; Primo de Rivera, por el contrario, caminaba cabizbajo absorto en sus pensamientos. Visitaban a Unamuno con intención de solicitar su colaboración como ideólogo de Falange; pero en ese momento cavilaba sobre el tipo de recepción que le dispensaría el apóstol del conocimiento: Miguel Primo de Rivera, su propio padre, lo destituyó en 1924 de aquel mismo rectorado desterrándolo a Canarias.

Faltaban un par de horas para la asamblea cuando los tres entraron en el domicilio del profeta de la intelectualidad salmantina y española. Una doncella de servicio los acompañó hasta el despacho de don Miguel. Hacía frío, ese frío húmedo salmantino que penetra hasta el tuétano, pero el brasero no recordaba la última vez que albergó ascuas. Al poco llegó don Miguel envuelto en un albornoz y calzando zapatillas de felpa; la fragilidad de su aspecto digno y sereno, potenciaba la nobleza de mente y alma. La barba blanca, del blanco que es verdaderamente blanco. Cuando Primo de Rivera estrechó su huesuda mano, creyó saludar a la calavera coronada con rana en la fachada de la universidad. Se sintió sobrecogido, incluso cohibido, ante la presencia de una persona, y eran más bien pocas, que veneraba como a un gurú.

— Buenos días don Miguel. Le presento a José Antonio y a Rafael Sánchez

Mazas.

—Estoy al tanto de sus trabajos. Interesantes, me recuerdan a Hegel porque anteponen la persona a la sociedad y el Estado... —Unamuno se dirigía a Primo de Rivera y pareció recapacitar sobre lo dicho antes de continuar— Pero en estos tiempos que corren yo soy un superviviente del viejo liberalismo y así moriré.

—Yo admiro su obra, don Miguel —intervino Primo de Rivera— Su defensa de la unidad de la patria frente a los separatistas es un faro para la juventud española.

Para mí, conocerle representa un verdadero honor y le presento mis respetos junto a una infinita admiración.

—Tampoco se exceda; le considero persona comedida...

—Tan solo expresé mis sentimientos.

—Déjese de milongas que no casan con su personalidad. ¿Qué decía de los separatistas?

—Me hacía eco de sus palabras...

—Yo me refería al separatismo lingüístico. En cualquier caso, los separatistas son unos aldeanos

que aún no han bajado del monte. El Sabino Arana que hicieron diputado era un tontiloco... y qué decir del catalán ese, el señor Maciá, mejor me guardo lo que pienso. Lo verdaderamente importante es la dignidad humana.

—Sobre eso se asientan nuestros postulados: un profundo respeto por la dignidad del individuo. Eso sí, el libre albedrío tiene límites... no puede perturbar nocivamente la vida social.

—Sus palabras, joven, son la letra de la canción. Lo malo es que con la música lleguen a los extremos que contra la cultura están ocurriendo por otros derroteros... La juventud, no lo tome como insulto, está estupidizada, y tan solo me queda la esperanza de que no caigan en el error de creer que el pensar es una funesta manía. El otro día, los suyos organizaron una huelga en la universidad, les pregunté qué querían, qué era eso de Falange... y no supieron responder.

—Probablemente se sintieron aturdidos ante alguien como usted —excusó Bravo.

—No los absuelva, querido Paco, porque lo cierto y verdadero es que ni sabían qué querían. Esos jóvenes estaban desmentalizados; ustedes se equivocarán si les acentúan esa tendencia, y España sufrirá las consecuencias.

—Discúlpeme —intervino por primera vez Sánchez Mazas— pero parece entrar en contradicción con algunos de sus escritos.

—Jajaja —rio el académico— como escribió un poeta americano “contengo multitudes”. Llevo más de cuarenta años emborronando cuartillas y unas veces olvido lo que dije y otras me contradigo. Soy humano. Pero ahora así es como pienso.

—Don Miguel —intentó Primo de Rivera reconducir la conversación—. Nosotros necesitamos de alguien que como usted tenga una fe indestructible en España.

—¡España, España! Más de una vez he pensado que fui injusto y combatí con vehemencia a quienes tenía de frente, como a su propio padre. Pero actuaba así porque me dolía España; porque la quería y la quiero más y mejor que quienes en su alocada defensa siguen ciegos ante sus defectos.

—Permítame que le diga que también nosotros hemos llegado al patriotismo siguiendo el camino de la crítica. No es nada nuevo. En el discurso que pronunciaré en unos minutos defenderé que ser español es una de las pocas cosas serias que un hombre, que una mujer, puede ser en este mundo desquiciado.

—Eso está muy bien. Pero sin xenofobia. Lo primero es la persona, la dignidad de la persona, ante todo. Los valores del espíritu y la inteligencia. Así se defiende España.

—Don Miguel. ¡Ayúdenos en la lucha contra los separatismos! —desveló Bravo el verdadero motivo de la visita—. Usted nos ha enseñado cómo sentir a España apasionadamente... con orgullo. Somos sus discípulos. Son los liberales, esos viejos retrasados del siglo XIX quienes ponen en peligro la unidad de la Patria.

—No es la primera vez que le escucho repetir como un papagayo esa tontería de Daudet sobre el

“estúpido siglo XIX”, y le confieso que no estoy en absoluto de acuerdo. A fin de cuentas, estamos viviendo de su herencia... Ustedes, ustedes mismos en sus primeros momentos, bebieron del XIX. Antes les mencionaba a Hegel, también les veo muy próximos a José de Maistre, el gran desdeñoso que gritaba a sus adversarios: “No tenéis a vuestro lado más que la razón...”

—En absoluto don Miguel —puntualizó Primo de Rivera— No somos reaccionarios; de Maistre ni nos interesa ni nos representa.

—Uhm. Mucho mejor para ustedes.

—Se está haciendo tarde y tan solo quedan unos minutos para el mitin.

Deberíamos pensar en marcharnos —apuró Sánchez Mazas viendo que no llegaban a ninguna parte.

—Le estaríamos muy agradecidos si tiene a bien acompañarnos —concluyó Bravo.

Miguel de Unamuno ocupó una butaca en la primera fila del Teatro Bretón de Salamanca. Quienes estuvieron allí presentes aseguran que incluso aplaudió cuando Primo de Rivera mencionaba ¡España! Esos mismos no se extrañaron cuando apoyó a los sublevados en África al considerarlos regeneracionistas en su pretensión de encauzar el caótico discurrir del país; incluso hizo un llamamiento a los intelectuales europeos para que apoyaran el levantamiento. No tardó en arrepentirse, sobre todo cuando Francisco Franco no atendió el ruego de librar del paredón a Salvador Vila, su alumno predilecto. El fusilamiento de Vila y una nueva destitución como rector ocurrieron el mismo día. Entendió entonces que la regeneración anhelada había derivado en un “estúpido régimen de terror” fruto del “maridaje de la mentalidad de cuartel con la de la sacristía”.

Hay quien asegura que durante la celebración del “Día de la Patria” en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca se encaró con Millán-Astray cuando este gritó “¡Mueran los intelectuales! —¡Muera la inteligencia! aseguran algunos fueron sus palabras exactas— espetándole “Venceréis, pero no convenceréis”

—“Vencer no es convencer”, según la versión alternativa—. En cualquier caso, sea o no cierta la anécdota, Unamuno fue puesto bajo arresto domiciliario en el mes de octubre y en esa situación estuvo hasta el último día de aquel turbulento 1936.

En sus exequias recibió los honores propios del más insigne héroe falangista.

Escribió Antonio Machado con motivo del repentino y luctuoso suceso:

“Señalemos hoy que Unamuno ha muerto repentinamente, como el que muere en la guerra. ¿Contra quién? Quizá contra sí mismo; acaso también, aunque muchos no lo crean, contra los hombres que han vendido a España y traicionado a su pueblo. ¿Contra el pueblo mismo? No lo he creído nunca y no lo creeré jamás”.

Alicante.

22 de noviembre de 1936.

El vicealmirante Carls descendió la escalerilla del Deutschland aproximadamente a las 8 de la tarde; siendo finales de noviembre ya había anochecido. Le acompañaba un joven oficial en un impoluto uniforme blanco de teniente de la marina del Reich. Los cinco rusos que vigilaban el barco observaron a los dos dirigirse con paso seguro hacia la salida. Los soldados y milicianos en la garita de entrada al puerto lo reconocieron de lejos y levantaron la barrera incluso antes de que él llegara. La superaron y cuando habían recorrido unos veinte metros escuchó una voz proveniente del control.

—Disculpe; es usted el almirante Carls.

—¿Quién quiere saberlo? —respondió.

—Soy Alexander Orlov, miembro de la delegación soviética en España.

—Usted dirá —siendo él quien se aproximó a Orlov cuando intuyó que este pensaba recorrer la distancia que ellos llevaban andada.

—Parece ser que tienen ustedes problemas en el buque.

—Así es. Debe ser cosa de pistones y cojinetes, según los mecánicos.

—Simplemente quería ofrecerle nuestra ayuda, si en algo podemos ser de utilidad.

—Se lo agradezco mucho pero no será necesario. Estamos efectuando las reparaciones necesarias y en unos días estaremos listos para zarpar.

—¿Hacia dónde?

—Eso, señor mío, no es de su incumbencia.

—Disculpe, tiene razón, no es tema de mi incumbencia. Era pura curiosidad ¿Su ayudante? — señalando con la cabeza la sombra que permanecía inmóvil en la

distancia.

—Tampoco esta pregunta lo es. Pero efectivamente, se trata de mi kameraassistent. Y para ahorrar tiempo a sus hombres le diré que nos dirigimos a la residencia del cónsul Von Knobloch donde cenaremos esta noche. Según me dijo prepararía codillo al horno con chucrut; no creo que tome mucho porque a mis años las cenas pesadas sientan mal. Espero que al menos tenga un buen Riesling. Me gustaría informarle sobre la hora de regreso, pero lamentablemente resulta imposible, estas veladas pueden alargarse —y concluyó el sarcasmo—.

Espero que tenga buena noche.

—Disfrute de su cena —se despidió Orlov.

Friedrich observó la breve conversación desde la distancia. En la penumbra, donde él estaba, no

podía ser visto con claridad, pero quienes hablaban estaban alumbrados tanto por la luz de la garita como de la barrera; no perdió el detalle de la atractiva mujer que, un par de metros tras Orlov, se encendió un cigarrillo sin parar de escudriñar la sombra que era él. Los alemanes se introdujeron en el coche que esperaba y el vehículo arrancó de inmediato en dirección al consulado alemán.

Von Knobloch no había asado codillo alguno y la única cena fueron unos sándwiches de contenido impreciso, o cuando menos desconocido para cualquier español de buen comer. Sin mayor dilación el anfitrión condujo a Friedrich a un pequeño despacho donde esperaban Matilde y su hermana Carmen. Su padre fue el práctico que trasladó a Primo de Rivera desde la Cala de los Borrachos al Deutschland.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué salió mal la operación? —preguntó Matilde desconcertada— Mi padre jura que vio con sus propios ojos a José Antonio subir al barco alemán.

—Carmen, ¿nos disculpas? —señalando la puerta—. Cuando todo termine entenderás mi petición; ahora tan solo te pido que me disculpes y nos dejes solos.

—No tienes por qué excusarte. Lo entiendo perfectamente —se equivocó al pensar que la intimidad solicitada tenía que ver con el breve romance que su hermana y el alemán vivieron preparando la fuga un mes antes.

—Perdóname —se lanzó Matilde a sus brazos—. Soy la única responsable, solo yo. Se me ocurrió que como teníamos tiempo hasta las cinco podíamos acercarnos por la cárcel y embaucar a un par de milicianos para que encontrarais menos resistencia. Por eso fue. Soy una tonta; debí seguir al pie de la letra tus instrucciones y no tomar mi propia iniciativa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Friedrich sorprendido.

—Por la tarde le pedí a un boticario amigo de la familia y de total confianza que nos preparara un buen somnífero y en la media noche nos acercamos hasta la cárcel y ligamos con los milicianos que guardaban la puerta y tres de ellos nos llevaron a un piso cercano. A la primera de cambio echamos el somnífero en las bebidas y cayeron tan dormidos que Carmen llegó a pensar que los habíamos matado. Nos fuimos del piso y seguimos el plan tal como nos habías indicado.

En lo único que nos apartamos fue en seducir a los milicianos. No sé cómo pudieron despertarse porque el boticario nos aseguró que aquel polvo era capaz de tumbar a un caballo percherón.

—Matilde eres la mujer más maravillosa que conozco —y la besó.

—¿Me has perdonado? —turbada por el beso profundo.

—Más que eso. La operación fue todo un éxito gracias a ti —la joven, incluso más aturdida que antes, no pronunció palabra; Friedrich comprobó que nadie escuchaba fuera y continuó— José Antonio no está muerto; está libre.

—Pero, pero... —fue lo único que acertó a balbucear.

—Y lo tenemos nosotros a buen recaudo.

—Entonces lo del fusilamiento...

—Todo mentira, una patraña de los comunistas.

—¿Por qué lo han publicado a los cuatro vientos?

—Todavía no lo sabemos. El tiempo lo dirá. Pero hay un cabo suelto que se debe solventar. No puedo hacerlo solo porque mi acento me delataría. Además, sabes conducir. Por eso te necesito.

—Puedes contar conmigo para cuanto quieras.

—Hemos perdido la pista de los muchachos falangistas que los liberaron.

Debemos dar con su paradero antes de que los encuentren los republicanos.

—¡Dios mío!

—Saldremos mañana por la mañana con dirección a la Sierra de la Espuña.

—Sé dónde está Sierra Espuña.

—Tengo contactos de camaradas que nos ayudarán. Ellos todavía no saben nada y tampoco debemos desvelarles nuestro objetivo. Mucho menos que José Antonio no ha muerto y está libre. Yo seré tu hermano mayor; me disfrazaré –

sonrió Friedrich– de forma que no me vea obligado a contestar pregunta alguna en los controles, que sin duda encontraremos. Cuando nos paren dirás que vas a visitar a unos parientes; a una tía que ya está mayor y tiene ilusión por abrazarme antes de morir porque soy su ahijado. Yo te diré en cada caso de quién se trata y cómo localizar a la persona, pero incluso con ellos seguiré desempeñando mi papel.

—Entiendo –asintió Matilde con gesto serio y el beso almacenado en el recuerdo.

—Ahora debes regresar a casa. A primera hora de la mañana aparcarán un coche frente a tu domicilio. Encontrarás las llaves en el buzón y reconocerás el coche porque los limpiaparabrisas estarán levantados.

—Te sigo.

—Las tiendas abren a las nueve; compra algún perfume, bombones, medias... no sé, lo que tu decidas que pueda servir de regalo. Cualquier cosa difícil de conseguir en un pueblo. Nada de comida.

—No será necesario comprarlo, tengo en casa todo lo que has dicho.

—No. Lo de tu casa no sirve. Lo que compres debe ir envuelto en papel de regalo y además saber el precio de cada producto y donde lo compraste.

—De acuerdo.

—A las diez y media conduces hasta la cervecería El Túnel; aparcas y te sientas a esperar en la terraza; pide un café y pagas cuando te lo sirvan. Nada de esas ensaimadas que te gustan tanto —bromeó Friedrich—.

—¡Eres un malvado! —en tono de complicidad.

—Cuando me veas aparecer no hagas gesto alguno de sorpresa, simplemente te levantas, me coges de la mano, y me llevas al coche.

—Como si fuéramos una pareja —se alegró Matilde.

—No exactamente. Mañana lo verás.

—¿Qué harás tú mientras tanto?

—Esta noche dormiré aquí. No regresaré al barco hasta no dar con el paradero de los muchachos.

—¿Y cuando los encontremos...?

—De momento no puedo revelarte más.

Volvieron a besarse antes de abandonar el pequeño despacho donde estaban. Las primeras en salir del consulado fueron las dos hermanas. Al rato lo hizo Carls tras dar buena cuenta a dos botellas de Riesling. Al llegar a la barrera del puerto un miliciano le deseó buen descanso al franquearle el paso y él comentó algo deteniendo brevemente la marcha. Quienes custodiaban el barco se apartaron a su paso y ninguna de las partes dio las buenas noches. También lo vieron caminar en solitario Orlov e Ivona desde la cubierta del Kursk. Puede que estuvieran esperando su regreso, o tal vez se confesaban los más íntimos deseos de su corazón bajo las estrellas. En cualquier caso, Ivona bajó y preguntó al miliciano de guardia si quien acababa de pasar era el vicealmirante Carls. La respuesta certificó que así era; incluso le comentó que el almirante le había advertido que su ayudante volvería más tarde, como muy pronto de madrugada, porque había conocido a una señorita en la pequeña fiesta del cónsul. Ivona regresó de nuevo al carguero ruso.

Matilde apenas si pudo conciliar el sueño durante la noche. Su hermana, con la que únicamente intercambió un lacónico “bien” cuando ella le preguntó qué tal el íntimo encuentro con Friedrich, la escuchaba levantarse a cada rato y mirar

por la ventana. En una de estas, ya amaneciendo, Matilde vio estacionarse un coche frente a su domicilio, el conductor elevó los limpiaparabrisas, cruzó la calle hacia su portal, y escuchó llamar al sereno. Fue una suerte, porque cuando más tarde salió a la calle con las llaves recogidas del buzón, algún buen ciudadano madrugador había devuelto las escobillas a su posición original. Con la puerta abierta para marcharse, en su mano izquierda una pequeña maleta, comunicó a Carmen que estaría fuera con Friedrich durante unos días. No debía preocuparse, aunque el viaje se alargara, y así debía comunicarlo a los padres.

Bajo ningún concepto intentarían buscarla. Carmen preguntó si el viaje era al extranjero o a alguna playa, aunque fuera otoño, y ella sonrió en maliciosa complicidad pidiéndole que no revelara su secreto.

Apenas si le llevó media hora comprar un frasco de “Los Perfumes singulares de Myrurgia”; una caja grande de caramelos de café con leche marca “Viuda de Solano”; y unos guantes de piel de cabritilla de color azul marino. Hizo tiempo conduciendo de un lado a otro hasta aparcarlo a escasos veinte metros del popular El Túnel, cerca del ayuntamiento, exactamente a las 10:29. Esperó más de lo que había previsto, incluso pensó en pedir otro café, pero no lo hizo.

Pasadas las 11:00 vio a lo lejos un tullido en compulsivo baile de San Vito arrastrando su pierna derecha, la cabeza baja con el pelo despeinado en la que tan solo se veía la lengua sobresalir de la boca, se aproximaba a duras penas llevando una maleta rodeada con una soga en su brazo derecho tan tembloroso como el izquierdo al aire. Sintió lástima por él y continuó vigilando la calle a la espera de Friedrich. Le sobresaltaron los gemidos inconexos del tullido cuando llegó a su altura, solo entonces se percató de que era Friedrich. Incluso teñido de castaño y retorcido como una S le pareció hermoso. Le cogió de la mano y le ayudó a entrar en el coche.

Salamanca.

22 de noviembre de 1936.

El sermón del obispo Plá en la misa mayor de aquel 22 de noviembre de 1936, fue una de las exaltaciones más fervorosas en pro de la sublevación, haciendo suyas las palabras de su hermano en Cristo, el obispo de Pamplona, al afirmar

que “no es una guerra lo que se está librando, es una cruzada”; cruzada contra anarquistas y comunistas por su “aversión hacia Dios Nuestro Señor”, añadió de su propia cosecha. Al referirse a Primo de Rivera aseguró que “en esta guerra justa, la heroicidad y el martirio han florecido”. Franco escuchaba con gesto hierático en el primer banco junto a su esposa Carmen, quien a diferencia del esposo lucía una indeleble sonrisa, como si lo que estaba sucediendo en España no fuera con ella. De tanto en cuanto la mujer echaba un vistazo a un recoleto lateral a su derecha donde su hermana Zita, con los pequeños Fernando y José Felipe entre ella y su esposo Serrano Suñer, también escuchaba misa.

Ramón Serrano Suñer había escapado de una clínica privada de Madrid disfrazado de mujer y colgado del brazo del doctor Gregorio Marañón. Por la razón que fuere los republicanos no habían revelado su fuga –lo harían a comienzo del siguiente año– y aunque no vivía de forma clandestina intentaba pasar lo más desapercibido posible. Un ejemplo: no dejó crecer su característico bigote, afeitado con dolor y pesar cuando se disfrazó de distinguida señorita, y su densa cabellera continuaba tan rapada como al colocarse la peluca. Cuando terminó la misa y Franco abandonó el templo, un grupo de exaltados vitorearon y saludaron brazo en alto.

El Caudillo reconoció a Von Faupel fumando apoyado en la fachada; observaba el espectáculo de la salida de misa, idéntico al del Pilar de Zaragoza a final del siglo anterior: hombres portando bandas de tela negra en mangas de chaquetas y abrigos; mujeres tocadas con velos de igual color a los brazaletes del luto, atrapando ajados misales en las manos; mozuelas trajinando nerviosas el rosario entre los dedos cuando algún orgulloso falangista de camisa azul las miraba; niños

chillones correteando como potrillos desbocados... Franco detuvo sus pasos en clara actitud de esperar que el alemán se acercara.

—Buenos días Caudillo –saludó Von Faupel ya acostumbrado a la nueva denominación–; doña Carmen –en pretendido besamanos.

—No sabía que fuera usted católico, señor embajador.

—No, no lo soy –sin dar más detalles–. Me gusta observar cómo viven ustedes, sus costumbres... para nosotros resulta pintoresco.

—¿Pintoresco?... extraña forma de definir las creencias de un pueblo. Pero vayamos al grano. Me alegra encontrarme con usted. Quería preguntarle cuando

cree que comenzarán las obras.

—Paco, ¿de qué obra hablas?

—Vamos a construir un bunker en el Palacio Episcopal y nos ayudarán nuestros amigos alemanes.

—Papi, papi, mira ese barquillero. Dame una peseta para la ruleta. Vengaaa, dame una peseta –la niña tiraba de la guerrera.

—Ya ve usted –dándole la cantidad solicitada–, derrotado por una mocosa de diez años.

—Espero comenzar con el forjado antes de fin de año. Nuestros arquitectos en Berlín están trabajando en los planos y los tendrán listos en un par de semanas.

—Muy bien, muy bien –me ha alegrado verle–. Vamos a dar un paseo por la Plaza Mayor y, antes de comer, tomaremos un refrigerio en el Novelty. Si lo desea puede unirse a nosotros.

—Muchas gracias, pero no pretendo inmiscuirme en su vida familiar.

—Carmina, qué pasa con tu hermana, ¿sale o no sale? –Impaciente por la tardanza de su cuñada, todavía en el templo–. Nenuca, no molestes al señor barquillero y ven ya.

—¿Es usted protestante, señor embajador? –preguntó la esposa.

—Cada uno tiene la religión de sus padres –respondió.

—Todavía está a tiempo de convertirse al catolicismo y salvar su alma –dijo ella desprendiéndose del velo– Paco, debieras presentarle al padre Bulart.

Zita Polo apareció cogiendo a sus hijos de la mano. En la Rúa Mayor esperaba una multitud que al paso de la familia Franco-Polo se apartaba, aplaudía, vitoreaba, y no pocos levantaban el brazo. La plaza de Anaya se fue quedando vacía, pero Von Faupel encendió tranquilamente otro cigarrillo y continuó esperando y pensando. No estaba allí por Franco, ni por lo pintoresco de las costumbres españolas, y la vida familiar o privada del generalísimo de los ejércitos le traía al

paíro. Si esperaba era única y exclusivamente por Ramón

Serrano Suñer que arrodillado en actitud recogida continuaba en el interior del templo esperando que el gentío se dispersara. Von Faupel necesitaba hablar con él, pero la delicadeza del tema a tratar no aconsejaba hacerlo ni de forma oficial ni secreta. Un casual encuentro al salir de misa no despertaría sospecha alguna.

—Buenos días, Ramón —cuando al rato puso un pie en la plaza ya desierta.

—Von Faupel, esto sí que es una sorpresa. Me alegro mucho de verte.

—No mentiré diciendo que casualmente daba un paseo por esta plaza. Si estoy aquí es porque quiero hablar contigo —disparó sin rodeos.

—Tranquilo. Nunca hubiera creído lo del paseo —rio Serrano—. Aquel banco puede ser un buen sitio —señalando uno de piedra suficientemente apartado, y oculto a las miradas de los transeúntes.

—Me han contado los pormenores de tu fuga de la clínica ¿Es cierto que lo hiciste disfrazado de elegante dama? —fue una forma de romper el hielo.

—Totalmente cierto. Pero más sorprendente que hacerse pasar por una mujer es lo que se consigue simplemente afeitándose el bigote, con un buen corte de pelo, y usando gafas oscuras. No más de media docena de personas, en todo el tiempo que llevo aquí, me han reconocido. Pero bueno, no creo que desees verme para pedir consejo sobre los próximos carnavales.

—En realidad, tampoco se trata de ningún tema en particular. Tan solo buscaba la oportunidad de vernos a solas e intercambiar nuestros puntos de vista. El otro día, sin ir más lejos, el Caudillo no parecía especialmente sobrecogido por la muerte de Primo de Rivera, y en nuestra primera reunión resultó patente que el tema le incomodaba.

—Todo el mundo sabe que su relación nunca ha sido buena, y de eso puedo dar fe de primera mano...

—No entiendo —interrumpió Von Faupel contra lo que en él era habitual.

—Fui yo quien presentó el uno al otro. Los escogí como testigos de boda.

Después organicé una reunión en mi piso de Madrid y no diré que terminó como el rosario de la aurora, pero poco faltó.

—¿Y eso? —se interesó Von Faupel.

—Los dos coinciden en su diagnóstico de los problemas de España, eso es cierto, pero hasta ahí llegan. Uno y otro están en las antípodas de cómo debiera gobernarse la Patria.

—Ya veo, ya veo...

—Y después de lo de Cuenca... la reconciliación era imposible.

—¿A qué te refieres?

—En las elecciones del pasado febrero Falange no sacó un solo diputado y José Antonio quedó fuera de las Cortes.

—Lo sé.

—Cuando lo encarcelaron en marzo no pudo echar mano de su inmunidad parlamentaria para salir de la cárcel como la vez anterior, cuando le ayudó Prieto. Sin embargo, quedaba una opción: en algunas provincias debían repetirse las elecciones, entre ellas Cuenca, y Gil Robles propuso incluir a José Antonio, de forma que si era elegido podría librarse una vez más de la cárcel.

—¿No veo el problema?

—En esa misma lista iban a incluir a mi cuñado y José Antonio se opuso a que su nombre apareciera junto al de Franco... Al final el asunto quedó en nada porque la Junta Electoral desestimó las nuevas listas y las elecciones se celebraron con los nombres originales... pero aquello los separó definitivamente.

—No disponía de esa información.

—Ahora voy a ser yo quien te pregunte y espero la misma sinceridad en la respuesta —Von Faupel no contestó y continuó Serrano—. ¿Realmente dijo el Führer que tan solo apoyaría la rebelión española si la encabezaba Franco?

—¿Te refieres al asunto de Nicolás, su hermano?... ¿Cuándo convenció a todos los generales de la Junta de Defensa para que renunciaran a su poder en favor de entregárselo a su hermano? —en la confianza comenzó a tutearle.

—Así es.

—Nicolás Franco manipuló hasta la última palabra de lo hablado en aquella conversación durante su visita a Alemania. Nosotros preferíamos un mando único, pero en ningún momento mencionamos a Franco. Ni mucho menos. Y

creo estar en lo cierto si digo que lo mismo hizo con los italianos. Pero ya no hay marcha atrás y cuando algo no se puede enmendar lo mejor es adaptarse a la nueva situación. ¿No crees?

—Desde luego. Simplemente quería saberlo. Nunca he acabado de fiarme de Nicolás.

—Los Franco siempre van un paso por delante. El resto los seguimos como corderos al pastor. Pero disculpa, tú también eres miembro de la familia. Creo que me he extralimitado en mis palabras. Olvida lo dicho.

—¿De la familia? Mi cuñada Carmen me aguanta por ser el marido de su hermana y el padre de sus sobrinos; su cuñada Pilar casi ni me saluda porque según ella soy un mujeriego; en esa familia el único que se salva es Ramón; también a él lo consideran una oveja negra. Lo mismo

algún día te cuento por qué.

—Volviendo al tema. No paro de preguntarme a dónde nos lleva tu cuñado.

Repito, siempre va un paso por delante y por más que pienso no adivino qué dirección lleva.

—Creo tener una vaga idea; sobre todo ahora con José Antonio muerto. Para él los partidos políticos son la auténtica lacra de España; por supuesto los de izquierdas, pero también los de derechas. Los admite porque sabe que necesita un soporte civil en la sociedad, algo que únicamente se consigue con una estructura política.

—Tiene la CEDA.

—La CEDA... ¿Qué es la CEDA? Nada. No son nadie en este momento. Los únicos que cuentan son los falangistas y en parte los monárquicos.

—Y los monárquicos están divididos... —apuntó Von Faupel.

—Alfonsinos y carlistas son como agua y aceite. No es necesario ser un lumbreras para sacar partido de esa disputa.

—Solo queda la Falange.

—Solo queda la Falange, y han perdido a su líder carismático. Manuel Hedilla...

qué quieres que te diga del bueno de Manolo... buena gente... comprometido con la causa... pero ni tan siquiera controla el partido. Hay muchos que lo cuestionan, y bastaría con que nosotros, quiero decir Franco, pegara un puñetazo en la mesa para que cayera su castillo de naipes.

—Excelente análisis. ¿Y eso a qué situación nos conduce? —Von Faupel atendiendo como un alumno aplicado.

—Falange descabezada, los monárquicos divididos... en el momento oportuno será tan fácil hacerse con el poder civil como lo fue con el militar. Solo se necesita tiempo para controlar todos los resortes.

—¿Quieres decir que la guerra no será tan corta como pensamos? —hacía tiempo que Von Faupel no escuchaba a alguien tan sagaz para el análisis político.

—Yo veo difícil que en verano nos bañemos en la Barceloneta como piensan algunos. Dentro de dos años tal vez, pero un par de añitos de guerra no nos los quita nadie. Al tiempo.

—Sigue, sigue con lo de los partidos. Me interesa mucho.

—Si logra controlar la Falange, Franco podrá poner a un hombre de su absoluta confianza para dirigir el partido.

—Su hermano Nicolás.

—Podría ser. Aunque hay candidatos de sobra.

—Tú serías uno de ellos.

—Eso es lo de menos ahora.

—¿Y los carlistas?

—Además de estar muy localizados están acostumbrados a las derrotas, ya

llevan tres guerras perdidas. Serán fáciles de domesticar contando con el apoyo de la Iglesia Católica, que como nieve blanca cubre a todos por igual, ya sean militares o civiles, ricos o pobres, jóvenes o viejos, monárquicos o falangistas...

—Interesante planteamiento... Con los carlistas entregados tan solo quedan los falangistas, y con José Antonio muerto... Si él viviera nada de lo que has dicho sería posible.

—Desde luego. Con José Antonio vivo las cosas hubieran sido totalmente distintas, pero como decías antes... cuando algo no se puede enmendar lo mejor es adaptarse a la nueva situación.

—Debo contarte algo que te sorprenderá —esbozando una maliciosa sonrisilla.

Sierra de la Espuña.

21 de noviembre de 1936.

Despuntaba el sol rompiendo la madrugada del 21 de noviembre de 1936 cuando Emiliano, en una continua vigilia somnolienta, escuchó aproximarse lo que parecían ser voces. Angelito dormía a su lado, el sueño le venció en el último ora pro nobis del rosario rezado la noche anterior por el alma y eterno descanso de Serapio y Marcelino. Apenas una hora tras haberse separado de los gemelos escucharon un fuerte, continuo, y prolongado intercambio de disparos. Después el silencio... y una nueva descarga, como la pólvora al explotar la traca final en los fuegos artificiales, puso fin al ruido.

Dedujeron que sus compañeros se habían defendido siendo finalmente capturados y fusilados allí mismo. Se equivocaron. Efectivamente los hermanos repelieron durante un buen rato el fuego de una patrulla de milicianos que partió de Totana, pero no llegaron a fusilarlos. Serapio, para evitar que los rodearan, intentó cambiar la posición; recibió un disparo en el costado, después otro que le entró por el ojo derecho, y cinco más en el pecho cayendo ya muerto. Marcelino, parapetado tras la roca, vio el cuerpo yacente de su hermano, se puso en pie echando mano de las fuerzas que no tenía, y expuso su cuerpo sin disparar

siquiera. Quienes sí lo hicieron fueron los 6 totaneros; ni uno de ellos erró un blanco tan fácil. Angelito rezó las dos primeras avemarías de las muchas que entonó ese día.

La religión le venía a Angelito de familia. El mayor de sus 9 hermanos era cura, monjas dos de

sus hermanas, y vestían hábitos algunos tíos y primos. También él sintió la llamada del Altísimo y con apenas 16 años ingresó en el seminario de Getafe. Su vocación era tan férrea como el acero alemán y a punto estuvo de abrazar el sagrado sacramento del sacerdocio. Nunca lo hizo. Abandonó pocos días antes de jurar votos de pobreza, obediencia, y castidad.

El Creador bendijo a Angelito con buen oído y mejor voz para el canto. Por la tesitura de su entonación, el Padre Lucio, director del coro seminarista, lo eligió barítono principal. Lucio pertenecía a una congregación de reciente creación que terminaría llamándose Opus Dei. Tan solo 2 semanas necesitó el director musical para que su mensaje en favor de fomentar la conciencia de la llamada universal a la santidad en la vida ordinaria calara hondo en el corazón virgen del risueño discípulo. Tal era la veneración del joven cantor por su maestro que le fue asignado como confesor y guía espiritual.

Además de velar por su alma, el padre espiritual alababa su voz en los solitarios ensayos. Sin saber cómo, los dedos que originalmente se posaban suaves en su garganta a modo de fonendoscopio, acabaron acariciándole amorosos las mejillas. Lo acontecido después es fácil de imaginar, aunque ni el propio Angelito logró averiguar nunca cómo pudo alcanzar ese extremo. Recurrió a cilicios y ayunos como santa medicina, pero la gangrena no curaba. Llegó al punto de apartarse del coro evitando así los ensayos, pero su espíritu estaba tan contaminado como su cuerpo. Se sentía perdido, acorralado en un callejón que si alguna vez tuvo salida, alguien tapió. Se aproximaba la ansiada fecha: el ambiente en el seminario era de excitación contenida, callado júbilo, y manifiesta alegría. Angelito, a diferencia de sus pipiolos compañeros, se sentía cada día más triste, más sucio, más impostor. De nada sirvieron los consejos del director del Seminario cuando en su despacho, llorando desconsolado como María a los pies de la Santa Cruz, Angelito comunicó que no profesaría con el resto.

Sentado en el vestíbulo de la estación, respirando el hollín de los trenes, decidía algo más importante que el destino a donde dirigirse. No sabía qué hacer con su vida, estaba atrapado en una encrucijada de caminos tan inescrutables como los

designios del Señor. El seminario había quedado atrás, regresar a casa y revelar lo sucedido supondría escándalo y desprecio; ¿quedaba algún rincón en el mundo donde esconder su vergüenza? Pese a lo ocurrido la fe seguía intacta y sentía la fuerza del Espíritu Santo en lo más profundo de su ser. Esas eran sus tribulaciones cuando se le acercó un joven vistiendo camisa azul con el rojo del yugo y las flechas bordadas en el bolsillo. Hablaron. El resto resulta tan fácil de imaginar cómo lo ocurrido en los ensayos de canto con el Padre Lucio.

Las sospechas de Emiliano en lo que creyó eran voces resultaron ser ciertas; cada vez se escuchaban más próximas y con mayor claridad. Despertó a Angelito tapándole la boca con la mano y gesticuló indicándole que debían alejarse arrastrándose, cual culebra del paraíso, a otro emplazamiento. Así lo hicieron ambos, con todo el sigilo del mundo, hasta que un cortado de unos 30

metros impidió seguir retrocediendo. Las voces estaban cada vez más cerca. Una hablaba de la noche toledana que habían pasado; otra se quejaba por llevar dos días patrullando; la tercera aseguraba que en cuanto llegara a casa pondría a la parienta mirando a Pamplona.

Emiliano utilizó un árbol para ocultarse; indicó a Angelito un empedrado que, si bien estaba próximo al borde del precipicio, prestaba mayor protección. Montó su naranjero, y viendo que Angelito no sabía cómo manipular el Mauser, le indicó con el brazo y el puño cerrado que debía retroceder la palanca de armar para que el proyectil se introdujera en la ventana de alimentación; lo hizo, pero no sabía continuar y Emiliano volvió hacer con brazo y puño el gesto, en sentido contrario al anterior, para acerrojar el cierre y poder disparar. Obedeció y pareció funcionar. En realidad, Angelito no había efectuado un solo disparo en lo que llevaban de guerra. La sola idea de matar un ser humano, por mucho que fueran apóstatas comunistas, le repugnaba tanto como las caricias de su viejo preceptor.

Sintió la tibieza cálida del orín correr por la entrepierna; las voces ya tenían cara: una jeta mal afeitada con una gorra de color rojinegro como el pañuelo anudado al cuello, gorra y pañuelo exactamente iguales a los que en ese momento lucían él y Emiliano. Y su dedo accionó el gatillo.

Alicante.

22 de noviembre de 1936.

Orlov, a bordo del Kursk, se frotaba las manos pensando que era cuestión de horas la captura de Rivera. Los falsos anarquistas habían ido cayendo uno tras otro: el primero en la refriega de Fortuna; otros dos bañándose en un río; los últimos habían sido abatidos en las estribaciones de la Sierra de la Espuña, resultó que Toscano estaba en lo cierto y dos eran gemelos; y las últimas noticias llegadas informaban de un sexto despeñado boca abajo en un barranco de difícil acceso. No estaba identificado al resultar imposible llegar a él, pero un grupo de escaladores bien pertrechados iba camino del lugar. Oscureciendo tan temprano era probable que no pudieran actuar esa misma tarde, pero sin duda conocería la identidad del sujeto a lo largo de la mañana del día siguiente. Con suerte incluso podía tratarse del propio Rivera. En caso contrario deambularía perdido por aquellos montes con el último asaltante.

—Tengo la sensación de estar perdiendo el tiempo —dijo Ivona inquieta mientras observaba como los marineros del Deutschland fregaban la cubierta.

—Relájate, puede que a estas horas el asunto esté ya solucionado —tranquilizó Orlov acariciando la posibilidad de que el cadáver despeñado fuera el de Rivera.

—No sé, tengo la sensación de que algo se nos escapa —un marinero alemán volcó el cubo con agua sucia por la borda—. ¿No te pasa lo mismo?

—¿Te refieres a quienes custodiaban la cárcel? Mientras los tengamos aquí no hay nada que temer, después ya decidiremos qué hacer con ellos. Y los políticos no han dicho ni palabra.

—¿Y los gemelos? ¿Por qué repitieron la fotografía?

—¡Qué sé yo! Los dos están muertos. Eso es algo que ya nunca sabremos.

—Quién sí lo sabe es el fotógrafo... También tenemos sin identificar las jóvenes que se llevaron a los guardas de la cárcel.

—No pretenderás que paseemos a esos imbéciles por toda Alicante para ver si pueden reconocerlas...

—Al final no supimos nada del ayudante del Carls —con la vista clavada en quienes fregaban— ¿Sabemos cuándo regresó?

—Tranquilízate —atrapó su espalda por la cintura y observó las labores en la cubierta del Deutschland—. A los hijos del führer también les gusta pasar una buena noche.

—Probablemente estás en lo cierto y me preocupo por nada.

—Te noto muy tensa ¿Es el barco alemán lo que te inquieta?

—No. Simplemente miraba... Pero no puedo dejar de pensar que se nos escapa algo.

—En ese barco no ha entrado ni salido un tornillo sin que lo hayamos controlado. ¿Crees que si Rivera estuviera allí continuarían tranquilamente esperando?

—Yo que sé... Probablemente no.

—El fascista está trotando como las cabras por el monte intentando encontrar un sitio donde esconderse. Eso es el peor de los casos; en el mejor lo mismo está despeñado en un barranco. Mañana lo sabremos.

—Me gusta sentirte cerca —sintiéndole abrazado a su espalda— Me duelen los hombros.

—Es la tensión. Vamos al camarote y te daré un masaje.

—Ahora no me apetece.

—Tengo chocolate.

—No. No me apetece ahora.

—Como quieras —separándose y atrapándole con las manos el cuello por la espalda como si fuera a estrangularla, hincando con fuerza los pulgares en la zona próxima a la nuca.

—Sigue, sigue...

—¿De verdad no quieres ir al camarote?

—No. Lo que quiero es ir a esa sierra.

—Me resultas más valiosa a mi lado.

—Yo creo que no.

—No te entiendo.

—Esos milicianos estúpidos no han logrado apresar con vida a uno solo de ellos.

No tenemos a nadie quien interrogar. Si Primo de Rivera está como dices muerto en el fondo de un barranco nunca sabremos realmente qué ocurrió. Todavía queda uno con vida, además del jefe.

—Y estando tu allí conseguirías que no lo maten —Orlov conocía el laberinto en la mente de su amiga.

—Así es. En dos, tres días a lo sumo, estaría de vuelta.

—¿Y cuándo saldrías?

—Ahora mismo si te parece bien.

—Me llevará al menos una hora conseguirte un coche con chofer.

—Perfecto. Ahora si me vendrá bien ese masaje. Los músculos del cuello me están matando.

El transporte llegó pasada la media tarde. Conducía un camarada con pañuelo rojo al cuello y a su lado otro de escolta. Su destino era Totana, en la vecina provincia de Murcia. Ivona ocupó el asiento trasero, ya relajada encendió un cigarrillo y cerró los ojos.

Cuando llegó a su destino reunió en el ayuntamiento del pueblo murciano a los 6

milicianos que dieron con el cuerpo despeñado en el barranco. Resultó casi imposible entenderlos porque todos hablaban a la vez interrumpiéndose unos a otros. Lo único que sacó en claro fue que en el monte tuvieron una refriega con otros milicianos provenientes de dos localidades cercanas: Aledo y Librilla. Al parecer los tres grupos confluyeron en el mismo paraje confundiéndose entre sí pensando que los otros eran a quienes buscaban. Por suerte no hubo muertos, solo un herido en los de Aledo y dos en el bando de Librilla. Cuando finalmente se aclaró el malentendido encontraron en el barranco el cuerpo despeñado. Nadie faltaba en ninguno de los tres grupos y entre todos dedujeron que el cadáver en

el fondo del barranco debía pertenecer a uno de los que intentaban dar caza.

Salamanca.

22 de noviembre de 1936.

—José Antonio no está muerto —soltó Von Faupel mirando a la fachada de la catedral.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confundido Serrano Suñer.

—Lo que oyes, José Antonio no está muerto —repitió mirándole esta vez a los ojos claros— Lo estamos custodiando nosotros desde hace cuatro días.

—Pero... pero... cómo... dónde... Entonces...

—La operación se realizó el pasado día dieciocho. La llevaron a cabo un grupo de falangistas.

—No me digas que Aznar tuvo finalmente éxito...

—No, no fue Agustín Aznar.

—¿Hedilla?

—Hedilla proporcionó los hombres. La planificación fue totalmente nuestra.

—Vaya con Manolo, nunca le hubiera creído capaz... Imagino que estará loco de contento. Para él José Antonio es como un dios.

—Tan solo estaba al corriente de la operación, también cree que ha sido fusilado.

Tú eres la única persona al tanto del asunto.

—No entiendo nada... ¿Y el bando de los republicanos del día veinte?

Explícamelo porque estoy totalmente perdido.

—También para mí es un enigma el asunto del bando. No sé, tal vez estén actuando como con tu fuga... pero esto es mucho más complicado. No parece lógico. Queda un cabo suelto que estamos intentando solucionar.

—¿A qué te refieres?

—Como te acabo de decir fueron falangistas escogidos por Hedilla quienes ejecutaron la acción. Creí conveniente que, una vez en nuestro poder José Antonio, ellos escaparan siguiendo una ruta distinta. Ya debían haber contactado con los nuestros, pero no sabemos nada de su paradero. Sospecho que siguen vivos porque al parecer hay movimiento miliciano en algunas poblaciones que debían atravesar. Estamos intentando localizarlos y...

—Perdona que te interrumpa —interrumpió—. Creo que los dos vamos conociéndonos poco a poco; estoy convencido que dices la verdad. ¿Por qué has esperado hasta ahora para ponerme al tanto? O mejor dicho ¿Por qué me pones al tanto?

—Querido Ramón, tú y yo vamos a entendernos muy bien.

—Así espero y deseo.

—La situación en que nos encontramos ahora es extremadamente delicada. Por una parte, desconocemos el propósito del gobierno republicano al emitir un bando falso. Además, está el tema de los chicos falangistas, si caen en manos del enemigo la situación de Alemania ante el resto de naciones se vería seriamente comprometida.

—Entiendo, pero no veo en qué puedo ser útil.

—No es ese el motivo por el que estoy sincerándome contigo. Nos resultaría de gran utilidad

conocer la reacción de tu cuñado cuando se conozca la verdad.

—Difícil pregunta. Aunque no puso objeción a los anteriores intentos de liberarlo, nunca lo vi especialmente entusiasmado con la idea. Incluso diría más, creo que se alegraba de los continuos fracasos, pero eso es únicamente una impresión mía... Indudablemente José Antonio le viene mejor muerto que vivo.

—También yo lo veo así.

—El problema lo tendrás cuando se entere de tu engaño. No olvides tu reunión con él, con nosotros, tras conocerse el bando republicano.

—No es ese un problema que me preocupe en estos momentos.

—A mí sí. También yo seré partícipe del engaño si no comunico inmediatamente el contenido de esta conversación.

—Entiendo... entiendo... —Von Faupel no había considerado tal hecho—. Te he puesto en un compromiso. Podríamos establecer un pacto de caballeros en el sentido de que este encuentro nunca se ha llevado a cabo.

—Wilhelm —llamándole por su nombre— si quieres que algo no se sepa... no lo hagas. Entiendo la tesitura en que te encuentras, o para ser más preciso, en la que nos encontramos.

—Se me ocurre que podrías excusarte alegando que tan solo intentabas protegerle manteniéndole al margen de todo esto.

—Paco puede ser muchas cosas, pero desde luego no es tonto ni estúpido. Ni dormido se tragaría esa patraña.

—Pero entenderás que en estos momentos resulta imprescindible para mí contar con tu absoluta discreción; al menos hasta que todo el asunto quede definitivamente resuelto. Te ruego —y la súplica era sincera— que de momento mantengas en secreto lo que sabes. ¿Puedo contar con ello?

—Estoy en una situación muy comprometida —se quedó pensando; Von Faupel no interrumpió sus meditaciones, finalmente contestó— De momento sí. Intentaré averiguar lo que me has pedido y en cuanto conozca la respuesta, en caso de lograrlo, te la haré saber. Ahora creo que lo mejor será dar por concluida esta conversación. Pensaban tomar un vermut en el Novelty y como todos los domingos comeremos juntos. Resultaría extraño que llegara a casa después que ellos y se está haciendo tarde.

—Ramón, nunca olvidaré el servicio que estás prestando al Führer, a Alemania, y a mí mismo —dijo con solemnidad—. Espero que algún día podamos recompensarte como mereces. Disfruta la comida.

—Seguro que habrá sopa y pescado —dijo con gesto y tono de resignación, como si la banalización restara importancia al tema tratado.

Von Faupel, sentado en el banco de piedra, lo vio alejarse con paso seguro y decidido, ni rápido ni lento. El alemán tenía su propio código de análisis psicológico sobre las personas; no era algo aprendido estudiando, sino fruto de la experiencia y el conocimiento que tan solo los años proporcionan. Según él, todo ser humano tenía su particular Pecado Capital, lo único que se necesitaba para doblegar la voluntad de un individuo era conocer el suyo. La avaricia, disfrazada de vanidad, era el de Hedilla, el más cómodo de abordar junto a la gula; también resultaba fácil de domesticar la ira que veía en los generales franquistas; más fatigoso que otra cosa era el de la pereza, bastante común según él entre los españoles; el de Franco, era probablemente el más complejo de abordar al tratarse de la soberbia. En cuanto a Serrano Suñer, informaciones fidedignas apuntaban a la lujuria, pero tras aquella conversación lo catalogó en el más español de todos ellos: la envidia.

Sierra de la Espuña.

21 de noviembre de 1936.

Bien fuera por no cargar correctamente el cartucho o por algún defecto del fusil, el disparo le explotó a Angelito en la cara. Inmediatamente comenzaron a sonar tiros por todas partes, unos llegaban de frente, otros silbaban a la derecha, a continuación las balas provenían de la izquierda. Aquello parecía cosa de locos, disparos y más disparos de norte y sur, por un lado y por el contrario, de aquí y de acullá... Emiliano se lanzó al suelo cubriéndose la cabeza con el brazo, fue entonces cuando vio a Angelito de pie: la cara totalmente ennegrecida, el pelo chamuscado, los ojos ardiendo por el fuego fatuo de la pólvora; el labio superior arrancado de cuajo lo mismo que media nariz; la oreja derecha colgando. Ni estando poseído por Lucifer hubiera gritado tan alto, pero el intenso tiroteo apagaba sus lamentos. Se movía como un sonámbulo ciego con los brazos extendidos; Emiliano le gritó que no diera un paso más y se tumbara inmediatamente. No lo escuchó, ya fuera por el ensordecedor sonido de los disparos o por el infinito dolor que sentía. Giraba sus brazos como aspas de molino intentando encontrar algo dónde agarrarse; la roca protectora tan solo

alcanzaba hasta la cintura y le impedía el paso; probó suerte en dirección contraria. Dio unos pasos dubitativos, pisó el cordón suelto de la bota, y su pie derecho no encontró suelo en el traspíe. El chico con voz de barítono se precipitó en un agónico aullido propio del mejor tenor.

—Fascistas hijos de puta –grito alguien en uno de los bandos sin parar de disparar.

—Los fascistas sois vosotros –llegó la respuesta de la derecha.

—La puta madre que te parió será la fascista –dijo alguien no se sabe muy bien de dónde.

—La puta madre fascista será la tuya, que la mía está tranquila en Aledo.

—En Aledo... hijo de la gran puta. Vosotros sois de Valencia –resultaba imposible discernir quien decía una cosa y quien otra.

—Nosotros venimos de Totana.

—Maricones de mierda; de aquí no vais a salir vivos –entre el silbido de las balas.

—Nosotros venimos de Librilla.

—¿De Librilla?

—¿Tú eres de Librilla?

—Desde que me parió mi madre.

—Alto el fuego... Alto el fuego –volvió repetir sin éxito la voz– Me cago en Dios, ¡Que alto el fuego!

—Alto el fuego –desde otro lado con balas todavía volando, aunque con menor intensidad.

—Me cago en la madre que me pario. Alto el fuego –fue la fórmula que finalmente funcionó.

—A ver, el de Librilla. ¿Conoces a la Dominica?

—Cuala, la del Heliodoro o la hija del Duerme poco.

—La del Helidoro.

—No la voy a conocer si es pariente mía.

—Pero vosotros ¿quién cojones sois?

—No te digo que somos de Librilla.

—Nosotros de Totana –la misma voz que ya antes anunció su procedencia.

—Nosotros venimos de Aledo –dijo el mismo que preguntó por la procedencia.

—¿Y qué coño hacéis aquí?

—¿A quién le preguntas?

—A Cristo. No te jode.

—Nos han enviado a buscar unos fascistas que están escondidos en la sierra.

—A nosotros lo mismo.

—Y a nosotros también.

El entuerto fue aclarándose mediante distintas comprobaciones de índole personal. Por ejemplo llegó a sacarse a colación la pelea que uno en el bando totanero y otro del grupo de Aledo tuvieron a cuenta de una buena zagala de nombre Herminia, en el baile de las últimas fiestas patronales. Parecía claro que ni unos ni otros eran quienes estaban buscando y con no poca precaución fueron saliendo de sus escondrijos cual conejos de la madriguera. Primero 1... 2... 3..

10... 15 casi tres docenas; los milicianos comenzaron a reunirse con las armas montadas y gesto desconfiado. Poco a poco todos los fusiles se fueron colgando al hombro y tanto las botas de vino como la picadura de liar fueron pasando de mano en mano. Resultó que algunos de ellos se conocían entre sí y hablaban revueltos unos con otros. Así juntos resultaba imposible discernir quien era de un pueblo, quién de otro, y cuál del tercero. Emiliano continuaba tumbado, sin haber llegado a efectuar un solo disparo. Las lágrimas por la estúpida muerte de su compañero amenazaban con brotar y a duras penas podía contenerlas.

—Tenéis alguna baja —el equívoco totalmente aclarado.

—A mí me habéis dado en la pierna —dijo uno de Aledo apoyándose en el fusil.

—¿Marceliano, como llevas el brazo? —preguntó quién parecía el jefe de Librilla.

—Es solo un rasguño, poca cosa.

—Pues a mí me ha entrado una esquirla de roca en el ojo y no veo ni hostias.

Como me quede tuerto... —dijo otro de Librilla.

—¿Pero falta alguno de algún grupo?

—Y yo que sé.

—A ver Teodoro, ¿Estamos todos?

—Pues yo digo que le he dado a uno, estoy seguro que a uno le di de lleno —dijo la cara mal afeitada a la que intentó disparar Angelito.

—¡Joder! Vamos a organizarnos de una puta vez. Los de Aledo aquí conmigo; los de Totana allí; y los de Librilla en esa piedra —intentó alguien poner orden—.

—Oye, aquí hay Máuser explotao —no le escucharon al intentar agruparse por pueblos— ¿Y tú que haces ahí? Anda, levántate que tó ha sido un puto malentendido. Que los fachas no están aquí —le dijo a Emiliano todavía tumbado vistiendo los distintivos anarquistas que les entregó Friedrich.

—Me cago en mis cojones Navajas, vente pa'quí pijo a ver si nos aclaramos de una puta vez —ordenó el de Aledo que convertido en jefe intentaba poner orden.

—Que digo, que aquí hay un máuser explotao.

Los grupos que comenzaban a formarse se disolvieron como una manada de palomas asustadas en cuanto el primer curioso se dirigió hacia el lugar donde el tal Navajas había encontrado el arma destrozada.

—¿De dónde eres? Preguntó a Emiliano ya incorporado otro miliciano con marca de labio viperino.

—¿Y tú? —respondió al modo de los gallegos.

—De Totana –sin dudarlo.

—Yo de Aledo –con idéntica convicción.

—La verdad que me quiere sonar tu cara.

—Ni idea.

—Pues a mí, cuando me suena una cara... y ese acento...

—Soy aragonés, vivo en Aledo con la Josefa. Sus hermanos son el Antonio y el Doroteo... – fijándose por primera vez en el labio cortado de su interlocutor.

—Si no eres de Aledo de verdad te lo puedo decir. A mi los aledanos... qué quieres que te diga, los veo muy ladinos así que no voy mucho po allí.

—Pues a mí me han acogido muy bien. Son buena gente.

—Tú verás, pero advertido quedas.

—Vaya buena que hemos armado. Mira que si llega a haber muertos...

—¿Quieres tabaco? –comenzando con la liadura.

—Cortao, vente páquí. Cojones –le llamaron.

—Mirad, mirad, allí abajo hay uno despeñado –gritó el mal afeitado—. No se le ve la cara, pero tié un pañuelo de los nuestros. Me cago en mi puta madre, a qué el que decía que le había dado –se lamentó.

Todos se arremolinaron en torno al precipicio; uno a punto de estuvo de caer, suerte que una mano amiga lo atrapó en el último momento. Fue entonces cuando Emiliano, aprovechando el interés general por cuerpo despeñado en el profundo barranco, se escabulló entre los matorrales y árboles corriendo como un gamo. Ni Filípides en la mítica carrera entre Maratón y Atenas le hubiera alcanzado, y puso buena distancia entre él y quienes le buscaban.

Se detuvo a descansar junto un secarral de vegetación baja donde estaba instalada una fila de colmenas. Pensó en atravesarlo, pero recapacitó y decidió

bordearlo. Antes se aprovisionó de energética miel; el mono de mecánico que le entregaron los alemanes como disfraz anarquista resultaba ser una buena protección y utilizó el rojinegro pañuelo para protegerse la cara hasta los ojos, la gorra le cubría la cabeza. El saldo de la razia fue una buena cantidad de miel y un picotazo justo bajo el párpado izquierdo cuya inflamación instantánea le privó de visión por eso ojo.

No sabía la hora, pero lo más conveniente era encontrar un escondite seguro. Vio medio oculta una portalada destartada en lo que parecía ser la entrada de una cueva y subió la empinada cuesta con paso cansino. Una cuerda de caballería atada con dos nudos era la única protección ante intrusos. En el interior encontró numerosas baldas con medio centenar de quesos

madurando. Tenía miel y queso, la cueva estaba en una atalaya desde donde se podía vigilar si alguien venía; si encontraba agua aquel sería un buen escondite para pasar los días, incluso semanas, necesarios hasta que desistieran quienes lo buscaran. Tomó miel y con dedos pringosos destrozó un queso, estaba exquisito.

Pudiera decirse que fue el destino quien condujo a Emiliano, entonces estudiante de Filosofía y Letras, a enrolarse en las filas de Falange. Su padre, de nombre Pablo y catedrático de instituto, albergaba infinitas expectativas para el futuro de su único hijo. No era para menos, en el bachillerato su nota más baja fue un 9 en Geografía, al vástago le sobraba inteligencia para convertirse en un reputado arquitecto o ilustre ingeniero de caminos, canales, y puertos... lo que quisiera.

No tuvo suerte con el hijo. A Pablo el mundo se le vino abajo cuando el chico le comunicó que no, que a él no le iba lo de construir el Empire State Building español tan de moda en esos años, y tampoco rimaba con sus propósitos lo de asfaltar medievales caminos de burro. El mozalbete quería estudiar Filosofía y Letras. El padre conocía el espíritu idealista y romántico de su hijo, pese a ello ensayo un amigable conato para hacerle cambiar de idea. Fracasó como él mismo preveía. Al joven bachiller le gustaba la poesía y el mundo de las ideas le resultaba fascinante; sus convicciones estaban bien maceradas, no respondían a capricho alguno, y se mantuvo firme ante los insistentes consejos y filípicas del progenitor. Recurrió entonces el bienintencionado catedrático, por primera vez en la vida de aquel hijo –que no en la suya– a la amenaza. Nueva frustración. En este caso el futuro filósofo con alma de poeta incluso contó con el apoyo de Elena, la madre medio ciega; tal alianza significaba que podía dar esa guerra por perdida. En honrosa claudicación, bendijo a Emiliano el primer día que el polluelo voló en dirección a un aula universitaria. Lo hizo con lágrimas en los ojos, no de emoción, sino de pena: tenía un hijo intelectualmente brillante que

terminaría de maestro de escuela en cualquier perdido pueblo aragonés, poco menos que muriéndose de hambre. Una desgracia.

Cursó su primer año de carrera en 1933. Apenas si llevaba un mes de universitario -en Zaragoza las clases comenzaban después del Pilar- cuando estando un día en un bar escuchó Emiliano por casualidad el discurso fundacional que José Antonio Primo de Rivera pronunciaba en el Teatro de la Comedia. El mozalbete se acababa de afiliar a la ambivalente Federación Universitaria Escolar, conocida por FUE. De espíritu revolucionario, como correspondía a sus 18 años, le obsesionaba la idea de una España próspera y digna para los trabajadores, una España que recuperara su historia como trampolín hacia el futuro. Las palabras del político en la radio fueron el interruptor que le encendió la bombilla: el mensaje que escuchaba era justamente lo que él llevaba tiempo buscando. A la semana siguiente se afiló al recién creado partido; cuatro días más tarde fue expulsado de la FUE. No le retiraron el carné, pero sí lo inutilizaron estampando un sello en rojo donde a modo de deshonra o venganza figuraba “EXPULSADO POR FASCISTA”.

Emiliano se sentía empachado de miel y queso. Esperó hasta la anochecida.

Salió al mirador y no vio luces de linternas o antorchas; al menos podría dormir tranquilo y a cubierto. Antes de acostarse buscó y encontró un pequeño manantial de agua fresca. Se arrodilló para beber como al recibir el sagrado Sacramento de la Comunión. Sintió en las rodillas

incómodas cagarrutas de ovinos, pero era tal la sed que no le importó. Regresó a la cueva y echó un último vistazo exploratorio. Había encontrado el escondite perfecto.

Lorca.

22 de noviembre de 1936.

Friedrich abandonó la excelente interpretación de discapacitado cuando abandonaron la ciudad de Alicante. El alemán, siempre previsor, adoptaba el penoso rictus al cruzarse con algún otro vehículo. Matilde sonreía ufana tanto por el gesto de su acompañante-hermano, como por la satisfacción que sentía en su interior. Conducía en dirección a Lorca, su primer destino. Allí vivía un

zapatero remendón de nombre José, a quien todos conocían por el Mónico derivado del exótico nombre de Mónica con el que fue cristianizada su madre.

En otros tiempos fue el Mónico viejo, pero desde que murió su hermano falangista, conocido como el Mónico joven, se le conocía simplemente por el Mónico. A su hermano lo mataron antes de iniciarse la guerra en una disputa con anarquistas al finalizar un mitin; ¿acaso importa de quién?

Estaba el zapatero a sus zapatos cuando entraron por la puerta del pequeño taller una joven forastera, acompañada de un pobre tontico que apenas si emitía incomprensibles sonidos guturales a medio camino entre el graznido y el bramido.

—Ave María Purísima –saludó Matilde tal como Friedrich le dijo que hiciera.

—Sin...Pecado...Concebida –aturdido el Mónico al escuchar por primera vez la contraseña que le pasaron al comienzo de la guerra.

—¿Sabe usted a qué hora sale el autobús de Murcia? –esperando la necesaria confirmación—.

—¿Autobús para Murcia? –en ese momento no recordaba que también esa pregunta debía contestarse correctamente.

—¿Es usted José el Mónico? –preguntó inquieta Matilde, Friedrich en absoluto silencio.

—Lo soy –temeroso.

—Pues eso. ¿Sabe usted a qué hora sale el autobús de Murcia?

—¿A Murcia? –recordó dos posibles respuestas: “Los autobuses a Murcia salen por la mañana” y “No tengo ni idea, pregunte usted a otro”.

—A Murcia. –confirmó Matilde.

—Los autobuses a Murcia salen por la mañana –acertó; si hubiera escogido la respuesta alternativa quien preguntaba se hubiera marchado, al ser esa la contraseña de peligro.

—Sí, dime —Friedrich tiraba de la manga de Matilde en gesto de que acercara el

oído a su boca. Tras escuchar continuó—. ¿Conoce usted en Murcia a Ginés Teruel? —ahora no se trataba de contraseña alguna, Friedrich tan solo quería cerciorarse de que se encontraban ante la persona correcta.

—Sí, lo conozco —totalmente recuperado de la sorpresa—. Creo que ustedes no quieren ir a Murcia, sino hablar conmigo.

—Mónico, ¿cuala zagala es esa que ha venido en semejante coche? —preguntó asomándose una vecina chismosa atraída por el vehículo estacionado.

—Dígale que soy su sobrina de Alicante —susurró Matilde de espaldas a la puerta.

—Una sobrina, Pascuala, una sobrina que me ha venido de Alicante —

dirigiéndose a la puerta para evitar que entrara a fisgonear—. Hazme un favor, tiene que venir la Ascen del tío Perico a recoger unos zapatos. Dile que los tengo en el sargento, que las tapas tienen que pegarse bien, que si eso ya se las acercaré yo cuando estén secas. — y le susurró en tono confidencial—. Es que voy a cerrar ahora, quiero atender bien atendidos a estos parientes de la capital no sea que después digan que en los pueblos no tenemos educación, ni sabemos de cómo comportarnos.

El Mónico puso a Matilde al corriente de todo, sin perderle el ojo al tontico que no paraba de tocar el martillo, los flejes, las leznas, el galgo... incluso le quitó el punzón de las manos no fuera a dañarse. Según el Mónico ahora la cosa parecía más calmada, incluso habían levantado los controles de entrada y salida al pueblo. Pero un par de días antes la cosa estuvo muy revuelta, además de los controles, registraron casas y negocios, el suyo incluido; enviaron patrullas a los cuatro puntos cardinales; la luz del ayuntamiento permanecía encendida toda la noche... incluso en el campanario y debajo del Altar Mayor de la iglesia miraron.

Al parecer buscaban a unos infiltrados franquistas que andaban por la zona, pero ya el día anterior enviaron las patrullas a Sierra Espuña donde, según comentarios del bar, estaban escondidos. Se rumoreaba que ya habían matado a algunos. Friedrich había dejado de jugar con los instrumentos y tiraba insistentemente de la manga de Matilde, tan absorta en el relato del Mónico que no le hacía caso. Un fuerte tirón la obligó a atender al supuesto hermano.

—¿Cuántos falangistas? —preguntó extrañada tras escuchar al oído los balbuceos

de Friedrich.

—Ocho.

—¿Seguro?

—Tan seguro como que hay un cielo para los justos y un infierno para los pecadores. Llevaban fotografías de los ocho y se las enseñaban a todo el mundo por si alguien los reconocía. Estos

ojos que se van a comer los gusanos vieron las ocho caras, dos eran iguales, menos uno todos parecían más muertos que vivos. Para mí que no eran infiltrados, que como andan a broncas entre ellos, pues eso...

—¿No han capturado a ninguno con vida?

—Según se comenta todos muertos, pero vete tu saber. Unos dicen que solo han matado a uno, otros que a cinco, que si eran tres, o cuatro... otros dicen que solo una pareja en Fortuna hace unos días. Vete tú a saber; hay rumores de todo tipo.

El zapatero no tardó mucho en reabrir el negocio. La Pascuala observaba tras los visillos y, viendo que volvían a montarse en el coche, salió de nuevo a la calle para, sin mediar palabra, ofrecer al tontico dos caramelos con sabor a menta.

—A mí es que estos tonticos me dan mucha pena —mirando a Matilde e intentando abrir el puño cerrado y retorcido de Friedrich—. Vaya ojos bonicos que tiene —logrando verle la cara a fuerza de agacharse.

Salieron del pueblo sin problema. Fue una suerte que levantaran los controles el día anterior. Friedrich comenzó a hablar en alemán para él mismo, continuaba en su impostura de deficiente, y por su tono parecía enfadado. Matilda le preguntó que ocurría, pero él seguía en su alemán sin prestarle atención. En realidad, se estaba maldiciendo a sí mismo por haber olvidado su carné cenetista junto a los otros en el zurrón. Conducían en dirección a Totana, a casa de Dolores Cano, madre de uno al que llamaban el Cortao.

—Atento, control —previno Matilda viendo los coches cruzados a escasos quinientos metros.

—Salud, compañera —saludó el miliciano al detenerse el vehículo— ¿De dónde venís?

—De Alicante.

—¿A dónde vais?

—Vamos a Totana; tengo una tía que quiere ver a mi hermano —Friedrich con la cabeza baja ocultando la cara tarareando una incomprensible canción—. Es su ahijado y dice que quiere darle un abrazo antes de morir.

—¿Cual es tu tía?

—La Lola, la madre del Cortao.

—¿El Cortao? No me jodas, ¡qué casualidad! Él tenía estar aquí, pero le he hecho la del nazareno y andará como las cabras por el monte buscando unos fascistas.

—¡Qué pena que ande por el monte! —mintió Matilde.

—Ahora que lo pienso ¿Qué se va a morir la Lola? Si la vi la semana pasá saliendo del rosario. Verdad es que la pobrecica apenas si podía andar. Pero de eso a morirse...

—Eso mismo le digo yo: tita, que usted nos va a enterrar a todos; ya iremos en Nochebuena, espérese hasta navidades... Pero ella nada, erre que erre que no va a llegar a las uvas y que quiere dar el último abrazo a su ahijado.

—No sabía de que la Lola tuviese parientes en Alicante.

—Mi padre, que en paz descanse; eran hermanos por parte de padre. No es cosa de darle publicidad.

—Anda con el abuelo del Cortao, ahora entiendo por qué el nieto ha salido así... Pues no le da pocos disgustos a su santa madre. Y digo lo de santa porque se pasa el día metida en la iglesia.

—¿Qué ocurre? —preguntó otro miliciano con el fusil al hombro que se acercó a la ventanilla.

—Nada, que esta es prima del Cortao; ya te contaré luego.

—Enséñame los papeles —pidió el segundo miliciano sin importarle las palabras del primero.

—Aquí está —entregándole su documentación acreditativa.

—¿Y la de tu hermano?

—Fede, dame el papelito que te he dado al salir de casa —pidió siguiendo el plan para tal situación establecido durante el viaje.

—E-ta-pi-ta. Fe-de apo. E-ta-pi-ta bo-í-a. E-ta-ita a casa. Fe-de apo —sin levantar la cara con todo su cuerpo, desde el dedo meñique hasta el talón hecho un guiñapo.

—No me digas que la has dejado en casa. A ver en los bolsillos —siguió la representación inclinándose sobre él e introduciendo la mano.

—¿Qué dice?

—Confunde su documentación con una estampita, y dice que Fede, se llama Federico, está guapo en la estampita. Al parecer la ha dejado en casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó el primer miliciano.

—Que no tiene documentación de su hermano, por lo visto el mongólico se la olvidó en casa.

—Compañero, si me obligas a volver nos matas a mi hermano y a mí. Confieso que he mentado. En realidad, mi tía Lola ni tan siquiera sabe que voy. Este coche no es mío y tampoco sé quién es su propietario. Me lo ha prestado esta mañana un compañero que lo ha birlado del taller donde trabaja y mañana por la mañana irá a recogerlo el verdadero dueño. Si no lo devuelvo para entonces se le cae el pelo.

—E-de a-me, E-de a-me —comenzó a gimotear Federico como si fuera un niño.

—¿Qué dice?

—Que tiene hambre, que Fede tiene hambre. Calla cariño —acareándole con ternura el teñido cabello revuelto de su cabeza agachada y continuando—. No

tenemos un real, las últimas cuatro perras las he gastado en esos regalos que llevo ahí atrás para mi tía. Voy a Totana para pedirle que nos preste de fiao, o por lo menos que nos de algo de comer porque no quedan patatas ni para una comida más.

—Dame la documentación del coche y abre el maletero.

—Voy —se inclinó hacia la rudimentaria guantera.

—No te preocupes por el maletero, lo abro yo —ofreció el primer miliciano que parecía más amable y convencido con las explicaciones.

—Vaya —por primera vez expresó amabilidad el segundo miliciano—. ¿Sabes de quién es este coche?

—Ya te he dicho que no tengo ni idea. Si no lo devuelvo antes de mañana mi amigo se va a meter en un buen lío.

—Ni más ni menos que de Jo-a-quim Vonn K-noooo-blochhc; el cónsul alemán en Alicante.

—¡Madre mía! —la cara de Matilde expresó sorpresa y horror.

—Aquí solo hay dos maletas —informó quien había abierto el maletero.

—Si mi tía no puede darnos nada le pediré que se quede con su Fede, es su ahijado y eso no me lo negará porque lo quiere mucho.

—Mira qué hay en las maletas —ordenó.

—Aquí solo hay ropa del mongolico —por suerte abrió la de Friedrich— Me cago en la puta, Bernardo, que es la prima del Cortao. No sé qué más te hace falta.

—¿Sabéis de quien es este coche? —gritó al resto de milicianos que conformaban el piquete de control, ya convencido de que Matilde era quien decía ser— Ni más ni menos que de un nazi. El que hirieron los compañeros de la FAI en Alicante.

Esta tía tiene más cojones que vosotros.

—Lo que de verdad tengo es tristeza y hambre.

—Juanito, trae el pan y la longaniza que ha sobrao. —volvió a dirigirse a Matilde— Venga, tira palante y si vuelves con tu hermanico pide en el ayuntamiento un pase para él.

—Toma —le entregó el tal Juanito un hatillo con las viandas.

—a o-a, a o-a. A e-de e gu-ta a o-a. E-á-la-me u o-a —gimoteó Friedrich golpeándose en el cogote con el dorso de la mano como si fuera un chimpancé; siempre con la cara escondida.

—¿Qué dice? –preguntó Juanito.

—La gorra, que le gusta tu gorra y que si se la regalas –tradujo Matilde.

—Te la cambio por algo –respondió alegre el miliciano.

—íííí. íííí. íííí –entusiasmado Friedrich moviendo compulsivamente los brazos deformes.

—Qué sí –la supuesta hermana.

—¿Qué son esos paquetes? –preguntó viendo los paquetes envueltos en el asiento trasero.

—Unos regalos para mi tía; caramelos, perfume, unos guantes...

—Te cambio la gorra por los caramelos.

—íííí. íííí.

—¿De verdad quieres cambiárselo? –preguntó sorprendida Matilde– Son los de la tía Lola.

—íííí. íííí. íííí –afirmando con la cabeza hasta casi golpear con la frente el salpicadero.

Matilde se dispuso a reiniciar la marcha una vez realizado el trueque, pero la retuvieron momentáneamente. Un coche se detuvo a su lado impidiendo la salida. Del coche bajó una mujer hermosa que inmediatamente reconoció Friedrich. Era la misma que encendió un cigarrillo cuando Orlov habló con el

vicealmirante Carls en la barrera del puerto de Alicante. La mujer miró de soslayo más al vehículo parado que a sus ocupantes y se encaminó a donde estaba el grueso de milicianos. El coche que interceptaba el paso aparcó a un lado y Matilde arrancó rumbo a Totana.

Salamanca.

22 de noviembre de 1936.

Serrano Suñer no se equivocó un ápice respecto al menú servido en el elegante salón del temporal domicilio de su cuñado. Los gustos culinarios de Franco no eran excesivamente sofisticados. En la mesa familiar nunca faltaban los entremeses, después primer y segundo plato, concluyendo con el postre. Se pirraba por los pescados, especialmente los blancos, y tomaba merluza de todas las formas posibles: guisada, frita, rebozada, en filetes, con mahonesa, sin ella...; el lenguado también formaba parte habitual de su menú. Las carnes, por el contrario, no eran plato de su gusto; si acaso vaca o ternera que consumía en forma de medallón con salsa unas veces y verduras otras, incluso a la plancha; evitaba si ello era posible las aves, el cerdo, y el cordero. Cuando comía fuera solían prepararle paella, costumbre mantenida a lo largo de toda su vida.

Aquel domingo sirvieron de entrante unos embutidos de la tierra, que él no probó; de primero sopa “al cuarto de hora”; de segundo merluza en salsa verde; y de postre el favorito de Nenuca: natillas. Como siempre, eran las hermanas Carmen y Zita quienes marcaban el tono, ritmo, y

contenido de la conversación, Franco raramente intervenía. Las dos eran madres entregadas a sus pequeños y compartían asuntos concernientes a la crianza: que si Nenuca se había caído jugando a la comba; que si Felipito -el mayor de Zita- había pasado unas fiebres; que si las caquitas de Paquito, como llamaban al pequeño Francisco Javier, tenían un color raro... En esa comida, sin embargo, mostraban su indignación por el escote de la mujer del alcalde, según ellas demasiado descocado para asistir a misa. Serrano Suñer permanecía pensativo, remoloneando en su cabeza la conversación que acababa de tener con Von Faupel.

—¿Te pasa algo, Ramón? —preguntó Franco embadurnando con salsa una lasca de merluza.

—No... no... ¿Por?

—Te veo muy callado.

—No... Estaba pensando en el embajador alemán. Me lo he encontrado al salir de misa.

—También nosotros hemos hablado con él. Comenzarán con el búnker antes de las Navidades.

—Eso mismo me ha dicho a mí —mintió—.

—¿Sabes quién me ha llamado hoy? —y continuó sabiendo que la respuesta sería negativa en caso de llegar— Pilar; Pilar Primo de Rivera.

—¿Y eso...?

—Nada, una locura. En agosto Fernando y ahora José Antonio. Dos hermanos fusilados es más de lo que esa buena mujer puede aguantar.

—¿Qué quería?

—Quería saber si de verdad habían matado a José Antonio. No podría creer que estuviera muerto. Pobre mujer.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Qué se le puede decir a una mujer en semejantes circunstancias? —miró por primera vez a su cuñado— Intenté consolarla, eso ha sido todo. Ah, también llamó María Santos, imagino que con la misma cantinela, pero con ella preferí mantenerme al margen y no contesté.

—No paro de pensar en la conversación del otro día sobre un partido único. Con José Antonio muerto...

—Señorita —interrumpió Franco dirigiéndose a la doncella encofada- por favor retire el servicio. Carmina, preferiría que tomarais el postre en la salita; Nenuca hoy tienes tu favorito.

—¿Natillas???

—Siiii.

—Biennn.

—La muerte de José Antonio —continuó Franco repantigado en la butaca— ha sido una suerte; eso no se puede negar.

—Así pienso yo —atizó las brasas Serrano.

—Los falangistas no tienen a nadie, porque ese Manolo Hedilla es un botarate sin apenas predicamento, y ya sabes lo que piensan de él los generales. Y los de la Comunión Tradicionalista —así se refería Franco a los carlistas, en otras ocasiones como “Requetés”— son cuatro gatos en Navarra y las Vascongadas.

—Son gente cabezona...

—Peor para ellos.

—Desde luego.

—Con José Antonio muerto nada nos impedirá fundir los dos partidos en uno solo que nosotros controlaríamos.

—Como Mussolini en Italia.

—No exactamente. Allí el partido se hizo con el gobierno. Aquí será el gobierno quien se haga con el partido.

—Los falangistas no son monárquicos y que se opongan a esta república no quiere decir que acepten un nuevo modelo.

—¿Por qué debe escogerse entre monarquía o república? Hay otras opciones...

—También tienen sus tradiciones y costumbres.

—¿A qué te refieres?

—Un falangista no se quitaría su camisa azul aunque lo mataran y lo mismo se podría decir de los carlistas con la boina roja.

—Bah. Eso no es problema. Los falangistas pueden seguir con su camisa azul...

y les colocaremos la boina roja. Y los requetés que sigan con su boina roja y nosotros los vestiremos con la camisa azul.

—Así visto... De todas formas, no sé si aceptarán... los unos y los otros.

—No les quedará otro remedio. Estamos en tiempo de guerra y la milicia debe quedar supeditada a la disciplina militar. Tendrán que obedecer, no les queda otra salida. Cuando tengamos el

nuevo partido colocaremos hombres de nuestra confianza, absolutamente fieles, en puestos claves. Lo importante es controlar y manejar los resortes, esa es la clave.

—Si la guerra termina tan pronto como parece no tendremos tiempo de...

—¿Y quién ha dicho que la guerra vaya a terminar pronto? —interrumpió Franco—La liberación del Alcázar en Toledo reduce la amenaza estratégica de Madrid.

Por mí que se queden allí todos los rojos comiendo cocido de ratas. Es cuestión de calcular bien los tiempos. ¿Cuánto tardarías en formar ese nuevo partido uniendo falangistas y requetés?

—No sé... unos meses. Para la Semana Santa podría estar listo.

—Pongamos abril, finales de abril. Muy bien, manos a la obra.

—¿Cómo llamarías al nuevo partido?

—Todavía no tengo claro el nombre. Partido Católico Español; Sagrado Movimiento Nacional. Movimiento Nacional Español. Lo de Movimiento me gusta...

—A falangistas y carlistas les gustaría que sus siglas o sus principios no desaparecieran del nombre.

—En eso tienes razón. Tendríamos que hacer algo como con la bandera. Una simpleza como adoptar la rojigualda supuso la adhesión los alfonsinos.

—¿Qué te parece Falange Española Tradicionalista de las JONS?

—Falange... Española... Tradicionalista... de las JONS... Suena bien, me gusta.

—Lo de Movimiento puedes dejarlo para más tarde; pero de momento ese nombre podrían aceptarlo falangistas y requetés.

—Lo dicho, manos a la obra. Lo quiero antes del verano. Si encuentras algún remolón tienes mano libre para actuar como consideres oportuno.

—Paco, si no te importa me voy a casa con Zita y los niños. Estoy cansado.

—Yo también Ramón. Es la hora de la siesta. Este tiempo nublado siempre me produce modorra.

—Una última cosa —Serrano Suñer con la manilla en la mano y la puerta medio abierta—.

—Dime.

—¿Qué ocurriría si Pilar Primo de Rivera estuviera en lo cierto y José Antonio continuara vivo?

—Ramón tú siempre preocupándote por todo. Los comunistas han hecho un trabajo que tarde o temprano alguien debía ejecutar. No te preocupes por eso.

José Antonio está muerto y bien muerto. Ahora lo que debemos hacer es convertirlo en el héroe que necesitamos. Será el héroe de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS.

—Pero bueno, imagina que por lo más remoto Pilar estuviera en lo cierto.

—Eres hombre inteligente. La respuesta ya te la he dado. Coge a Zita y los niños y veta a casa. Tienes cara de cansado.

—¿Qué te parece si mañana cito a Von Faupel para hablar del búnker?

—Muy bien. Y ahora disfruta lo que queda de domingo con tu familia. Tu primera obligación es ser buen esposo y padre.

Sierra de la Espuña.

23 de noviembre de 1936.

El sol comenzó a despuntar al filo de las 8. Emiliano pasó la noche en un duermevela con más vela que duerme. El ululato de un búho, un zorro caminando sobre la hojarasca, incluso la brisa del viento sacudiendo las ramas le sobresaltaba. Sentía el cuerpo dolorido y la boca seca; lo peor era el ojo izquierdo completamente cerrado por el picotazo de la avispa y la cara deformada por la hinchazón en la mejilla. Con suficiente luminosidad se acercó al arroyo donde se aseó como buenamente pudo; después exploró los alrededores de su escondite para conocer el terreno ante posibles contingencias.

En esas estaba cuando escuchó el sonido lánguido de campanillas y cencerros.

Un zarzal le sirvió de escondite en su búsqueda del pastor. No era pastor, sino pastora; tiraba de un borrico con morral cargando un serón de esparto, junto a ella un perro lanudo, y un desperdigado rebaño de cabras perezosas. Por única arma tenía una escueta vara de enebro para reagrupar a las más díscolas en su camino al arroyo. Su vestimenta no eran harapos, pero revelaban la extrema pobreza y necesidad de quien tiene lo justo tiene para comer.

No era alta ni baja, hermosa o desagradable, ni delgada ni gruesa, el pelo ni largo ni corto, ni negro ni claro, ni liso ni rizado. Tendría menos de 20 años y a Emiliano le llamó la atención la mirada mustia de unos ojos que en otras circunstancias serían lo más hermoso de aquel ser. Toda ella era un retrato de melancolía con gesto lánguido y pasos lentos que parecían no llevarla a ninguna parte; en general su actitud denotaba el desconsuelo y desánimo propios de los más desdichados. En un punto determinado soltó el burro que se dirigió hacia el arroyo seguido por el rebaño; la chica y el perro comenzaron a subir la pequeña cuesta hasta la cueva de los quesos.

Emiliano recordaba haber anudado la puerta al salir, nada había olvidado dentro y, a menos que la chica tuviera los quesos contados, no encontraría indicio alguno de que un intruso había pernoctado allí. Así fue. La joven salió de la cueva y se sentó en la pequeña atalaya observando el paisaje, lo único hermoso en su vida. Su mundo, su universo, se reducía a aquellos pinares donde junto a fuentes y arroyos también creían olmos, chopos, y álamos; reconocía la coscoja, el lentisco, el espino, o el madroño como una madre a sus hijos; de su fauna había comido a falta de otra cosa desde la culebra bastarda hasta el lagarto ocelado, tan solo el venenoso sapo corredor y

el sapillo pintojo se libraron de las brasas y el puchero. Su gesto se iluminó al escuchar el agudo canto de un

carbonero y acarició el hocico del perro pretendiendo hacerle partícipe de su alegría. Los colilargos mitos también eran abundantes y siendo como era buena observadora de la naturaleza reconocía el vuelo de los piquituertos.

—Ya sabía yo donde encontrarte.

La frase salió de la nada a escasos 20 metros a la izquierda del escondite de Emiliano, tan ensimismado con la muchacha que ignoró cualquier posibilidad de otro ser humano en las proximidades.

—¿A qué otro sitio puedo ir? —habló por primera vez la voz femenina.

—Lo mismo podías estar en misa —bromeó un segundo hombre provocando la carcajada de un tercero.

—¡Pijo! Menos cachondeo y daros una vuelta por ahí a ver si me veis algo —

ordenó el primero en hablar que actuaba de jefe.

—Voy a mirar en la cueva —manifestó el tercero.

—Valeriano, la cueva es mía. Ni te se ocurra coger un queso que me sé los que tengo.

—Tranquila zagala, que ya sabemos cómo te las gastas —bromeó el bromista.

—Mira Matacuras, no me toques los cojones y largo de aquí ahora mismamente.

Buscad por ande el barranco de la fuente que ahora voy yo pallá.

—¿Qué hacéis poaquí? —preguntó Pilar cuando Valeriano y el Matacuras se habían alejado.

—Estamos patrullando. Según dicen unos fascistas valencianos se han escondido en la sierra y han dado orden en todos los pueblos. ¿Has visto algo?

—Lo mismo que todos los días.

—¿Y de lo que te dije? —se sentó a su lado observando el mismo paisaje hermoso.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? ¿O lo ties pensao o no lo ties pensao?

—Que no sé qué hacer. Está mi padre, ahora vivimos bien; tenemos el chozo y comida no nos falta.

—Pilar, en Mula hay más posibilidades, es un pueblo grande y en cuanto acabe esta maldita

guerra y haya eso del reparto de tierras podremos vivir allí de maravilla. Ya me lo tengo hablao con el secretario del ayuntamiento y má dicho que luego a luego nos corresponderían cinco tahúllas. Y lo de tu padre nos lo llevamos con nosotros.

—A mi padre no hay quien lo saque de Casas Nuevas y sus pinos.

—Dime que sí. Cásate conmigo. Y si no quieres casarte nos arrejuntamos y ya está, que ahora eso no importa.

—A mí sí me importa. Los curas me dan igual, pero soy una mujer decente.

—Pilar, yo te quiero. Estoy enamorado de ti. Te juro que trabajaré pa que no te falte de ná ni a ti ni a nuestros zagales. Te lo juro por mis muertos y que me caiga un rayo aquí mismamente si falto a mi palabra.

—No sé.

—¿Tú me quieres?

—Yo qué sé.

—Ya me quedarás. Yo haré de porque me quieras. Prométeme que te lo vas a pensar.

—Ya veré.

—Ahora tengo que irme a seguir buscando, pero prométeme de que te lo piensas. Es lo mejor para ti. ¿Qué otra cosa puedes hacer? No ties ná mejor.

Promete que te lo vas de pensar.

—No sé. Ya te diré algo.

—Toma —le dijo entregándole una pistola—. Si ves algo raro disparas al aire y vendré al momento.

El hombre, no mucho mayor que Emiliano, se alejó con la escopeta al hombro.

Pilar lo llamó por su nombre, Serafín, y preguntó si cuanto debía hacer en caso de ver algún fascista era apretar el gatillo. Serafín le dijo que así era y se alejó pensativo. Pilar guardó la pistola en el amplio bolsillo del zagalejo y continuó observando la nada de aquella hermosura mientras acariciaba el morro del perro tumbado a su lado. Al rato se levantó y reagrupó las cabras, acercó el pollino a la cueva y en tres viajes cargó cada copa del serón con cuatro quesos bien curados.

—Chato —llamó al perro— Chato ¿dónde estás? Ven aquí —ordenó la dueña.

Chato estaba olisqueando el miedo en la entrepierna de Emiliano quien, como si fuera estatua de mármol, dejaba al chucho olfatear y lamerle la mejilla hinchada.

No se movió ni cuando el animal marcó sus dominios levantando la pata izquierda justo a su lado.

—Chato, vuelve aquí que nos vamos ya —repitió la dueña y, esta vez, sus órdenes fueron cumplidas.

Mujer, pollino, perro, y cabras se alejaron desandando el camino por donde habían venido. Poco a poco el sonido de los cencerros se fue alejando hasta desaparecer por completo dejando que el trino del carbonero se adueñara del aire con olores a sabina y piorno. Emiliano pensó que no podía continuar expuesto por más tiempo y decidió regresar a la cueva de los quesos. La pistola que Serafín entregara a Pilar estaba en la repisa donde antes hubo ocho quesos.

Emiliano ni la tocó. Tan solo le preocupaba planificar al detalle cuál sería su rutina diaria en las actuales circunstancias. La cueva sería el escondite para la noche, pero debía encontrar otras alternativas, al menos si la chica acudía allí cada día...

La destartalada puerta de madera volvió a abrirse sin previo aviso. Pilar regresaba a por la pistola; la había sacado del bolsillo en previsión de que se disparara al cargar con los quesos y la dejó olvidada. El oscuro recoveco donde se agazapó Emiliano representaba un buen escondite incluso dentro de la propia cueva. Pilar cogió el arma volvió a guardarla en el bolsillo del refajo y llamó a Chato. El perro olisqueaba de nuevo a Emiliano en el fondo de la cueva, pero ahora fue más allá y comenzó a ladrar.

Pilar pensó que se trataba una alimaña y se acercó dispuesta a terminar con quien

puñera echar a perder sus quesos pero no encontró rata de campo, ardilla, zorra, ni lirón. Todo lo que vio fue una cara deforme, asustada como si viera llegada su hora final, mostrando las palmas de las manos.

Totana.

23 de noviembre de 1936.

La tía Lola, Lola la del Cortao, o la sacristana, eran las tres formas en que se conocía en Totana a Dolores Cano. Lo de tía le venía porque los Cano habían vivido toda la vida en el pueblo y en mayor o menor medida compartía lazos de sangre con el resto de familias totaneras; lo del “cortao” porque su hijo Miguel nació con un labio leporino; y lo de sacristana por su extrema religiosidad.

Ninguno de sus cuatro hijos fue bendecido con la gracia de la fe; los tres mayores habían emigrado y en el pueblo tan solo quedaba el del labio deforme.

Las dos mayores vivían en Murcia y Cartagena desde que se casaron; el siguiente encontró trabajo en una textil de Mataró y nada se sabía de él. Tan solo seguía en Totana el menor, pero desde que se casó hacía algo más de 2 años apenas si se arrimaba por casa de la madre. No porque se hubiera distanciado de ella, la persona que más quería en el mundo, sino porque militando en el POUM

no estaba bien visto que su madre fuera tan religiosa; o mejor dicho, que no tuviera pudor o recato alguno en mostrar públicamente sus creencias religiosas.

—Ave María Purísima –saludó Matilde en el quicio de la puerta.

—Sin Pecado Concebida –contestó la tía Lola.

—¿Sabe usted a qué hora sale el autobús de Murcia?

—Los autobuses a Murcia salen por la mañana –continuó sin dudar–. Pasen ustedes.

—Antes me gustaría ocultar el coche en lugar seguro. ¿Dónde puedo?

—Siga la calle y gire en la segunda a la derecha. El segundo portalón es de un corral de la parroquia. Se puede abrir con solo empujarlo. Allí podrá esconder el coche.

—Gracias. Le dejo a mi hermano mientras regreso.

—Tranquila, el pobrecico está en buenas manos. Apúrese.

—Guárdese estos regalos –entregándole el paquete con el perfume y los guantes de piel de cabritilla.

Friedrich seguía en su papel. La buena mujer intentaba entablar conversación, pero él iba a lo suyo. Fisgoneaba todo, igual que en el taller del zapatero remendón, abriendo cajones, destapando pucheros, moviendo sillas. Observó las fotografías familiares con parejas de recién casados en las paredes; otra era la Virgen de la Fuensanta, estratégicamente colocada entre la de Pío XI con expresión hierática y la de Miguel de los Santos Díaz, obispo de la diócesis que huyó a Italia al estallar la guerra. En la peana colgada, un Redentor de escayola sentado en un trono dorado con la bola del mundo en su mano izquierda y bendiciendo con la derecha y bajo Él, en una pequeña mesita, el pequeño altar portátil con la Virgen del Carmen, patrona del pueblo, alumbrada por una pequeña vela de aceite, que veneraban por turnos las beatas locales.

Matilde no tardó mucho en regresar. Indicó a Friedrich con el gesto que el coche estaba en lugar seguro y que nadie se percató de su presencia. La tía Lola les sirvió un buen tazón de hervido a base de coliflor, patatas, alubias verdes, zanahoria, y cebolla.

—La cosa lleva muy movida desde hace unos días. Yo lo que sé me lo sé por mi Miguel. Ayer mismamente, sin ir más lejos, se debió armar la marimorena en el monte con unos de Aledo y otros de Librilla. Por suerte no hubo muertos, pero alguno sí que salió mal parao.

—¿Qué ocurrió?

—Espera, que de eso que no hubo muertos miento. Dios me perdone. No hubo muertos entre los de Aledo y Librilla ni en los de aquí, pero sí que se despeñó uno por ande la pared de Liria. Por lo visto hoy iban a venir gentes de no sé ande a recuperar el cuerpo porque está en un cortao que no es fácil de llegar.

—¿Pero qué ocurrió? —insistió Matilde.

—Por lo visto tienen acorralados a unos fugitivos en Sierra Espuña y los están buscando. Por lo que sea se confundieron los unos con los otros y se liaron a tiros entre ellos. Eso me contó mi Miguel.

—¿Y el muerto?

—Ese es el misterio. Mi Miguel dice que no faltaba naide de ninguno de los tres grupos. Por lo visto los fugados eran ocho, pero al parecer ya han muerto casi todos o lo mismo todos.

—¿Cómo lo sabe?

—Me enseñó mi Miguel una hoja con las fotografías de los que se están escondiendo y a la mayoría de ellas ya les había puesto una X. Me lo recuerdo porque lo he visto mismamente con estos ojos que se comerán los gusanos cuando Dios me lleve a su lao.

Friedrich tiró de la manga de Matilde, ella pegó su oído a la boca deforme, y se incorporó.

—¿Podría conseguir esa hoja con las fotografías?

—¿Qué hora es? —preguntó la tía Lola.

—Van a dar las ocho —contestó Matilde.

—Pues lo mismo sí. Luego a luego está mi Miguel en casa si no han tenido hoy reunión en la sede del partido y me puedo hacer con ella.

—Nosotros esperaremos aquí. ¿Cuánto le llevará?

—Si está en casa no mucho. Lo malo, como le digo, es que tengan reunión, entonces les dan las tantas. Voy a cerrar la puerta porque cuando voy a su casa salgo por el corral y me voy por la calle de la Veracruz hasta su trasera. Así naide me ve en cuando entro y la gente tampoco sabe de que nos vemos.

La tía Lola atrancó la puerta de entrada, corrió los visillos, apagó las luces, y salió por el corral en el recorrido que hacía casi a diario hasta la casa de su hijo.

A Friedrich y Matilde tan solo les iluminaba la titubeante luz de la vela en el altar portátil de la Virgen; sentados de espaldas a la pared hablaban en un

susurro. Friedrich detalló el nuevo plan: con la información que trajera Lola debían internarse en la sierra para encontrar a los falangistas antes que los rojos; ya no se haría pasar por deficiente mental sino por un inglés de las Brigadas Internacionales; si la suya era una de las fotografías en las hojas repartidas a las patrullas, ya vería cómo improvisaba. Repasaron varias veces distintos escenarios y permanecieron en silencio esperando el regreso de la Tía Lola.

—Lola, tía Lola —era la voz de Bernardo, el inquisidor miliciano del control en la carretera.

—Tía Lola, abra tía Lola— otra voz con igual energía.

—Qué hay una señorita de la capital que quiere de preguntarle unas cosas —
indicó Bernardo ahora sin golpear la puerta.

—Tía Lola, abra usted la puerta que será un minuto —todavía en voz alta pero sin gritos.

—Aquí no hay nadie —dijo uno en tono de conversación.

—¿Y dónde puede estar a estas horas? —preguntó una voz femenina.

—Qué se yo... en la iglesia, o en casa de su hijo.

—Pues vamos allá —dijo la mujer—.

—¿A dónde, a la iglesia o a casa del Cortao?

—¿Qué está más cerca?

—La iglesia.

—Allí primero.

Sierra de la Espuña.

22 de noviembre de 1936.

—¿Quién eres tú? —preguntó Pilar apuntando con la pistola a la cara deforme acurrucada en el fondo de la cueva.

—Nadie. Nadie —contestó Emiliano con el naranjero en el suelo y los brazos levantados en señal de rendición.

—Sal de ahí. Ladrón.

—No, no soy ningún ladrón, te lo juro. Soy de una partida de milicianos de Aledo que andamos buscando a unos fascistas y me he perdido. Solo eso.

—¿Qué tã pasao en la cara?

—Me ha picado una avispa.

—¿Y no tãs puesto barro?

—¿Barro?

—Sí, en el picotazo. Asín se alivia la hinchazón. Tú no eres de Aledo, yo soy de allí y no te conozco, además cualquiera de Aledo sabe que hay que poner barro cuando te pica una avispa.

—Es que llevo poco en Aledo. Me fui a vivir allí cuando me casé con la Josefa, es de Molina, hermana del Antonio y el Doroteo. Lo mismo los conoces.

—No sé quiénes son. Pero conocerás al señorito...

—¿Al señorito?... Claro que conozco al señorito. Todos en Aledo conocemos al señorito.

—¿Y cómo se llama? —ya estaban fuera de la cueva.

—¿Quién?

—El señorito.

—La verdad que no me he preocupado de saber su nombre. Como todos le llaman el señorito...

—¿Y qué le pasa al señorito?

—¿Qué quieres decir?

—Tú no eres de Aledo; mentiroso —levantando la pistola para disparar al aire.

—No. Por favor. No —Emiliano agarró el cañón de la pistola y lo colocó contra su propio estómago.

—Dime quien eres de verdad o disparo. No soy ninguna tonta.

—Te lo cuento todo. Te juro que te lo cuento todo. Pero por favor no dispares.

No avises a nadie.

—¿Quién eres?

—Aunque vaya vestido así no soy anarquista —Emiliano consideró que lo mejor sería contar la verdad no fuera a disparar alertando a quienes le buscaban—. Ni vivo en Aledo ni estoy casado con nadie. Soy uno de los que andan buscando.

—¿Eres fascista? —preguntó Pilar agarrando con determinación la pistola.

—No. No soy fascista. Soy estudiante de filosofía y me he visto metido en esta guerra.

—¿De dónde eres? —preguntó más relajada pero todavía apuntando.

—De Zaragoza. Soy de Zaragoza. Déjame ir. Por favor, déjame ir. No te haré daño y a nadie diré que me has visto.

—¿De qué eres estudiante?

—De filosofía.

—¿Y eso qué es?

—Estudiamos al ser humano... qué piensa... el mundo de las ideas.

—¿Y pá qué sirve? —con el brazo relajado apuntando al suelo.

—Para conocernos mejor.

—Eso es una tontería. Yo ya me conozco. ¿Por qué iba a estudiar pa conocerme?

—No. No se trata de eso. Amamos la sabiduría. Nos gusta saber por qué las cosas son como son; conocer al hombre, entender qué hacemos aquí y cómo nos relacionamos con los demás.

—Los hombres son malos. Eso es todo lo que necesito saber. En cuanto a lo de que qué hacemos aquí, yo cuido cabras y hago quesos.

—No se trata de eso...

—A mí me paice que eso de la filosofía tuya es una tontería. Más te valdría hacer algo de provecho.

—Eso mismo pensaba mi padre.

—Lo seguro es que la filosofía no te sirve pa saber que los picotazos de avispa se curan con barro —Pilar cogió un puñadito de tierra en el cuenco de su mano, escupió, lo mezcló y le aplicó el barro en la mejilla.

Lorca/Totana.

23 de noviembre de 1936.

Aquel domingo a finales de noviembre de 1936 la tensión en el ambiente de Lorca era tan densa como la niebla en las madrugadas de invierno. Esa misma semana habían sido ejecutados el párroco y 5 frailes salesianos detenidos al iniciarse la contienda. Un hijo del pueblo emigrante desde hacía años en Barcelona, bajó con un grupo de izquierdistas catalanes y fusiló a los religiosos arrojando sus cuerpos a un pozo sulfuroso en el paraje conocido como la Serrata.

Después saquearon e incendiaron el Convento de la Virgen de las Huertas y no fueron pocos los lorquinos, lo mismo de derechas que de izquierdas, que se encararon con ellos.

Ivona había escogido Lorca como centro de operaciones al tratarse de la ciudad más importante en el recorrido de los perseguidos y estar situada en el corazón

de la zona donde se desarrollaría la búsqueda. Sin embargo, los últimos acontecimientos revelaron que Totana resultaba ser un emplazamiento más práctico por su proximidad a la sierra donde, más pronto que tarde, darían con los rebeldes. En cualquier caso, quienes rescataran el cadáver en el barranco tenían orden de llevarlo a Lorca y de momento solo cabía esperar allí.

Lo trajeron en un camión a primera hora de la tarde, y depositaron el cuerpo en el zaguán del

ayuntamiento. El lado izquierdo de la cara estaba totalmente destrozado por el impacto del golpe; la parte derecha con el ojo quemado, la nariz medio arrancada, y la oreja colgando, tampoco ayudaba mucho a la identificación. Ivona, nada más verlo, tuvo claro que aquel cuerpo no era el de Primo de Rivera, tampoco el de Nicanor Villalta. Dudaba entre Emiliano Parra y Ángel Luis Castellanos; si colocaba la oreja en su sitio y tapaba con el dedo la parte perdida en la nariz parecía Emiliano; si por el contrario miraba el cadáver tal cual estaba en el suelo, Ángel Luis.

Tardó más de lo previsto en localizar a Orlov. Le puso al corriente de las novedades, de forma particular que el cuerpo rescatado del barranco no era el de Rivera, y que se trasladaba a Totana para dirigir personalmente las operaciones.

Los dos convinieron que era cuestión de horas dar con el paradero de los fugados; no tenían escapatoria con la sierra totalmente cercada.

De camino a Totana paró de nuevo en el mismo puesto de control que lo hizo brevemente en el viaje de ida. Un miliciano le ofreció amablemente un caramelo de café con leche; Ivona, golosa, reconoció el sabor. Se trataba de los mismos caramelos que le regalaba Orlov animándola a dejar de fumar. Preguntó por la procedencia del caramelo, y quienes participaron en el interrogatorio a Matilde le pusieron al tanto de todo: la mujer conduciendo el coche robado del cónsul alemán, el hermano “tontico”, la tía en Totana... La historia resultaba demasiado rocambolesca, cuando menos extraña, para no investigar su veracidad.

Se dirigió de inmediato a casa de la tía Lola junto a Bernardo, Juanito, y el primer miliciano que detuvo el coche, de nombre Claudino. La puerta estaba cerrada a cal y canto, todo a oscuras y en el interior nadie contestó las repetidas llamadas y golpes en la puerta. Bernardo utilizó sus manos a modo de pantallas laterales para mirar a través de los visillos, vio la mortecina luz alumbrando a la Virgen. A esas horas no podía andar muy lejos y fueron a buscarla.

Regresó la tía Lola a su casa con noticias frescas. Tras la inoportuna visita de los

milicianos Friedrich consideró llegado el momento de quitarse la careta y pidió a la anciana que no encendiera la luz.

—¡Acho! Tú eres el del retrato —dijo la anciana exhibiendo la fotografía tomada del carné anarquista de Friedrich.

—Déjame ver —pidió el alemán—. Cuente, cuente usted que le ha dicho su hijo.

—Por lo visto ya han recuperado el cuerpo despenao en el Ciervo.

—¿Qué ciervo? —preguntó Matilde mientras Friedrich observaba las fotografías; menos la suya, la de Emiliano, y la de Angelito, todas cruzadas por una X.

—No, no es ningún ciervo, es que se despenó en el barranco del Ciervo. Por la zona de la Ferrata. No saben muy bien cual de esos dos es —señalando a Emiliano y Angelito— porque tenía la cara hecha trizas. Mañana van a seguir buscando y tienen movilizaos a todos los pueblos. Dice mi Miguel que es cuestión de horas que caigan. Los que están marcados están todos muertos. A uno lo mataron en Fortuna, a otros dos en Archena, y a esos gemelos por la zona del Azaraque.

—¿Dónde es eso? —desplegó Friedrich un mapa junto a la Virgen.

—Tía Lola, tía Lola. Abra la puerta. Sabemos que está en casa —golpearon la puerta.

—Madre, abra usted la puerta —reconoció Lola la voz de su hijo.

—Voy, voy... —contestó la anciana.

Friedrich plegó el mapa, guardó las fotografías con las X, y se apuró junto a Matilde por la puerta de acceso al corral.

—¿A qué viene esta escandalera? —preguntó la anciana tras los lamentos al dirigirse con lentitud pasmosa a abrir la puerta.

—Madre, ¿qué es eso de que ha tenido visita esta tarde? —preguntó el hijo, el primero en entrar, seguido de Ivona y los otros tres milicianos.

—¿Visita? Yo no he tenido ninguna visita desde el entierro de mi difunto.

—¿No ha venido esta tarde una sobrina suya de usted de Alicante? —preguntó Bernardo.

—Sobrina... de Alicante... Bien sabe Dios que yo no tengo parentela en Alicante.

—¿No tenía usted, tía Lola, un hermano por parte de padre en Alicante? —le tocó el turno a Claudino.

—Pero tú mequetrefe quién tàs pensao queés. Habrase visto. Dishonrar la memoria de mi padre que Dios tenga en Su gloria. La boca con lejía tenías que enjuagarte.

—¿Y esto? —preguntó Ivona mostrando los paquetes de la colonia y los guantes de cabritilla olvidados encima de la mesa.

—Eso... eso...

—Esos son los regalos que le traían pa que se quedara con el mongolico —

aseguró Juanito— Me caiga ahora mismamente muerto si no son esos. Esos son los regalos... y los caramelos de Viuda de Solano. Estaban los tres paquetes en el asiento de atrás del coche.

—¿Dónde están? —preguntó Ivona— ¿Qué dónde están? —repitió—. Registrad la casa —ordenó ante la ausencia de respuesta.

—Madre... madre... ¿pero que ha hecho usted?

—Salvar a España.

Salamanca.

23 de noviembre de 1936

Von Faupel recibió una notificación de Serrano Suñer a última hora de la tarde del domingo. En la escueta nota comunicaba el político español su deseo de

reunirse con él al día siguiente para ultimar detalles sobre el búnker proyectado, tal como comentaron al salir de misa. El embajador alemán utilizó el mismo emisario para hacerle llegar su respuesta. Se mostraba dispuesto y encantado de reunirse con él para tratar el tema, pero al parecer se había resfriado levemente durante la mañana y, si le parecía bien, proponía su propio domicilio para la acordada reunión, agradeciéndole su comprensión.

Serrano Suñer era hombre madrugador, como el propio Von Faupel, y antes de las 8 una doncella servía el café con unas galletas de acompañamiento.

—Ha resultado más sencillo de lo esperado —soltó Serrano cuando estuvieron solos.

—¿Y eso?

—Fue él quien sacó el tema durante la comida. Está convencido de que José Antonio está muerto.

—Ninguna novedad hasta ahí.

—El problema no es la mentira; el problema es la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo, el problema es que José Antonio esté vivo... y si aparece en zona nacional el problema será doble.

—Explícate.

—La muerte de José Antonio ha abierto nuevos caminos... y yo soy el encargado de transitarlos.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas nuestra conversación de ayer respecto a los partidos?

—¿Controlar Falange con José Antonio muerto?

—Efectivamente. Mi cuñado quiere ir un paso más allá. Pretende formar un nuevo partido para fusionar a falangistas y carlistas.

—¿Qué dices? Eso es imposible. No pueden verse entre ellos, se odian a muerte.

José Antonio nunca consentiría.

—Embajador, tú todavía no conoces a mi cuñado. Además, contamos con que José Antonio ha sido fusilado.

—Continúa.

—Con un nuevo partido, ni falangistas ni carlistas podrían reclamarlo como suyo. Sería totalmente nuevo y él lo controlaría. No dependería de nadie y a nadie debería dar explicaciones.

—Eso es posible con una Falange sin José Antonio, pero tiene la espina de los carlistas. Con esos lo tendrá más difícil, incluso estando a la gresca con los alfonsinos.

—Los carlistas y la Iglesia son como hermanos siameses, y la Iglesia está totalmente rendida a la causa. Tiene al obispo Gomá comiendo de su mano y nuestro embajador Magaz ya controla la embajada en el Vaticano. Del “Dios, Patria, y Rey” los carlistas solo perderán el último tercio, no es mal negocio para ellos.

—Entiendo el panorama... comienzo a verlo... El nuevo partido no sería ni de falangistas ni de carlistas y además unos serían el contrapeso de los otros.

Magistral jugada.

—Paco habla de “Movimiento”... “Movimiento Nacional” o algo por el estilo.

Lo de “Partido Político” no le gusta mucho.

—Y con José Antonio vivo su “Movimiento” se frenaría.

—Así es. Quiere tener listo el nuevo... el nuevo “Movimiento” para finales de abril, en el peor caso antes del verano. Me ha encargado poner manos a la obra de inmediato.

—¿Abril? ¿En cinco meses?

—Después necesitará tiempo para hacerse con los resortes del nuevo... del nuevo... partido; qué carajo —soltó Serrano.

—Y en medio del carajal está Primo de Rivera.

—Vivo.

—Vivo. Como dices no es la solución sino el problema... —dedujo Von Faupel

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Cosas mías. ¿Y qué hacemos?

—¿Y qué hacemos?

—Difícil solución —el gesto serio de Von Faupel reflejaba la gravedad del asunto—. Tengo que hablar con Berlín. No estábamos preparados para esta contingencia. En este momento no puedo ofrecerte respuesta alguna, ninguna solución. Debo salir inmediatamente para Alicante. Mi hombre debe localizar a los muchachos falangistas. Si los comunistas los encuentran antes que él las consecuencias pueden tener dimensiones que ni tú ni yo imaginamos siquiera en este momento.

—Al parecer Pilar, la hermana de José Antonio, telefoneó a Paco negándose a creer que su hermano hubiera sido fusilado.

—Imposible que lo supiera. Te lo garantizo.

—Sí, sí, en eso estamos de acuerdo. Pero sabes qué me dijo mi cuñado cuando le pregunté qué ocurriría si Pilar estaba en lo cierto.

—Tú dirás.

—Que los rojos habían hecho algo que tarde o temprano tendría que ocurrir.

—Debo partir inmediatamente para Alicante.

—¿Qué le digo del búnker? Supuestamente de eso hemos hablado en esta reunión.

—Iniciaremos las obras en dos, tres semanas a lo sumo. Eso le contentará.

Sierra de la Espuña.

23 de noviembre de 1936.

Como cualquier otro día Pilar se levantó antes de amanecido y siguió su rutina diaria: encendió el candil, avivó la lumbre con el fuelle; se vistió; hizo el camastro; barrió la casa; se levantó Timoteo, su padre; hizo la camastro del padre; mezcló en dos grandes tazones achicoria líquida con leche caliente y preparó sendas sopas con pan duro; trajo un cántaro de agua de la fuente; se aseó; frió unos tacos de tocino y dos huevos que sirvió en la mesa junto a los embutidos; desayunaron; abrió la pocilga al cerdo, que deambularía libre hasta el anochecer como las gallinas que picoteaban por los alrededores; recogió media docena de huevos; lio en un hatillo viandas de carne seca; cogió la bota colgada de un clavo; arregló el pequeño borrico al que simplemente llamaba burro con collera de campanillas, antojera, albarda, cincha, y serón; abrió el cercado de las cabras; colocó el morral al burro; y pasándole el dogal por el cuello tiró de él en dirección a la sierra. No necesitó mirar atrás para saber que las cabras le seguirían obedientes y que Chato daría buena cuenta de las rezagadas.

Pilar nació por sorpresa, como llegada de París, en el año 18. Timoteo y Teresa, sus padres, rondaban la cincuentena y ya tenían cuatro hijos: Fuencisla, la mayor, vivía en Jumilla; también estaba en Jumilla y tenía dos hijos Antonio, el hermano que la seguía; Trini, la tercera, se casó con un navarro que se la llevó a su tierra; en el nido solo quedaba Miguel, un balarrasa de mucho cuidado. La familia pasaba sus necesidades, aunque nunca faltaron en la mesa migas de harina, o habichuelas con arroz para llenar la panza; algunos domingos Teresa preparaba un buen “Jallullo” a base de tocino, longaniza, pimiento, tomates secos, cebolla, y ajo. El abadejo se guardaba para la Navidad, y constituían su mayor aporte energético los embutidos y las liebres de monte.

Timoteo era resinero desde antes de salirle los dientes. Trabajaba la pinada entre marzo y octubre, pero a finales de noviembre los árboles se negaban a ser desangrados y si la campaña no había sido buena, el invierno resultaba especialmente largo. Confiaba un cambio de suerte al

Gordo de Navidad, pero ni con la pedrea tenía suerte. Los árboles pertenecían a Juan Pino –el apellido parecía premonitorio– de quien dependían los mal contados 600 habitantes de Aledo, porque también era dueño de sus casas. Pino era arquitecto y vivía en la

capital, en Murcia; su esposa, una Pérez Contreras, fue quien aportó la verdadera fortuna del matrimonio. La pareja apenas si pisaba el pueblo, y eso que la casona de los Pérez era un palacete construido con bastante buen gusto. Normalmente lo ocupaba su hijo Jesús, aparecía mediada la primavera y se quedaba hasta final del verano.

Jesusín, así llamaban en privado las gentes del pueblo al hijo, estaba encadenado a una silla de ruedas desde que a los 5 años la poliomielitis dejó sus piernas como varillas de columnas carcomidas por el salitre marino. Jesusín estudió arquitectura siguiendo la estela del padre, pero su primera construcción se le vino abajo matando a los moradores y nunca más volvió a recibir encargo alguno. De espíritu altanero, prepotente, chulesco... más de uno debió abandonar Aledo por llamarle Jesusín en vez de “Señorito” como había ordenado. No caía bien entre los vecinos, y si hablaban con él era más por el temor a que los dejara sin trabajo que por gusto o pena. En realidad, tan solo se relacionaba con la familia de Pilar: Timoteo, se encargaba de formar las cuadrillas de resineros y repartir la faena; Teresa cocinaba para él y mantenía la casona en condiciones cuando estaba en el pueblo, y Miguel era su correveidile y mozo de ayuda dada su condición.

Teresa murió, nadie supo de qué, un invierno especialmente crudo. Pilar acababa entonces de cumplir quince años, era limpia, ordenada, y también buena cocinera como la madre. Fue el propio Timoteo quien la ofreció al señorito para sustituir a la madre al frente de la casa. La chica iba a la casona al despuntar el alba y regresaba cuando el señorito ya se había acostado bien entrada la noche. Apenas llevaba un mes de servidumbre cuando el señorito pensó que sería buena idea que también se quedara a dormir por si necesitaba algo durante la noche. Pilar se rebeló, pero el padre insistió porque contrariar a Jesusín tenía sus consecuencias y, a fin de cuentas, eran tan solo de un par de meses.

Las fiestas patronales de Aledo eran, son, el 27 de agosto. Aquel año se le ocurrió a un grupo de jóvenes sacar un carro tirado por un burro y recorrieron las calles repartiendo pan con aceite y pimentón, además de un empalagoso brebaje compuesto de anís seco, miel de romero, mistela, zumo de limón y agua conocido por “Mantellina”. Los jóvenes, revoltosos como correspondía a la edad, se las ingeniaron para que el tullido degustara más mantellina de la que su hígado podía destilar y a media tarde era un verdadero Jesusín. Miguel empujó la silla de ruedas del pelele por las polvorientas y pedregosas calles hasta la casona.

Pilar ordenaba un cobertizo, que hacía las veces de granero, próximo a la

vivienda; y allí ordenó a Miguel que lo llevara.

Lo que empezó como un juego grotesco, con alusiones a los pechos tersos y grandes de Pilar, terminó en la acción más denigrante y repugnante. De los escarnios verbales pasó Jesusín a desabrocharse la bragueta indicando a la joven el lugar donde debía situar su boca. Pilar intentó huir, pero su propio hermano le cortó el paso recriminándole la falta de caridad con un pobre desvalido. Indicó entonces Jesusín que la tumbara junto a unos sacos próximos al maíz de la

última cosecha. Pilar luchaba por liberarse, pero el hermano, de rodillas, la mantenía atrapada por el pecho impidiéndole cualquier defensa con los brazos.

El tullido hizo girar las ruedas hasta colocarse frente a ella y se impulsó dejándose caer encima. Pilar gritó y la manaza de Miguel le tapó la boca. Jesúsín se las arregló para bajarse pantalones y calzoncillos hasta los muslos; a ella le subió las faldas y le arrancó las bragas. Intentó penetrarla pero por el motivo que fuera, tal vez efecto de la mantellina, su miembro no alcanzaba la tersura requerida. Desesperado echó mano de una mazorca de maíz y Pilar sintió como en su interior se desgarraban músculos y órganos. Una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez...

Las reacciones del cuerpo humano son de lo más misterioso. Jesúsín impregnó con sus propias viscosidades el pantalón a medio bajar mientras empujaba la panocha en el interior de la chica. Ordenó entonces a Miguel que volviera a subirlo a la silla de ruedas y lo llevara a la casa. El lacayo obedeció al tiempo que profería obscenos insultos contra la hermana, asegurando que ella misma se lo había buscado por “provocona”. Pilar, tirada en el suelo, sentía tal dolor que ni podía llorar. Extrajo la mazorca de su interior y la arrojó lejos; sentía la tibieza de la sangre en sus muslos y miró su mano ensangrentada. Gateó hasta el portalón de la entrada y agarrándose al quicio de la puerta pudo a duras penas ponerse en pie.

Se las arregló para llegar a casa sin ser vista. En Aledo no había médico y Timoteo no pudo hacer otra cosa que calentar agua y lavarla. Por más que preguntara qué había ocurrido y quién había hecho aquella carnicería Pilar no contestaba. Le pidió que la dejara dormir, prometiéndole que contaría todo cuando despertara. Dos días tardó en abrir los ojos y contó lo ocurrido con pelos y señales. La primera reacción del padre fue coger la escopeta, en esta ocasión no para cazar conejos, sino para vengar su deshonor. Pilar le preguntó si pensaba matar a su propio hijo, y si la chica no hubiera reaccionado cuando el padre se colocó los cañones bajo la barbilla, el disparo que perforó el techo le hubiera

volado la cabeza.

Nadie vio a Timoteo cargando con su hija a la espalda abandonar el pueblo aquella misma noche; nadie supo nunca lo ocurrido en el granero de la casona; nadie preguntó por qué Miguel comenzó a encargarse de las tareas que antes hacía el padre. Timoteo y Pilar pasaron un tiempo deambulando de un sitio a otro; los domingos la chica se acercaba al pueblo más próximo y pedía limosna a la salida de misa. Así llegaron a Casas Nuevas, una pedanía con escasas tres docenas de vecinos desparramados, donde un viejo pastor achacoso de reuma y gota los encontró en el monte asando un lagarto. El hombre se apiadó de ellos y les propuso un trato provechoso para ambas partes: él ya no podía hacerse cargo de la treintena de cabras que tenía, su intención era venderlas y marcharse a Albacete donde vivía una hermana viuda; si les parecía bien, padre e hija podían quedarse en su chozo, cuidarían del rebaño y los beneficios por la venta de quesos y cabritos los repartirían a medias. Un simple cruce de miradas bastó a Timoteo y Pilar para aceptar.

Así comenzaron una nueva vida. Pilar se encargaba del pastoreo y a Timoteo, con 72 años cumplidos el día de Santa Águeda, nunca le faltaba trabajo. Los dolores uterinos desaparecieron a finales de primavera, y tan solo al cambiar las estaciones sentía esporádicamente ecos del desgarró. La chica trashumaba su rebaño cada día desde un prado de coscoja y lentisco hasta otro

rico en madroño y enebros; resultaba un poco pesado, pero así conseguía la mejor leche y la carne de los cabritos adquiría un sabor especial. Sus quesos se hicieron famosos e incluso venían a comprarlos personas principales desde la capital; en la navidad el establo se vaciaba de chivitos y tan solo quedaban las madres desconsoladas.

En una ocasión alguien propuso cambiar un par de quesos por una radio, aunque no tenían luz eléctrica Timoteo aceptó el trueque y colocaron el aparato en un lugar preferente del chozo. Últimamente Serafín, un joven del pueblo, rondaba a Pilar con pretensiones de cortejo, era un buen chico, trabajador y con iniciativa.

Según él, Casas Nuevas no tenía futuro y cuando terminara la guerra pensaba mudarse a la vecina Mula donde, si ella quería, podrían formar una familia. Para Pilar esto último resultaba imposible porque desde lo ocurrido en el granero la reglada periodicidad femenina había desaparecido; también estaba su padre que juró no volver a pisar un pueblo la misma noche que abandonaron Aledo. Lo más importante era que a ella no le gustaba Serafín y no se veía viviendo toda una vida a su lado.

Sin embargo, aquel joven de cara deformada por el picotazo de una abeja que

había encontrado escondido en la cueva le despertó unas sensaciones, unos sentimientos desconocidos hasta entonces. Apenas si había pasado con él unas horas el día anterior y la noche resultó eterna esperando el amanecer para regresar a la sierra y reencontrarlo. Cuanto sabía de él era su nombre, Emiliano, que era de Zaragoza, y estudiante de algo que no servía para gran cosa. No entendió una sola palabra cuando habló de unos griegos y de un tal Ló [Locke]

que en principio pensó que era su propio padre por la pasión que ponía al nombrarlo. Emiliano aclaró el equívoco al decir que fue inglés, muerto hacía cientos de años, y que abrió las puertas de la libertad para los hombres. Pilar preguntó si Ló era comunista o anarquista y Emiliano contestó que estaba en las antípodas de ambos; la joven imaginó que las antípodas serían algún pueblo del extranjero, en cualquier caso estaba claro que no, que no era ni comunista ni anarquista. Además, ese inglés llamado Ló defendía que sin propiedad privada –

lo que es de uno es de uno, le aclaró– no podía haber libertad.

Eso la desconcertó por completo. No entendía mucho de política, pero Serafín le había asegurado que quienes luchaban por la libertad eran los comunistas, que todo debía ser de todos, y hablaba de Talín [Stalin] con idéntica pasión que Emiliano de Ló. Le resultaba sencillo entender a Serafín despotricando contra los señoritos y los caciques que vivían a costa del trabajo ajeno; Emiliano era más difícil de seguir, defendía que los derechos individuales –no llegó a comprender bien a qué se refería– estaban por encima del propio Estado. Sacó en conclusión que Emiliano, pese a su insistencia en sentido contrario, defendía que siempre habría ricos y pobres, amos y trabajadores, los de arriba y los de abajo; Serafín, por el contrario, aseguraba que había llegado la hora de terminar con esas diferencias. Desde luego que a Pilar le parecía mejor lo que defendía Serafín, pero Emiliano hablaba tan fino, pronunciando todas las eses, que tal vez también él tuviera razón.

—Psss, Psss, no te vuelvas –dijo Emiliano escondido tras la zarza del día anterior.

—¿Emiliano; eres tú? —preguntó con el corazón en la garganta sin soltar la soga del burro.

—Sí. No mires. ¿Te ha seguido alguien?

—No. Estoy sola.

—¿Seguro?

—Seguro. Pierde cuidao.

—Sigue hasta la cueva. Nos encontramos allí.

Pilar sintió el infinito alivio de la tranquilidad. Los peores miedos y temores de que hubiera decidido marcharse fueron impertinentes compañeros de viaje durante el recorrido desde la casa hasta la cueva. Pero allí estaba él, esperándola tal como prometió. La hinchazón había disminuido considerablemente e incluso comenzaba a ver por aquel ojo izquierdo. Tenía hambre y dio buena cuenta de una longaniza entera, y a punto estuvo de terminar con todo el tocino. Bebió un trago largo de la bota, después otro, se tapó la boca para eructar, y dio un nuevo trago casi tan largo como el primero. Aquel día las cabras deambularon a su libre albedrío; Chato y el burro lanzaban de tanto en cuanto miradas inquisitoriales sin entender por qué no se movían; su dueña los ignoró.

Ese segundo día no hablaron de política, ni de los griegos, ni de Ló. Emiliano le contó cómo era vivir en una ciudad, le habló de los cines, de las cafeterías y las tiendas de ropa. Los edificios más altos tenían como una caja para ir de un piso a otro evitando subir y bajar escaleras, y en Madrid había un tren que circulaba bajo tierra. Aquello de la caja para no subir escaleras le pareció a Pilar una tontería sin sentido, y lo del tren circulando bajo tierra una engañufla para niños.

El tiempo voló aquel día... para Pilar y para Emiliano. Aun apurándose llegaría a casa al anochecer y debía ordeñar las cabras. Quedaron citados para el día siguiente y Emiliano recitó en el adiós:

Tengo miedo a perder la maravilla

de tus ojos de estatua, y el acento

que de noche me pone en la mejilla

la solitaria rosa de tu aliento.

Tengo pena de ser en esta orilla

tronco sin ramas; y lo que más siento es no tener la flor, pulpa o arcilla,

para el gusano de mi sufrimiento.

Si tú eres el tesoro oculto mío,

si eres mi cruz y mi dolor mojado,
si soy el perro de tu señorío,
no me dejes perder lo que he ganado
y decora las aguas de tu río
con hojas de mi otoño enajenado.

Sin saber cómo ni por qué, a mitad de camino Pilar comenzó a llorar las lágrimas negadas en el granero. “Si tú eres el tesoro oculto mío,”; “Si tú eres el tesoro oculto mío”, era lo único que recordaba del poema.

Alicante.

24 de noviembre de 1936.

Casi dos días tardó Von Faupel en llegar a Alicante. La operación fue coordinada desde Berlín: un avión lo trasladó de Salamanca a Tetuán; embarcó inmediatamente en un barco que lo acercó hasta un submarino y navegaron a toda máquina hasta ocultarse tras la isla de Tabarca; cuando anocheció una lancha del Deutschland se acercó a recogerlo.

El vicealmirante Carls le puso al tanto de las últimas noticias respecto a Friedrich: lo dejó en la residencia del Von Knobloch la noche del 21 de

noviembre con intención de viajar a Lorca al día siguiente acompañado de una confidente llamada Matilde. Era la misma mujer con quien planeó la liberación de Primo de Rivera, tenía una hermana de total confianza afín a la causa de nombre Carmen; eran hijas del práctico que transportó a Primo de Rivera hasta el navío. Excepto que el nombre de la acompañante era Matilde en nada ayudó la información de Carls. Von Faupel sabía que Friedrich únicamente se pondría en contacto con él para decirle “Se adelantará la primavera en Berlín”, señal de que todo había salido según lo planeado, o “Este invierno será muy largo”, en caso de que hubieran surgido problemas.

Tras meditar sobre la conversación con Serrano Suñer, el problema de los siete jóvenes falangistas dejó de preocupar a Von Faupel. De haber sabido las intenciones reales de Franco respecto al nuevo partido, ni tan siquiera hubiera sido necesario que Friedrich arriesgara la vida internándose en territorio enemigo a buscarlos. Si los atrapaban los republicanos los fusilarían al momento para que no revelaran la mentira; si lograban cruzar al bando nacional también correrían la misma suerte; y si Hedilla les daba cobijo sabía el embajador mil y una formas posibles de desprestigiar a la persona con más ética y moral del mundo, que no era precisamente el caso del falangista.

Desde que abandonó Salamanca su cabeza estuvo ocupada con un único pensamiento: ¿Qué hacer con Primo de Rivera? Estaba claro que revelar la verdad y entregarlo a los nacionales en las actuales circunstancias estaba fuera de cualquier lógica, pues supondría la ruptura de relaciones de su gobierno con Franco. Podían mantener la mentira y entregarlo cuando la

situación fuera otra, pero eso tan solo ocurría si se perdía la guerra, algo que ya entonces consideraba Von Faupel prácticamente imposible. Por otra parte, si Franco tenía su nuevo partido para abril la presencia de José Antonio cuando vencieran a los comunistas solo serviría para desencadenar una nueva guerra civil entre las derechas. Otra posibilidad era proponer al líder falangista un pacto ofreciéndole una identidad nueva en otro país, Uruguay o Argentina, pero el político nunca aceptaría y además sería como una bomba de relojería que podía estallar en cualquier momento. Tenía dos conversaciones pendientes, una con Bormann que estaba en Berlín y otra con Primo de Rivera encerrado en el último camarote de aquel mismo pasillo. Decidió telefonear primero a Martin Bormann, pero, con el auricular en la mano, prefirió posponer la llamada.

—Señor Primo de Rivera, permítame que me presente. Soy Wilhelm Von Faupel, embajador del Führer en la España Nacional.

—Me alegra conocerle señor embajador. Llevo una semana metido en este camarote y nadie me dice nada.

—Seis días –puntualizó el alemán– Le ruego nos disculpe, pero entenderá que este asunto es para nosotros especialmente delicado.

—No se me ha permitido salir un solo día ni a estirar las piernas; esto es peor que la cárcel. ¿Qué ha sido de Friedrich? Al menos hablaba con él, pero lleva tres días sin aparecer.

—El teniente Glasser no se encuentra en el buque. Actualmente lleva a cabo otra misión. Si todo va bien esperamos zarpar mañana mismo.

—¿A dónde me llevarán?

—¿A dónde quiere usted ir?

—A Ferrol, La Coruña... cualquier puerto gallego.

—¿Y Andalucía?

—Prefiero Galicia. Allí somos más fuertes.

—Perdone...

—En Galicia y Castilla la Falange es más fuerte que en cualquier otra parte de España. ¿Ya no piensan trasladarme a Alemania?

—Entiendo –Von Faupel no respondió la pregunta– Su visita a Berlín hace unos años causó una grata impresión entre nuestros camaradas.

—Me alegra saberlo.

—No obstante, debo confesarle que nos resultó sorprendente su intento de mediación al comienzo de la contienda.

—¿Por?

—Pretendía restaurar los partidos políticos, reabrir las cortes en un plazo de seis meses, declarar una amnistía general, suprimir la intervención política en la administración de justicia, limitar la prisión gubernativa y la clausura de centros

políticos... en fin, unas propuestas ciertamente extrañas...

—Eso fue hace cuatro meses estando preso. Ahora las circunstancias han cambiado.

—¿Qué tipo de estado considera el mejor para su país?

—Uno como el de mi padre donde reine el orden. Imagino que conoce a Spengler.

—Falleció hace unos meses.

—No tenía noticia. Lo lamento. Nadie como él ha sabido ver la penosa deriva comunista que está tomando occidente.

—Desde luego. Pero volviendo a los partidos políticos...

—Señor embajador, ese asunto quedó claro en el treinta y cuatro cuando Falange y las JONS se unieron; lea los puntos programáticos. Dejamos claro que aboliremos el sistema de los partidos políticos, el Parlamento, y el sufragio inorgánico.

—¿Sabe cómo llaman ahora a Franco?

—Sí, estoy al tanto. Le han dado el título de Generalísimo... vaya desfachatez.

—No. Me refería a que ahora se hace llamar Caudillo.

—¿Caudillo? ¿De dónde lo ha sacado ese mequetrefe? Habrá que meterlo en vereda.

—No sé si resultará tan fácil... Controla el ejército y eso no es poca cosa. Si se hace llamar Caudillo es que tiene intención de perpetuarse en poder.

—Ese es un gallego engreído y soberbio. Algunos de la Junta de Defensa me apoyarán, Fidel es falangista, también cuento con Cabanellas y Queipo; Mola sabe que Sanjurjo estaba de mi lado... aunque Juanito Yagüe no fuera del grupo es amigo personal, falangista convencido y tengo plena y total confianza en él.

¿Y Franco con quién cuenta?...

—Indudablemente usted tiene apoyos más que suficientes, pero nos preocupa que ocurra en nuestro bando lo que está sucediendo con los rojos.

—¿A qué se refiere?

—Los comunistas andan a la gresca entre stalinistas y trostkistas del POUM; los anarquistas de

Durruti van por su cuenta, y los socialistas gobiernan pero no tienen el control. Por eso perderán esta guerra. En estos momentos su presencia en territorio nacional podría causar conflictos de similar índole.

—¿A dónde quiere usted llegar?

—No quiero llegar a ninguna parte. Simplemente estoy exponiendo la situación.

Terminar con los comunistas es cuestión de meses, no más de un año, y todo podría malograrse si damos un paso en falso.

—Yo veo la situación de forma distinta. Mi presencia serviría para comprometer más si cabe a Falange con la causa. El Franquito ese, el caudillito, no es plato de mi gusto, pero llegaríamos a un acuerdo con la mediación de ustedes.

—Tengo otra noticia que darle.

—Usted dirá.

—El gobierno republicano emitió un bando diciendo que usted había sido fusilado.

—¿Cómo?

—Lo que oye. Que lo fusilaron en la cárcel la madrugada del día 20.

—Pero, pero... eso es un sinsentido. ¿Por qué lo hicieron?

—En España todo el mundo piensa que usted está muerto.

—¡Qué estupidez! ¡No lo entiendo!

—Si le soy sincero yo tampoco.

—... Pero si manejamos bien la situación podremos sacar provecho de su mentira.

—Ahora le ruego me disculpe. Debo telefonear a Berlín. ¿Si hay algo que pueda hacer por usted?

—¿Puede conseguir que me dejen salir de este camarote?

—Me temo que eso no es posible en estos momentos.

—Entonces no hay nada que pueda hacer por mí. Buenas noches.

—Buenas noches. Espero que podamos zarpar mañana mismo; dos días como mucho. A partir de entonces podrá salir y moverse libremente por donde quiera.

Le deseo una buena noche.

La conversación con Martin Bormann fue mucho más breve de lo que Von Faupel imaginó. El

jefe en Berlín escuchó con atención el breve relato de su embajador centrado en: 1) desestimar la entrega de Primo de Rivera en la zona nacional; 2) cuestionar sus posibilidades como posible Jefe del Gobierno finalizada la guerra; 3) enfatizar que Franco tenía en esos momentos el control absoluto; y 4) que estaba maniobrando para perpetuarse en el poder tras su victoria. Bormann permaneció unos segundos en silencio y finalmente le dio plenos poderes para que resolviera el problema como considerara oportuno y también le indicó que, en tales circunstancias, el político que custodiaba no podía pisar bajo ningún concepto suelo alemán.

Sierra Espuña.

24 de noviembre de 1936.

Pilar incluso podía escuchar los latidos de su corazón conforme se aproximaba al punto donde el día anterior escuchó a Emiliano llamarla escondido en los arbustos. Se había asegurado que nadie la siguiera, en especial Serafín que la noche anterior se mostró sorprendido por su tardanza en llegar a casa con el rebaño. Ella excusó el retraso culpando a dos cabritillas descarriadas. Se ofreció a ayudarla con el ordeño, y también se unió Timoteo. Aprovechó Serafín la situación para exponer sus intenciones respecto a la hija; si el padre consentía

estaba dispuesto a casarse con ella y también él podría vivir bajo el mismo techo.

Repitió de nuevo lo de las tahúllas cuando terminara la guerra ofrecidas por el secretario de Mula y concluyó jurando por lo más sagrado que ni a él ni a su hija les faltaría nunca un plato de habichuelas en la mesa.

Timoteo aseguró que por su parte ninguna pega ponía; que la chica edad casadera tenía; cierto era también que a trabajador y buena persona pocos ganaban a Serafín en toda Murcia y, además, no era hombre bebedor ni pendenciero... pero la decisión última era de la Pilar. El casorio era cosa seria y no de tomarlo a la ligera. El respetaría lo que ella decidiera. La joven prometió pensarlo y en unos días le daría respuesta. Fue una excusa para concluir aquella conversación sin salida por que en ese momento tan solo pensaba en Emiliano abandonado en la cueva.

—Me se da a mí que a ti el Serafín que ni fu ni fa —dijo el padre cuando estuvieron solos.

—No sé qué decirle, padre. Es que dejarle a usted aquí...

—Por mí no te preocupes. Eso quáblao de irme con vosotros, ni loco. De aquí me sacarán con los pies por delante, a vosotros no os sería más que un estorbo. El casao casa quiere. Serafín es un buen chico y en seguro que te tratará como una reina, y luego a luego Mula no está tan lejos. Podrás venir a verme siempre que quieras.

—Es que... es que...

—¿Qué te preocupa, que es un poco sinsustancia? Mejor que mejor. Mala cosa es marido bolsero.

—No... no es eso... es que...

—Venga, suéltalo.

—He conocido a un chico —confesó sin mirarle a la cara.

—¿A un chico? ¿A cual? ¿Ande?

—En el monte. Es un chico falangista. De esos que están persiguiendo como a conejos.

—¡Acho! Eso tenías que habérselo dicho al Serafín. Ahora mismamente voy a su casa y doy aviso...

—No, padre, no. No haga usted eso. Ese chico es bueno, y si lo cogen lo matan.

—¿Ande está?

—En la cueva de los quesos. Lleva dos días allí. Yo quería de pedirle que si no le importa... que si usted da su permiso... me lo traería pál chozo.

—Pero hija, estás loca. ¿Cómo vas a traerlo al chozo? No tenemos ande esconderlo.

—Aquí no iba a buscarlo naide. ¿Cualo iba a sospechar de nosotros? Serían solo unos días y después se marcharía; asín no lo matarían. Solo unos días, padre. Le juro que pa San Saturnino ya sábrá marchao. Y después me casaré con Serafín.

—A mí lo del Serafín es cosa tuya, pero mucho interés ties en el zagal ese del monte... Me paice a mí que... no me sabía yo que esos ojillos te pudieran brillar tanto.

Pilar detuvo el burro junto al zarzal que servía de escondite a Emiliano, pero esta vez no escuchó ningún bisbiseo. Aseguró a nadie que nadie la había seguido, que podía salir tranquilo, pero la zarza ni habló ni ardió. Repitió de nuevo que no había peligro; las cabras, también inmóviles, la miraban con ojos de carnero degollado y Chato le olisqueaba las madroñeras roídas dejando ver el pulgar.

Miró a su alrededor, incluso detrás del matojo más pequeño, pero no lo encontró.

Estaría esperándola en la cueva. Chasqueó al borrico y todos los animales la siguieron en procesión.

Tampoco lo encontró allí, ni en el arroyo, ni en los pinos de alrededor... regresó a la cueva en busca de algún indicio, pero nada hacía sospechar que alguien hubiera pasado allí los días anteriores. Le vinieron a la mente las más horribles ideas, tal vez lo habían apresado, incluso matado; tal vez se había despeñado por algún risco... cualquier cosa menos que se hubiera marchado abandonándola.

Cogió la pistola que le diera Serafín, escondida entre dos quesos, y salió fuera dispuesta a todo sin saber qué, quién, dónde, o cuándo era todo. Por esas cosas extrañas que tiene la mente pensó en el guisote de patatas con todo un costillar adobado que le había preparado durante la noche cuando la excitación le impidió pegar ojo. Le dio un último recalentón antes de salir y por mucho

que el puchero

de barro aguantaba bien el calor, la comida se enfriaría si no llegaba pronto. Sin saber dónde ir ni qué hacer, guardó la pistola en el bolso de la falda. Pilar conocía bien a su padre, y sabía que podía esconderlo en el chozo porque él nunca le negaría nada. Se desveló a media noche y mientras pelaba las patatas para el guiso pensó cómo esconderlo en lugar seguro. La cochiguera de los cerdos era grande y podían construir un pequeño habitáculo donde ocultarlo el tiempo que fuera necesario. También podía contar con su cuñada Luisi, la mujer de Vicente, que tenía una hermana monja en Pamplona y a su otro hermano lo mataron en la primera saca a finales de julio.

Estos eran sus pensamientos, sus planes, cuando vio tres personas acercarse: dos hombres y una mujer. Uno de ellos era Emiliano y se sintió volar; el otro hombre, con gorra de anarquista y una pistola en la mano, era fornido. El aspecto distinguido de la mujer no era el de una campesina. Pilar corrió hacia ellos y abrazó a Emiliano como si lo conociera de toda la vida, del picotazo de avispa tan solo quedaba el punto del agujón y a Pilar aquella cara le pareció la más hermosa del mundo. Subieron a la pequeña atalaya y Emiliano contó lo ocurrido: tras marcharse ella el día anterior escuchó partidas de milicianos rastreando la zona hasta el anochecer. Pensó que la cueva no era el mejor escondite como consideró en el primer momento; estaba bien para pasar las noches, pero durante el día no tenía escapatoria y se convertía en una ratonera sin salida. En cuanto amaneció salió a buscar un lugar que ofreciera posibilidades de escapar si regresaban las patrullas y encontró por casualidad al alemán y a la mujer que también lo buscaban; a él y sus compañeros ya muertos, pero no para matarlo, sino para ayudarlo a escapar. Regresaba para despedirse porque no quería que pensara que le había mentado y simplemente se había aprovechado de ella.

También quería decirle que cuando terminara la guerra volvería a buscarla. Por último, como nadie mejor que ella conocía la sierra, podía indicarles la forma de salir de allí.

La intensidad de la emoción cuando lo vio aproximarse se transformó con idéntica fuerza en tristeza y desconsuelo. Los planes para ampliar la cochiguera, los de su cuñada Luisi... todo desbaratado. Aquel estudiante ignorante de que con barro se curaban los picotazos de avispa le había robado con su hablar elegante el corazón y el alma. Emiliano se marcharía con sus amigos y ella ayudaría a escapar al primer y único hombre que le hizo sentirse persona, mujer.

Dieron buena cuenta del guiso cocinado durante la noche y el alemán aseguró que nunca había probado un queso como aquel. Pilar simplementeladeó la

cabeza, por motivos que la razón desconoce aquel extranjero no acaba de convencerle. Cuando hablaba con Emiliano su único interés era saber si Ángel Luis Castellanos, la única cara de las fotografías aparte de ellos dos que no estaba cruzada con la X, estaba realmente muerto. Emiliano insistía una y otra vez que lo vio despeñarse, que la altura del precipicio era considerable y que ni un milagro lo hubiera salvado. Después el extranjero le pidió su naranjero como picado por la curiosidad; lo observó del derecho y del revés, por la culata y el cañón, sacó el cargador estudiando el interior y finalmente lo dejó a su lado.

—Bueno Pilar, se va haciendo tarde y tenemos que marcharnos —dijo Emiliano con la

resignación propia de las despedidas.

—Yo podría de esconderte. Lo tengo hablao con padre y lo que me tengo pensao también te salvaría la vida —propuso Pilar negando la realidad.

—Volveré a buscarte. Te lo juro. Cuando termine la guerra volveré a por ti.

—Pero es que yo...

—Alemán —dirigiéndose a Friedrich temiendo el final de la frase— saca el mapa y Pilar nos indicará el camino más seguro.

—Si seguimos este arrollo —indicó Friedrich con el mapa desplegado; en realidad aceptó ir a la cueva porque Emiliano comentó que Pilar podía indicarles el mejor camino de huida—.

—¡Quédate conmigo! —Pilar cogió el mapa del alemán y lo rasgó en tantos pedazos como pudo—.

—Emiliano, a veces nuestro deber nos exige hacer cosas que no deseamos —
respondió Friedrich.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Emiliano extrañado por el comentario.

—Tú no vienes con nosotros —afirmó rotundo el alemán mientras volaban los pedazos del mapa.

—¿Entonces para qué has venido? —preguntó de nuevo Emiliano cada vez más perplejo.

—No importa, yo te esconderé —intervino Pilar con alegría.

—Lo siento, pero no puedes salir vivo de aquí —Friedrich le apuntó con su pistola.

—Pero Friedrich, ¿qué haces? ¿te has vuelto loco? —intervino por primera vez Matilde.

—No tengo nada contra ti —continuó Friedrich ignorando el comentario de Matilde—.
Simplemente los planes no salieron como debían. Eso es todo.

—Friedrich, ¡No! —gritó Matilde abalanzándose contra él.

El alemán la apartó de un manotazo y le descerrajó un tiro limpio entre las cejas.

Emiliano aprovechó el momento para dejarse caer rodando por la ladera y Friedrich volvió a disparar a la vegetación baja. Pilar se escondió en la cueva y agarró la pistola entre las dos manos dispuesta a disparar en cuanto el nazi asomara el hocico. Pero a Friedrich el único que le importaba era Emiliano.

Intentó bajar la ladera y cayó rodando. Sintió el abrasador dolor agudo del plomo entrando en su muslo derecho y la sangre empapó rápidamente la pernera del pantalón rasgado. Pilar continuaba en el fondo de la cueva agarrando la pistola como un náufrago el flotador. Tan solo se escuchaba el canto de los carboneros y al rato los rebuznos del burro.

—Alto, alto. Levanta las manos –escuchó con nitidez la voz de Serafín.

—Serafín, ¿eres tú? –preguntó desde la cueva.

—Eres la Pilar.

—Sí.

—Sal tranquila, ya tenemos al fascista.

—Mira que otro pajarito he encontrado –el Matacuras encañonaba a Emiliano que con los brazos levantados coronaba la cuesta.

—¿Quién es esta? –preguntó Serafín señalando el cuerpo de Matilde con el tiro entre las cejas.

—No sé. Una que venía con ese que es extranjero –informó Pilar.

—¿De ande eres? –preguntó Serafín.

—De Liverpool.

—Entonces, inglés, tira la pistola –dirigiéndose a Friedrich que también tenía los brazos levantados pero continuaba con la pistola en la mano.

—De acuerdo, de acuerdo, la dejo en el suelo –pareció obedecer Friedrich.

—Y despacito que te dejo frito –advirtió Valeriano también apuntando y estratégicamente situado en el terraplén por encima de la cueva.

—De acuerdo, muy despacio –Friedrich comenzó a bajar el brazo poniéndose de cuclillas, pero en el último momento disparo a Emiliano errando el tiro a causa del dolor intenso del muslo.

—¡Hijo puta! –exclamó Valeriano disparando la escopeta de postas y alcanzando a Friedrich en el hombro.

—Suerte tenéis que las órdenes son cogeros vivos, que por mí aquí mismamente os dábamos matarile –aseguró Serafín apuntando a Friedrich–. Matacuras, al que se mueva sin contemplaciones. Valeriano, baja aquí y átales las manos.

—¿Qué vas a hacer? –preguntó Pilar.

—Nos los bajamos al pueblo. Hay una mujer yendo de un sitio a otro y los quiere vivos. Esta noche me paso por el chozo y si eso ya hablamos de lo nuestro.

—No. A este no te lo llevas –dijo Pilar con determinación colocándose delante de Emiliano.

—¿Qué quieres decir? –preguntó Serafín sin entender qué ocurría.

—Lo dicho, quèste se queda aquí conmigo.

—Uy, uy, uy... que la Pilarica te se sube a las barbas —dijo Matacuras con el cañón de la escopeta en la espalda de Emiliano.

—Me cago en tu puta madre Matacuras. Que me tienes hasta los cojones. Más te vale que te calles o te dejo matarile aquí mismamente.

—¿Qué hago, lo ato o no lo ato? —preguntó Valeriano.

—He dicho que este se queda aquí —volvió a insistir Pilar cada vez con más aplomo.

—Venga Pilar, quítate deñ medio —pidió Serafín en tono suplicante.

—Si te lo llevas no vuelvo a hablarte en la vida. Ni chitón. Por mí como si muerto.

—¡Acho! ¡Pijo! —mirando a Valeriano que ya había inmovilizado las manos de Friedrich.

—Yo hago lo que mandes.

—Si te lo llevas también tendrás que bajarme a mí del monte, pero muerta —

aseguró Pilar introduciéndose en la boca el cañón de la pistola que el propio Serafín le había dado.

—¡Joder, Pilar, no me jodas tú también! ¡Pijo!

—Si le pones la mano encima hasta aquí hemos llegao —apenas si podía mover la lengua y se le entendía con dificultad.

—Me cago en la puta madre que me parió —girando sobre sí mismo como un león enjaulado—. Vamos a hacer una cosa. Me bajo al extranjero y vuelvo a por este, y como siga aquí me lo llevo. Te juro por mis muertos que me lo llevo.

—Ea, ya va siendo tarde —dijo Pilar con la pistola fuera de la boca pero sin soltarla.

—Y vosotros que cojones miráis —dirigiéndose a Valeriano y el Matacuras—. De esto ni chitón a nadie. A ese hijo puta ya lo cogemos mañana, o pasado. De aquí no va a escapar. Dame el naranjero ese que está ahí tirado.

El Matacuras abrió la marcha. Le seguía Friedrich con andar renqueante, la camisa enrojecida por la sangre, y las manos atadas a la espalda. Detrás

Valeriano y Serafín sin dejar de apuntarle.

—Vamos Emiliano. No hay tiempo que perder —resolvió Pilar cuando los perdió de vista.

Chato, meneando la cola alegre, fue el único en seguirlos. El burro la miró con indiferencia, y las cabras, sobresaltadas al primer disparo, habían recobrado la compostura y seguían a lo suyo, que era comer para producir leche.

Alicante.

25 de noviembre de 1936.

Orlov esperaba impaciente en la cubierta del Kursk. Ivona le telefoneó a eso de las 6 de la tarde informándole que habían cogido a uno vivo, a Nicanor Villalta López. El nombre era un engaño porque el prisionero era extranjero, según él inglés, pero ella creía que era alemán, nórdico en cualquier caso. Fuera quien fuese Orlov conocía mil formas distintas para hacer hablar incluso a las piedras.

Pasada la media noche dos focos se detuvieron en la barrera de entrada al puerto.

Les franquearon de inmediato el paso y el coche aparcó al pie de la escalerilla.

Ivona fue la primera en salir del coche, después el prisionero esposado, y por último dos milicianos comunistas que por orden de Ivona permanecieron en tierra.

Una venda rodeaba el muslo derecho de Friedrich, también llevaba vendado el hombro de ese mismo lado y una capucha en la cabeza. Orlov lo observó cojeando en cada escalón. Tras él, Ivona sonrió al jefe y encendió un cigarrillo.

Dos marineros rusos cogieron a Friedrich por los brazos y lo condujeron a un camarote próximo al que ocupaban desde hacía días los carceleros de Primo de Rivera. Sentaron a Friedrich en una silla y Orlov ordenó quitarle los grilletes y el capuchón. Ivona permaneció de pie en el rincón, que parecía ser su lugar preferido de cualquier estancia, su jefe caminaba en torno al prisionero.

—Me presentaré. Me llamo Alexander Orlov y pertenezco a la delegación diplomática rusa en España —hablaba con la tranquilidad de quien sabe que

obtendrá lo que busca— ¿Me dirá usted quién es?

—Soy John Tagart, de Liverpool, y todo esto es un gran equívoco —fue lo primero que dijo Friedrich desde que le ataron las manos en el monte—. Vine a España para luchar contra el fascismo y puedo explicar por qué me encontraba en la Sierra.

—No conozco Liverpool, pero me han dicho que es una bonita ciudad. Así que para luchar contra el fascismo... —miró a Ivona que ondeó la gorra anarquista que Friedrich había cambiado por los caramelos—.

—Eso es. Si lo desea puedo explicarle...

—No es necesario, tenemos incluso su carné de la CNT. ¿Qué más podemos pedir? Mi compañera Ivona cree que ha salido muy favorecido en la fotografía.

Sus compañeros por el contrario están hechos una piltrafa. Por cierto, qué sabe de ellos.

—Nos perdimos por el monte y desde hace dos días no he vuelto a saber de ellos.

—Una pregunta. ¿Por qué el nombre de Nicanor Villalta?

—Si decía mi nombre verdadero me hubieran enviado a las Brigadas Internacionales y yo quiero luchar al lado de los españoles —Friedrich tenía una respuesta para cada pregunta.

—Ves Ivona, estabas equivocada —dirigiéndose a la mujer con ironía—. No es porque le gustara el toreo. ¿Y por qué se enfrentó a los camaradas en el monte?

—Cuando escucharon mi acento extranjero pensaron que era uno de los fascistas que andaban buscando. Eso fue todo. Todo es un equívoco. Puedo explicárselo.

—Bueno, John Tagart o Nicanor o como quiera que te llames. ¿Hasta cuándo vas a continuar con este juego? —Orlov apoyó con fuerza su mano en el hombro herido de Friedrich y aunque el dolor llegó a cada célula de su cuerpo ni siquiera gimió.

—No es ningún juego. Estoy diciendo la verdad.

—Esto puede ser largo o corto, en tu mano está. Lo único que queremos saber es dónde está Rivera.

—¿Rivera?

—José Antonio Primo de Rivera que usted liberó la noche del pasado dieciocho de noviembre.

—No sé de qué me está hablando.

—¿Seguro? —Orlov abrió la puerta, habló en ruso con el marinero que custodiaba el camarote y esperó— ¿Es este quien conducía el camión?

—Sí, este es, estoy seguro —afirmó Guillermo Toscano— Viéndolo cara a cara no tengo la menor duda. Conducía el camión y se asomó por la ventanilla. Estoy seguro de que es él, al cien por ciento.

—Gracias —volvió a hablar con el marinero y Toscano regresó junto a sus compañeros—. ¿Y ahora?

—Soy el teniente Friedrich Glasser del ejército alemán. No está en mi mano que esto sea corto o largo; sino en la suya. Si me permite hacer una llamada podemos resolver este asunto en unos minutos.

—Vaya, alemán. Por fin dice la primera verdad.

—Como le digo, todo esto puede resolverse con una simple llamada de teléfono.

—¿Una llamada? Nunca un detenido me pidió hacer una llamada. —miró a Ivona y dijo por primera vez tono jocoso— ¿Acaso nos sigue tomando por tontos?

—Si lo desea puede telefonar usted mismo —Friedrich, convencido que iba a morir, debía comunicar a Von Faupel que la operación había fracasado.

—¿Yo?

—Sí, usted mismo puede telefonar. Con una sola frase todo se solucionará.

—Y qué tengo que decir, que tenemos a un oficial alemán haciéndose pasar por anarquista inglés y que vengan a recogerlo... —continuó Orlov con el tono

jocoso.

—Dieser Winter wird sehr lang sein. Eso es todo lo que debe decir y sabrá dónde está Primo de Rivera —mintió lanzando la caña.

—¿Qué quiere decir?

—Que el invierno va a ser largo —respondió Ivona que hablaba alemán además de otros tres idiomas.

—¿Y diciendo que el invierno va a ser largo sabremos dónde está Rivera?

—Así es.

—Por probar nada perdemos —volvió a intervenir Ivona.

—Si es una treta le aseguro que habrá preferido no haber nacido —presionó inmisericorde Orlov el hombro herido—. El número...

—Deben preguntar por el embajador, con eso es suficiente, y decirle de parte del teniente Glasser: Dieser Winter wird sehr lang sein. Eso es todo —a continuación recitó de corrido Friedrich un número de teléfono que Ivona apuntó en su codiciada libreta.

Ruso y española salieron y el alemán permaneció solo en el camarote. Habían picado el cebo, Von Faupel sabía que la operación había fracasado. No estaba engrilletado y miró a su alrededor buscando una cuerda, con la que colgarse o algún objeto punzante para cortarse las venas. En el camarote tan solo había tres sillas metálicas y una mesa, ningún otro objeto grande o pequeño que le sirviera para quitarse la vida y ahorrarse el sufrimiento que sin duda le esperaba. Pensó en utilizar la camisa o los pantalones igualmente ensangrentados, incluso las vendas que rodeaban pierna y hombro, pero en el techo no había ningún tipo de asidero donde atar. La hemorragia de la pierna se había cortado y por mucho que lo intentara tampoco podía desangrarse por la dolorosa herida. Echó en falta la pastillita de cianuro que siempre llevó consigo en otras misiones. Solo cabía esperar y prepararse para la tortura.

Orlov e Ivona tardaron en regresar más de lo esperado. Escuchó sus risas al otro lado de la puerta. También hablaban, pero no entendió qué decían. ¿Le torturarían allí mismo?, si lo trasladaban a otro lugar podía atacar al soldado que

lo custodiara e intentar quitarle el arma. Daba igual si lo mataban en ese mismo momento o si lograba su objetivo y se volaba la tapa de los sesos. La puerta se abrió. Orlov e Ivona sonreían sin recato.

—Efectivamente tenía razón, querido amigo —Orlov le dio unas palmaditas en el hombro sano—.

Todo se ha resuelto. En media hora será usted un hombre libre.

—¿Qué quiere decir? —preguntó sin entender qué ocurría.

—¿Desea tomar un café, comer algo mientras esperamos?

—No, gracias...

—Ivona, ya sabes qué hacer. Coge a esos milicianos imbéciles y te los llevas a la cárcel. Que se vaya hasta el último mono que esté allí. Ten todo listo para cuando lleguemos nosotros.

Ivona obedeció abandonando el camarote, pero regresó a los pocos segundos.

Sin decir palabra sacó los falsos carnés de la CNT de los falangistas buscados y seleccionó los correspondientes a Ángel Luis Castellanos y Emiliano Parra.

—¿Cuál de ellos era el del barranco? —preguntó poniendo los carnés encima de la mesa.

—Éste —mintió posando su dedo índice la fotografía de Emiliano sin dudar un segundo.

—¿Y Luis Castellanos? —interrogó Ivona sobre Angelito.

—No lo sé, salió corriendo cuando se despenó Emiliano y no volví a verlo.

Casas nuevas.

25 de noviembre de 1936.

Pilar y Emiliano bajaron del monte trotando como las cabras que dejaron atrás.

Antes de llegar al pueblo Pilar lo escondió en una corraliza donde guardaban paja, el sitio era seguro y apenas si tardaría unos minutos en regresar con su padre.

—Aquí está —apartó Pilar las alpacas con que ocultó a Emiliano.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el anciano Timoteo con semblante preocupado mirando al joven acurrucado como un feto.

—Podemos esconderlo en la cochiguera. Es grande y en la parte de atrás ponemos unas tablas. Allí nadie lo encontrará.

—No. No quiero poneros en peligro. Demasiado has hecho por mí. Esperaré que anochezca y me marcharé —Emiliano se puso en pie—.

—¿Y ande vas a ir? —preguntó Pilar desconsolada.

—No lo sé. Si me cogen los rojos me matarán... tengo que llegar a zona nacional.

—Má dicho m'hija qún alemán amigo tuyo ha querio matarte. Si estuviera en tu pellejo no me fiaría mucho de los tuyos. Luego a luego no llegarías ni a Alhagüeces que está aquí al lao —vaticinó Timoteo.

—Tengo dinero, mucho dinero —Emiliano mostró los fajos de billetes que le dio Marcelino.

—Madre mía. No sabía que podía haber tanto dinero junto —se sorprendió Pilar.

—Tal vez usted conozca a alguien que bien untado me pueda ayudar —hablando con Timoteo.

—Con eso compras media provincia —aseguró el padre—; pero no sé en cual se pué confiar.

—Lo mejor es que te quedes con nosotros. Nadie va a venir a buscarte al chozo.

Ya me las arreglaré yo con Serafín. Padre, díglele usted que se pué quedar.

—Hija, eso es mu peligroso. Además del Serafín cuentas que estaban el Valeriano y el Matacuras, y ese Matacuras es un fanfarrón que tié larga la

lengua.

—¿Qué podemos hacer? —imploró Pilar.

—Acho, está la Luisi, que luego a luego echaría una mano. Eso de seguro. Pero a ver cómo llega a Murcia el zagal.

—Yo podría llevarlo —se ofreció la joven.

—No Pilar. No puedo ponerte en peligro. Bastante has hecho ya por mí...

—Pero no quiero que te vayas. No quiero perderte. Si te cogen te matarán.

—Hija... hija... —Timoteo con ojos llorosos.

—Padre...

—Vete con él. Tú le quieres. Vete con él.

—Padre. ¿Qué dice?

—Marchaos de esta España miserable. Aquí vamos a enseguir matándonos hasta que no quede uno vivo.

—Sí, vente conmigo. Lograremos llegar a zona nacional y cuando termine la guerra nos reuniremos con tu padre.

—Seguro... —esbozó una sonrisa Timoteo—. Rodead los pueblos; en Puerto Lumbreras conozco a uno que le llaman el Tuerto, podréis confiar en él.

—Pero padre...

—Sois jóvenes, tenéis derecho a vivir vuestra vida.

—Cuidaré de su hija. Tiene mi palabra. Cuando esto termine regresaremos por usted. Se lo juro. Tenga usted —Emiliano le ofreció un puñado de billetes.

—¡Acho, quita eso!... os va a hacer falta eso y más queso. Marcharos, pero mi consejo es que os vayáis de España. Este país no tiene ná que daros. En Villaricos preguntáis por el Atanasio, servimos juntos en África, y seguro q énconoce alguno que pueśacaros.

—Por favor, coja este dinero.

—Apuraos, ya comienza a oscurecer y podréis de moveros con rapidez.

—Padre.

—Hija.

Emiliano y Pilar caminaban rápido cogidos de la mano. Chato inició la carrera para seguirles cuando Timoteo lo llamó. El perro se paró dudando entre seguir su instinto e ir tras su dueña, u obedecer la orden de regresar. Una nueva llamada de Timoteo, esta vez más enérgica, le obligó a decantarse por lo segundo. Se sentó en los cuartos traseros y humano y animal permanecieron inmóviles hasta tiempo después de que la pareja hubiera desaparecido de su vista.

Alicante.

25 de noviembre de 1936.

Friedrich escuchó voces en español y un pequeño tumulto de gente al otro lado de la puerta. Preguntó en varias ocasiones a Orlov si había logrado transmitir el mensaje y qué ocurriría a continuación. La única respuesta que obtuvo fue que estuviera tranquilo, su libertad era cuestión de minutos. Tanto el tono de voz como la actitud inducían a pensar que decía la verdad. Incluso le entregó la gorra de anarquista como recuerdo. El ruso estaba tranquilo, aunque de tanto en cuanto el tamborileo de sus dedos en la mesa parecía indicar lo contrario. Ninguno de los dos hablaba. En un momento determinado alguien golpeó la puerta, Orlov habló en ruso y abrió.

Fuera esperaban cuatro marines bien armados con fusiles. Orlov fue el primero en salir y los cuatro marines escoltaron a Friedrich; dos delante y dos detrás. El pasillo era angosto y hubiera resultado inútil atacar a uno de ellos intentando provocar su propia muerte. La noche era fresca, Orlov se apoyó en la barandilla observando las dos figuras que se acercaban caminando desde el Deutschland.

Friedrich también los vio; creyó reconocer al vicealmirante Carls, no a su

acompañante con la cabeza baja. Descendieron la escalerilla, dos coches con sus chóferes correspondientes tenían el motor en marcha, los ignoraron y caminaron hacia Carls – efectivamente era él– y el cabizbajo. Orlov ordenó detenerse cuando estaban a unos 20 metros, también lo hicieron los otros dos. Casi de inmediato Orlov ordenó con la mano a uno de sus hombres que se acercara a la pareja y obedeció. Confirmó con la cabeza y los otros tres marinos acompañaron a Friedrich para el intercambio. Solo entonces reconoció al acompañante de Carls: José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia.

Friedrich escuchó al grupo introducirse en los coches aparcados y el fuerte golpe de las puertas al cerrarse. La barrera de entrada a la zona portuaria estaba levantada y salieron veloces sin detenerse. Carls le preguntó qué tal estaba y se preocupó por su muslo y el hombro. Friedrich contestó que nada por lo que preocuparse. Von Faupel, observando todo desde la cubierta del Deutschland, saludó con la mano.

Friedrich estaba ansioso por conocer qué había ocurrido, Von Faupel aseguró que no había por qué preocuparse, que todo había salido bien. Un médico ordenó a Friedrich quitarse la ropa, desinfectó la herida de la pierna; extrajo las postas del hombro, ratificó que no era nada grave, y lo vendó convenientemente. Un marinero alemán le entregó ropa limpia y otro llevó un tazón de sopa caliente.

Von Faupel indicó a Carls que los dejara solos y entonces contó lo ocurrido. El intercambio no había supuesto el fracaso de la misión, bien al contrario, durante la conversación telefónica Alexander Orlov le puso en bandeja la solución al problema diplomático en que se había convertido la liberación del líder falangista. Tiempo habría de contarle los pormenores, de momento lo importante era que se recuperara. Preguntó Friedrich cómo había tomado Primo de Rivera la devolución a los comunistas; Von Faupel volvió a reiterarle que lo único importante era su recuperación y que la misión, en definitiva, había sido todo un éxito.

El despertar:

Un sueño nunca soñado

Hendaya.

23 de octubre de 1940.

El América, Erika para otros, tren oficial de Hitler, partió de París a media mañana y se detuvo en la estación de Hendaya exactamente a las 15:20 horas. En San Sebastián, a donde Franco había viajado en coche, Salvador Domínguez arrancó la locomotora 7209 a las 14:40. Para disgusto del Caudillo tardó 8

minutos más de lo previsto en recorrer los 23 kilómetros hasta la fronteriza ciudad francesa debido al mal estado de las vías españolas. Adolf Hitler y su ministro de asuntos exteriores Joachim von Ribbentrop lo esperaron a pie de escalerilla. Francisco Franco vestía uniforme militar de Generalísimo con gorra cuartelera y fajín rojo adornado de llamativas borlas amarillas; Hitler, más austero, escogió su habitual indumentaria de color feldgrau con el águila de la Wehrmacht en el brazo izquierdo y gorra de plato. Las presentaciones corrieron a cargo del Barón von Stohrer, sustituto de Von Faupel al frente de la embajada en España desde septiembre del 37. Los dos mandatarios pasaron revista a las tropas alemanas de la guardia ceremonial.

A continuación se dirigieron al coche-salón del América donde tendría lugar la entrevista. Von Stohrer se apartó respetuosamente para permitir el paso y en ese momento se le comunicó que ni él, ni Eugenio Espinosa de los Monteros, embajador de España en Berlín y tremendamente molesto por ser excluido incluso como traductor –ni su acento hablando alemán revelaba el origen español–, participarían en la reunión. Primero subió Franco, después Hitler, a continuación Von Ribbentrop y finalmente Ramón Serrano Suñer, nombrado

Ministerio de Asuntos Exteriores justo una semana antes, elegantísimo en su uniforme de falangista.

Serrano Suñer había viajado a Berlín el 16 de septiembre de aquel año y durante un par de semanas mantuvo distintos encuentros relativos a la hipotética incorporación de España a los países del eje. Su relación con el embajador de los Monteros no era especialmente buena y sí especialmente mala. En los distintos encuentros en la capital alemana el embajador quedó al margen y quien le acompañó fue el general Sagardía.

Durante su estancia en Berlín, Serrano Suñer visitó a su buen amigo Von Faupel, que debió abandonar España por la puerta de atrás. Nunca logró entenderse con Franco y tampoco con su cúpula militar; fue el propio caudillo quien solicitó su relevo al finalizar el verano de 1937, lo que se hizo efectivo en el mes de septiembre. El motivo: según Franco, Von Faupel maniobró para impedir la fusión entre Falange y los tradicionalistas carlistas y convenció a Manuel Hedilla para negarse a presidir la nueva FET de las JONS. El ofrecimiento a Hedilla de un salvoconducto para trasladarse a Alemania que le hizo Hans Kroeger, director de la oficina de prensa alemana, y el enfrentamiento de Von Haartman a los falangistas anti-Hedilla, eran para él pruebas más que sobradas de que los alemanes intentaban sabotear la fusión política. Los falangistas, por el contrario, vieron en el rechazo de su nuevo jefe un gesto de gallardía tratando de salvar al

partido; otros una reacción lógica ante su desencuentro con el triunvirato formado por Agustín Aznar, José Moreno y Sancho Dávila que tan solo 6 días antes se hicieron con el control de Falange; sus más próximos un gesto de dignidad por haber sido ignorado de forma sistemática, al punto de conocer la maniobra cuando ya se había consumado.

—Mi querido Ramón, no imaginas cómo me alegro de verte –abrazó efusivo Von Faupel– Ya tenía noticia de tu visita y estaba seguro que tarde o temprano vendrías a verme. Edith lleva unos días en Lindenbusch cuidando a su madre, te envía un abrazo y lamenta mucho no poder dártelo personalmente.

—Embajador, cómo voy a venir a Berlín y marcharme sin verte. Yo también siento mucho no poder saludar a tu encantadora esposa.

—Mira, mira donde la tengo –señaló Von Faupel una pequeña vitrina con la Gran Cruz de la Orden de Isabel la católica que pese a sus diferencias le concedió Franco en 1938.

—Era lo menos que podía hacer por ti después de todo lo que hiciste tú por mi patria.

—Cuenta, cuenta como van las cosas por la querida España.

—Qué quieres que te diga... Ahí andamos...

—¿Y Manolo Hedilla?

—Continúa en la cárcel. Mi cuñado nunca le perdonó lo que le hizo. En fin, yo le previne y no me hizo caso. Él se buscó lo que ahora le ocurre.

—¿Sigues escribiendo los discursos de tu cuñado?

—Algunos, dependiendo del asunto.

—Todavía recuerdo el que pronunció en la proclamación de su flamante Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Hablaba él... pero yo te escuchaba a ti –

y recitó de memoria–: “Por tanto, en vista de las supremas razones ya expuestas, esto es, el enemigo enfrente y la coyuntura histórica de una etapa integrada de todas las anteriores, nosotros decidimos ante Dios y ante la nación española dar cima a esta obra unificadora. Obra unificadora que nos exige nuestro pueblo y la misión por Dios a nosotros confiada y para llevarla a cabo nosotros ofrecemos dos cosas: la primera, que mantendremos el espíritu y el estilo que la hora del mundo nos pide y que el genio de nuestra Patria nos ofrece, luchando lealmente contra la bastardía y contra el arribismo; queremos milites, soldados de la fe y no politicastos, ni discutidores; y la segunda, que nuestro corazón y nuestra voluntad queden fijos en los combatientes de frente y en la juventud de España”.

—Bravo –aplaudió socarrón Serrano Suñer–. Perdona mi falta de modestia, pero no me negarás una vena artística como la del mismo Cervantes.

—Y cómo te van las cosas por aquí. ¿Con quién te estás reuniendo?

—Mañana me recibirá Hitler. He mantenido cuatro reuniones con vuestro Ministro de Exteriores.

—Ribbentrop... Ese es un hueso duro de roer.

—Y que lo digas. No aguanto sus aires de superioridad...

—Aparte de eso ¿Cómo van las cosas con él?

—No sé qué decirte... No muy bien... Ribbentrop se empeña en que os cedamos una isla en las Canarias y está empeinado en que tomemos Gibraltar para cerrar el Mediterráneo a los británicos, pero Paco no quiere enfrentarse a Churchill...

por lo que pueda pasar, ya sabes.

—Entiendo. Me han llegado noticias que también estáis tratando el tema del Norte de África.

—Sí, ese es otro punto en el que tampoco acabamos de ponernos de acuerdo. Tu Führer no parece dispuesto a concedernos el Marruecos Francés, lo guarda para Pétain y su gobierno de Vichy. El Sahara y la ampliación de Guinea son los únicos puntos en los que de momento estamos de acuerdo.

—¿Y vosotros que ofrecéis? Os habéis declarado neutrales.

—Bueno, en realidad ahora somos “No beligerantes”, pero os apoyaríamos en la guerra. Es cuanto podemos hacer, de momento

—Ni el Führer, ni Goebbels, ni Ribbentrop sienten estima alguna por Franco.

España tampoco está en condiciones de afrontar una guerra como esta y muchos generales piensan que seríais un estorbo más que otra cosa. Tendrás que trabajar duro si quieres sacar algo adelante.

—Si consigo convencer mañana a Hitler para que se reúna con Paco mi misión habrá sido todo un éxito. Pero ni eso tengo claro en estos momentos...

—Oye, cuéntame, como está Zita y los niños.

—Bien, todos muy bien... la familia sigue creciendo.

—Alguna habrá también por ahí...

—Una pizca de picante no le viene mal a ninguna salsa.

—Amigo Ramón, te digo lo mismo que a Friedrich, al final las faldas siempre traen problemas...

—¿Qué ha sido de aquel joven? Le tenías mucho aprecio.

—Sigue bien, muy bien. Entenderás que no revele dónde está en este momento... pero muy bien. Se casó y ya tiene una niña, Bertha, yo soy su padrino.

—Wilhelm, tengo que marcharme, querido.

—¿Sabes una cosa, Ramón? No hay día que no piense por qué los rojos emitieron el bando comunicando que José Antonio había sido fusilado. Ni un solo día. Cuando acordé con el ruso aquel, Alexander Orlov se llamaba, el intercambio de Friedrich por José Antonio no pude sacarle por qué habían mentido con la muerte. Si hubiera sabido la de quebraderos de cabeza que me trae ese tema nunca hubiera accedido al canje hasta que confesara el verdadero motivo.

—Wilhelm, eso ya no tiene importancia. Es mejor olvidarlo.

—Seguro que tienes razón. Lo peor es que moriré sin encontrar la respuesta a esa pregunta.

Aquella fue la última vez que Serrano Suñer vio a su amigo Wilhelm Von Faupel que junto a su esposa acabaría suicidándose cuando los rusos entraron en Berlín

—los aliados pensaron erróneamente que buscó refugio en España—. Al día siguiente Adolf Hitler recibió a Serrano Suñer y el propio Führer entregó al español una carta dirigida a Franco planteando discutir personalmente los temas tratados con su emisario en alguna localidad de la frontera hispano-francesa lo antes posible: el lugar escogido fue Hendaya, la fecha el 23 de octubre de 1940.

Franco y Hitler se quitaron la gorra nada más subir al vagón. Hitler ocupó la cabecera de la pequeña mesa rectangular con Franco sentado a su derecha. La reunión comenzó a las 15:40 y Franco pidió, a modo de entremés, el envío urgente a España de 25.000 toneladas de trigo. Hitler sonrió atónito y miró a su ministro con cara de estupefacción. El resto de la conversación siguió los mismos derroteros: Franco pidiendo además de alimentos, petróleo, armamento, territorios en África... y Hitler, que acudió al encuentro más por explorar a Franco que otra cosa, negaba una tras otra cada petición solicitando instalar una base alemana en una isla de las Canarias para controlar el Atlántico. También le animó a tomar Gibraltar para bloquear el Mediterráneo, a lo que Franco contestó que sería mejor cerrar el canal de Suez. Poco después de las 6:30 de la tarde Serrano Suñer y Ribbentrop elaboraron una nota de prensa conjunta:

“El Führer ha tenido hoy con el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, una entrevista en la frontera hispano-francesa. La conferencia se ha celebrado en el ambiente de camaradería y cordialidad existentes entre ambas naciones.

Tomaron parte en la conversación los Ministros de Asuntos Exteriores del Reich y de España, Von Ribbentrop y Serrano Suñer, respectivamente”.

Franco y su cuñado descansaron hasta la hora de cenar. Además de los cuatro que habían estado reunidos, también compartieron mesa y mantel el embajador Espinosa de los Monteros y Von Brauchistch, comandante en jefe del Alto Mando del Ejército —OKH—. Como ocurriera en la reunión oficial, la conversación era lenta y tediosa a causa de las continuas traducciones a los dos idiomas. Cuando ya se levantaban para reanudar de nuevo las conversaciones oficiales Hitler, no sin cierto engreimiento, le dijo a Franco.

—Si no hubiéramos devuelto aquel falangista suyo a los comunistas tal vez la cosa hubiera sido distinta —tradujo el barón de las Torres.

—¿A quién se refiere? —preguntó Franco.

—A José Antonio Primo de Rivera —cortó rápidamente Serrano Suñer.

—¿Qué quiere decir? —se interesó Franco.

—Nada después te cuento —le susurró el cuñado al oído.

—¿Por qué se muestra tan sorprendido? —dijo Hitler a quien Gross le había traducido la última pregunta de Franco—. Si nuestro embajador Von Faupel no hubiera decidido entregar a... a...

—José Antonio Primo de Rivera —apuntó Von Ribbentrop.

—Si Von Faupel —prosiguió Hitler— no se lo hubiera entregado a los comunistas después de que nosotros lo liberamos de la cárcel de, de...

—Alicante —volvió a señalar el ministro alemán.

—Eso es —retomó el hilo Hitler— Si después de liberarlo de la cárcel de Alicante no se lo hubiéramos devuelto a los comunistas, la historia podría ser bien distinta.

—Señores, creo que es hora de volver a la reunión —cortó Serrano Suñer.

Las conversaciones se reanudaron a las 22:30 y el resultado fue idéntico al de la sesión anterior. Franco abordó su tren pasada la media noche y consideró signo de cortesía despedirse desde la puerta del vagón y no asomándose por la ventanilla. Levantó el brazo en saludo fascista. El tren pegó un fuerte tirón al arrancar y si el general Moscardó, héroe del Alcázar de Toledo, no lo hubiera agarrado por el fajín en el último momento, el Generalísimo hubiera acabado bajo las ruedas del convoy o rodando por el andén en el mejor de los casos.

—Imagino que querrás saber a qué se refería Hitler con lo de José Antonio.

—Sé cuánto necesito saber. Fueron los alemanes y no los rojos quienes hicieron lo que debía hacerse.

Cuelgamuros.

30 de marzo de 1959.

El 30 de marzo de 1959, el abad mitrado Fray Justo Pérez de Urbel esperaba impaciente y solemne la llegada de los restos de Primo de Rivera, procedentes del vecino Monasterio del Escorial donde habían reposado las dos últimas décadas. Cinco horas tardó la procesión de leales en recorrer los 14 kilómetros entre San Lorenzo del Escorial y el Valle de Cuelgamuros. Se utilizaron las mismas andas que cargaron los falangistas en 1939 durante los 10 días y sus correspondientes noches que lo portaron a hombros desde Alicante a Madrid. El Caudillo no asistió a las últimas exequias del líder falangista aquel 30 de marzo.

20 años antes, en la Avenida de José Antonio de Madrid abarrotada de quienes rendían culto al político en su ataúd y de curiosos ante el momento histórico del traslado desde Alicante, se

escucharon gritos de “Franco Traidor” provenientes de recalcitrantes falangistas contrariados por el Decreto de Unificación de abril de 1937.

Los falangistas más fervorosos, y buena parte de bienintencionados españoles, dudaron hasta avanzada la guerra de la veracidad sobre el fusilamiento de su

líder. No fueron los únicos. La hermana Pilar, la novia María Santos, y Elizabeth, una inglesa casada con el embajador rumano, enamorada de Primo de Rivera y con influencia en el gobierno británico, también cuestionaron la noticia.

Elizabeth incluso utilizó sus buenas relaciones con Stanley Baldwin, Primer Ministro del Gobierno Británico como su propio padre años antes, para que el Foreign Office presionara al gobierno republicano español exigiéndoles una prueba fehaciente de la muerte de su viejo amigo. La embajada británica pidió su certificado de defunción. No existía tal documento, por lo que un funcionario inglés acompañó a Federico Enjuto, el mismo juez que propició el encarcelamiento de Primo de Rivera en marzo, para exhumar el cadáver enterrado en una fosa común del cementerio.

El cadáver estaba perfectamente localizado y la exhumación se realizó sin mayor problema. Aquella fue la primera ocasión en que fue desenterrado, la segunda en 1938 porque el gobierno republicano decidió trasladar los restos al nicho 515 del cementerio Nuestra Señora de los Remedios de Alicante. Fue en esas mismas fechas cuando Franco reconoció públicamente que José Antonio Primo de Rivera había muerto, en un discurso emitido por Radio Nacional refiriéndose a él como “el ausente”, apelativo que comenzaría a utilizarse a partir de entonces.

Los hermanos Pilar y Miguel Primo de Rivera presidieron la comitiva entre El Escorial y Cuelgamuros, acompañados por Ramón Serrano Suñer. La nutrida representación gubernamental estuvo encabezada por Carrero Blanco, en calidad de Ministro Subsecretario de la Presidencia del Gobierno y Solís en calidad de Ministro Secretario del Movimiento y Delegado Nacional de Sindicatos.

También acudieron al acto Felipe José Abárzuza (Ministro de Marina), Cirilo Cánovas García (Ministro de Agricultura), Antonio Iturmendi Bañales (Ministro de Justicia), Jesús Rubio García-Mina (Ministro de Educación Nacional), y Fermín Sanz Orrio (Ministro de Trabajo). Fue Carrero Blanco la diana de insultos e improperios de todo tipo por haber laminado progresivamente la presencia de falangistas en el gobierno en favor de jóvenes tecnócratas del poderoso Opus Dei.

Las aceras de la angosta carretera resultaban insuficientes para albergar la multitud que se había concentrado. Los más ágiles se encaramaron a los árboles y quienes optaron por el luto en lugar de la camisa azul parecían cuervos balanceándose en las ramas. Viejos falangistas y otros miembros del

“Movimiento Nacional” –apelativo oficial de la FET de las JONS en sustitución de la entonces malsonante palabra “Partido”– saludaban el paso del séquito con

el brazo en saludo fascista. Algunos, tal vez simples curiosos, miraban con gesto serio y compungido; unos pocos ocultaban la rabia e indignación por aquel despliegue de pompa y boato bajando la cabeza en pretendida tristeza. Eran los perdedores.

Su vida en aquellos años se encontraba a medio camino entre el purgatorio y el infierno. Teresa Alonso miró al cielo y vio la gran cruz que todo dominaba y bendecía. Había gastado los cuatro cuartos que no tenía en viajar desde Bayo –en el Concejo de Grado– hasta la misma puerta del monumento donde le fue impedido el paso para escupir en el suelo que iba a pisar la comitiva. Pese a los años transcurridos el fuego del desconsuelo seguía quemando con la misma intensidad que aquel 4 de noviembre de 1938 cuando unos falangistas se llevaron a su abuelo, su padre y dos hermanos.

—Era un santo –dijo otra mujer a su lado cuando el movimiento de la gente preconizaba que estaban cerca.

—¿Santo? –preguntó perpleja Teresa.

—Sí. José Antonio solo quería lo mejor para España.

—Claro –contestó Teresa para no delatarse.

—¿Es usted gallega?

—No, asturiana.

—Veo que no tiene usted pañuelo. Tenga –le ofreció una desconocida mujer.

—No me hace falta –respondió Teresa.

—Cójalo usted, ya se acercan y no será capaz de aguantar las lágrimas. ¿A quién perdió usted?

—¿Yo?

—Sí. ¿A quién le mataron?

—A mis hermanos.

—También a mí me mataron a mi hermano. El veinte de julio del treinta y seis; era cura en La Roda. A mi padre se lo llevaron un mes después. Mi padre que nunca hizo daño a nadie. Solo por ser alcalde de la CEDA, ya ve usted. Un hombre que solo se preocupaba por sus vecinos, que a nadie le faltara de nada, que nunca hizo daño a nadie.

—Es que en aquella guerra hubo muchos asesinos.

—Y mucho sufrimiento.

—Y lo sigue habiendo –concluyó Teresa.

Indalecio Prieto tuvo noticia del traslado de los restos de Primo de Rivera desde El Escorial hasta la faraónica construcción en su exilio de Méjico. En

“Convulsiones de España” preconizó lo que ocurriría en 1975 cuando escribió:

“Era un hombre de corazón, al contrario de quien será su compañero de túmulo en Cuelgamuros. José Antonio ha sido condenado a una compañía deshonrosa, que ciertamente no merece, en el Valle de los Caídos. Se le deshonra asociándole a ferocidades y corrupciones ajenas.”

En Alicante, la madrugada del 26 de noviembre de 1936, Orlov intercambió a José Antonio Primo de Rivera por el teniente de las SS Friedrich Glasser. Lo subieron en un coche y, escoltados por otro vehículo con marinos rusos, fue llevado de vuelta a la prisión Provincial en el Barrio de la Florida. Aparcaron frente a la puerta de la prisión, exactamente en el mismo lugar donde una semana antes lo hizo el camión de los anarquistas impostores. Ivona esperaba en la puerta junto al camarada Trinidad Andrés. Orlov ordenó a Trinidad cerrar la verja y no dejar pasar a nadie; todos se dirigieron al pequeño patio interior de la enfermería, Orlov cerraba la marcha. En el patio el resto de los milicianos que guardaban la prisión el día de la fuga formaban un pelotón de fusilamiento.

Ivona colocó a Primo de Rivera en el rincón, se apartó y miró.

—¡Arriba España! —gritó Primo de Rivera sabiendo lo que vendría a continuación.

Para los milicianos el grito del falangista supuso la voz de fuego, y comenzaron a disparar sin esperar otra orden. Orlov se aproximó al cuerpo en el suelo y llamó a Toscano; sacó su pistola y se la entregó al chaval indicándole la sien de quien sin duda ya era cadáver.

—“Bang”.

Caracas (Venezuela).

31 de octubre de 2004.

El 31 de octubre de 2004 se celebraron en Venezuela elecciones regionales para elegir los gobernadores de 22 estados y alcaldes en 332 municipios; también la alcaldía de la capital y del Alto Araupe. Los chavistas ganaron en 20 de los 22

estados y se hicieron con la mayoría de las alcaldías. Emiliano y Pilar vivían en Caracas desde 1939. Habían logrado huir de una España rota y destrozada por la guerra. Emiliano tenía 88 años, Pilar 85. El resultado de aquellas elecciones les hizo ver que había llegado el momento de regresar a España.

La misma noche que Pilar se despidió de su padre y abandonaron Casas Nuevas encontraron acampados cerca de Bullas a unos titiriteros, cómicos ambulantes, que los acogieron como parte de su troupe sin hacer preguntas. Emiliano se dejó crecer la incipiente barba para parecer más intelectual cuando recitaba soliloquios de Shakespeare, pasajes del Quijote, y, dependiendo de la zona donde se encontraran, poemas de Bécquer o Lorca; Pilar parecía una zíngara tocada con un pañuelo del que colgaban supuestas monedas de plata cuando con la pandereta animaba a la cabra Margarita en su lenta ascensión de peldaños y posteriormente utilizaba el mismo instrumento musical para recaudar las muchas ochenas y pocas pesetas lanzadas por los espectadores.

Puebla de Don Fadrique, Huescar, Baza, Guadix, El Egido... fueron alguno de los pueblos donde

actuaron. Viajaban en carromatos tirados por mulas y Don Hermengildo, quien juraba haber interpretado el papel del Marqués de Moncada en La venganza de Don Mendo frente a Alfonso XIII, era dueño y director de pista. Uno de los números más aplaudidos era del de un toledano vestido de faquir con su correspondiente turbante, lo mismo tragaba fuego que sables, de nombre artístico “el Gran Franja” –Francisco Javier era su nombre–; Reme, su esposa hacía malabares con bolos desconchados y el pino utilizando una silla apoyada únicamente en una de las patas. Su hija de unos 14 años –también Remedios– tenía domesticados dos perritos para que saltaran uno por encima del

otro, giraran sobre sí mismos como si fueran barriles, y dieran la patita a modo de saludo a los espectadores; era también la encargada de vender los boletos para la rifa final. Casto, “el Sansón de Rentería”, realizaba ejercicios de fuerza; su mujer Josefina entonaba, con gracia, la Donna è mobile y con el tío Leocadio, de peor voz, fragmentos de La verbena de la Paloma; las “Fabulosas hermanas Garde” –Mercedes, Feli, y Elena– se jugaban la crisma haciendo piruetas sobre cilindros y en un rudimentario trapecio; la charlotada era cosa de la familia Ramírez, que hacía reír a pequeños y mayores con más imaginación que medios... En la presentación de estos últimos aseguraba Don Hermenegildo que en Sudamérica eran “aclamados clowns”. Lo relativo a la fama lo añadía de su propia cosecha, pero que fueron payasos en Sudamérica sí era cierto.

La guerra continuaba su curso de sangre y muerte sin que la compañía de Don Hermenegildo tuviera consciencia de ello. Todos comían de la misma ranchera, mal que bien casi siempre con carne, y pasaban el día desplazándose de un sitio a otro o ensayando y holgazaneando mientras esperaban la retirada del sol para iniciar la función. Lo peor era el frío de las noches y los días de lluvia cuando se calaban hasta los huesos, y, además, los caminos quedaban embarrados y las mulas apenas si avanzaban. En Nochebuena no hubo representación; después de cenar cantaron villancicos y alguna que otra coplilla picante rascando una botella de Anís del Mono. Para Nochevieja asaron un cordero y Don Hermenegildo repartió Farias incluso a quienes no fumaban. En Año Nuevo apareció por el campamento una pareja de la guardia civil; Emiliano y Pilar no disponían de identificaciones. Don Hermenegildo respondió por ellos, siendo fechas entrañables y algo habitual en gentes de su clase, el asunto quedó en la reprimenda de una mirada. Los beneméritos agentes incluso aceptaron brindar con una copita de cazalla por el nuevo 1937. Antes de marcharse Don Hermenegildo les regaló la Faria correspondiente y el sargento mostró la fotografía de un tal Angel Luis Castellanos, lo estaban buscando, en caso de verlo debían dar parte.

Aquel 1937 no le sobró a febrero ningún día como el anterior y las carretas de

“Variatés Hermenegildo” formaron, recién nacido marzo, un semicírculo a orillas del Adra. Ramón Ramírez intentaba engañar a los peces con unas lombrices arrancadas a la tierra cuando Emiliano se sentó junto a él; no picaban y el pescador agradeció la compañía. El rapsoda preguntó cómo era Sudamérica, Ramón tan solo conocía Argentina y le habló maravillas de la vida en aquel país refiriendo el nombre de un río, de la Plata, como garante de la abundancia en aquellas tierras. El interés de Emiliano por la vida al otro lado del Atlántico poco

tenía que ver con la curiosidad y en absoluto era inocente. En Huescar tuvo noticia de la muerte de Primo de Rivera en la prisión de Alicante y sospechaba que Friedrich intentó matarle precisamente para ocultar la verdad. Las palabras de Timoteo cuestionando que estuviera a salvo

en zona nacional no habían caído en saco roto y se planteó qué ocurriría cuando cruzara el frente. Llegó a la conclusión que tampoco entre los suyos tenía garantía de seguir con vida. La única salida era abandonar España como aconsejó el viejo resinero.

En la función del último domingo del mes Emiliano recitaba Antonio Machado: Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla / y un huerto claro donde nace el limonero; / mi juventud, veinte años en tierra de Castilla; / mi historia, algunos casos que recordar no quiero... Detuvo repentinamente el poema, ensayó una mueca de dolor, llevó la mano al vientre, se dobló por la cintura, pidió disculpas al público y se retiró. Don Hermenegildo, haciendo gala del profesional que era, dio paso a las hermanas Garde e inmediatamente fue a interesarse por la salud de Emiliano. El bardo aseguró que los potingues de Remedios, tan eficaces con fiebres y retortijones, poco podrían hacer, pues según él se trataba de un ataque de apendicitis; igual embuste contó a Pilar con el pañuelo de zíngara en la cabeza. Lo mejor sería marchar a la cercana Almería para que lo viera un médico. El espectáculo debía continuar y Don Hermenegildo pagó a un lugareño dueño de una camioneta, para que lo acercara a la capital aquella misma noche.

Emiliano no había gastado un solo duro de las veinte mil pesetas que todavía guardaba. En el puerto de Almería los marineros preparaban nasas y otros aparejos de pesca, la mayoría eran barcos de bajura, pero el tamaño de dos de ellos hacía presuponer que cuando largaban amarras pasaban tiempo navegando.

Uno que andaba reparando redes a bordo del Boquerón le dijo que no tardarían mucho en zarpar y Emiliano se las arregló para encontrarse con el capitán. Tras la breve conversación su semblante contenía a duras penas la satisfacción. No regateó un céntimo la cantidad solicitada por el viaje de ida y vuelta a Adra.

Ratificó a sus compañeros artistas que, efectivamente, la dolencia era apendicitis, y aquella misma tarde le iba a operar el doctor Benaiges-Smith.

Venía a buscar a Pilar porque en aquellas circunstancias quería tenerla a su lado.

Don Hermengildo echó mano a la cartera y le ofreció su pequeña fortuna, 126

pesetas; Emiliano la rechazó, pero ante la insistencia se vio obligado a aceptarlas. Aquella noche, cuando el jefe de pista cogió su chistera para comenzar la función, encontró en el sombrero cinco billetes de cien pesetas con la cara de Felipe II. Nunca más volvió a ver aquella pareja que apareció de la

nada, cansados, helados, y muertos de hambre, una noche a finales de noviembre.

El Boquerón los llevó hasta Casablanca y en menos de una semana embarcaron en un carguero francés rumbo a Buenos Aires donde llenaría las bodegas de grano. Por distintas razones, que no vienen al caso, la vida no les fue muy bien allí. José María Lacandia, médico español y como ellos también exiliado, les comentó que Venezuela comenzaba a beneficiarse de sus reservas petrolíferas y parecía ser un buen lugar. Incluso él esperaba la llegada de su colega Santiago Marco para abrir consulta en la capital venezolana.

Emiliano y Pilar llegaron a Caracas el 1 de abril de 1939; el mismo día que terminaba la guerra en España. La ilusión del regreso fue desvaneciéndose poco a poco al no recibir respuesta a las cartas escritas por Emiliano a sus padres y que le fueron devueltas con un frío “Destinatario Desconocido”. También se puso en contacto con algunos amigos de Zaragoza, quienes nada sabían del viejo catedrático de instituto, y el panorama de necesidad y hambruna que le pintaban no suponía un acicate para volver a la patria. En cuanto al padre de Pilar, inútil resultaba escribir a una casa sin dirección y además tampoco sabía leer ni escribir. En Caracas vivieron de alquiler en una habitación con derecho a cocina en el piso de Rosarito Berenguer, conocida por Candela, española de Almoradí, justo encima de la joyería-relojería “La Margarita”, en el concurrido pasaje Ramella entre la calle Gradillas y San Jacinto. Pilar comenzó a trabajar de cocinera en el restaurante el Paladar de la Avenida Urdaneta, y los fines de semana empleaban a Emiliano de camarero, que también aportaba a la economía de la pareja dando clases particulares a hijos de buenas familias caraqueñas.

Conocieron a la nutrida colonia española, la mayoría exiliados como ellos y profesionales. Las truculentas historias que contaban quienes huían de España eran las de un país sin libertades, donde reinaba la miseria, paraíso de piojos y liendres, con gente famélica por las calles... A los pocos meses tuvieron claro que la vuelta debía posponerse unos cuantos años y que Caracas no era una mala ciudad para esperar el momento propicio. De hecho, decidieron continuar con sus propios nombres y apellidos cuando consiguieron documentación venezolana para casarse el día del Pilar del año 40. Nunca renunciaron a la nacionalidad española: ellos habían salido de España, pero España nunca llegó a salir de ellos.

Emiliano cambió las 10.054 pesetas que le quedaban antes de que la moneda republicana perdiera su valor, y Rosarito les prestó los bolívares que les faltaban

para comprar una pequeña vivienda con bajo en la calle Manduca, a escasos cinco minutos de su propia casa. Emiliano abrió una zapatería en el local,

“Zapatería el Pilar de Zaragoza”, y su mujer continuó trabajando en el restaurante hasta los años cincuenta cuando los dueños decidieron mudarse a un lugar más grande y moderno, El Faro bautizaron al nuevo restaurante. Coincidió con la ampliación de la Avenida Urdaneta donde construyeron un gran mercado, el mayor de toda Venezuela; el matrimonio español no necesitó pedir prestado para adquirir un puesto en la sección de las carnes que llamaron “Carnicería La Española”.

Siendo como eran buenos trabajadores y ahorradores, zapatos y costillas comenzaron a dar buenos réditos, pero ellos siguieron con su vida sencilla y rutinaria. A Pilar le gustaba el cine, y todos y cada uno de los santos domingos iban al cine Castellana en la Avenida Francisco Miranda. Allí vieron a Rita Hayworth desprenderse de sus elegantes guantes y arrancarse la gargantilla del cuello; Pilar lloró cuando Johnny Farrell –Glenn Ford– abofeteó a Gilda. El Extraño de Orson Welles dejó al matrimonio sin palabras; La reina de África, fue la primera película que vieron en color. Después del cine se acercaban hasta el Gran Café en el boulevard Sabana Grande propiedad del francés Henri, que pasó años recluido en prisiones de la Guayana Francesa, casado con una española llamada Rita. Los dos hombres se contaban sus historias y Henri decidió escribir su vida en las cárceles en unos cuadernos de alambre espiral. Emiliano le aseguró que algún día también el escribiría la suya. Otro entretenimiento era la lotería. Pilar lo

había heredado del padre y jugaba al Zamorano, el Tripe Tigre, la Tachira... Raramente tuvo suerte, haciendo realidad el refrán de dichoso en amores desafortunado en el juego. No importaba, aquellos fueron los años más felices de sus vidas.

En el año 68 murió Candela, siempre los trató como si fuera su propia madre; en el 75 Francisco Franco. Se plantearon de nuevo el ansiado regreso, pero su vida estaba en Caracas y lo pospusieron hasta mejor momento, tal vez la jubilación.

Cuando murió el dictador español un grupo de exiliados organizaron una fiesta en la “Hermandad Gallega de Caracas” en Maripérez; les invitaron pero no acudieron. Tampoco a la recepción celebrada en la embajada española con motivo de la vista del nuevo rey Juan Carlos I el 16 de octubre de 1976. En el Boquerón, nada más zarpar de Almería, se conjuraron a no hablar nunca de política ni inmiscuirse en esos temas, y cumplieron su palabra a rajatabla. El único tema político que interesaba a Emiliano era la suerte de Primo de Rivera porque todos aseguraban que había sido fusilado en la cárcel de Alicante en la

mañana del 20 de noviembre de 1936. Él sabía que no era cierto, pero se guardó la verdad como un cura los pecados de sus feligreses.

En los años 80 muchos exiliados comenzaron a regresar a la España democrática, la mayoría de ellos cuando el PSOE ganó las elecciones en octubre de 1982. Emiliano y Pilar volvieron a calibrar la posibilidad del regreso, eran felices y dichosos en Venezuela y España poco o nada tenía que ofrecerles. A comienzos del año siguiente ocurrió un acontecimiento que no por anecdótico debe pasarse por alto: el 2 de enero de 1983 se inauguró el metro en Caracas.

Encaminaron sus pasos, ya lentos por la edad, a la estación de Propatria e hicieron todo el recorrido hasta La Hoyada, después regresaron de La Hoyada a Propatria; y vuelta a empezar, y vuelta a empezar. 47 años habían pasado desde que en la cueva de los quesos, con la cara deformada por el picotazo de una avispa, Emiliano le dijo que había en Madrid un tren que circulaba bajo tierra; 47 años tardó Pilar en decirle lo que pensó en ese momento: que era un fanfarrón engreído y mentiroso, y que ya entonces estaba enamorada de él. Emiliano la besó con la misma ternura y amor que aquella primera vez la noche del 6 de diciembre del 36 en Puebla de Don Fadrique, tras emular a Sancho recitando la carta de Don Quijote a Dulcinea.

El 26 de julio de 1992 Emiliano y Pilar vieron Instinto Básico, después de la película siguiendo su inalterable rutina dominical tomando algún refrigerio.

Cuando Henri vendió el Gran Café -se hizo millonario contando su historia en un libro que tituló Papillón- se cambiaron al restaurante El Pulpo Gallego de la calle Adrián Rodríguez. La televisión emitía el reportaje de la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos en Barcelona. En la mesa de al lado tres jóvenes fornidos alborotaban y abuchearon cuando apareció el Príncipe portando orgullos la bandera española; uno de ellos gritó “Txakurra Kampora”. Emiliano no entendió el significado pero intuyó que no se trataba de nada bueno y exigió respeto. El joven se encaró con él llegando a proferir toda clase de improperios, el que más dolió a Pilar fue “Putas España”. Pese a su edad avanzada, y que los mequetrefes fortachones eran tres, Emiliano se levantó dispuesto a enfrentarse con los bravucones, pero rodó por el suelo

al primer empujón de uno al que llamaron “Angelín”. Los jóvenes asesinos se marcharon y el asunto no pasó a mayores.

La década de los 90 terminó con Hugo Chávez asumiendo la presidencia el 2 de febrero de 1999. El país parecía ir a la deriva y muchos vieron en el antiguo militar golpista la solución a los graves problemas por los que atravesaba el país.

Chávez socializó la pobreza: en el 92, 1 dólar se cambiaba por 61 bolívars, en el 99 eran necesarios 650. Primero dejaron de ir a cenar al Pulpo Gallego tras el cine; Erin Brockovich fue la última película que vieron en el 2000; Pilar no volvió a comprar lotería; quien les tenía arrendada la zapatería dejó de pagar, y al poco les confiscaron la carnicería del mercado. En octubre del 2004 hacían falta 2.700 bolívars para conseguir 1 solo dólar; los ahorros de toda una vida se habían evaporado como agua de tormenta en la Virgen de agosto. El resultado en las elecciones de octubre del 2004 fue la gota que colmó el vaso.

—Emiliano, ayer compré de fiado en la tienda.

—¿Qué dices?

—No queda nada en la cartilla.

—Pero, pero... Pilar ...

—Tendrías que ir a la embajada. Según he oído ayudan a los españoles.

—Pedir limosna. Me estás diciendo que pida limosna. Escribiré mi historia como hizo Henri. Seguro que alguien la compra..

—A estas alturas nadie te creería, te tomarían por loco o algo peor. Además, escribir nunca dio para comer.

—¿Qué hacemos?

—Si no quieres ir a la embajada, en El Hatillo reparten comida. Lo llaman

“Alimenta la Solidaridad”, dan arroz con habichuelas y algunos domingos hay pollo.

—Perdóname, Pilar, no he sabido cuidar de ti como prometí a tu padre –

Emiliano tenía los ojos llorosos.

—No digas eso. Me has hecho la mujer más feliz del mundo. Tú no tienes la culpa.

—¿Y si volvemos a España?

—¿A España? –repitió Pilar para cerciorarse de haber entendido bien.

—Sí. A España.

—Allí no tenemos nada ni a nadie.

—Lo mismo que aquí. Llevo un tiempo pensándolo. ¿No querías morir en España?

—Yo quiero morir donde estés tú. A tu lado. Que nos entierren juntos. Solo eso pido a lo que me quede de vida.

Madrid.

22 de agosto de 2019.

Joaquín Ayuso, profesor de literatura norteamericana en la universidad, interrumpió sus vacaciones veraniegas para regresar a Madrid con su esposa Pepa. Estaba malhumorado, no por el viaje privándolo de playa y sol, sino porque esos días novelaba la historia de una colega suya, Merche Tellechea, y la compañera no parecía dispuesta a ofrecerle más información. Desencantado de la universidad por no facilitarle el ascenso al generalato de la cátedra, su única ilusión era publicar una novela —“Ninguna mujer llorará por mí”, era el título pensado—; pero si Merche se negaba a proporcionarle información el trabajo de los últimos meses habría sido como arrojar sal al mar.

El motivo del viaje: su mujer Pepa había recibido una sorprendente herencia. Un bufete de abogados se puso en contacto con la familia tras el fallecimiento de una tal Pilar, tía de Pepa, que había muerto el año anterior sin dejar testamento.

Por un porcentaje de la herencia los abogados podían solventar toda la burocracia y los 16 primos -hijos de Fuencisla, Antonio, Vicente, y Trinidad—

recibirían la parte que les correspondía. Pepa, hija de Trini, sabía que la hermana menor de su madre, Pilar, había emigrado a América durante la guerra y que Miguel, el menor de los varones, murió en extrañas circunstancias -según la historia familiar se suicidó, pero en Aledo se rumorearon otros motivos que nadie quiso investigar-. De acuerdo a la información de los abogados, Pilar regresó a España con su marido Emiliano a finales del 2004 y compraron un piso

por la zona de Embajadores en Madrid. Emiliano murió en el 2010 y le sobrevivió la esposa. El piso no era de gran valor teniendo en cuenta que debía ser repartido entre los primos, pero la tía emigrada tenía una cuenta corriente en Bankia con casi un millón de euros. En el 2016, Pilar compró en la administración de lotería nº 32 del Paseo de la Esperanza en Madrid tres décimos del número 66.513 agraciado con el Gordo de Navidad.

La dirección exacta de la vivienda era calle de la Acacias, 4. Joaquín pulsó el timbre del 6-4º y al instante sonó la chichara de apertura. En el piso ya estaban 7

primos y el abogado. La cocina frente a la puerta de entrada era pequeña; a la izquierda dos habitaciones, una de matrimonio y otra individual; entre las habitaciones el baño; un gran salón iluminado en chaflán a la derecha. Por el gran ventanal se veía el patio del Colegio Legado Crespo y más alejada la Glorieta de Embajadores con sus fantasmas humanos buscando alguna cunda que los acercaran a la Cañada Real.

José Vicente, hijo de Vicente, informó que su hermano Javier vivía en Méjico y mostró la hoja firmada con su delegación; Pepa no tenía ninguna delegación escrita pero sus hermanos Pablo José y Alfredo confiaban en ella y tampoco asistirían a la reunión; lo mismo ocurría con Timoteo y Teresa, los dos mayores de Fuencisla representados por su nieto Rafael con aspecto de resabido; también estaban sus tíos, Gerardo y Nieves; Antonio fue quien más hijos tuvo, 7, y cuando murió dejaron de hablarse unos con otros a cuenta de la herencia. En el piso de Acacias estaban Lucila y Chuchin que ni tan siquiera saludaron a sus hermanos Juan Antonio y Alfonso; otros dos hermanos, Beatriz y Cándido, rehusaron asistir a la reunión reservándose el derecho de aceptar o no lo acordado, según informó el abogado. Magda, la mediana, era la única que faltaba por llegar.

Las conversaciones no eran ni cordiales ni tensas, ni amigables ni tirantes, ni familiares ni formales. Hablaron del calor agobiante de Madrid, de lo bien que se estaba en la playa según unos y en la montaña según otros. El abogado sacó ingenuo el tema de la política, las elecciones y la formación de gobierno. Sin que nadie supiera cómo el ambiente se cargó y la temperatura superó los 36° que hacía en la calle. Para unos, los votantes del PP eran unos fachas; otro se sintió ofendido y calificó al Presidente Sánchez de sinvergüenza y embaucador; una prima votante de Vox dijo que el coletas era el peor de todos, escoria, y que si alguien no le paraba los pies llevaría a España a la ruina; tampoco Rivera y su Ciudadanos quedaron sin embarrarse. El abogado intentaba calmarlos con escaso

éxito, e incluso se situó en el centro del salón cuando dos primos, da igual quienes, se levantaron con gesto de desafiante. Fue gracias a Joaquín, que agarró a uno de ellos, y al abogado, que detuvo a la otra, por lo que no llegaron a las manos. Por fin llegó Magda, y en un ambiente de crispación comenzaron las negociaciones para repartir la herencia. Joaquín pidió ausentarse al no ser miembro directo de la familia, y preguntó si podía mirar por las habitaciones.

Ninguno puso objeción alguna.

Todo estaba muy limpio y ordenado. El frigorífico de la cocina, desconectado, tenía la puerta abierta; en el escurrer platos continuaba intacta la vajilla de la última comida quien sabe de cuándo. La habitación de matrimonio daba a un patio interior y tenía un armario empotrado en uno de los lados ropa de mujer mayor; en el otro, ropa de hombre apestando a naftalina. Al mismo patio interior daba la habitación individual, hacía un calor sofocante, una mesa de estudio con la correspondiente silla y una gran estantería llena de libros era lo único reseñable.

Joaquín, siempre curioso cuando de libros se trataba, miró los títulos. Había una buena colección de poesía desde Quevedo y Góngora hasta Villena, González, o Teresa Mateo, pasando por Santa Teresa, Aleixandre, Machado, Cernuda...

También había novelas, y en las dos baldas inferiores se alineaban cronológicamente libros de filosofía. En la superior autores extranjeros: Obras Completas de Aristóteles; Diálogos de Platón; El Discurso del Método de Descartes; El Leviatán de Hobbes; Obras Completas de Locke; Emilio o De la educación de Rousseau; La crítica de la razón pura de Kant; Así habló Zaratrusta de Nietzsche; Ser y tiempo de Heidegger... En la inferior autores españoles: Martín de Azpilicueta; Baltasar Gracián; Menéndez Pelayo; Miguel de Unamuno; Ortega y Gasset; Ferrater Mora, Julián Marías; Rafael Gambra; Gustavo Bueno; Eugenio Trías... Fernando Savater y

Amelia Varcárcel eran los dos últimos.

Se disponía Joaquín a abandonar la habitación cuando se percató de una caja de cartón olvidada en un rincón. Le picó la curiosidad y la abrió. Estaba repleta de grandes cuadernos de espiral, todos del mismo tamaño, lo único diferente era el color de las portadas, Cogió el primero, rojo, estaba escrito con bolígrafo de tinta negra; la caligrafía era impoluta. Comenzó a leer, Cuando terminé el bachillerato mi padre quería que estudiara arquitectura...; tomó otro de color azul, No recuerdo muy bien por qué estaba en Salamanca, pero sí que me encontré por casualidad con los hermanos Marcelino y Serapio, que eran como dos gotas de

agua, y me propusieron unirme a ellos para una misión...; en el tercero de color amarillo, El camión se averió y lo escondimos en un cobertizo derruido, junto a una arboleda, tapándolo con unos cañizos. Marcelino estaba malherido en una pierna y a duras penas conseguimos llegar a las inmediaciones de la sierra sin ser vistos... Una hoja suelta voló al suelo desde este tercer cuaderno; Joaquín la recogió y leyó:

«Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia. [...] Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia. Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta».

A Joaquín le temblaban las piernas cuando regresó al salón. Los primos parecían no ponerse de acuerdo. El resabido defendía que la herencia debía dividirse en cuatro partes al ser ese el número de hermanos con hijos; los de Antonio, que por primera vez coincidían en algo, insistían en que la repartición debía ser por sobrinos. Rafael, cegado de avaricia, no alcanzaba a ver que en su caso lo mismo era una cosa que la otra. No alcanzaron acuerdo alguno y finalmente decidieron delegar el asunto en los abogados contratados por cada uno y que fueran ellos quienes decidieran la partición legal.

Ya se disponían a marcharse cuando Joaquín preguntó si no les importaba que se llevara una caja de cartón con cuadernos que acaba de encontrar en una habitación. Le pidieron que la trajera. Fue a la habitación y regresó con ella en los brazos. Para los primos era una simple caja de cartón; para Joaquín el Santo Grial. La colocó en el suelo y la abrió mostrando los cuadernos. A ninguno importó que se la llevara; únicamente Rafael se agachó y sacó el primer cuaderno. No se molestó en leer, simplemente comprobó que eran hojas escritas a mano con bolígrafo negro. Cogió el segundo cuaderno y realizó la misma operación con idéntico resultado. A Joaquín el corazón estaba a punto de salirle por la boca. El joven que se las creía saber todas, colocó los dos revisados de vuelta e introdujo la mano hasta el fondo de la caja cerciorándose que, efectivamente, tan solo contenía cuadernos de espiral. Un extremo de alambre mal doblado le hizo un rasguño en el antebrazo; se chupó la sangre y finalmente

sentenció que por él como si les daba fuego.

—Conduce tú —entregó Joaquín las llaves del vehículo a Pepa.

—¿Por qué no metes la caja en el maletero?

—Prefiero llevarla conmigo.

—¿Entonces qué hacemos?

—A mí me da igual. Eso son cosas de tu familia y yo no me meto.

—Me refiero a nosotros.

—¿A nosotros?

—¿Estás tonto?...

—Habla claro.

—Que si nos vamos a la playa hoy mismo. Eso es lo que dijiste, que si terminábamos pronto nos íbamos a la playa hoy mismo después de comer. Son las dos. Tenemos tiempo de sobra para comer y todavía tendrás tiempo de darte un baño cuando lleguemos.

—Te propongo otra cosa —dijo Joaquín—. Tú te vas a la playa y yo me quedo en Madrid leyendo estos cuadernos.

—¿Y eso? ¿De qué se trata?

—Me parece que es la historia de tus tíos y quiero leerla.

—Tráetela a la playa —sugirió Pepa.

—Preferiría estar solo. En unos días cojo el tren, yo te aviso.

—No hay quien te entienda ¿Cómo lo hacemos?

—Me dejas en casa, comemos y después te vas a la playa.

—¿Seguro?

—Seguro. Prefiero estar solo. En unos días estaré de vuelta.

Joaquín pasó los tres días siguientes solo en Madrid y leyó como un ermitaño enfebrecido los 13 cuadernos escritos por Emiliano. Cuando terminó, no le importó si Merche le proporcionaba o no más información para Ninguna mujer llorará por mí. En aquellos cuadernos estaba la novela que siempre quiso escribir. Solo dependía de él mismo y de su capacidad narrativa. La titularía Tiempo de Sangres.

FIN

Notas referenciales

Admiral Graf Spee. Crucero pesado alemán botado en junio de 1934. Al iniciarse la Guerra Civil española fue desplegado en las aguas españolas del Mediterráneo como parte de la flota de no intervención. Realizó al menos cuatro patrullas durante la guerra, 3 de ellas en el primer año de conflicto. Durante la II Guerra Mundial participó en la mítica batalla naval de Río de la Plata (13/12/1939) y su final (fue el propio Langsdorff, capitán al mando, quien decidió hundirlo para que no cayera en manos inglesas) se ha convertido en uno de los acontecimientos más referidos de aquel enfrentamiento bélico.

Alba Bonifaz, Santiago (1872-1949). Presidente de las Cortes entre 1933-1936; anteriormente ocupó distintos ministerios durante el reinado de Alfonso XIII. Miembro del Partido Republicano Radical de Lerroux participó en las conversaciones para intercambiar a Primo de Rivera por el hijo del Presidente Largo Caballero.

Albiñana Sanz, José María (1883-1936) líder y fundador del Partido Nacionalista Español (1930) de genuina inspiración fascista. Albiñana pretendía que su partido sirviera de nexo entre Comunión Tradicionalista (carlistas) y Renovación Española (alfonsinos) en pro de la unidad monárquica. Fue una de las víctimas en la matanza de la “Masacre de la cárcel Modelo” (22/VIII/36) junto a Fernando Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda.

Alcalá Zamora, Niceto (1877-1949) ministro durante el reinado de Alfonso XIII fue nombrado presidente del gobierno provisional al instaurarse la II República. Posteriormente ocupó la presidencia de la República Española entre 1931 y 1936.

Álvarez de Estrada y Luque, Luis (barón de Las Torres; 1894-1977).

Traductor por parte española de la entrevista Franco-Hitler en Hendaya. El traductor por parte alemana fue Groos, un empresario berlinés que había aprendido un cuestionable español en Sudamérica. Paul-Otto Schmidt, el intérprete oficial de Hitler, no sabía español y permaneció en el andén.

Amérika. Nombre del tren donde tuvo lugar el encuentro entre Hitler y Franco en Hendaya el 23 de octubre de 1940. Fue el propio Hitler quien ordenó la construcción del Führersonderzug (tren especial del Führer) realizado por la Deutsche Reichsbahn en 1939. Sus dos locomotoras podían arrastrar hasta 430

metros de vagones, cada uno de ellos de 60 toneladas; el peso total del tren era de 1.200 toneladas y alcanzaba la impresionante velocidad, en esos momentos, de 120 km. por hora. Estaba equipado con la última tecnología y sistemas defensivos, además de aire acondicionado y

bañera de oro. También disponía de todo tipo de servicios, como peluquería y salas de aseo. El nombre de América se debió a que en América había tenido lugar una conquista como la que Hitler anhelaba. Tras la entrada de Estados Unidos en la guerra se le cambió el nombre, pasando a llamarse Brandenburg. Cuando la derrota alemana resultaba inevitable, los propios nazis incendiaron y bombardearon el vagón privado de Hitler para evitar que cayera en manos enemigas. El resto fue remodelado y utilizado hasta la década de los 70. Actualmente algunos de sus vagones permanecen en distintos museos alemanes. Además de Franco, Hitler también se reunió en el América con Pétain y Mussolini.

Arana Goiri, Sabino (1865-1903). Fundador del Euzko Alkartasuna-Partido Nacionalista Vasco (EAJ-PNV) en 1895. En septiembre de 1898 fue elegido diputado provincial por Vizcaya.

Areilza y Martínez de Rodas, José María de (1909-1998). Junto a Manuel Fraga y Adolfo Suárez formó parte de la terna para presidir el gobierno que debía devolver la democracia a España una vez muerto Francisco Franco y dimitido Arias Navarro (1/7/1976). Areilza parecería ser el más apropiado,

pero el rey Juan Carlos I escogió a un desconocido Adolfo Suárez.

Asquith, Elizabeth (1897-1945; Bibesco de casada). Hija de Herbert H.

Asquith, primer ministro liberal/laborista británico entre 1908-1916, y esposa del príncipe rumano Antoine Bibesco, embajador de su país en España entre 1927-1931. El telegrama con el texto: “Je pensé à toi. Love”

(“Pienso en ti. Amor”) está fechado el 29/2/1936. Estuvo relacionada con el literario grupo de Bloomsbury. Su novela The Romantic (1940) está dedicada a José Antonio Primo de Rivera: “A José Antonio Primo de Rivera. Te prometí un libro antes de que empezara. Es tuyo ahora que está terminado. Los que amamos mueren para nosotros solo cuando morimos

... .»

Aznar Gerner, Agustín (1911-1984). Falangista, médico de profesión, que organizó distintos intentos de liberar a Primo de Rivera de la Prisión Provincial de Alicante. Fue voluntario en la División Azul durante la II Guerra Mundial. Fue miembro del Consejo nacional de FET y de las JONS

y procurador en las cortes franquistas. Estuvo prometido con Dolores Primo de Rivera, prima de José Antonio Primo de Rivera. (Desambiguación: no existe ningún tipo de parentesco con José María Aznar López, presidente del Gobierno Español 1996-2004).

Bascuñana Estudillo, Juan (1888-¿???) De profesión zapatero era el alcalde en la pedanía de Casas Viejas durante los sucesos de enero de 1933.

Pertenecía al ala conservadora del partido radical y fue cesado de su puesto tras los luctuosos acontecimientos.

Bassas Figa, Roberto (1889-1939). Amigo personal de José Antonio Primo de Rivera y fundador de Falange Española en Cataluña. Su actividad política se inició en el catalanista grupo de izquierdas, La Opinión. Al comenzar la guerra se refugió y escondió en casa de una hermana hasta ser delatado. Formó parte de los fusilados el 30 de enero de 1939 en el santuario

de Santa María de Collell. La actual carrer Sabino Arana de Barcelona llevó anteriormente su nombre.

Batallón Sagrado de Tebas: Unidad de élite del ejército tebano en el siglo IV

a.c. formada por 150 parejas de amantes todos hombres.

Bernhardt, Johannes Eberhard Franz (1897-1980). Empresario alemán promotor de la ayuda armamentística alemana a las fuerzas nacionales durante la Guerra Civil. En 1938 fundó SOFINDUS (Sociedad Financiera e Industrial), un conglomerado de empresas tapadera que actuó de intermediaria en la venta de wolframio a la Alemania nazi. Sus servicios fueron recompensados con la concesión del honorífico grado de general de las SS. Fue uno de los 104 agentes nazis reclamados por los aliados al gobierno español tras la conclusión de la guerra, pero Franco le había concedido nacionalidad española en 1946 y nunca fue deportado. En 1956

emigró a Argentina volviendo a iniciar actividades comerciales; murió en Berlín en 1980.

Bormann, Martin (1900-1945). Secretario personal de Adolf Hitler y Jefe del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán. Al no encontrarse su cuerpo fue juzgado in absentia en los juicios de Núremberg. En 1972 se confirmó que se había suicidado, probablemente el 8 de mayo de 1945.

Bravo Martínez, Francisco (1901-1968), Llegó a ser alcalde de Salamanca y también procurados en las Cortes Franquistas.

Bulart Ferrandis, José María (1900-1981). Desde 1936 y durante 39 años capellán personal de Francisco Franco.

Cabanellas Ferrer, Miguel (1872-1938). General del Ejército español y uno de los cabecillas del golpe de Estado de 1936. José Sanjurjo estaba destinado a presidir el Directorio Militar que dirigiría el levantamiento, pero tras su accidental muerte el 20 de julio se acordó formar la Junta de Defensa Nacional. Siendo Cabanellas el general de división más antiguo se decidió que fuera él quien la presidiera según acta del 24 de julio. Tras el deficiente funcionamiento de la Junta se acordó en Salamanca, el 21 de septiembre de 1936, establecer un mando único, que recayó en Francisco Franco, con el título de Generalísimo, y la abstención (oposición) de Cabanellas que manifestaría ante tal decisión: “Ustedes no saben lo que han hecho porque no le conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en el ejército de África, como jefe de una de las unidades de la columna a mi mando... Si ustedes le dan España, va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la guerra o después de ella, hasta su muerte”. Francisco Franco lo apartó del mando de tropas con el nombramiento de Inspector General del Ejército Carrero Blanco, Luis (1904-1973).

Marino de profesión. Fue subsecretario de Presidencia, puesto clave desde donde llegó a convertirse en la mano derecha de Francisco Franco. Jefe del Gobierno entre el 9 de junio y el 20 de diciembre de 1973. Ese día fue asesinado por la organización terrorista ETA en un atentado conocido como “Operación Ogro”.

CEDA (véase Confederación Española de Derechas Autónomas).

Centuria catalana de Falange Española “Virgen de Montserrat”. Tenía aproximadamente 90 hombres siendo su jefe el comandante de infantería don Valentín Arroyo Jalón. Posteriormente la Centuria se unió a la 1

Bandera de Castilla – Burgos dentro de la 62 División. (Desambiguación: no confundir con el Tercio requeté del mismo nombre).

CNT (véase Confederación Nacional del Trabajo).

Comunión Tradicionalista. Partido político heredero de los seguidores del Infante Carlos María Isidro de Borbón, aspirante al trono tras la muerte de Fernando VII el 29 de septiembre de 1833, que dio lugar a las Guerras Carlistas. También tuvo los nombres de Partido Tradicionalista; Partido Carlista; Comunión Católico-Monárquica; Partido Jaimista; Comunión Legitimista. En 1930 Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este le dio la denominación de Comunión Tradicionalista Carlista, siendo conocidos sus miembros como “Carlistas” o “Requetés”. El Decreto de Unificación integró carlistas y falangistas en la nueva Falange Española Tradicionalista y de las JONS, contra el deseo de numerosos carlistas. Apoyaban sin reservas a los generales Sanjurjo y Mola, la accidental muerte de ambos supuso un revés para los carlistas. Durante el tardofranquismo insignes carlistas se opusieron a Francisco Franco a finales de 1960 se crearon los ilegales Grupos de Acción Carlista, algunos de cuyos miembros fueron sometidos a Consejo de Guerra; en 1971 entraron a formar parte de la antifranquista Asamblea de Cataluña; en 1974, reconvertidos en Partido Carlista tras los Congresos del Pueblo Carlista (Arbone, Francia; 1970, 1972) formaron parte de la Junta

Democrática de España; en 1975 participó en la fundación de Plataforma de Convergencia Democrática (en la que también estaba el PSOE). Centros como el “Círculo Cultural Vázquez de Mella” y la “Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes de los Tercios de Requetés” fueron clausurados en Madrid; también fue suspendida su publicación Montejurra. Durante la Transición las desavenencias entre los hermanos Carlos Hugo de Borbón y Parma, y Sixto Enrique de Borbón y Parma, dieron lugar a los luctuosos sucesos de Montejurra en 1976. Su actual Secretario General Federal (2020) es Jesús María Aragón Samames. No se han encontrado datos sobre el Partido Carlistas en las elecciones generales de noviembre de 2011; en anteriores comicios su porcentaje de voto estaba en torno al 0,01%.

Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Unión de partidos de derechas y católicos durante la II República. Aglutinó a una veintena de partidos provinciales y fue liderada por José María Gil-Robles para quien el propósito de la CEDA era “dar a España una verdadera unidad, un nuevo espíritu, una política totalitaria”.

Confederación Nacional del Trabajo (CNT) Fundado en 1910 fue en origen una confederación de sindicatos de ideología anarcosindicalista. Sus inicios se encuentran en la Federación Regional Española (Fundada en el Consejo Obrero de Barcelona de 1880) reconvertida en la Federación de Trabajadores de la Región Española (FETRE, fundada en 1881); y finalmente -tras el fracaso de la huelga general de 1902 reclamando la jornada de 8 horas y el derecho a la huelga- Solidaridad Obrera (fundada en 1907 y en realidad la primera organización sindical propiamente dicha). Pasó a denominarse Confederación Nacional del Trabajo tras el Congreso de Barcelona de 1910 en

el Palacio de Bellas Artes de Barcelona –ya desaparecido-, cuando se aprobó la ampliación de Solidaridad Obrera de sindicato regional a nacional, asunto delicado, pues ya existía la Unión General de los Trabajadores (UGT) de ámbito nacional. En 1922 la CNT fue miembro fundador de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT).

Cruz Gutiérrez, Francisco (1974-1933). Conocido como Paco el Seisdedos tuvo un papel protagonista en los sucesos de Casas Viejas en 1933. Suya era la choza donde se refugiaron los anarquistas sublevados que fue primero atacada y posteriormente incendiada por los Guardias de Asalto causando 15 víctimas mortales.

Daudet, Léon (1867-1942). Periodista y político monárquico francés. Fue cofundador y director del periódico ultranacionalista L'Action Française y afiliado a la Liga Antisemita Francesa y la Liga de la Patria Francesa.

Apoyó al Gobierno de Vichy liderado por el mariscal Pétain.

Dávila Arrondo, Fidel (1878-1962). Militar falangista miembro de la Junta de Defensa Nacional. Combatió en las guerras Hispano-Norteamericana y del Rif. Fue nombrado jefe del Ejército del Norte tras la muerte de Emilio Mola comandando a los sublevados en la toma de Bilbao, la batalla del Ebro, y las ofensivas de Aragón y Cataluña.

Decreto de Unificación. Firmado por Francisco Franco el 20 de abril de 1937 uniendo la Falange Española y de las JONS con Comunión Tradicionalista en un nuevo partido llamado Falange Española Tradicionalista y de las JONS (FET de las JONS). El resto de partidos fueron suprimidos. En diciembre de 1939 algunos falangistas descontentos con el “Decreto de Unificación” se agruparon clandestinamente en torno a lo que denominaron Falange Española Auténtica (FEA) o Falange Auténtica; su líder fue el teniente coronel Emilio Rodríguez Tarduchy. La relación entre falangistas y carlistas nunca fue buena, sirva como ejemplo un panfleto distribuido por Sevilla poco antes de la promulgación del Decreto de Unificación: “Falange con el Ejército. ¡Con los Carlistas Nunca!

Falange es un estilo Nuevo. ¡Camaradas! Arriba España una libre de los Carlistas”. Tampoco el Decreto de Unificación fue aplaudido por los carlistas de forma unánime. En su anual celebración cada 10 de marzo de la

“Fiesta de los mártires de la Tradición” –al estilo del “Día de los Caídos de Falange- en honor de “los mártires que desde principio del siglo XIX han perecido a la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey”, hubo dos manifestaciones: la oficial incorporada al “Calendario de efemérides nacionales”, y la celebrada aparte por descontentos carlistas de viejo cuño.

Deutschland. Crucero pesado alemán –junto al Graf Spee y el Admiral Scheer fueron conocidos por los británicos como “acorazados de bolsillo”-. Desde el 23

de julio de 1936 realizó patrullas de no intervención frente a las costas españolas de la zona republicana. Su objetivo real fue evacuar refugiados, realizar labores de inteligencia para los sublevados, y proteger barcos alemanes que transportaban suministros para estos. En junio de 1937 fue atacado por dos Katiuskas estando en Ibiza, según el gobierno republicano por error, originando lo que se conoció como “El incidente del Deutschland”.

Díaz Gómara, Miguel de los Santos (1885-1949). Obispo de la diócesis de Cartagena entre 1935 y 1949 y administrador apostólico de Barcelona (1939-1942). Anteriormente fue obispo de Osma (1924-1935). Siendo Cartagena parte de la España republicana al iniciarse la Guerra Civil se

exilió en Italia. Fue el fundador del Secretariado Diocesano de Ejercicios Espirituales.

Durruti Dumange, José Buenaventura (1896-1936). Líder anarquista que comandó la “Columna Durruti”. Murió el 20 de noviembre de 1936, a causa de las heridas producidas por una bala de dudosa procedencia disparada el día anterior en la calle Isaac Peral de Madrid.

El Fascio: Haz Hispano. Se publicó un único número el 16 de marzo de 1933, siendo posteriormente incautado por el gobierno de la república. Su director fue Manuel Delgado Barreto y también incluyó colaboraciones de Ramiro Ledesma y Rafael Sánchez Matas. Primo de Rivera firmó su colaboración con E. Comenzaba el artículo, “El Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en su destino propio, ni siquiera en sí mismo. El Estado liberal permite que todo se ponga en duda, incluso la conveniencia de que él mismo exista.”; y finalizaba, “La edificación de una nueva política... es la tarea que ha asignado la Historia a la generación de nuestro tiempo.” La primera publicación de contenido fascista fue La camisa negra (1922).

Enjuto Ferrán, Federico (1884-¿?). Juez especial en el sumario instruido contra Primo de Rivera en marzo de 1936.

Espinosa de los Monteros, Eugenio (1880-1954). Controvertido embajador español en la Alemania de Hitler entre 1940/41. Debido a su cargo formó parte de la delegación española en el encuentro mantenido entre Hitler y Franco en Hendaya, si bien no participó directamente en la reunión de los mandatarios. La brevedad de su nombramiento fue debida a las desavenencias con Ramón Serrano Suñer.

FAI (véase Federación Anarquista Ibérica).

Falange Española (FE). Partido Político surgido a raíz de MES-FE. El nombre fue propuesto por Alfonso García-Valdecasas mediando en la disputa entre Primo de Rivera y Ruiz de Alda sobre el término Fascismo –que rechazaba el primero y defendía el segundo-. Las siglas FE eran las de Fascismo Español, pero correspondían a Falange Española, evocando las Falanges Macedonias que conquistaron el mundo en época de Alejandro Magno. Se unió a las JONS, formando FE de las JONS, el 15 de febrero de 1934 en un “Acto de Afirmación Española” celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid.

Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET de las JONS). Fundadas por Francisco Franco el 20 de abril mediante el Decreto de Unificación. Formaba la columna vertebral de lo que vino en denominarse Movimiento Nacional, ocupando Francisco Franco la Jefatura Nacional del Movimiento cuyo órgano supremo era el Consejo Nacional del Movimiento. La palabra “Movimiento” era una eufemística forma de denominar la palabra “Partido” que se quería evitar. Destacados falangistas y carlistas se opusieron a tal unión sin éxito. Supuso la caída en desgracia del líder falangista Manuel Hedilla.

Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE de las JONS). Partido resultante de la unión de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) de Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma y la Falange Española de Primo de Rivera el 15 de febrero de 1934 –el acto fundacional tuvo lugar en el Teatro Calderón de Valladolid el 4 de marzo de 1934-. Fue ilegalizada como partido político por el gobierno republicano el 14 de marzo de 1936 con la detención de su presidente Primo de Rivera. De ideología

nacional sindicalista, similar al modelo fascista italiano, incorporó elementos del catolicismo y se opuso a los separatistas en pro de la unidad de España. Defendía el sindicalismo como columna vertebradora de la sociedad. A diferencia del fascismo italiano no aspiraba a un “Estado Nuevo”; a diferencia del nazismo alemán no propugnaba un “Hombre Nuevo”; a menos que surgieran de forma natural como fruto del nacionalismo católico. Hasta el inicio de la Guerra Civil fue un partido político minoritario; en las elecciones de febrero de 1936 obtuvieron 6.800 votos totales (0,07%; el Frente Popular obtuvo 4.451.300 votos, el 47,03%); algunos historiadores cifran en 300.000 el número de afiliados a finales de 1936. El “Decreto de Unificación” representó el fin de FE de las JONS como partido (que pasó a llamarse FET de las JONS). En octubre de 1976 volvió a inscribirse con el nombre de FE de las JONS en el Registro de Partidos Políticos con Raimundo Fernández-Cuesta como presidente. Actualmente (2020) el Jefe Nacional de FE de las JONS es Norberto Pico Sanabria. En las elecciones generales de noviembre de 2019 FE de las JONS obtuvo 608 votos.

Federación Anarquista Ibérica (FAI). Creada en Valencia en 1927 uniendo la portuguesa União Anarquista Portuguesa, la española Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España, y la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de Lengua Española en el Exilio.

Federación Universitaria Escolar (FUE). Asociación estudiantil fundada en 1926 sin un claro ideario político más allá de los principios republicanos y oponerse a la conservadora Asociación de Estudiantes Católicos (AEC). Tuvo una corta existencia y sus acciones más relevantes fueron contra la dictadura de Primo de Rivera y posteriormente la monarquía de Alfonso XIII. También

se opusieron a la Ley Callejo que asimilaba el sistema universitario público al modelo de educación en las universidades privadas de jesuitas y agustinos.

Fernández Artal, Gregorio (1906-¿1936?). Teniente de los Guardias de Asalto que restauró el orden durante los disturbios de Casas Viejas. En sus declaraciones responsabilizó al capitán Manuel Rojas –que lo sustituyó en el mando- de los acontecimientos más luctuosos. Fernández Artal desapareció misteriosamente en septiembre de 1936.

FET de las JONS (véase Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista).

Franco Bahamonde, Francisco (1892-1975). Militar español que se sublevó contra el legítimo gobierno de la II República en julio de 1936 dando origen a la Guerra Civil española (1936-1939) en la que murieron unas 500.000

personas. Tras cursar estudios en la academia militar de Toledo, inició su carrera en el Regimiento de Fuerzas Regulares Indígenas en África. En 1916 fue gravemente herido en la batalla de El Biutz. Tras ser ascendido a comandante es destinado a Oviedo, donde conocerá a su futura esposa Carmen Polo. Volvió a ser destinado a África acompañando a Millán Astray para crear el cuerpo de legionarios. En el Desastre de Annual (1921) fue su bandera la encargada de liberar Melilla, lo que le confirió un gran prestigio popular y entre sus camaradas. Tras la victoria de la CEDA en 1933 fue ascendido a General de División, en esos momentos último peldaño del escalafón militar. Comandó las fuerzas que terminaron a sangre y fuego con la Revolución de Asturias (1934), siendo galardonado con la Gran Cruz del Mérito Militar; ese mismo año entró a formar parte del Entente Internacional Anticomunista. Capitaneó las tropas que se sublevaron en África contra el gobierno republicano el 17 de julio de 1936. La muerte accidental de los generales Sanjurjo y Mola y la posterior disolución de la Junta de Defensa Nacional liderada por el general Cabanellas le confirieron el título de Generalísimo, máximo rango militar y por tanto poder absoluto sobre el ejército sublevado. Tras finalizar la guerra en 1939 ocupó la jefatura del estado hasta su muerte el 20 de noviembre de 1975.

Franco Bahamonde, Francisco. Carta a la familia de Primo de Rivera para trasladar sus restos del Monasterio del Escorial a Cuelgamuros: “En aquel santuario, levantado en memoria de los gloriosos caídos de nuestra Cruzada, entiendo deberían ocupar el lugar más destacado los restos de vuestro hermano, nuestro inolvidable José Antonio. Así representaría, para el presente y el futuro, la capitanía entrañable de la legión de caídos en la Cruzada que, simbólicamente, alberguen los muros de aquella basílica”.

Fechada el 7 de marzo de 1959; el traslado no podía llevarse a cabo sin el permiso de la familia.

FUE (véase Federación Universitaria Escolar).

García García, Raimundo (1884-1962). Director del Diario de Navarra entre 1912 y su muerte en 1962 donde firmaba con el pseudónimo “Garcilaso”.

Medió en las negociaciones entre el General Mola y los carlistas navarros para que estos participaran en el golpe de estado. Fue miembro del Consejo Nacional del Movimiento.

García Oliver, Juan (1901-1980). Ministro de Justicia perteneciente a la FAI en el Segundo Gobierno (4/11/36-16/5/37) de Largo Caballero.

Gil Tirado, Vidal Facundo (1879-1939). Fiscal en el juicio contra José Antonio Primo de Rivera. Afín a la II República fue nombrado gobernador en Badajoz y Santa Cruz de Tenerife. Posteriormente, en 1935, fue nombrado teniente fiscal en Alicante, siendo ascendido a jefe de la Audiencia Provincial de esa provincia en 1936.

Giral Pereira, José (1879-1962). Presidente del Consejo de Ministros republicano tras el estallido de la guerra.

GPU. Hasta 1922 OGPU -Ob'yediniénnoye Gosudárstvennoye Politícheskoye Upravléníye; Directorio Político Unificado del Estado-, herederos de la EKA zarista) y las NKVD (Naródný Komissariat Vnútrennij Del; Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos). La colaboración entre ambas organizaciones era muy fluida, especialmente en sus funciones de policía secreta, aunque, al parecer, algunos miembros de la NKVD –también algunos de la GPU- se dedicaban a trabajos de todo tipo, desde seguridad de fronteras hasta prisiones o tráfico, pasando por control de incendios. Eventualmente miembros de la GPU

se integraron en el NKVD, antecesor de la KGB (Komitet Gosudárstvennoy Bezopásnosti; Comité para la Seguridad del Estado) creada en 1954 y activa

hasta 1991). Stalin contó con estas dos organizaciones (GPU y NKVD) de igual forma que Hitler con las SA (SturmAbteilung; Sección de Asalto-) y las SS

(SchutzStaffel; Escuadras de Protección), hasta que los “camisas pardas” fueron en cierto modo integradas y/o sometidas a las SS en 1934, como pilares de seguridad e información del estado.

Gomá y Tomás, Isidro (1869-1940). Cardenal primado de España durante la Guerra Civil.

Hedilla Larrey, Francisco Manuel (1902-1970). Segundo jefe nacional de FE

de las JONS y sucesor de Primo de Rivera. Ingresó en Falange Española en 1934 y fue designado jefe local de Renedo de Piélagos. En 1935 Primo de Rivera en persona lo nombró Jefe Provincial de Falange en Santander. Al haber sufrido Falange numerosas detenciones de sus jefes fue nombrado Inspector Nacional de Falange. Mantenía una estrecha amistad con el general Mola, con quien colaboró en el golpe de estado. El 2 de septiembre de 1936 fue elegido en Valladolid para presidir la “Junta de Mandos Provisionales de la Falange Española de las JONS” hasta la liberación de Primo de Rivera. Tras los “Sucesos de Salamanca” Francisco Franco propuso a Hedilla liderar FET de las JONS mediante decreto de 25 de abril

–el Decreto de Unificación se fecha el 19 de abril-. Al rechazar el nombramiento –suponía la desaparición de la Falange concebida por José Antonio- es detenido ese mismo día acusado de “conspiración contra Franco”. Fue condenado a cadena perpetua y pena de

muerte en sendos Consejos de Guerra. Francisco Franco conmutó la pena de muerte por consejo de Serrano Suñer y Von Faupel además de Pilar Primo de Rivera –

años más tarde manifestó que debía “haber fusilado a Hedilla en su momento”-. Fue puesto en libertad en 1947 sin volver a integrarse en Falange ni ocupar cargo político alguno; se le adjudicó una Administración de Lotería. En 1966 se unió al grupúsculo de Narciso Perales Frente Sindicalista Revolucionario y en 1968 creó el Frente Nacional de Alianza Libre (FNAL) que tampoco tuvo trascendencia. Murió en Madrid el 4 de febrero de 1970. Durante su mandato al frente de Falange mantuvo excelentes relaciones con el embajador alemán Wilhem von Faupel, no así con el embajador Italiano Roberto Cantalupo.

Entrevista de Hendaya. El 23 de octubre de 1940 tuvo lugar en la ciudad francesa de Hendaya una entrevista entre Adolf Hitler y Francisco Franco para estudiar la hipotética unión de España al Eje Alemania-Italia-Japón.

Además de los mandatarios participaron los ministros de asuntos exteriores de las dos naciones Joachim von Ribbentrop y Ramón Serrano Suñer.

Aunque históricamente se ha considerado esta reunión un fracaso algunos historiadores defienden que no fue así, pues el Protocolo Secreto firmado por ambos comprometía en cierta forma a España a entrar en la II Guerra Mundial de manera oficial, algo que hubiera ocurrido si Hitler hubiera presionado lo más mínimo. Si no lo hizo –de acuerdo a estos historiadores-fue debido a que España, en sus condiciones de posguerra, podía resultar más incordio que ayuda. Fruto de esta reunión fue el envío de los voluntarios –es decir no se trataba de tropa oficial- de la División Azul.

Francisco Franco también se reunió con Benito Mussolini poco más tarde, el 12 de febrero de 1941 en Bordighera (Italia).

Iglesias Portal, Eduardo (1884-1969) mediático juez que presidió del tribunal que condenó a José Antonio Primo de Rivera. Anteriormente había instruido diligencias tras el intento de golpe de estado del General Sanjurjo

-deteniendo a Primo de Rivera y obligando a Lerroux a prestar declaración-y del asesinato de José Calvo Sotelo.

Ivona (¿?-¿?). Espía republicana perteneciente a una familia de la burguesía catalana. El 28 de marzo de 1939 embarcó junto a otros 2637 republicanos en el Stanbrook, un carbonero británico atracado en Alicante para cargar naranjas y azafrán, como esposa de un ingeniero de ferrocarril madrileño utilizando el nombre de Juanita González Vilanova; se le asignó el número 2.278. Tras sortear los ataques del Canarias, un crucero pesado de la armada nacional, desembarcó en Argelia, bajo dominio francés, donde el barco estuvo retenido todo un mes. De allí logró llegar a Francia y posteriormente a Rusia donde se le perdió la pista definitivamente.

JONS (véase Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista).

Junta de Defensa Nacional. Formada tras la accidental muerte del general Sanjurjo. Se

constituyó el 28 de julio de 1936 tuvo su sede en Burgos y ocupó la presidencia el general de división Miguel Cabanellas Ferrer (1872-1938), asumiendo “Todos los poderes del Estado” para coordinar las acciones bélicas de los militares sublevados. Tras su disolución el 30 de septiembre de 1936 –Decreto nº138- Francisco Franco fue oficialmente nombrado “Jefe del Gobierno del Estado y Generalísimo de los Ejércitos”.

Fueron miembros de la Junta, además de Cabanellas en la presidencia, los siguientes vocales: general de división Andrés Saliquet Zumeta; general de brigada Miguel Ponte y Manso de Zúñiga; general de brigada Emilio Mola Vidal; general de brigada Fidel Dávila Arrondo; coronel de Estado Mayor Federico Montaner Canet; coronel de Estado Mayor Fernando Moreno Calderón; capitán de navío Francisco Moreno Fernández (30 de julio de 1936); general de división Francisco Franco Bahamonde (4 de agosto de 1936); general de división Germán Gil y Yuste (18 de agosto de 1936); general de división Gonzalo Queipo de Llano y Sierra (19 de septiembre de 1936); general de brigada Luis Orgaz Yoldi (19 de septiembre de 1936).

Juntas Castellanas de Actuación Hispánica (JCAH). Fundadas por Onésimo

Redondo en Valladolid el 9 de agosto de 1931. Su ámbito de actuación se

limitaba a Valladolid y provincias limítrofes. Tuvo una corta vida al integrarse

en el mes de octubre en las JONS. Su órgano propagandístico era Libertad

que tuvo una larga vida entre 1931 y 1979.

Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) Fundadas el 10 de octubre de 1931, a partir de la unión del grupo liderado por Ramiro Ledesma Ramos y las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, grupo fundado por Onésimo Redondo Ortega. Se unieron a Falange Española el 15 de febrero de 1934 formado Falange Española y de las JONS.

Juventudes de Acción Popular. Fundadas en 1932 originalmente con el

nombre de Juventudes de Acción Nacional –como rama juvenil del partido

Acción Nacional- cambiaron su nombre cuando el partido al que pertenecían

pasó a denominarse Acción Popular en 1933, presididas por José María

Valiente Serrano. De tendencia ultraderechista declararon “la guerra sin

cuartel al marxismo...y a la masonería” tal como se aprobó en su quinta

asamblea (1935, punto 4). El color de su camisa motivó que sus miembros

fuera conocidos como “camisas verdes”.

Kindelán Duany, Alfredo (1879-1962). Militar Alfonsino. Apoyó el nombramiento de Francisco Franco como Generalísimo del mando único tras la disolución de la Junta de

Defensa Nacional convencido de que así se reinstauraría la monarquía tras la guerra. Fue nombrado Jefe del Ejército del Aire.

Kursk. Carguero soviético que desembarcó material de guerra en Alicante a finales de 1936. El primer carguero soviético en llegar a la España republicana fue el Neva con 2.000 toneladas de alimento; posteriormente el Komsomoi con material bélico desembarcado en Cartagena, y el Kursk, también con material bélico, en Alicante. (Desambiguación: Kursk era también el nombre del submarino soviético k-141 que naufragó el 12/07/2000 en el que murieron sus 118 tripulantes).

La Conquista del Estado. Semanario fundado por Ramiro Ledesma. Se publicaron 23 números entre el 14/3/1931 y el 24/10/1931. Pretendía ser el referente teórico del fascismo español.

Largo Caballero, Francisco (1869-1946). Dirigente del Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores. Durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera se mostró favorable a la colaboración del PSOE

con el gobierno oficial enfrentándose a Indalecio Prieto. Durante la II República fue ministro de Trabajo (1931-1933) durante su primer bienio,

y presidente del Consejo de Ministros (1936–1937). Fue hecho prisionero por los nazis en Francia e interrogado y torturado tanto por las SS como la Gestapo, siendo finalmente internado en el campo de concentración de Sachsenhausen. Murió en París.

Largo Caballero, Francisco (hijo; 1914-2001). Cumplía el servicio militar en la unidad de Transmisiones del Regimiento de El Pardo cuando estalló la guerra. El regimiento era afín a los sublevados, llegando incluso a planear atentar contra la vida de Manuel Azaña. Al quedar Madrid en manos de los republicanos el regimiento se replegó hasta Segovia, en el bando nacional, y lo trasladaron hasta Sevilla encargando su custodia a Gonzalo Queipo de Llano. Las revistas Estampa y Ahora, ambas republicanas, aseguraron en su edición del 21 de noviembre, que “El hijo del Jefe del Gobierno ha sido cobardemente inmolado por los asesinos fascistas” tal como encabezó la información Ahora. En realidad, Largo Caballero hijo, continuó preso hasta 1943, siendo confinado en Monforte de Lemos. Finalmente se exilió en Méjico en 1948, donde vivió hasta su muerte.

Ledesma Ramos, Ramiro (1905-1936). Persona clave en la articulación intelectual del fascismo español a través de su semanario La conquista del Estado (marzo/octubre de 1931). Se alió con Onésimo Redondo en 1931

para fundar las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS); fusionándose posteriormente en 1934 con la Falange Española (FE) de José Antonio Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda dando lugar a Falange Española de las JONS (FE de las JONS). Enfrentado con Primo de Rivera, fue expulsado de la organización en 1935. Estaba en Madrid al inicio de la Guerra Civil siendo detenido y encarcelado en la Prisión de Ventas, siendo finalmente ejecutado por milicianos en una saca de presos.

Lerroux García, Alejandro (1864-1949). Fundador y líder del Partido Republicano Radical (PRR). Fue Presidente del Consejo de Ministro en varias ocasiones durante la II República.

Locke, John (1632-1704). Filósofo empírico inglés padre del “Liberalismo Clásico”. Ejerció una poderosa influencia en Voltaire y Rousseau –El Contrato Social-. En Dos tratados sobre el gobierno civil (1689, anónimo por temor a las represalias) se proponía por primera vez la división del Estado en el Poder legislativo, ejecutivo y Federativo (judicial). También defendía que sin propiedad privada no hay libertades individuales ni democracia.

López Sánchez, Juan (1900-1972). Ministro de Comercio en el segundo gobierno de Largo Caballero (4/11/36-16/5/37); nacido en la población murciana de Bullas.

Macià i Llussà, Francesc (1859-1933). Fundador de los partidos Estat Català y Esquerra Republicana de Catalunya. Llegó a ser presidente de la Generalitat en 1931 y ocupó el cargo hasta su muerte, causada por una apendicitis, en 1933.

Magaz y Pers, Antonio (1864-1953). Comisionado por la Junta de Defensa Nacional de Burgos como embajador ante la Santa Sede. Se hizo con el control de la embajada española el 30 de septiembre de 1936 ante el aislamiento a que se vio sometido el titular republicano Luis de Zulueta. El Vaticano nunca llegó a reconocerlo como embajador; sí a su sucesor, Pedro de Churrua y Dotes.

Maistre, Joseph-Marie de, (1753-1821). Conde de Maistre, teórico político de ideas contrarrevolucionarias opuesto la Revolución Francesa y los postulados de la Ilustración tardía.

Maura y Montaner, Antonio (1853-1925) Presidente del Consejo de Ministros durante el reinado de Alfonso XIII. En cierta forma responsable

de la división en el Partido Conservador entre “idóneos” y “mauristas”.

MES (véase Movimiento Español Sindicalista).

MES-FE (véase Movimiento Español Sindicalista).

Montes Domínguez, Eugenio (1900-1982). Se reunió en París con miembros del Frente Nacional para negociar la propuesta para intercambiar a Primo de Rivera por el hijo del Presidente Largo Caballero. También se entrevistó con José Ortega y Gasset con el mismo propósito. Acompañó a Primo de Rivera durante su viaje a Berlín en 1934 y posteriormente a Roma en 1935.

El canje nunca llegó a ser efectivo por la oposición de los ministros republicanos.

Moscardó Ituarte, José (1878-1956), acudió al encuentro entre Hitler y Franco en Hendaya en calidad de Jefe de la Casa Militar del Caudillo; no participó en las conversaciones oficiales. Mandó la defensa del Alcázar de Toledo entre julio y septiembre de 1936.

Movimiento Español Sindicalista (MES). Nacido en la primavera de 1933 fue

la semilla de la futura Falange Española. Pasó a denominarse MES-FE (Movimiento Español Sindicalista-Fascismo Español) tras el “Pacto del Escorial” firmado por Primo de Rivera con sectores monárquicos. Posteriormente se reconvirtió en Falange Española en el Teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1933. Sus fundadores fueron, además de Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda (1897-1936), Rafael Sánchez Mazas (1894-1966), Dionisio Ridruejo (1812-1975), y Alfonso García-Valdecasas (1904-1993); siendo también considerados fundadores de Falange Española.

Naranjero. Su referencia era MP 28 II. Popular subfusil utilizado por los milicianos del Frente Popular siguiendo el modelo del alemán Schmeisser MP28. Al parecer, el nombre “naranjero” tenía que ver con el hecho de que eran fabricados en Valencia.

Negrín López, Juan (1892-1956). Médico de profesión. Fue Presidente del Gobierno de la II República 1937 y 1945, ya en el exilio.

Nin Pérez, Andrés (1892-1937). Vivió la Revolución Rusa en primera persona. Tras regresar a España fundó el pequeño pero activo POUM. Fue detenido tras las “Jornadas de mayo” –también conocidos como “Sucesos de Mayo” (3-8 de mayo de 1937) en el que trotskistas y anarquistas se enfrentaron al Gobierno de la Generalitat en Cataluña-. Murió en extrañas circunstancias estando en manos del NKVD (véase GPU) soviético (¿Alcalá de Henares, 22 de junio?); su cadáver nunca apareció. Tradujo al catalán Ana Karénina; Crimen y Castigo y alguna obra teatral de Antón Chéjov.

NKVD. (véase GPU).

OGPU. (véase GPU)

Orgaz Yoldi, Luis (1881-1946). Desterrado por Manuel Azaña a Canarias.

Fue miembro de la Junta de Defensa Nacional y quien propuso el título de Generalísimo para Francisco Franco cuando asumió el mando único de las fuerzas sublevadas (Salamanca, 28/9/1936). Como Kindelán estaba convencido de que era el mejor camino para conseguir la restauración monárquica.

Orlov, Alexander Mijáilovich (1895-1973). En julio de 1936 fue enviado a España como miembro de la NKVD para ayudar al Ministerio del Interior de la II República. En junio del 1937, siendo jefe del GPU en España ordenó detener a los dirigentes del POUM, en algunos casos falsificando pruebas tal como han revelado documentos recientemente desclasificados. Al parecer Orlov estuvo detrás del secuestro, torturas, y asesinato del dirigente del POUM Andrés Nin. Quienes defienden la teoría del “Oro de Moscú”

nombran a Orlov como responsable de tal traslado y motivo por el que fue galardonado con la “Orden de Lenin”; en su declaración ante el Senado norteamericano repitió una frase del dirigente comunista: “Los españoles no verán más oro, del mismo modo que nadie puede ver sus orejas”. Desertó en 1938 temiendo ser purgado por Stalin como otros compañeros suyos.

Huyó a Canadá junto a su mujer y su hija con los 60.000\$ robados de la caja de operaciones del NKVD. Desde allí amenazó a las autoridades soviéticas con revelar cuanto sabía si él o alguien de su familia eran asesinados (también previno a Trotsky sobre los intentos de atentar contra su vida).

Posteriormente se asentó anónimamente en Estados Unidos sin que la CIA tuviera noticia de ello. Poco después de morir Stalin -1953- publicó *The Secret History of Stalin's Crimes* (La historia secreta de los crímenes de Stalin). Conocida su identidad compareció en dos ocasiones ante sub-comités del Senado estadounidense y la CIA le ayudó a encontrar un trabajo como investigador en la Escuela de Leyes de la Universidad de Michigan quedando encomendada su vigilancia al ex agente especial del FBI Ed Gazur. Murió en Cleveland el 25 de marzo de 1973.

Pacto de No Intervención: A instancias de Francia, un mes después de iniciarse la Guerra Civil Española, 27 naciones europeas firmaron el

“Acuerdo de no Intervención en España” intentando evitar “toda injerencia, directa o indirecta” en la guerra al tiempo que se prohibía expresamente el envío a España “de toda clase de armas, municiones y material de guerra”. Para certificar el seguimiento se creó, un mes después, el Comité de No Intervención –también conocido por Comité de Londres-.

Alemania, Italia, y Rusia formaban parte de los firmantes de forma que no existía impedimento alguno que impidiera su presencia en territorio, aguas, o espacio aéreo español. Los Estados Unidos trataron de evitar sin éxito el pacto por la fuerte presión de la Iglesia Católica. A la larga el Pacto de No Intervención resultó muy perjudicial para el gobierno republicano.

Partido Carlista (véase Comunión Tradicionalista).

Partido Comunista de España (PCE) Partido político formado el 14 de noviembre de 1921 por miembros del PSOE más proclives a la unión de la Internacional Comunista de Lenin que a la línea socialdemócrata que seguía el PSOE (brevemente se denominó PCOE, Partido Comunista Obrero Español). En 1933 organizó las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC), con entrenamiento militar. En abril de 1936 se unieron las Juventudes Socialistas y la Juventud Comunista formando la Juventud

Socialista Unificada (JSU) cuyo secretario general fue Santiago Carrillo; en julio de 1936 se creó el comunista Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) unificando el Partido Comunista de Cataluña, la Unió Socialista de Catalunya, el Partit Català Proletari, y la sección catalana del PSOE. Estos dos acontecimientos más la ayuda recibida del gobierno ruso de Stalin y la llegada de comunistas extranjeros que se integraron en las Brigadas Internacionales, convirtieron al PCE en protagonista durante la Guerra Civil Española. Fue legalizado el 9 de abril de 1979. En 1986 se integró en Izquierda Unida. Se presentaron a las elecciones de noviembre de 2019 en la coalición Unidos Podemos que obtuvo 3.097.185 votos, 12,84%. Su actual (2023) Secretario General es Enrique Fernando Santiago Romero.

Partido Nacionalista Español. Fundado por José María Albiñana Sanz (1883-1936) en 1930 con objeto de reinstaurar la monarquía de Alfonso XIII. Intentó ser el nexo entre Comunión Tradicionalista y Renovación Española. Al iniciarse la guerra, muerto su fundador, se integraron en Comunión Tradicionalista.

Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Fundado en 1935 por Andreu Nin y Juan Andrade Nin uniendo la Izquierda Comunista de España (ICE) y el Bloque Obrero y Campesino (BOC). Se autodefinía como marxista revolucionario de principios trotskistas en oposición al estalinismo. El partido sufrió importantes purgas durante la Guerra Civil y muchos de sus miembros, como el propio Andreu Nin, fueron torturados y muertos por agentes soviéticos. En las elecciones de 1977 se presentaron integrados en la coalición Frente por la Unidad de los Trabajadores (FUT) junto a la Liga Comunista Revolucionaria; Acción Comunista; y Organización de Izquierda Comunista,

obteniendo un pobre resultado electoral. Aunque no disuelto oficialmente no realiza actividades políticas reseñables.

Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Fundado por Pablo Iglesias Posse en 1879 como el partido de la clase obrera, socialista y marxista (en el congreso extraordinario de 1979 rechazó el marxismo como definición ideológica). Durante el primer bienio de la II República colaboró con Acción Republicana y el Partido Republicano Radical Socialista. En 1935 formó parte del Frente Popular que ganó las elecciones. Durante la Guerra Civil los socialistas Francisco Largo Caballero y Juan Negrín ocuparon la Presidencia del Gobierno. Durante el tardofranquismo sufrió una importante regeneración cuando en el Congreso de Suresnes (1974) Rodolfo Llopis cedió la Secretaría General a Felipe González. González ganó las elecciones generales de 1982 convirtiéndose en el primer socialista en ocupar la Presidencia del Gobierno Español tras la Guerra Civil. En las elecciones generales de noviembre de 2011 el PSOE obtuvo 6.752.983 votos, 28%, coaligándose con Unidas Podemos para formar gobierno. Actualmente (2023) su Secretario General Pedro Sánchez Pérez-Castejón es el Presidente del Gobierno Español.

Pasaván. Alias de Manuel Hedilla con anterioridad al inicio de la Guerra Civil.

PCE (véase Partido Comunista de España).

Peiró Belis, Juan (1887-1942). Ocupó el cargo de Secretario General de la CNT (1927-1929) y fue Ministro de Industria en el segundo gobierno (4/11/36-16/5/37) de Largo Caballero.

Pérez de Urbel, Justo (1895-1979). Su nombre era Justo Pérez Santiago.

Perteneciente a la Orden Benedictina en 1958 fue nombrado primer abad del monasterio del Valle de los Caídos (monasterio de la Santa Cruz del Valle de los Caídos según denominación oficial) ocupando el puesto hasta 1966. Formó parte del Consejo Nacional de FET y las JONS y también fue Procurador en Cortes.

Perón, Juan Domingo (1895-1974). Presidente de Argentina en tres mandatos. Fundador

del “Peronismo”. Perón se vanagloriaba de haber pertenecido al “círculo de discípulos del barón Faupel”.

Plá y Deniel, Enrique (1876-1968). Obispo de Salamanca e ideólogo teológico de lo que denominó “Cruzada”, cedió sus religiosas dependencias oficiales en el Palacio Episcopal para ser utilizadas como cuartel general de los militares sublevados.

POUM (véase Partido Obrero de Unificación Marxista).

Prieto Tuero, Indalecio (1883-1962). Político del PSOE, titular de las carteras ministeriales de Hacienda, Obras Públicas, Marina y Aire y Defensa Nacional durante la Segunda República. Contrario a la incorporación del PSOE a la Tercera Internacional permaneció en el partido tras las escisiones terceristas que concluirían con la creación del Partido Comunista de España en 1921. Durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera se opuso al grupo de Largo Caballero favorable a la colaboración del PSOE con el gobierno oficial. Participó a título personal en los “Pactos de San Sebastián” para derrocar a Alfonso XIII. Se opuso a la violencia revolucionaria, tras la matanza de la cárcel Modelo manifestó:

“La brutalidad de lo que aquí acaba de ocurrir significa, nada menos, que con esto hemos perdido la guerra”. Tras la caída de Largo Caballero en mayo de 1937 la Comisión Ejecutiva del PSOE le propuso para presidir el nuevo gobierno; rechazó tal ofrecimiento y propuso a Juan Negrín, quien

aceptó. Al finalizar la guerra ocupaba una embajada extraordinaria en varios países de Sudamérica y nunca regresó a España. Se exilió en Méjico desde donde lideró el PSOE. En 1943 fue nombrado Secretario General de la Junta Española de Liberación, cargo que ocupó hasta 1945. En agosto de 1948 fue proponente del “Pacto de San Juan de Luz” firmado con los monárquicos defensores de D. Juan de Borbón, que nunca llegó a fructificar. Murió en la Ciudad de Méjico el 12 de febrero de 1962. Sus restos descansan en el Cementerio Civil de Vista Alegre en Derio, Vizcaya.

Su relación con Primo de Rivera estuvo marcada por continuos encuentros y desencuentros.

Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, Fernando (1908-1936). Hermano de José Antonio Primo de Rivera. Médico de profesión se ocupó de la organización de Falange en Madrid. Detenido al comenzar la guerra, fue una de las víctimas en la matanza de la “Masacre de la cárcel Modelo”

(22/VIII/36) junto a Julio Ruiz de Alda y José María Albiñana.

Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, José Antonio (1903-1936).

Primogénito del dictador Miguel Primo de Rivera. Estudiando derecho entabló amistad con Ramón Serrano Suñer y Raimundo Fernández Cuesta.

Formó parte de la Unión Monárquica Nacional, pero se fue apartando progresivamente de la ideología monárquica a raíz del abandono sufrido por su padre por parte de Alfonso

XIII. Firmó el artículo “Orientación hacia un nuevo estado” en el primer y único número de la revista El Fascio en 1933. Junto a Julio Ruiz de Alda fundó el Movimiento Español Sindicalista que posteriormente se convertiría en La Falange, fundada en el Teatro de la Comedia de Madrid el 20 de octubre de 1933, bajo sus siglas obtuvo un escaño a cortes – por Cádiz- en las elecciones celebradas en noviembre de aquel año. En 1934 alcanzó un acuerdo con Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma para fusionar Falange con las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista formando el nuevo partido Falange Española y de las JONS. El 14 de marzo de 1936 fue detenido por tenencia ilícita de armas, por lo que fue condenado a 5 meses de prisión. Los insultos por él proferidos al tribunal motivaron un nuevo juicio por desacato, siendo en este caso la condena de 5 años. Temiendo que pudiera fugarse de la

cárcel Modelo de Madrid fue trasladado en la madrugada del 5-6 de junio a la cárcel de Alicante. Se llevaron a cabo numerosos intentos de liberación, todos ellos fracasados, hasta que el 3 de octubre se inició el sumario y el 11

del mismo mes se inició juicio contra él, su hermano Miguel y Margarita Larios, esposa de este (también contra varios carceleros) todos ellos acusados de conspiración y rebelión militar. La sentencia de 18 de noviembre le condenaba a muerte por conspiración –para su hermano Miguel fue de cadena perpetua por el mismo delito y para su cuñada Margarita de seis años y un día como colaboradora). Pese a que el preceptivo “Enterado” nunca llegó a emitirse la sentencia fue cumplida.

Finalizada la guerra su cuerpo exhumado fue llevado a hombros, en una travesía de diez días, desde Alicante hasta Madrid primero, donde se le rindieron honores, y El Escorial. Cuando concluyeron las obras del Valle de los Caídos fue allí trasladado el 30 de marzo de 1959. El 24 de abril de 2023, en cumplimiento de la Ley de Memoria Democrática (20/10/2022), sus restos fueron nuevamente exhumados de su tumba en la basílica del Valle de Cuelgamuros, como fue rebautizado el Valle de los Caídos, y trasladados al cementerio de San Isidro en Madrid junto a sus hermanos Miguel y Pilar.

Primo de Rivera, José Antonio. Certificado de defunción. Sería oficialmente expedido el 5 de julio de 1940 por orden del Juzgado de Primera Instancia nº2 siendo juez municipal Federico Capdepón Icabaleta.

PSOE (véase Partido Socialista Obrero Español).

Queipo de Llano y Sierra, Gonzalo (1875-1951). Participó en las guerras Hispano-Estadunidense y del Rif. Tras el fracaso de la Cuartelada de Cuatro Vientos (1930) junto a Ramón Franco para derrocar al rey Alfonso XIII, debió exiliarse en Portugal. Fue consuegro de Niceto Alcalá Zamora y se mostró próximo al gobierno republicano de Manuel Azaña que lo nombró Capitán General de Madrid. Posteriormente se distanciaría del gobierno republicano y comandó el golpe militar en Sevilla.

Redondo Ortega, Onésimo (1905-1936). Fundador de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica en agosto de 1931; en noviembre de ese año se unió con Ramiro Ledesma para formar las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) de ideología

nacionalsindicalista como la Falange Española de Primo de Rivera. Ambas organizaciones se unirían dando lugar al nacimiento de Falange Española de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalista (FE de las JONS), antimarxista, nacionalsindicalista y totalitario. Su órgano de expresión era Libertad (1931-1979) en el que Redondo colaboró con publicaciones en las que atacaba por igual a marxistas, judíos, y capitalistas burgueses. Tras el fracaso de golpe de estado del General Sanjurjo (1932) se exilió en Portugal ante el temor de ser detenido por su implicación en tal hecho. Tuvo un protagonismo secundario en Falange Española y de las JONS, aunque a diferencia de Ramiro Ledesma que terminaría por abandonar la formación, Redondo continuó en el partido. Fue encarcelado en marzo de 1936, en Ávila, y liberado el 19 de julio de ese mismo año por militares sublevados. Murió al comienzo de la Guerra Civil -24 de julio- al adentrarse en lo que erróneamente creía era zona nacional y confundir a unos milicianos anarquistas con falangistas por el color rojo y negro en las indumentarias de ambos contendientes.

Renovación Española. Partido Político que se definía como monárquico y continuador del legado de Alfonso XIII (a sus seguidores se les conocía como “alfonsinos”) que existió durante la II República. Durante los meses previos a la Guerra Civil fue muy activo en favor del levantamiento. Fue presidido originalmente por Antonio Goicoechea hasta el regreso del exilio de José Calvo Sotelo, cuyo asesinato el 13 de julio de 1936 precipitó el golpe de estado. Ramiro de Maeztu también fue miembro de Renovación Española.

Requeté. También llamados “boinas rojas”, fue una organización paramilitar carlista creada a comienzos del siglo XX que aportó más de 60.000 combatientes voluntarios –repartidos en 42 tercios, los “Tercios Requetés”- al bando nacional en la Guerra Civil. El nombre deriva del utilizado por los batallones carlistas en la I Guerra Carlista (1833-1839) derivado de la contraseña del cornetín expresada con las sílabas “re”, “que”, “te” (véase Comunión Tradicionalista).

Rosenberg, Marcel (1896-1938). Tras ocupar puestos en las cancillerías soviéticas en Alemania, China, Italia, y Francia, fue nombrado primer embajador soviético en España a donde llegó en agosto de 1936. Mantuvo excelentes relaciones con Largo Caballero, pero no así con otros destacados miembros del republicanismo español ni con sus propios compatriotas en la embajada. En febrero de 1937 fue llamado a Moscú y sustituido en el puesto por Leo Gaykis. Se pierde su pista al comenzar la “Gran Purga” en 1938 y se especula con que fuera una de sus primeras víctimas.

Ruíz de Alda Miqueleiz, Julio (1897-1936). Co-fundador de MES, MES-FE, y Falange Española. Junto a Primo de Rivera y Alfonso García-Valdecasas intervino en el Teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1939 en el acto de constitución de Falange. Fue pionero de la aviación española formando parte de la tripulación del Plus Ultra en su primer vuelo transatlántico español en 1926. Fue una de las víctimas en la matanza de la

“Masacre de la cárcel Modelo” (22/VIII/36) junto a Fernando Primo de Rivera y José María Albiñana.

Sagardía Ramos, Antonio (1880-1962). Mandó la “Columna Sagardía”

(División 62) en la batalla de Santander. Viajó a Berlín en calidad de Inspector General de la recién creada Policía Armada en 1940 y mandó la comitiva que recibió a Heinrich Himmler en San Sebastián durante su visita a España en octubre de aquel año.

Sánchez Mazas, Rafael (1894-1966). Cofundador de Falange junto a Primo de Rivera. fue detenido y posteriormente liberado por mediación de Prieto.

Acuñó el lema “Arriba España” y añadió contenido al original texto del Cara al sol, compuesto para la campaña de febrero de 1936 en el restaurante vasco Or Kompon, junto al propio Primo de Rivera, Dioniso Ridruejo, y Agustín de Foxá entre otros.

Sánchez Román y Gallifa, Felipe (1893-1956). Fundador del Partido Nacional Republicano (1934) que en las elecciones de 1936 formó parte del Frente Popular. Al unirse el Partido Comunista en la coalición la abandonó, dejando el liderazgo de su partido. Persona próxima al Gobierno de la República participó en las conversaciones para intercambiar a Primo de Rivera por el hijo del Presidente Largo Caballero.

Santos Kant, María (¿?-¿?). Al parecer la última relación sentimental de Primo de Rivera (algunos historiadores ponen en duda la existencia de tal persona y otros apuntan a que se tratara en realidad de Carmen Magallón).

Francisco Franco recibió el 24 de noviembre una carta firmada por María Santos, identificándose como novia de Primo de Rivera, preguntando por la veracidad de la noticia del fusilamiento en los siguientes términos: “Mi general: soy la novia de José Antonio. Prefiero darle esta explicación escueta, con la sobriedad que él ha impuesto a su Falange, porque creo que ella excluye comentarios de lo que están siendo para mí estos meses en que se han dicho y hecho sobre José todas las suposiciones y se han dado las noticias más contradictorias. Hoy me dirijo a V. mi General –y he esperado antes de molestarlo el probar todos los medios y todos los métodos- por su fuese posible que V. me diera alguna noticia. No vea en mí una inconsciencia de sus preocupaciones y trabajo, ni mucho menos una falta de respeto. La verdad es que se ha convertido en hábito en todos los españoles la costumbre de confiar y en poner en V. mi General nuestras esperanzas.

Porque quiero evitar la posibilidad de tener una contestación y no recibirla

–por estar aquí de paso- las señas más seguras son: María Santos Kant.

Sección Femenina de Falange, Juan Bravo 6, Segovia. Que Dios le premie mi General y nos le guarde por muchos años. M.S. Kant. ¡Arriva España!

(en Joan María Thòmas. José Antonio: Realidad y Mito.). Recibió la siguiente respuesta: “El Sr. General no sabe nada directamente relativo a la suerte de dicho señor, porque las emisoras rojas aseguran haberlo fusilado y no es creíble lo digan sin que sea ello verdad,

pues el mentir en este asunto no tendría para ellos utilidad. Sintiendo no poderle dar mejores noticias, usted disponga de su affmo...”. Primo de Rivera nunca tuvo novia oficial, no obstante se le atribuyeron distintas relaciones sentimentales –Cristina de Arteaga, Carmen Werner, Marichu de Mora...- pero al parecer su verdadero amor fue Pilar Azlor de Aragón, hija de los Duques de Luna. La relación no prosperó debido a la oposición de los monárquicos padres de la

joven.

Seisdedos, Paco el: véase Cruz Gutiérrez, Francisco.

Serrallach Juliá, José Antonio (1902-1990). Fue secretario personal de Manuel Hedilla. Pasó a la historia por ser el descubridor de la mercromina.

Serrano Suñer, Ramón (1901-2003). Diputado a Cortes por la CEDA en la II República fue detenido y encarcelado al iniciarse la guerra. Escapó del hospital privado donde estaba ingresado disfrazado de mujer acompañando al doctor Gregorio Marañón. Estuvo casado con Zita Polo, hermana de Carmen Polo esposa de Francisco Franco, y dada su relación con el Jefe del Estado era conocido como el “Cuñadísimo”. Tuvo un gran poder e influencia durante la Guerra Civil y primeros años del Franquismo hasta el punto de ser considerado como el verdadero artífice del “Nuevo Estado”

surgido en torno a la figura de Francisco Franco. Confesado germanófilo promovió la creación de la División Azul –así llamada por la camisa azul de los voluntarios falangistas que en ella se inscribieron- para luchar al lado de los alemanes contra los comunistas –no contra los aliados-. Fue una de las cuatro personas presentes en la reunión de Hitler con Franco en Hendaya, recién nombrado Ministro de Asuntos Exteriores, al haber sido él quien la preparó por parte española. La derrota de la Alemania nazi le restó poder en el gobierno español; ya contaba con numerosos enemigos internos, sobre todo de generales monárquicos. Su “Ley Orgánica del Estado”, calco del sistema político de la Italia fascista, nunca llegó a ser aprobada. En septiembre de 1942 fue apartado de todos sus cargos políticos, tanto en el gobierno como en Falange. Las relaciones familiares con su cuñada Carmen Polo, que nunca fueron especialmente cordiales, se enfriaron y hubo un distanciamiento entre las familias Franco-Polo y Serrano-Polo. Murió en Madrid con 102 años.

Schutztruppe. Fuerza de contención. Así se conocía al conjunto de fuerzas

alemanas desplegadas en el África colonial del Imperio Alemán entre 1891-1918.

Solís Ruiz, José (1913-1990). Gobernador civil de varias provincias, delegado nacional de Sindicatos ministro-secretario general del Movimiento.

Spengler, Oswald (1880-1936). Autor de La decadencia de occidente (2 vol.

1918, 1922). Primo de Rivera lo citó en “Carta a un militar español” (Cárcel Modelo de Madrid; 4/5/1936): “... como dice Spengler, siempre ha sido a última hora un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización”.

Sucesos de Salamanca. Las desavenencias dentro de Falange dieron lugar a lo que se ha conocido como “Los sucesos de Salamanca”. Se iniciaron con la convocatoria en Burgos, el 13 de abril de 1937, de un congreso extraordinario de Falange con dos puntos a tratar: La disolución de la Junta de Mando y la elección del Jefe Nacional hasta la puesta en libertad de Raimundo Fernández-Cuesta. Continuaron con el Decreto de Unificación de 20 de abril unificando Francisco Franco la Falange Española y de las JONS con Comunión Tradicionalista (carlistas) en la nueva FET de las JONS. Concluyeron con la detención de Hedilla el 25 de abril acusado de

“conspiración contra Franco”. Según Juan María Thomàs “Los Sucesos de Salamanca representan el segundo acto en la conformación institucional del régimen franquista, tras la elección de Franco como Generalísimo y Jefe del Estado. Con la creación de un partido único de tipo fascista, el régimen dio un paso adelante en su estructuración política, optando por uno parecido a la de los aliados nazis y fascistas italianos”. (en Javier Soria, Salamanca24horas.com; 19/IX/2018)

Syroezhkin, Grigori Serguéyevich (1900-1939). Agente “legal” del NKVD

soviético en la Guerra Civil Española. Utilizó el alias de “Pancho”. Su primer destino fue Madrid, siendo trasladado posteriormente a Valencia

donde realizó tareas de instructor de guerrillas. Tras la deserción de Orlov fue llamado a Moscú y acusado de espiar para Polonia, fue ejecutado de un disparo en la cabeza.

Unidad de destino en lo universal. Segundo punto programático de la FE de las JONS (2. “Disgregaciones de España”). En F.E., publicación oficial del partido, se desarrollaba el significado: “España es la portadora de la unidad de destino, y no ninguno de los pueblos que la integran. España es pues la nación, y no ninguno de los pueblos que lo integran. Cuando esos pueblos se reunieron, hallaron en lo universal la justificación histórica de su propia existencia. Por eso España, el conjunto, fue la nación” (número 15, de 19 de julio de 1934).

(El) Vaselina (¿?-¿?). Sobrenombre del miliciano, probablemente cenetista, dispuesto a aceptar el soborno de 1.000.000 de pesetas ofrecido por Von Knobloch, Cónsul Honorario Alemán en Alicante, para liberar a Primo de Rivera de la Prisión Provincial de Alicante. Nunca se conoció su verdadera identidad.

Vila Hernández, Salvador (1904-1936). Alumno aventajado de Miguel de Unamuno fue fusilado por los franquistas tres meses después de iniciarse la Guerra Civil.

Von Brauchistch, Walter (1881-1948). Estuvo presente en el encuentro de Hendaya entre Hitler y Franco en calidad de comandante en jefe del OKH

(Alto Mando del Ejército),pero no tomó parte en las conversaciones oficiales. En los Juicios de Núrenberg fue deportado a un campo para prisioneros de guerra en Gales del Sur.

Von Faupel, Wilhelm (1873-1945). Primer embajador del Gobierno del III Reich en España. Tuvo una amplia actividad internacional previa, estando a

punto de convertirse en el enlace alemán con Chang Kai-Chek en su guerra con Mao Zedong, pero en el último momento (1934) fue nombrado director del Instituto Iberoamericano con objeto de expandir la ideología nazi en Latinoamérica y España. El Adelantado de Salamanca se hizo eco de la llegada a la ciudad de la delegación alemana en su edición del 30 de noviembre fechando su presencia el 29 de noviembre -es día llegó el equipo de Von Faupel, quien ya se encontraba en la ciudad-. Apoyó a Hedilla, a la Falange y propugnaba la participación alemana en asuntos internos españoles, motivo por el que nunca logró congeniar con Francisco Franco y su cúpula militar. Francisco Franco solicitó su destitución, siendo sustituido por Eberhard Von Storer en menos de un año. Pese a sus desavenencias Francisco Franco le concedió tal distinción en 1938 -aquel año también la recibió Ildebrando Antoniutti (1898-1974), encargado de negocios de la Santa Sede ante el Gobierno de Franco y artífice de las fuertes relaciones entre Franco y la Iglesia Católica; en 1953 fue nombrado Nuncio Apostólico en España-. Finalizando la guerra mundial, durante la Batalla de Berlín, Wilhelm Von Faupel y su esposa Edith se suicidaron ingiriendo cianuro para evitar ser apresados por las tropas soviéticas. Durante varios años los aliados pensaron que tal hecho nunca ocurrió y se encontraba refugiado en la España de Franco. No fue así.

Von Knobloch, Joaquim (Berlín ¿?-1979). Vivía en Alicante en calidad de representante de la compañía naviera alemana “Sloman Neptun Shipping”.

El 24 de septiembre de 1936 fue herido por milicianos de la FAI y expulsado a la zona sublevada y reuniéndose con Francisco Franco. Regresó de nuevo a Alicante, en singulares circunstancias, a bordo de un torpedero alemán con el nombramiento de Cónsul Honorífico, lo que le otorgaba inmunidad.

Finalizada la guerra la Plaza de Dicenta, actual Plaza Puerta del Mar, fue rebautizada con el nombre de Joaquim Von Knobloch según el edicto municipal por “facilitar y proteger la huida de los elementos que estaban perseguidos”. Distinciones: Encomienda de la Orden de Isabel la Católica; Encomienda de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas; Encomienda de la Orden de Cisneros; Medalla de Campaña; Cruz del Mérito Militar y del Mérito Militar Alemán; Medalla de Oro de la Ciudad de Alicante; Estrella Zieten en Alemania. Murió en Conil de la Frontera donde era propietario del camping “La Fontanilla”.

Von Haartman, Carl (1897-1980). También conocido por “Goggi”; nazi de origen finlandés al mando de la escuela de formación de oficiales falangistas en San Pedro de Llen (Salamanca) que sofocó el intento de Aznar, Dávila, y Moreno para hacerse con el poder en Falange durante los “Sucesos de Salamanca”.

Von Stohrer, Eberhard (1883-1953). Estaba previsto que fuera él quien ocupara el puesto de embajador ante el Gobierno de la II República, pero la contienda nacional se inició antes de que pudiera presentar sus credenciales.

Permaneció en Madrid espiando al gobierno republicano. Sustituyó a Von Faupel como embajador en España; ocupando tal puesto entre el 23 de septiembre de 1937 y el 16 de diciembre de 1942.

Yagüe Blanco, Juan (1891-1952). De similar biografía a la de Francisco Franco perteneció al grupo de los militares “africanistas” formando parte del recién creado cuerpo de legionarios y participó en la Guerra del Rif y en la represión de la Revolución de Asturias. Perteneció a Falange y era amigo personal de José Antonio Primo de Rivera. Es considerado responsable de los acontecimientos conocidos como Masacre de Badajoz (14-15 de agosto de 1936). Mandó el Cuerpo de Ejército Marroquí en la Batalla del Ebro y también participó en la toma de Extremadura.

Índice

[1. Vigilia: La fuga 7](#)

[2. Duermevela: La huida 51](#)

[3. El sueño: La búsqueda 115](#)

[4. El despertar: Un sueño nunca soñado 221](#)

[Notas referenciales 249](#)

Document Outline

- [Cover Page](#)
- [cover](#)
- [1Vigilia: La fuga](#)
- [2Duermevela: La huida](#)
- [3El sueño: La búsqueda](#)
- [4El despertar: Un sueño nunca soñado](#)
- [Notas referenciales](#)